# Paul B. Preciado

# Testo yonqui

Sexo, drogas
y biopolítica

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Portada
Introducción
1. Tu muerte
2. La era farmacopornográfica
3. TESTOGEL©
4. Historia de la tecnosexualidad
5. El cuerpo de V. D. entra a formar parte del contexto experimental
6. Tecnogénero
7. Devenir T.
8. Farmacopoder
9. Testomono
10. Pornopoder
11. Jimi y yo
12. Micropolíticas de género en la era farmacopornográfica
13. La vida eterna
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos
Notas

*A nuestros muertos: A., T., E., J., K., S. T.*
*A William*
*A Virginie, Pepa y Swann*

*Je vis dans un monde où plein de choses*
*que je pensais impossibles sont possibles*.[1]

GUILLAUME DUSTAN

*Vos, quod milia multa basiorum*
*Legistis, male me marem putatis*?
*Pedicabo ego uso et irrumabo*.[2]

CATULO

Un día que permanece impreciso en mi memoria, entre el 18 y el 22 de diciembre de 2014, tomé la decisión (indecidible) de cambiar mi nombre a Paul. Como los esclavos cambiaban de nombre cuando compraban su libertad. Como cambiarán un día los nombres de los pueblos de Palestina cuando sean otra vez llamados por la voz de los exiliados. No debe entenderse ese gesto como el paso último y definitivo en una transición de género, sino como otra práctica más de desplazamiento y resistencia. Aquí el nombre es solo otra fábula: pero esta vez colectivamente compartida. Os toca ahora a vosotros otorgarme el derecho a llevar esta máscara.

Este libro fue escrito antes de ese cambio y por ello todas las iniciales se han conservado. Sin embargo, la firma, al mismo tiempo rastro, tachadura y promesa, ha sido modificada. Entiéndase que Paul absorbe y asume todo lo que un día fue B. P.

# INTRODUCCIÓN

Este libro no es una autoficción. Se trata de un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne al cuerpo y los afectos de B. P. Es un ensayo corporal. Una ficción, es cierto. En todo caso, y si fuera necesario llevar las cosas al extremo, una ficción autopolítica o una autoteoría. Durante el tiempo que dura este ensayo suceden dos mutaciones externas en el contexto próximo del cuerpo experimental, cuyo impacto no había sido calculado, ni hubiera podido computarse como parte de este estudio, pero que constituyen los dos límites en torno a los cuales se adhiere la escritura: primero, la muerte de G. D., condensado humano de una época que se desvanece, ídolo y último representante francés de una forma de insurrección sexual a través de la escritura; y, casi simultáneamente, el tropismo del cuerpo de B. P. hacia el cuerpo de V. D., ocasión irrenunciable de perfección y de ruina. Se registran aquí tanto las micromutaciones fisiológicas y políticas provocadas por la testosterona en el cuerpo de B. P. como las modificaciones teóricas y físicas suscitadas en ese cuerpo por la pérdida, el deseo, la exaltación, el fracaso o la renuncia. No me interesan aquí mis sentimientos, en tanto que míos, pertenecientes a mí y a nadie más que a mí. No me interesa lo que de individual hay en ellos, sino cómo son atravesados por lo que no es mío. Por aquello que emana de la historia del planeta, de la evolución de las especies vivas, de los flujos económicos, de los residuos de las innovaciones tecnológicas, de la preparación de las guerras, del tráfico de esclavos y de mercancías, de las instituciones penitenciarias y de represión, de las redes de comunicación y vigilancia, de la producción de jerarquías, del encadenamiento aleatorio de técnicas y de grupos de opinión, de la transformación bioquímica de la sensibilidad, de la producción y la distribución de

imágenes pornográficas. Para algunos, este texto podrá hacer las veces de un manual de bioterrorismo de género a escala molecular. Para otros será simplemente un punto en una cartografía de la extinción. No hay conclusión definitiva acerca de la verdad de mi sexo, ni profecía sobre el mundo por venir. Expongo al lector estas páginas que relatan los cruces de teorías, moléculas y afectos para dejar una huella de una experiencia política cuya duración exacta fue de doscientos treinta y seis días y noches y que continúa hoy bajo otras formas. Si el lector encuentra dispuestos aquí, sin solución de continuidad, reflexiones filosóficas, narraciones de sesiones de administración de hormonas y relatos detallados de prácticas sexuales es simplemente porque este es el modo en el que se construye y se deconstruye la subjetividad.

*QUESTION: Si vous pouviez voir un documentaire sur un philosophe, sur Heidegger, Kant ou Hegel, qu'est-ce que vous désiriez voir dedans?*
*RÉPONSE DE JACQUES DERRIDA: Qu'ils parlent de leur vie sexuelle...*
*You want a quick answer? Leur vie sexuelle.*[3]

# 1. TU MUERTE

El 5 de octubre Tim me anuncia tu muerte llorando. Tim te quiere, aunque tú ni siquiera lo tratabas con generosidad en tus últimos libros. *C'est William*, me dice. Llora y repite: *C'est William, c'est William*. Lo han encontrado muerto en su nuevo apartamento de París. No se sabe. Ha sido hace dos días, el 3. No se sabe.

Nadie se ha enterado de tu muerte hasta ahora. Te has podrido durante dos días en la misma posición en la que caíste muerto. Es mejor así. Nadie ha venido a molestarte. Te han dejado a solas con tu cuerpo, el tiempo suficiente para abandonar toda esta miseria en calma. Lloro con Tim. No puede ser. Cuelgo y lo primero que hago es llamar a V. D. No sé por qué. Nos hemos visto dos veces. Una a solas. Eres tú el que me empuja a marcar su número. Tú escuchas nuestra conversación. Tu espíritu se estira hasta formar un vaho electromagnético por el que corren nuestras palabras. Tu fantasma es un cable que transmite nuestras voces. Mientras hablamos de tu muerte, su voz me despierta la vida dentro. *Le plus fort c'est sa voix, je crois*,[4] decías tú. No me atrevo a llorar mientras hablo con ella. Cuelgo y lloro entonces a solas, porque no has querido seguir viviendo y porque, como decía tu padrastro, «un poeta muerto ya no escribe más».[5]

Ese mismo día, unas horas más tarde, me aplico sobre la piel una dosis de cincuenta miligramos de Testogel para empezar a escribir este libro. No es la primera vez. Esa es mi dosis regular. Las cadenas de carbono O-H3C-H3C-OH fluyen gradualmente desde mi epidermis hacia las capas internas de mi piel, hasta los vasos sanguíneos, las glándulas, las terminaciones nerviosas. No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para

sentir una forma pospornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero *low-tech* hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento, para vengar tu muerte.

*Vídeopenetración*

*I would rather go blind than to see you walk away*.[6]

ETTA JAMES

20:35 horas. Tu espíritu entra por la ventana y oscurece la habitación. Enciendo todas las luces. Meto una cinta virgen en la cámara de vídeo y la coloco sobre el trípode. Inspecciono el cuadro. La imagen es lisa, el cuadro simétrico, el sofá de cuero negro dibuja una línea horizontal en la parte baja del cuadro. El muro blanco avanza ligeramente sobre esa línea, pero sin crear relieve. *Play*. Me dirijo al sofá. He dejado en una mesa baja, fuera del cuadro filmado, una máquina de afeitar eléctrica, un espejo pequeño, una hoja de papel blanca, una bolsa de plástico, un bote de cola hipoalergénica para uso facial, una dosis de cincuenta miligramos de testosterona en gel, un bote de lubricante, un gel dilatador anal, un cinturón polla con un dildo realista de caucho 24 por 6, un dildo realista negro de caucho 25 por 6, otro dildo ergonómico negro de silicona 14 por 2, una maquinilla y crema de afeitar, una palangana de plástico con agua, una toalla blanca y un libro tuyo, tu primer libro, el sublime, el principio y el final de todo. Entro en el cuadro. Me desnudo, pero no completamente. Guardo solo una camiseta de tirantes negra. Como para una operación quirúrgica, expongo únicamente los órganos que se verán afectados por el instrumento. Tiro del pie del espejo y lo coloco sobre la mesa. Enchufo la máquina de afeitar eléctrica. Oigo su ruido agudo, chillón –una voz de niño cibernético que quiere escapar del motor escupe a la cara del pasado–. Gradúo las cuchillas hasta que están a un centímetro. Tu espíritu hace una señal discreta de aprobación. Me siento en el sofá, miro como la mitad de mi cara entra en el espejo: tengo el pelo corto y oscuro, las

lentillas dibujan una aureola fina alrededor del iris, mi piel es irregular, a veces muy blanca, a veces salpicada de brillos rosados. El espejo recorta un trozo de mi rostro, sin expresión, sin centro. He sido asignada mujer, pero ese hecho no se aprecia en la imagen parcial del espejo. Comienzo a afeitarme la cabeza, de adelante hacia atrás, desde el centro hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Me inclino sobre la mesa que recoge el pelo mientras cae. Abro la bolsa de plástico junto a la mesa y hago que el pelo cortado se deslice hasta caer dentro. Apago la máquina y vuelvo a graduar las cuchillas al cero. Coloco una hoja de papel blanco sobre la mesa. Vuelvo a encender la máquina y me la paso de nuevo por toda la cabeza. Sobre el papel blanco cae una lluvia de pelos cortos, muy finos. Cuando la cabeza está lisa, desenchufo la máquina. Pliego la hoja de papel en dos de modo que los pelos se precipitan hacia el centro formando una línea uniforme. Dibujan una línea de cocaína negra. Me hago una raya de pelo. Es casi el mismo *high*. Abro el bote de cola y esbozo con el pincel húmedo un trazo sobre mi labio superior. Cojo una línea de pelo entre los dedos y la coloco sobre ese trazo hasta que queda perfectamente pegada a la piel de mi cara. Bigote de marica. Me miro en el espejo. Mi mismo ojo, con la misma aureola en torno al iris, está enmarcado ahora por un bigote. El mismo rostro, la misma piel. Idéntico e irreconocible. Miro a la cámara, levanto el labio dejando mis dientes al descubierto como hacías tú. Ese es tu gesto.

El sobre plateado que contiene la dosis de cincuenta miligramos de testosterona en gel es de la talla de uno de esos sobrecitos alargados de azúcar que te dan en las cafeterías. Rasgo el papel de aluminio: emerge un gel fino, transparente y frío que al tocar la piel de mi hombro izquierdo desaparece inmediatamente. Queda un vapor fresco sobre la piel, como el recuerdo de un aliento glacial, como el beso de una dama de hielo sobre el hombro.

Agito la crema de afeitar, dejo crecer una bola de espuma blanca sobre mi mano izquierda y cubro con ella todos los pelos de la pelvis, los labios de la vulva, la piel que rodea el ano. Mojo la maquinilla en el agua y empiezo a afeitarme. Los pelos y la crema flotan sobre el agua. Algunas proyecciones caen sobre el sofá o

sobre el suelo. Esta vez no me corto. Cuando toda la piel entre mis piernas está completamente rasurada, me enjuago y me seco. Me coloco el arnés atándome las hebillas a cada lado de la cadera. El dildo queda supererecto delante de mí, formando un ángulo de noventa grados perfecto con la línea que dibuja la columna vertebral. El cinturón polla está suficientemente alto como para dejar al descubierto dos orificios bien distintos si me inclino. Me cubro las manos de lubricante transparente y cojo un dildo en cada mano. Los froto, los engraso, los caliento, uno en cada mano, y luego uno sobre otro, dos pollas gigantes que se enrollan la una sobre la otra como en el porno gay. Sé que la cámara sigue filmando porque veo la luz roja chispeante. Suspendo mi polla de plástico sobre los párrafos tatuados para siempre sobre las páginas de *Dans ma chambre*. Ese es tu gesto. El dildo oculta una parte de la página creando un límite que permite leer ciertas palabras y esconde otras: «Nos hemos reído. Me ha acompañado en coche. Le he mirado... Me ha hecho una señal con la mano..., se había hecho de noche. Sé que debería haber... nunca me enamoraré de él. Pero era tan bueno que me amara. Era bueno».[7]

Me meto entonces cada uno de los dildos en las aberturas de la parte inferior de mi cuerpo. Primero el negro realista, luego el ergonómico en el ano. Para mí, siempre es más fácil meterme cualquier cosa en el ano, es un espacio multidimensional, sin límites óseos. Esta vez no es distinta. Estoy de espaldas a la cámara, con las rodillas, las puntas de los pies y la cabeza apoyadas en el suelo, los brazos estirados sobre la espalda sujetando los dildos dentro de mis orificios.

Tú eres el único que podría leer este libro. Delante de esa cámara más que visible, «siento por primera vez la tentación de hacerme un autorretrato para ti».[8] Dibujar una imagen de mí mismo como si fuera tú. *Drag you*.[9] Travestirme en ti. Hacerte volver a la vida a través de esa imagen.

Ahora ya estáis todos muertos: Amelia, Hervé, Michel, Karen, Jackie, Teo y Tú. ¿Pertenezco yo más a vuestro mundo que al mundo de los vivos? ¿Acaso mi política no es la vuestra, mi casa no

es la vuestra, mi cuerpo no es el vuestro? Reencarnaos en mí, tomad mi cuerpo como los extraterrestres tomaban a los estadounidenses para convertirlos en vainas vivientes. Reencárnate en mí, posee mi lengua, mis brazos, mis sexos, mis dildos, mi sangre, mis moléculas, posee a mi chica, mi perra, habítame, vive en mí. Ven. Ven. *Please, don't leave*. Vuelve a la vida. *Hold on to my sex. Low, down, dirty. Stay with me*.[10]

Este libro no tiene razón de ser fuera del margen de incertidumbre que existe entre yo y mis sexos, todos imaginarios, entre tres lenguas que no me pertenecen, entre tú-vivo y tú-muerto, entre mi deseo de portar tu estirpe y la imposibilidad de resucitar tu esperma, entre tus libros eternos y silenciosos y el flujo de palabras que se agolpa para salir a través de mis dedos, entre la testosterona y mi cuerpo, entre V. y mi amor por V.

De nuevo frente a la cámara: «Esta testosterona es para ti, este placer es para ti.»

No miro la miniDV que acabo de filmar. Ni siquiera la digitalizo. La guardo en su caja roja transparente y escribo sobre la etiqueta: «3 octubre, 2006. DÍA DE TU MUERTE.»

Los días que anteceden y siguen a tu muerte están marcados por mis rituales de administración de testosterona. El protocolo es doméstico; más aún, sería secreto, privado, de no ser por el hecho de que cada una de esas administraciones son filmadas y enviadas de forma anónima a una página de internet en la que cientos de cuerpos transgénero, cuerpos en mutación de todo el planeta, intercambian técnicas y saberes. En esa red audiovisual mi rostro es indiferente, mi nombre, insignificante. Solo la relación estricta entre mi cuerpo y la sustancia es objeto de culto y vigilancia. Extiendo el gel sobre mis hombros. Primer instante: sensación de un toque sobre la piel. Esa sensación se transforma en frío y después desaparece. Luego nada durante uno o dos días. Nada. La espera. Después se instala, poco a poco, una lucidez extraordinaria de la mente acompañada de una explosión de ganas de follar, de caminar, de salir, de atravesar la ciudad entera. Ese es el punto culminante en el que se manifiesta la fuerza espiritual de la

testosterona mezclada con mi sangre. Se desvanecen absolutamente todas las sensaciones desagradables. A diferencia del *speed*, el movimiento interior no es ni agitación ni ruido. Simplemente, el sentimiento de estar en adecuación con el ritmo de la ciudad. A diferencia de la coca, no hay distorsión de la percepción de sí, ni logorrea, ni sentimiento de superioridad. Solo una impresión de fuerza que refleja la capacidad expandida de mis músculos, de mi cerebro. Mi cuerpo está presente a sí mismo. A diferencia del *speed* y de la coca, no hay descenso inmediato. Pasados unos días, el movimiento interior se calma, pero la sensación de fuerza, como una pirámide que ha sido desvelada por una tormenta de arena, permanece.

¿Cómo explicar lo que me ocurre? ¿Qué hacer con mi deseo de transformación? ¿Qué hacer con todos los años en los que me he definido como feminista? ¿Qué tipo de feminista seré ahora, una feminista adicta a la testosterona, o más bien un transgénero adicto al feminismo? No me queda otro remedio que revisar mis clásicos, someter las teorías a la sacudida que provoca en mí esta nueva práctica de administración de testosterona. Aceptar que el cambio que tiene lugar en mí es la mutación de una época.

## 2. LA ERA FARMACOPORNOGRÁFICA

Nací en 1970, momento en el que la economía del automóvil, que parecía entonces en su punto de máximo auge, comenzaba a declinar. Mi padre tenía el primer y más importante garaje de Burgos, una villa gótica de curas y militares en la que Franco había instalado la nueva capital simbólica de la España fascista. De haber ganado la guerra Hitler, la nueva Europa se habría asentado en torno a esos dos polos (cierto, desiguales), Burgos y Berlín, o al menos con eso soñaba el pequeño general gallego. En el Garaje Central, así se llamaba el floreciente negocio de mi padre situado en la calle General Mola (el militar que había dirigido el levantamiento contra el régimen republicano en 1936), se guardaban los coches más caros de la ciudad, los de los ricos y los caciques. En mi casa no había libros, solo había coches. Chrysler de motor Slant Six, varios Renault Gordini, Dauphine y Ondine («los coches de las viudas», los llamaban entonces, porque tenían fama de acabar en las curvas con la vida de los maridos automovilistas), Citroën DS (que los españoles llamaban «tiburones») y algunos Standard traídos desde Inglaterra y adjudicados a los médicos. A estos había que añadir la colección de coches antiguos que mi padre había ido comprando: un Mercedes «Lola Flores» negro, un Citroën Traction Avant gris de los años treinta, un Ford 17 caballos, un Dodge Dart Swinger, un Citroën «culo-rana» de 1928 y un Cadillac 8 cilindros. Mi padre invirtió en aquellos años en la industria de fabricación de ladrillos, que se vino abajo en 1975 (accidentalmente, como la dictadura) con la crisis del petróleo. Al final tuvo que acabar vendiendo su colección de coches para pagar la quiebra de la fábrica. Yo lloré por aquellos coches. Entre tanto, yo estaba creciendo como una pequeña marimacho. Mi padre lloraría por ello.

Durante esa época, reciente y, sin embargo, ya irrecuperable, que

hoy conocemos como «fordismo», la industria del automóvil sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización taylorizante de la vida, una estética polícroma y lisa del objeto inanimado, una forma de pensar el espacio interior y de habitar la ciudad, un agenciamiento conflictivo del cuerpo y de la máquina, un modo discontinuo de desear y de resistir. En los años que siguen a la crisis energética y a la caída de las cadenas de montaje, se buscarán nuevos sectores portadores de las transformaciones de la economía global. Se hablará así de las industrias bioquímicas, electrónicas, informáticas o de la comunicación como nuevos soportes industriales del capitalismo... Pero esos discursos seguirán siendo insuficientes para explicar la producción de valor y de la vida en la sociedad actual.

Sin embargo, parece posible dibujar una cronología de las transformaciones de la producción industrial del último siglo desde el punto de vista del que se convertirá progresivamente en el negocio del nuevo milenio: la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad. Dicho de otro modo, resulta hoy filosóficamente pertinente llevar a cabo un análisis sexopolítico de la economía mundial.

Si desde un punto de vista económico la transición a un tercer tipo de capitalismo, después de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa habitualmente en torno a los años setenta, la puesta en marcha de un nuevo tipo de «gubernamentalidad del ser vivo» (Foucault, 1994: 641-642) emerge de las ruinas urbanas, corporales, psíquicas y ecológicas de la Segunda Guerra Mundial –y en el caso de España, de la Guerra Civil.

Pero ¿cómo el sexo y la sexualidad, se preguntarán, llegan a convertirse en el centro de la actividad política y económica? Síganme:

Durante el período de la Guerra Fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad que ningún otro país a lo largo de la historia. La mutación del capitalismo a la que vamos a asistir se caracterizará no solo por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida (como ya había intuido Foucault en su descripción «biopolítica» de

los nuevos sistemas de control social), sino porque esta gestión se llevará a cabo a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado. Pensemos simplemente que el período que va desde el final de la Primera Guerra Mundial a la guerra fría constituye un momento sin precedente de visibilidad de las mujeres en el espacio público, así como de emergencia de formas visibles y politizadas de la homosexualidad en lugares tan insospechados como, por ejemplo, el Ejército estadounidense (Berube, 1990). El macartismo estadounidense de los años cincuenta suma a la persecución patriótica del comunismo la lucha contra la homosexualidad como forma de antinacionalismo, al mismo tiempo que exalta los valores familiaristas de la masculinidad laboriosa y la maternidad doméstica (D'Emilio, 1983). Se abren durante este tiempo decenas de centros de investigación sobre la sexualidad en Occidente como parte de un programa de salud pública. Al mismo tiempo, los doctores George W. Henry y Robert L. Dickinson llevan a cabo la primera demografía de la «desviación sexual», un estudio epidemiológico conocido con el nombre de «Sex Variant» (Terry, 1999: 178-218), al que más tarde seguirán el informe Kinsey sobre la sexualidad y los protocolos de Stoller sobre la feminidad y la masculinidad. Entre tanto, los arquitectos estadounidenses Ray y Charles Eames colaboran con el Ejército estadounidense para fabricar tablillas de sujeción de los miembros mutilados en la guerra con placas de contrachapado *plywood*. Pocos años después utilizarán el mismo material para construir los muebles que caracterizarán el diseño ligero y la arquitectura americana desechable (Colomina, 2007). Harry Benjamin pone en marcha y sistematiza la utilización clínica de moléculas hormonales, se comercializan las primeras moléculas naturales de progesterona y estrógeno obtenidas a partir de suero de yegua (Premarin) y algo más tarde sintéticas (Norethindrone). En 1946 se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos –el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada de toda la historia de la humanidad– (Tone, 2001). En 1947, los laboratorios Eli Lilly (Indiana, Estados Unidos) comercializan la molécula de metadona (el más simple de los opiáceos) como analgésico, que se

convertirá en los años setenta en el tratamiento básico de sustitución en la adicción a la heroína (Carnwath y Smith, 2006); ese mismo año, el pedopsiquiatra estadounidense John Money inventa el término «género», diferenciándolo del tradicional «sexo», para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como «masculino» o «femenino» y afirma que es posible «modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses» (Money, Hampson y Hampson, 1957; Money, 1980). Se multiplica exponencialmente la producción de elementos transuránicos, entre ellos el plutonio, combustible nuclear empleado militarmente durante la Segunda Guerra Mundial y que ahora se convierte en material de uso en el sector civil: el nivel de toxicidad de los elementos transuránicos sobrepasa al de cualquier otro elemento terrestre, generando una nueva forma de vulnerabilidad de la vida. El lifting facial y diversas intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. Andy Warhol se fotografía durante una operación de lifting facial, haciendo de su propio cuerpo uno de los objetos pop de la sociedad de consumo. Frente a la amenaza inducida por el nazismo y por las retóricas racistas de una detección de la diferencia racial o religiosa a través de los signos corporales, la «des-circuncisión», reconstrucción artificial del prepucio del pene, se convierte en una de las operaciones de cirugía estética más practicadas en Estados Unidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Gilman, 1997: 201210; Matz, 1946: 278-279). Al mismo tiempo, se generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. Este material viscoso y semirrígido, impermeable, aislante eléctrico y térmico, producido a partir de la multiplicación artificial de átomos de carbono en largas cadenas moleculares de compuestos orgánicos derivados del petróleo y cuya quema es altamente contaminante, definirá las condiciones materiales de una transformación ecológica a gran escala: destrucción de los recursos energéticos primitivos del planeta, consumo rápido y alta contaminación. En 1953, el soldado estadounidense George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy*, la primera

revista porno estadounidense difundida en quioscos, con la fotografía de Marilyn Monroe desnuda en la portada del primer número. En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 incluye por primera vez a homosexuales y desviados sexuales. El comandante Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los servicios médicos militares, y Juan José López Ibor llevan a cabo sucesivas investigaciones con el fin de examinar las raíces psicofísicas del marxismo (para descubrir el famoso «gen rojo»), la homosexualidad y la intersexualidad, preconizando, a pesar de la escasa tecnificación de las instituciones médicas durante el franquismo, la lobotomía, las terapias de modificación de conducta, el tratamiento mediante electroconvulsiones y la castración terapéutica con fines eugenésicos (Vallejo-Nájera, 1934; Casco Solís, 1999; Fuentenebro *et al*., 1999: 85-129). En 1958 se lleva a cabo en Rusia la primera faloplastia (construcción de un pene a partir de un injerto de la piel y los músculos del brazo), como parte de un proceso de cambio de sexo de mujer a hombre. En 1960, los laboratorios Eli Lilly comercializan Secobarbital, un barbitúrico con propiedades anestésicas, sedativas e hipnóticas concebido para el tratamiento de la epilepsia, el insomnio o como anestésico en operaciones breves. Secobarbital, más conocido como la «píldora roja» o *doll*, se convierte en una de las drogas de la cultura underground rock de los años sesenta; al mismo tiempo, Manfred E. Clynes y Nathan S. Kline utilizan por primera vez el término *cyborg* para referirse a un organismo técnicamente suplementado que podría vivir en un medioambiente extraterrestre y operar como un «sistema homeostático integrado inconsciente» (Clynes y Kline, 1960: 27-31, 74-75). Se trataba de una rata de laboratorio a la que se le había implantado una prótesis osmótica que arrastraba en forma de rabo cibernético. En 1966 se inventan los primeros antidepresores que intervienen directamente en la síntesis del neurotransmisor serotonina, y que llevarán hasta la concepción en 1987 de la molécula de Fluoxetine, que será después comercializada bajo varios nombres, dependiendo del laboratorio, de los cuales el más conocido será Prozac, fabricado por Eli Lilly. En 1969 se crea, como parte de un programa de investigación militar estadounidense,

arpanet, la primera «red de redes» de ordenadores interconectados capaces de transmitir información, que dará lugar más tarde a internet. El 18 de septiembre de 1970 muere Jimi Hendrix, después de haber ingerido (¿accidente, suicidio, asesinato?) un cóctel farmacéutico que contenía al menos nueve píldoras de Secobarbital. En 1971 el Reino Unido establece la Ley de Abuso de Drogas, que regula el consumo y tráfico de sustancias psicotrópicas. La gravedad de los crímenes por uso y tráfico va desde la categoría A (cocaína, metadona, morfina, etc.) hasta la categoría C (cannabis, ketamina, etc.). El alcohol y el tabaco quedan fuera de esta clasificación. En 1972 Gerard Damiano realiza, con el dinero de la mafia californiana, *Deep Throat (Garganta profunda)*, una de las primeras películas porno comercializadas públicamente en Estados Unidos. *Deep Throat* se convertirá en una de las películas más vistas de todos los tiempos, lo que generó unos beneficios de explotación de más de seiscientos millones de dólares. Estalla a partir de entonces la producción cinematográfica porno, que pasa de treinta películas clandestinas en 1950 a dos mil quinientas en 1970. En 1973 se retira la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales del DSM (Manual de Diagnóstico y Estadística de los Trastornos Mentales). En 1974, el soviético Viktor Konstantinovich Kalnberz patenta el primer implante de pene a base de varillas de plástico de polietileno como tratamiento de la falta de erección, y crea un pene natural erecto permanentemente. Esos implantes se abandonaron en beneficio de sus variantes químicas por resultar «físicamente incómodos y emocionalmente desconcertantes». En 1977, el estado de Oklahoma introduce la primera inyección letal a base de un compuesto barbitúrico semejante a la «píldora roja» para aplicar la pena capital; un método similar había sido utilizado ya en el llamado programa Acción T4 de higiene racial de la Alemania nazi, que eutanasia a entre setenta y cinco mil y cien mil personas con deficiencias físicas o psíquicas, método abandonado después a causa de su alto costo farmacológico y sustituido por la cámara de gas o la simple muerte por inanición. En 1983, la transexualidad («disforia de género») se incluye en la lista del DSM como enfermedad mental. En 1984 Tom F. Lue, Emil A. Tanagho y Richard

A. Schmidt colocan por primera vez un «marcapasos sexual» en el pene de un paciente, un sistema de electrodos implantados cerca de la próstata que permitía desatar una erección por control remoto. Durante los años ochenta, se descubren y comercializan nuevas hormonas como la DHEA o la hormona del crecimiento, así como numerosas sustancias anabolizantes que serán utilizadas legal e ilegalmente en el deporte. En 1988 se aprueba la utilización farmacológica de Sildenafil (comercializado con el nombre de Viagra por los laboratorios Pfizer) para tratar la «disfunción eréctil» del pene. Se trata de un vasodilatador sin efecto afrodisíaco que induce la producción de óxido nítrico en el cuerpo cavernoso del pene y la relajación muscular. A partir de 1996 los laboratorios estadounidenses se lanzan a la producción sintética de la oxintomodulina, una hormona relacionada con el sentido de la saciedad, que podría afectar a los mecanismos psicofisiológicos reguladores de la adicción y ser comercializada para provocar la pérdida de peso. A principios del nuevo milenio, cuatro millones de niños son tratados con Ritalina por hiperactividad y por el llamado Trastorno por Déficit de Atención, y más de dos millones consumen psicotrópicos destinados a controlar la depresión infantil.

Estamos frente a un nuevo tipo de capitalismo caliente, psicotrópico y punk. Estas trasformaciones recientes apuntan hacia la articulación de un conjunto de nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad con nuevas plataformas técnicas biomoleculares y mediáticas. La nueva «economíamundo» (Wallerstein, 2004) no funciona sin el despliegue simultáneo e interconectado de la producción de cientos de toneladas de esteroides sintéticos, sin la difusión global de imágenes pornográficas, sin la elaboración de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas legales e ilegales (Lexomil, Special K, Viagra, *speed*, cristal, Prozac, éxtasis, *popper*, heroína, Omeprazol, etc.), sin la extensión a la totalidad del planeta de una forma de arquitectura urbana difusa en la que megaciudades miseria (Davis, 2004: 5-34) se codean con nudos de alta concentración de capital, sin el tratamiento informático de signos y de transmisión numérica de comunicación.

Estos son solo algunos de los índices de aparición de un régimen posindustrial, global y mediático que llamaré a partir de ahora, tomando como referencia los procesos de gobierno biomolecular («fármaco-») y semiótico-técnico («-porno») de la subjetividad sexual, de los que la píldora y *Playboy* son paradigmáticos, «farmacopornográfico». Si bien sus líneas de fuerza hunden sus raíces en la sociedad científica y colonial del siglo XIX, sus vectores económicos no se harán visibles hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, ocultos al principio bajo la apariencia de la economía fordista y expuestos únicamente tras el progresivo desmoronamiento de esta en los años setenta.

Durante el siglo XX, período en el que se lleva a cabo la materialización farmacopornográfica, la psicología, la sexología, la endocrinología han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas. Si la ciencia ha alcanzado el lugar hegemónico que ocupa como discurso y como práctica en nuestra cultura, es precisamente gracias a lo que Ian Hacking (1986), Steve Woolgar y Bruno Latour (1979) llaman su «autoridad material», es decir, su capacidad para inventar y producir artefactos vivos. Por eso la ciencia es la nueva religión de la modernidad. Porque tiene la capacidad de crear, y no simplemente de describir, la realidad.[11] El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia, sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en autofeedback es la propia del poder farmacopornográfico.

La sociedad contemporánea está habitada por subjetividades toxicopornográficas: subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos, por las prótesis

cibernéticas a través de las que se vuelven agentes, por los tipos de deseos farmacopornográficos que orientan sus acciones. Así, hablaremos de sujetos Prozac, sujetos cannabis, sujetos cocaína, sujetos alcohol, sujetos Ritalina, sujetos cortisona, sujetos silicona, sujetos heterovaginales, sujetos doblepenetración, sujetos Viagra, etc.

No hay nada que desvelar en la naturaleza, no hay un secreto escondido. Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicitar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural. El *oncomouse*, ratón de laboratorio diseñado biotecnológicamente para ser portador de un gen cancerígeno (Haraway, 1992), se come a Heidegger. Buffy, la cazavampiros, se come a Simone de Beauvoir. El dildo, paradigma de toda prótesis de teleproducción de placer, se come la polla de Rocco Siffredi. No hay nada que desvelar en el sexo ni en la identidad sexual, no hay ningún secreto escondido. La verdad del sexo no es desvelamiento, es *sex design*.

## *Cooperación masturbatoria*

Los teóricos del posfordismo (Virno, Hardt, Negri, Corsani, Marazzi, Moulier-Boutang, etc.) han sugerido que el proceso productivo del capitalismo actual tiene en realidad como materia prima el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales (Marazzi, 2003; Virno, 2003; Moulier-Boutang *et al*., 2004. Para una síntesis del debate, véase Moulier-Boutang, 2007). Para la teoría económica más reciente, el motor de la producción ya no está en la empresa, sino «en la sociedad en su conjunto, en la calidad de la población, en la cooperación, en las convenciones, los aprendizajes, las formas de organización que hibridan el mercado, la empresa y la sociedad» (Moulier-Boutang, 2000: 7; Corsani, 2000). Negri y Hardt hablan de «producción biopolítica», utilizando la noción *cult* foucaultiana para nombrar las formas complejas actuales de la producción capitalista que combinan tanto «producción de símbolos,

de lenguaje, de información, como producción de afectos» (Hardt y Negri, 2006: 135). Nombran, apelando al «trabajo de la vida», las formas de producción que emanan del cuidado corporal, de la protección del otro y de la creación de relación humana, del trabajo «femenino» de la reproducción (Hardt y Negri, 2006: 137; Marazzi, 2003), de las relaciones de comunicación y del intercambio de saberes y afectos. Pero la mayoría de estos análisis se detienen en su descripción de esta nueva forma de producción cuando llegan a la cintura.[12]

Pero ¿y si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas y sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, y si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción y el placer de la multitud fueran los motores de creación de valor en la economía contemporánea, y si la cooperación fuera una «cooperación masturbatoria» y no simplemente una cooperación de cerebros?

La industria pornográfica es hoy el gran motor impulsor de la economía informática: existen más de un millón y medio de webs adultas accesibles desde cualquier punto del planeta. De los dieciséis mil millones de dólares anuales de beneficios de la industria del sexo, una buena parte proviene de los portales porno de internet. Cada día, trescientos cincuenta nuevos portales porno abren sus puertas virtuales a un número exponencialmente creciente de usuarios. Si es cierto que los portales porno siguen estando en su mayoría bajo el dominio de multinacionales (Playboy, Hotvideo, Dorcel, Hustler, etc.), el mercado emergente del porno en internet surge de los portales amateurs. El modelo del emisor único se ve desplazado en 1996 con la iniciativa de Jennifer Kaye Ringley, que instala varias webcams en su espacio doméstico y transmite en tiempo real un registro de su vida cotidiana a un portal de internet. Las Jenni Cams producen en estilo documental una crónica audiovisual de las vidas sexuales de sus usuarios y cobran suscripciones semejantes a las de un canal televisivo (entre diez y veinte euros mensuales). Por el momento, cualquier usuario de internet que posee un cuerpo, un ordenador, una cámara de vídeo o una webcam, una conexión a internet y una cuenta bancaria puede

crear su propia página porno y acceder al mercado de la industria del sexo. Se trata de la entrada del cuerpo autopornográfico como nueva fuerza de la economía mundial. El resultado del reciente acceso de poblaciones relativamente pauperizadas del planeta (tras la caída del muro de Berlín, los primeros en acceder a este mercado fueron los trabajadores sexuales del antiguo bloque soviético, después los de China, África y la India) a los medios técnicos de producción de ciberpornografía, que provocó por primera vez una ruptura del monopolio que hasta ahora detentaban las grandes multinacionales porno. Frente a esta autonomización del trabajador sexual, las multinacionales porno se alían progresivamente con compañías publicitarias esperando atraer a sus cibervisitantes a través del acceso gratuito a sus páginas.

La industria del sexo no es únicamente el mercado más rentable de internet, sino que es el modelo de rentabilidad máxima del mercado cibernético en su conjunto (solo comparable a la especulación financiera): inversión mínima, venta directa del producto en tiempo real, de forma única, produciendo la satisfacción inmediata del consumidor en y a través de la visita al portal. Cualquier otro portal de internet se modela y se organiza de acuerdo con esta lógica masturbatoria de consumo pornográfico. Si los analistas comerciales que dirigen Google o eBay siguen con atención las fluctuaciones del mercado ciberporno es porque saben que la industria de la pornografía provee un modelo económico de la evolución del mercado cibernético en su conjunto.

Si tenemos en consideración que las industrias líderes del capitalismo posfordista, junto con la empresa global de la guerra, son la industria farmacéutica (bien como extensión farmacológica legal del aparato científico, médico y cosmético, bien a través del tráfico de drogas consideradas ilegales) y la industria pornográfica, entonces habría que darle un nombre más crudo a esta «materia prima». Aventuremos la hipótesis: las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la excitación, la erección, la eyaculación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia y de control omnipotente. El verdadero motor del capitalismo actual es el control farmacopornográfico de la subjetividad, cuyos productos son

la serotonina, la testosterona, los antiácidos, la cortisona, los antibióticos, el estradiol, el alcohol y el tabaco, la morfina, la insulina, la cocaína, el citrato de Sildenafil (Viagra) y todo aquel complejo material-virtual que puede ayudar a la producción de estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga, de omnipotencia y de total control. Aquí, incluso el dinero se vuelve un significante abstracto psicotrópico. El cuerpo adicto y sexual, el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos son hoy el principal recurso del capitalismo posfordista.

Si la era dominada por la economía del automóvil se denominó «fordismo», llamaremos «farmacopornismo» a esta nueva economía dominada por la industria de la píldora, por la lógica masturbatoria y por la cadena de excitación-frustración en la que esta se apoya. La industria farmacopornográfica es el oro blanco y viscoso, el polvo cristalino del capitalismo posfordista.

Hardt y Negri, al releer a Marx, nos han enseñado que durante los siglos XIX y XX la economía global se caracterizó por la hegemonía del trabajo industrial no porque este fuera dominante en términos cuantitativos, sino porque todo otro trabajo se modelizaba cualitativamente con respecto a una posible industrialización (Hardt y Negri, 2006: 133-134). Del mismo modo, la producción farmacopornográfica caracteriza hoy un nuevo período de la economía política mundial no por su preponderancia cuantitativa sino porque cualquier otra forma de producción aspira a una producción molecular intensificada del deseo corporal semejante a la narcoticosexual.

Así, el control farmacopornográfico infiltra y domina toda otra forma de producción, desde la biotecnología agraria hasta la industria *high-tech* de la comunicación.

En el período «farmacopornista», la industria farmacopornográfica sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización masturbatoria de la vida, una estética virtual y alucinógena del objeto vivo, un modo particular de transformar el espacio interior en afuera y la ciudad en interioridad y «espacio basura» (Koolhaas, 2007) a través de dispositivos de autovigilancia y difusión ultrarrápida de información, un modo continuo y sin

reposo de desear y de resistir, de consumir y de destruir, de evolucionar y de autoextinguirse.

*Potentia gaudendi*

Para comprender cómo y por qué la sexualidad y el cuerpo, el cuerpo excitable, irrumpen en el centro de la acción política hasta llegar a ser objetos de una gestión estatal e industrial minuciosa a partir de finales del siglo XIX es preciso elaborar un nuevo concepto filosófico en el dominio farmacopornográfico equivalente al concepto de fuerza de trabajo en el dominio de la economía clásica. Llamo a esta noción «fuerza orgásmica» o *potentia gaudendi*:[13] se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación (total) de un cuerpo. Esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad, no diferencia entre el objeto y el sujeto, no sabe tampoco la diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con. No privilegia un órgano sobre otro: el pene no posee más fuerza orgásmica que la vagina, el ojo o el dedo de un pie. La fuerza orgásmica es la suma de la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva. La fuerza orgásmica no busca su resolución inmediata, sino que aspira a extenderse en el espacio y en el tiempo, a todo y a todos, en todo lugar y en todo momento. Es fuerza que transforma el mundo en placer-con. La fuerza orgásmica reúne al mismo tiempo todas las fuerzas somáticas y psíquicas, pone en juego todos los recursos bioquímicos y todas las estructuras del alma.

En el capitalismo farmacopornográfico, la fuerza de trabajo ha revelado su verdadero sustrato: fuerza orgásmica*, potentia gaudendi*. Lo que el capitalismo actual pone a trabajar es la potencia de correrse como tal, ya sea en su forma farmacológica (molécula digestible que se activará en el cuerpo del consumidor), en forma de representación pornográfica (como signo semiótico-técnico

convertible en dato numérico y transferible a soportes informáticos, televisuales o telefónicos) o en su forma de servicio sexual (como entidad farmacopornográfica viva cuya fuerza orgásmica y cuyo volumen afectivo son puestos al servicio de un consumidor por un determinado tiempo bajo un contrato más o menos formal de venta de servicios sexuales).

Lo que caracteriza a la *potentia gaudendi* no es solo su carácter no permanente y altamente maleable, sino, y sobre todo, su imposibilidad de ser poseída o conservada. La *potentia gaudendi*, como fundamento energético del farmacopornismo, no se deja reducir a objeto ni puede transformarse en propiedad privada. No solo no puedo poseer ni conservar la *potentia gaudendi* de otro, sino que tampoco puedo poseer ni conservar aquella que aparece como mía. La *potentia gaudendi* existe únicamente como evento, relación, práctica, devenir.

La fuerza orgásmica es al mismo tiempo la más abstracta y la más material de todas las fuerzas de trabajo, inextricablemente carnal y numérica, viscosa y digitalizable. Ah, gloria fantasmática o molecular transformable en capital.

El cuerpo polisexual vivo es el sustrato de la fuerza orgásmica. Este cuerpo no se reduce a un cuerpo prediscursivo, ni tiene sus límites en la envoltura carnal que la piel bordea. Esta vida no puede entenderse como un sustrato biológico fuera de los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia. Este cuerpo es una entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología (Haraway, 2004: 29). Ni organismo ni máquina: tecnocuerpo. En los años cincuenta, McLuhan, Buckminster Fuller y Wiener lo habían intuido: las tecnologías de la comunicación funcionaban como extensiones del cuerpo. Hoy la situación parece mucho más compleja: el cuerpo individual funciona como una extensión de las tecnologías globales de comunicación. Dicho con la feminista americana Donna Haraway, el cuerpo del siglo XXI es una plataforma tecnoviva, el resultado de una implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y lo artificial. De ahí que la noción misma de «vida» resulte arcaica para identificar a los actores de esta nueva tecnoecología. Por ello, Donna Haraway prefiere la noción de

«tecnobiopoder» a la foucaultiana de «biopoder», puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de poder de gestionar y maximizar la vida, como quería Foucault, sino de poder y control sobre un todo tecnovivo conectado (Haraway, 1995).

En el circuito de tecnoproducción de excitación no hay ni cuerpos vivos ni cuerpos muertos, sino conectores presentes o ausentes, actuales o virtuales. Las imágenes, los virus, los programas informáticos, los internautas, las voces que responden a los teléfonos eróticos, los fármacos, y los animales de laboratorio en los que estos son testados, los embriones congelados, las células madre, las moléculas de alcaloides activos... no presentan en la actual economía global un valor en tanto que «vivos» o «muertos», sino en tanto que integrables en una bioelectrónica de la excitación global o no. Haraway nos recuerda que «las figuras del cyborg, así como la semilla, el chip, el gen, la base de datos, la bomba, el feto, la raza, el cerebro y el ecosistema, descienden de implosiones de sujetos y objetos, de lo natural y lo artificial» (Haraway, 2004: 29). En este sentido, todo cuerpo, incluso un cuerpo «muerto», puede suscitar fuerza orgásmica, y por tanto ser portador de potencia de producción de capital sexual. Esta fuerza que se deja convertir en capital no reside en el *bíos*, tal como se entiende desde Aristóteles hasta Darwin, sino en el *tecnoeros*, en el cuerpo tecnovivo encantado y su cibernética amorosa. De ahí la conclusión: tanto biopolítica (política de control y producción de la vida) como tanatopolítica (política de control y gestión de la muerte) funcionan como farmacopornopolíticas, gestiones planetarias de la *potentia gaudendi*.

El sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica. Si los teóricos del posfordismo se interesan por el trabajo inmaterial, por el «trabajo no-objetividad» (Virno, 2003: 85), por «el trabajo afectivo» (Hardt y Negri, 2006: 134), a los teóricos del capitalismo farmacopornográfico nos interesa el trabajo sexual como proceso de subjetivación, que abre la posibilidad de hacer del

sujeto una reserva interminable de corrida planetaria transformable en capital, en abstracción, en dígito.

No debemos leer esta teoría de la «fuerza orgásmica» a través de un prisma hegeliano paranoico o rousseauniano utópico/ distópico: el mercado no es un poder exterior que viene a expropiar, reprimir o controlar los instintos sexuales del individuo. Nos enfrentamos, por el contrario, a la más difícil de las situaciones políticas: el cuerpo no conoce su fuerza orgásmica hasta que no la pone a trabajar.

La fuerza orgásmica en tanto que fuerza de trabajo se ha visto progresivamente regulada por un estricto control tecnobiopolítico. La misma relación de compraventa y de dependencia que unía al capitalista y al obrero regía hasta hace poco la relación entre los géneros como relación entre eyaculador y facilitador de eyaculación. De ahí la definición: lo femenino, lejos de ser una naturaleza, es la cualidad que cobra la fuerza orgásmica cuando puede ser convertida en mercancía, en objeto de intercambio económico, es decir, en trabajo. Evidentemente un cuerpo masculino puede ocupar (y, de hecho, ocupa ya) en el mercado de trabajo sexual una posición de género femenina, es decir, puede ver su potencia orgásmica reducida a capacidad de trabajo.

Pero el control de la potencia orgásmica no define únicamente la diferencia de género, la dicotomía femenino/masculino, sino también, y de modo más general, la diferencia tecnobiopolítica entre heterosexualidad y homosexualidad. La patologización de la masturbación y de la homosexualidad en el siglo XIX acompaña a la constitución de un régimen en el que la fuerza orgásmica colectiva es puesta a trabajar en función de la reproducción heterosexual de la especie. Esta situación se verá drásticamente transformada con la posibilidad de sacar beneficios de la masturbación a través del dispositivo pornográfico y de controlar técnicamente la reproducción sexual a través de la píldora y de la inseminación artificial.

Si pensamos, siguiendo a Marx, que «la fuerza de trabajo no es el trabajo realmente realizado, sino la simple potencia de trabajar» (Virno, 2003: 18), entonces habrá que decir que cualquier cuerpo, humano o animal, real o virtual, femenino o masculino posee esa potencia masturbatoria, potencia de hacer eyacular, *potentia*

*gaudendi*, por tanto, potencia productora de capital fijo –puesto que participa en el proceso productivo sin consumirse en el proceso mismo–. Hasta ahora hemos conocido una relación directa entre pornificación del cuerpo y grado de opresión. Así, los cuerpos históricamente más pornificados han sido el cuerpo de la mujer, el cuerpo infantil, el cuerpo racializado del esclavo, el cuerpo del joven trabajador, el cuerpo homosexual. Pero no hay relación ontológica entre anatomía y *potentia gaudendi*. Corresponde al escritor francés Michel Houellebecq el mérito de haber sabido dibujar una fabulación distópica de este nuevo poder del capitalismo global para fabricar la megafurcia y el megapollón: en este contexto, el nuevo sujeto hegemónico es un cuerpo (a menudo codificado como masculino, blanco, heterosexual) farmacopornográficamente suplementado (por el Viagra, la cocaína, la pornografía, etc.), consumidor de servicios sexuales pauperizados (a menudo ejercidos por cuerpos codificados como femeninos, infantiles, racializados).

> Cuando puede, el occidental *trabaja*; su trabajo suele aburrirle o exasperarle, pero él finge que le interesa. A los cincuenta años, cansado de la enseñanza, de las matemáticas y de todo lo demás, decidí descubrir el mundo. Acababa de divorciarme por tercera vez; a nivel sexual, no esperaba nada de particular. Primero viajé a Tailandia; inmediatamente después fui a Madagascar. Desde entonces no he vuelto a follar con una blanca; ni siquiera he vuelto a tener ganas de hacerlo. Créame –dijo, poniendo una mano firme en el antebrazo de Lionel–, ya no encontrará en una blanca el coño suave, dócil, flexible y musculoso, todo eso ha desaparecido por completo (Houellebecq, 2004: 104).

Aquí la potencia no se encuentra simplemente *en* el cuerpo («femenino» o «infantil») en tanto que espacio tradicionalmente imaginado como prediscursivo y natural, sino en un conjunto de representaciones que lo transforman en sexual y deseable. Se trata en todo caso de un cuerpo siempre farmacopornográfico, un cuerpo efecto de un amplio dispositivo de representación y producción cultural.

Revelar nuestra condición de trabajadores/consumidores farmacopornográficos es la condición de posibilidad de toda teoría crítica contemporánea. Si la actual teoría de la feminización del

trabajo esconde el *cumshot*, la eyaculación vídeográfica, detrás de la pantalla de la comunicación cooperante es quizá porque los filósofos de la biopolítica, a diferencia de Houellebecq, prefieren no revelar su calidad de clientes del farmacopornomercado global.

En el primer tomo de *Homo sacer*, Giorgio Agamben retoma el concepto de «vida desnuda» de Walter Benjamin para designar el estatuto biopolítico del sujeto después de Auschwitz, cuyo paradigma serían el interno del campo de concentración o el inmigrante ilegal retenido en un centro de permanencia temporal: ser reducido a existencia física, despojado de todo estatuto jurídico o de ciudadanía (Agamben, 1998). Podríamos añadir a esa noción de vida desnuda la de «vida farmacopornográfica», pues lo propio del cuerpo despojado de todo estatuto legal o político en nuestras sociedades posindustriales es servir como fuente de producción de *potentia gaudendi*. En este sentido, lo que caracterizaría a aquellos que según Agamben se ven reducidos a «vida desnuda» tanto en las sociedades democráticas como en los regímenes fascistas es precisamente poder ser objeto de una explotación farmacopornográfica máxima. Por ello no es de extrañar que códigos similares de representación pornográfica dominen las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib o Guantánamo, la representación erotizada de los adolescentes tailandeses y las páginas de *Hot Magazine*. Todos estos cuerpos funcionan ya, y de manera inagotable, como fuentes carnales y numéricas de capital eyaculante. La distinción aristotélica entre *zoé* y *bíos*, vida animal desprovista de toda intencionalidad frente a vida digna, vida dotada de sentido, de autodeterminación y sustrato del gobierno biopolítico, habría que sustituirla hoy por la distinción entre *raw* y *bio-tech*, entre crudo y biotecnoculturalmente producido; esta última es la condición de la vida en la era farmacopornista. La realidad biotecnológica desprovista de toda condición cívica (el cuerpo del emigrante, del deportado, del colonizado, de la actriz o del actor porno, de la trabajadora sexual, del animal de laboratorio, etc.) es la del *corpus* (ya no *homo) pornograficus*, cuya vida (condición técnica más que puramente biológica), desprovista de derechos de ciudadanía, autor y trabajo, está expuesta a y es construida por aparatos de

autovigilancia, publicitación y mediatización globales. Y todo ello en nuestras democracias posindustriales, no tanto bajo el modelo distópico del campo de concentración o de exterminio, fácilmente denunciable como dispositivo de control, sino formando parte de un *burdel-laboratorio global integrado multimedia*, en el que el control de los flujos y los afectos se lleva a cabo a través de la forma pop de la excitación-frustración.

## *Excitar y controlar*

La transformación progresiva de la cooperación sexual en principal fuerza productiva no podría darse sin el control técnico de la reproducción. De modo que no hay porno sin píldora y sin Viagra. O, inversamente, no hay Viagra ni píldora sin porno. En realidad, el nuevo tipo de producción sexual implica un control detallado y estricto de las fuerzas de reproducción de la especie. No hay pornografía sin una vigilancia y un control farmacopolítico paralelos. A ello se añade la actual industrialización de la reproducción: *in vitro*, inseminación artificial, vigilancia del embarazo, motorización y previsión intencional del parto, etc. Se desmorona así progresivamente la división sexual del trabajo tradicional. El capitalismo farmacopornográfico inaugura una nueva era en la que el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos. El biocapitalismo contemporáneo no produce «nada», excepto la propia especie. A pesar de que estamos acostumbrados a hablar de sociedad de consumo, los objetos que consumimos son el confeti sólido de una producción virtual psicotóxica. Consumimos aire, sueños, identidad, relación, alma. Este nuevo capitalismo farmacopornográfico funciona en realidad gracias a la gestión biomediática de la subjetividad, a través de su control molecular y de producción de conexiones virtuales audiovisuales.

La industria farmacéutica y la industria audiovisual del sexo son los dos pilares sobre los que se apoya el capitalismo contemporáneo, los dos tentáculos de un gigantesco y viscoso

circuito integrado. Controlar la sexualidad de los cuerpos codificados como mujeres y hacer que se corran los cuerpos codificados como hombres; he aquí el que fue el farmacopornoprograma de la segunda mitad del siglo xx. La píldora, el Prozac y el Viagra son a la industria farmacéutica lo que la pornografía, con su gramática de mamada, penetración y *cumshot*, es a la industria cultural: el *jackpot* del biocapitalismo posindustrial.

El cuerpo posmoderno se vuelve al mismo tiempo colectivamente deseable y real gracias a su gestión farmacológica y a su promoción audiovisual. Vivimos en una era toxicoporno. Dos dominios en los que Estados Unidos detenta, por el momento y quizá no por mucho tiempo, la hegemonía mundial. Estas dos fuerzas de creación de capital no dependen de una economía de la producción, sino de una economía de la invención. Como señala Philippe Pignarre, «la industria farmacéutica es uno de los sectores económicos en los que el costo de la investigación y el desarrollo son muy elevados mientras que los costos de fabricación son extremadamente bajos. A diferencia de la industria del automóvil, no hay nada más fácil que reproducir un medicamento, que asegurar su síntesis química masiva, mientras que no hay nada más difícil y costoso que inventarlo» (Pignarre, 2004: 18). Del mismo modo, nada menos costoso que filmar una mamada, una penetración vaginal o anal con una cámara de vídeo. Las drogas, como los orgasmos y los libros, son relativamente fáciles y baratas de fabricar. Lo difícil es su concepción, su distribución y su consumo (Lazzarato, 2002). El biocapitalismo farmacopornográfico no produce cosas. Produce ideas móviles, órganos vivos, símbolos, deseos, reacciones químicas y estados del alma. En biotecnología y en pornocomunicación no hay objeto que producir, se trata de *inventar* un sujeto y producirlo a escala global.

En el biocapitalismo, una enfermedad se manifiesta en el dominio de la realidad como consecuencia de un modelo médico y farmacéutico, como resultado de un soporte técnico e institucional capaz de explicarla discursivamente, de materializarla y tratarla de forma más o menos operativa. Desde un punto de vista farmacopolítico, el tercio de la población africana afectada por el

sida *no está realmente enfermo*. Los miles de seropositivos que mueren cada día en el continente africano son biocuerpos precarios cuya supervivencia no ha sido *todavía* capitalizada por la industria farmacéutica occidental. Para el sistema farmacopornográfico esos cuerpos no están *ni* muertos *ni* vivos. Existen en un estado prefarmacopornográfico, o, lo que es lo mismo, sus vidas no son susceptibles de producir beneficio eyaculante. Son simplemente cuerpos excluidos del régimen tecnobiopolítico. Es posible imaginar el surgimiento de una industria farmacéutica oriental o africana que pudiera abastecer de triterapias o terapias retrovirales similares a bajo costo a todos los países de Asia y África. Igualmente, si no hay programas de investigación farmacológica para conseguir una vacuna de la malaria (cinco millones de muertos anuales en el continente africano) es porque los países que la necesitan no podrán pagarla. Mientras tanto, las multinacionales occidentales se embarcan en costosos programas de producción de Viagra o de nuevos tratamientos contra el cáncer de próstata. Fuera de cálculos de rentabilidad farmacopornográfica, ni las disfunciones eréctiles ni el cáncer de próstata resultan prioritarios en países donde la esperanza de vida del cuerpo humano, atacado por la tuberculosis, la malaria y el sida, no pasa de los cincuenta y cinco años (Kramen y Snyder, 2006).

En el capitalismo farmacopornográfico, el deseo sexual y la enfermedad comparten una misma plataforma de producción y cultivo: no existen sin soportes técnicos, farmacéuticos y mediáticos capaces de materializarlos.

# 3. TESTOGEL©

*Je suis comme toujours dans l'écriture: à la fois*
*le savant et le rat qu'il eventre pour l'étude*.[14]

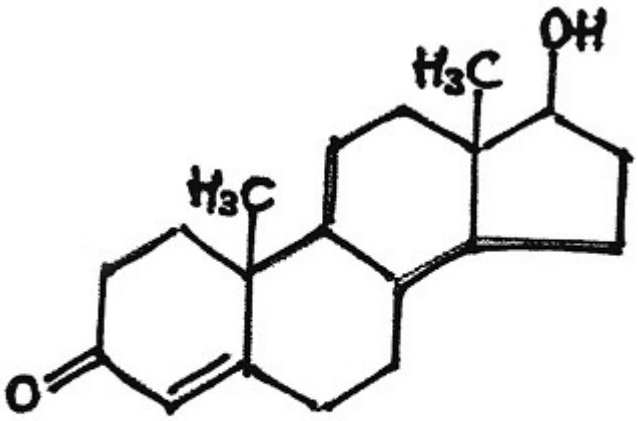
HERVÉ GUIBERT

Varios meses antes de tu muerte, Del, mi maestro *gender hacker*, me regala una caja de treinta sobres de cincuenta miligramos de testosterona en gel que guardo durante mucho tiempo en un bote de cristal como si fueran escarabajos disecados, balas envenenadas extraídas de un cadáver, fetos de una especie desconocida, dientes de vampiro que pueden saltarte al cuello con tan solo mirarlos. En esa época paso los días rodeada de amigos trans. Algunos toman hormonas siguiendo un protocolo de cambio de sexo, otros tse administran hormonas y trafican con ellas sin esperar un cambio de sexo legal y sin pasar por un protocolo psiquiátrico, sin identificarse como «disfóricos de género». Estos últimos se llaman a sí mismos «piratas del género», *gender hackers.* Yo pertenezco a este grupo de usuarios de la testosterona. Somos usuarios copyleft: es decir, consideramos las hormonas sexuales como biocódigos libres y abiertos cuyo uso no debe estar ni regulado por el Estado ni confiscado por las compañías farmacéuticas. Cuando decido tomar mi primera dosis de testosterona no se lo digo a nadie. Como si se tratara de una droga dura, espero a estar sola en casa para probarlo. Espero a que sea de noche. Saco uno de los paquetes del bote de cristal y vuelvo a cerrarlo para asegurarme de que hoy y por primera vez consumiré una sola y única dosis. Apenas he empezado y ya me comporto como un adicto a una sustancia ilícita. Me escondo, me vigilo, me censuro, me contengo. Al día siguiente, casi

a la misma hora de la noche, me administro la segunda dosis de cincuenta miligramos. El tercer día, la tercera dosis. Durante esos días y noches escribo el texto que acompañará al último libro de fotografías de Del. No hablo con nadie, solo escribo. Como si la escritura pudiera ser el único testigo fiable de ese proceso. Todos los demás van a traicionarme. Sé que van a juzgarme por tomar testosterona, los unos porque me voy a volver un hombre entre los hombres, porque estaba bien cuando era una chica, los otros por tomar testosterona fuera de un protocolo médico, por no querer tomar testosterona para volverme un hombre, por hacer de la testosterona una droga dura como cualquier otra, por darle mala prensa a la testosterona ahora que la legislación comenzaba a integrar a los transexuales, a garantizar que las dosis y las operaciones fueran pagadas por la seguridad social.

La escritura es el lugar en el que habita mi adicción secreta y, al mismo tiempo, el escenario en el que mi adicción sella un pacto con la multitud. La cuarta noche no duermo. Estoy lúcida, enérgica, despierta, como la primera noche que follé con una chica cuando era una niña. A las cuatro de la mañana sigo escribiendo sin un ápice de cansancio. Sentada frente al ordenador, siento los músculos de la espalda inervados por un cable cibernético que crece desde el suelo de la ciudad y sale por mi cabeza hasta engancharse a los planetas más alejados de la Tierra. A las seis de la mañana, después de haber pasado diez horas sin apenas moverme de la silla, bebiendo solo agua, me levanto y salgo a dar una vuelta por la ciudad con Justine, la perra. Creo que es la primera vez que salgo de mi casa a las seis de la mañana sin tener ningún motivo preciso en un día de otoño. La bulldog está perpleja, no le gusta salir tan pronto, pero me sigue. Necesito respirar el aire de la ciudad, salir del espacio doméstico, caminar por la ciudad como si estuviera andando por el salón de mi casa. Bajo la rue de Belleville hasta el mercado chino, los basureros africanos construyen diques con alfombras de paño para desviar el agua de las alcantarillas. Espero a que abran el Folies, me tomo un café, devoro dos croissants y vuelvo a subir la calle. Llego a casa sudando. Noto por primera vez que mi sudor ha cambiado. Me

tumbo en el sofá, enciendo la tele, l-Télé, solo noticias, y, por primera vez en tres días, me duermo profundamente junto a Justine, inundada en ese sudor testosteronado.




ESTRUCTURA QUÍMICA de la TESTOSTERONA

*ChuTe*

La testosterona que me administro lleva el nombre farmacológico de Testogel. Ha sido producida por los laboratorios Besins en Montrouge, Francia. Esta es la descripción técnica del fármaco:

> TESTOGEL© 50 mg es un gel transparente o ligeramente opalescente e incoloro que se presenta en sobres de 5 g. Contiene testosterona, una hormona masculina que se produce de forma natural en el organismo. Este medicamento es un tratamiento hormonal. Está indicado en los trastornos relacionados con un déficit de testosterona. Antes de iniciar el tratamiento con TESTOGEL©, debe demostrarse claramente el déficit de testosterona por signos clínicos (regresión de los caracteres sexuales secundarios, modificación de la constitución corporal, astenia, disminución de la libido, disfunción eréctil, etc.). Este medicamento se ha prescrito para su uso personal y no debe pasarlo a otras personas.
>
> Advertencia especial: TESTOGEL© no debe ser utilizado por las mujeres.
>
> Tenga especial cuidado con TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres: Posible transferencia de testosterona.
>
> Si no se toman precauciones, se puede producir una transferencia de

testosterona de una a otra persona mediante el contacto cutáneo estrecho y relativamente prolongado con la zona de aplicación del gel. Esta transferencia se puede evitar cubriendo la zona de aplicación con la ropa o duchándose antes del contacto.

Por tanto, se recomienda tomar las siguientes precauciones: Lavarse las manos con agua y jabón tras la aplicación del gel. Cubrir la zona de aplicación con ropa una vez que el gel se haya secado.

Ducharse antes de que se produzca un contacto íntimo.

Para las personas no tratadas con TESTOGEL© 50 mg:

En caso de contacto con la zona de aplicación no lavada ni cubierta con ropa, lavar inmediatamente con agua y jabón la superficie cutánea sobre la que se ha podido producir una transferencia de testosterona.

Consulte con su médico si aparecen signos como acné o modificación del vello corporal.

Es preferible que se respete un intervalo de al menos seis horas entre la aplicación del gel y la ducha o el baño. Sin embargo, un baño o una ducha ocasional entre una hora y seis horas tras la aplicación del gel no debe influir de manera notable en el desarrollo del tratamiento.

Para garantizar la seguridad de la pareja femenina, se aconseja al paciente, por ejemplo, dejar un intervalo prolongado entre la aplicación y el período de contacto, llevar una camiseta que cubra los lugares de aplicación durante el período de contacto o ducharse antes de mantener relaciones sexuales.

Leo este prospecto de Testogel consciente de enfrentarme a un manual de microfascismo y, al mismo tiempo, inquieta por los efectos directos o secundarios de la molécula sobre mi cuerpo. El laboratorio presupone que el usuario de testosterona es un «hombre» que no produce naturalmente una cantidad suficiente de andrógenos y, por supuesto, que es heterosexual (las advertencias de la transferencia de la testosterona a través de la piel se dirigen a su supuesta pareja femenina). Pero ¿esta noción de hombre hace referencia a una definición cromosómica (XY), genital (que posee pene y testículos bien diferenciados) o legal (que la mención «hombre» figura en su carné de identidad)? Si la administración de testosterona sintética está indicada en casos de deficiencia de testosterona, ¿cuándo y bajo qué criterios es posible afirmar que un cuerpo es deficitario? ¿Son mis signos clínicos concluyentes de una falta de testosterona? ¿Acaso no es verdad que mi barba no se ha desarrollado, que mi clítoris no depasa el centímetro y medio? ¿Y

cuál sería la talla ideal de un clítoris y su grado de erectibilidad? ¿Y los signos políticos?, ¿Cómo medir los signos políticos? En cualquier caso, es necesario dejar de afirmarse como mujer para poder obtener una dosis de testosterona sintética legalmente. Antes de que se manifiesten los efectos de la testosterona en mi cuerpo, la condición de posibilidad para administrarse esta molécula es haber renunciado a mi identidad femenina. Excelente tautología política. La masculinidad y la feminidad son como la depresión o la esquizofrenia, ficciones médicas definidas únicamente de forma retroactiva con respecto a la molécula con la que se tratan.

La categoría de la depresión no existe sin la molécula sintética de serotonina, del mismo modo que la masculinidad clínica no existe sin la testosterona sintética.

Decido conservar mi identidad jurídica de mujer y tomar testosterona sin entrar en un protocolo de cambio de sexo. Esto es un poco como morderle la polla al régimen farmacopornográfico. Esta posición es, por supuesto, un lujo político. De momento puedo permitírmelo porque no tengo que salir a buscar trabajo, porque vivo en una ciudad de más de ocho millones de habitantes, porque soy blanca, porque no espero ser funcionaria. Mi decisión no entra en conflicto con la posición de todos aquellos transexuales que han decidido firmar un contrato de cambio de sexo con el Estado para acceder simultáneamente a la molécula y a la identidad legal masculina.[15] En realidad, mi gesto carecería de fuerza si no fuera por la armada de transexuales silenciosos que no pueden permitirse el lujo de prescindir de la molécula, ni del protocolo, ni del cambio de identidad jurídica. Ellos y yo estamos unidos por litros invisibles de gel: sin ellos todo esto carecería de sentido.

MEDICAMENTO RESERVADO PARA EL VARÓN ADULTO.

La dosis recomendada es de 5 g de gel (es decir, 50 mg de testosterona) aplicados una vez al día, aproximadamente a la misma hora y preferentemente por la mañana. El médico ajustará la dosis diaria en función de cada paciente, sin sobrepasar los 10 g de gel al día. El producto simplemente debe esparcirse con suavidad sobre piel limpia, seca y sana, formando una capa fina sobre ambos hombros, ambos brazos o el abdomen. Tras abrir el sobre, debe extraerse todo su contenido y aplicarse de inmediato sobre la piel. Dejar secar

al menos 3-5 minutos antes de vestirse. Lavarse las manos con agua y jabón tras la aplicación. No se debe aplicar sobre la zona genital (pene y testículos) porque el alto contenido de alcohol puede producir irritación local.

SIGA EXACTAMENTE LAS INSTRUCCIONES DE SU MÉDICO PARA APLICARSE TESTOGEL©.

Si usted usa más TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres, del que debiera:
Consulte a su médico.

El prospecto no menciona la prescripción en caso de terapia hormonal de cambio de sexo. Indudablemente, en ese caso las dosis serían distintas. La única mención a la posible adicción a la testosterona es esta discreta referencia, «si usted usa más TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres, del que debiera: Consulte a su médico.» Enumero en mi cabeza a todos mis amigos que consumen más de veinte miligramos al día: H. J., P. P., R. Z., F. U., K. B., B. S., la lista podría ser interminable. No podré decir que no lo sabía.

Si olvidó usar TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres:
No use una dosis doble para compensar la dosis olvidada.

POSIBLES EFECTOS ADVERSOS CON TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres:

Al igual que todos los medicamentos, TESTOGEL© 50 mg, gel en sobres, puede tener efectos adversos: a veces pueden observarse en la zona de aplicación reacciones cutáneas como irritación, acné y piel seca. TESTOGEL© puede provocar dolor de cabeza, caída del cabello, aparición de tensión mamaria con o sin dolor, alteraciones de la próstata, diarrea, vértigo, hipertensión arterial, alteraciones del estado de ánimo, alteraciones de las cifras de laboratorio (aumento del número de glóbulos rojos de la sangre, de los lípidos), hipersensibilidad cutánea y picores. Se han observado otras reacciones adversas durante el tratamiento con testosterona por vía oral o inyectable: hipertrofia prostática (aumento benigno de la glándula prostática) y progresión de un cáncer de próstata subclínico, prurito (picor) en todo el cuerpo, enrojecimiento en cara y cuello, náuseas, ictericia (coloración amarilla de la piel y las mucosas), aumento de la libido (deseo sexual), depresión, nerviosismo, dolor muscular, alteraciones del equilibrio electrolítico (contenido de sales en sangre), oligospermia (disminución del número de espermatozoides) y erecciones frecuentes o prolongadas.

Ciertos signos clínicos como irritabilidad, nerviosismo, aumento de peso, erecciones demasiado frecuentes o persistentes pueden indicar un efecto demasiado potente del producto: comuníqueselo a su médico, que ajustará la dosis diaria de TESTOGEL©.

Deportistas y mujeres: Se advierte a los deportistas y a las mujeres que esta

especialidad contiene un principio activo (testosterona) susceptible de producir un resultado positivo en un control de dopaje.

¿Deportistas *y* mujeres? ¿Debo percibir aquí un silogismo oculto según el cual todos los deportistas son hombres, o bien se trata de que las mujeres, aunque practiquen deportes, son siempre más mujeres que deportistas? Es un modo de trazar una frontera política al consumo de testosterona. En definitiva: advertir a deportistas y mujeres de que el uso de testosterona puede ser considerado como administración ilegal de una sustancia estimulante. Fuera de la ley. Para las mujeres, deportistas o no, tomar testosterona es una forma de dopaje.

Guarde este prospecto. Es posible que necesite volver a leerlo.

La lista de efectos paralelos y derivados podría ser larga, pero pongo un límite a la paranoia cultural y guardo el prospecto en la carpeta destinada a ese efecto: «T. Investigación». Seguramente necesite volver a leerlo.

El Testogel, dice el prospecto médico, no debe pasarse a nadie al que no se le haya prescrito (por ejemplo como Del me lo ha pasado a mí, como yo se lo he pasado a King E., como King E. se lo ha pasado a V. King, etc.), algo que es habitual en la mayoría de los fármacos antibióticos, antivirales, corticoides, etc. Pero, en el caso de la testosterona, el control del «paso de la sustancia» parece más complicado, no solo porque puede haber tráfico y consumo sin prescripción médica, sino también porque la testosterona aplicada a un cuerpo puede «pasar» a otro de forma imperceptible a través de la piel. La testosterona es una de las pocas drogas que se difunden a través del sudor, de piel a piel, de cuerpo a cuerpo.

¿Cómo controlar el tráfico, como vigilar la microdifusión de finísimas gotas de sudor, la exportación y la importación de vapores, el contrabando de exhalaciones, cómo prevenir el contacto entre vahos cristalinos, cómo controlar al diablo transparente que se desliza desde otra piel a mi piel?

*Cita con T*.

París, 25 de noviembre de 2005. Espero a que sean de nuevo las diez de la noche para aplicarme otra dosis de Testogel. Me he dado una ducha para no tener que lavarme tras la aplicación. He preparado una camisa azul de obrero, una corbata y un pantalón negros para salir después a caminar con Justine. No he sentido ningún cambio desde ayer. Esperar a que lleguen los efectos de esta droga sin saber exactamente cuáles serán ni cómo ni cuándo se manifestarán. Paso las dos últimas horas en Skype, hablando con Del, eligiendo las fotografías que serán publicadas en su nuevo libro. Mis imágenes preferidas son aquellas que han sido tomadas en lugares públicos, como la serie de fotografías de la fiesta SM en el Scott's Bar de principios de los ochenta. En un baño con paredes recubiertas de paneles de madera se dan cita tres cuerpos: dos lesbianas vestidas se ocupan de un tercer cuerpo medio desnudo. Con una paleta de cuero negro azotan una espalda entregada que se inclina sobre la puerta de un retrete con la camisa de cuadros enrollada en torno al cuello y unos Levi's 501 a la altura de las rodillas. En esta serie de fotografías del Scott's Bar, el objetivo parece cambiar de interés, aproximarse o alejarse de la piel, de los objetos, buscar o esquivar las miradas, mostrar o encubrir los afectos. Una de las fotografías de esta serie deja de lado la escena principal y toma como centro de atención el suelo: los baldosines dibujan figuras geométricas, como si el Scott's fuera una catedral lésbica y aquellos dibujos, secretos laberintos de un Chartres sáfico que indicaran el camino hacia un placer nunca antes experimentado. Luego la cámara vuelve hacia los cuerpos. En segundo plano, una *butch* y una *femme* desnudas buscan entre las camisas colgadas en un ropero improvisado. En primer plano Bill, una encarnación excelsa de la *butch*: pelo corto, rock, estilo años cincuenta, rostro impecablemente blanco, cigarrillo inclinado ligeramente hacia el lado izquierdo, una pequeña medalla al cuello que el grano denso de la fotografía en blanco y negro no deja reconocer en detalle, una cazadora Perfecto negra sobre un torso desnudo, nada debajo, solo un *jockstrap* blanco en el que destaca el bulto de un *packing* y un

cinturón negro con tachuelas metálicas del que cuelga un manojo de llaves múltiples y brillantes. A su izquierda, una *butch* menuda apoya su cráneo rapado en un extintor. Hablamos solo de las fotos. Aunque es Del el que me ha regalado los sobres de Testogel, no le digo que cuelgo para aplicarme una dosis. Le digo solamente que tengo que colgar. Me retiene aún unos minutos más, me adula, y llego tarde a mi cita de las diez con T. Un minuto después ya ha sucedido: he abierto el paquete plateado y el gel frío y transparente ya ha desaparecido bajo la piel de mis brazos. Queda solo un frescor de menta que tira de mis hombros hacia el cielo.

No hay ninguna droga tan pura como la testosterona en gel. No tiene olor alguno. Sin embargo, un día después de la administración, mi sudor se hace más ácido y más dulzón. Emana de mí un olor a muñeco de plástico calentado al sol o de licor de manzana olvidado en el fondo de un vaso. Es mi cuerpo el que reacciona a la molécula. La testosterona no tiene sabor. No tiene color. No deja huella. La molécula de testosterona se disuelve en la piel como un fantasma atraviesa un muro. Entra sin llamar. Penetra sin marcar. No es necesario ni fumarla, ni esnifarla, ni inyectarla, ni tan siquiera tragarla. Me basta con acercármela a la piel, y así, por simple vecindad con el cuerpo, desaparece para diluirse en la sangre.

# 4. HISTORIA DE LA TECNOSEXUALIDAD

Pensando en las transformaciones de la sociedad europea de finales del siglo XVIII, Foucault describe el paso de lo que él llama una «sociedad soberana» a una «sociedad disciplinaria» como el desplazamiento de una forma de poder que decide y ritualiza la muerte a una nueva forma de poder que calcula técnicamente la vida en términos de población, salud e interés nacional. Foucault llama «biopoder» a esta nueva forma de poder productor, difuso y tentacular. El poder desborda así el dominio de lo jurídico, del ámbito punitivo, para volverse una fuerza que penetra y constituye el cuerpo del individuo moderno (Foucault, 1992: 156). Este poder ya no se comporta como una ley coercitiva, como un mandato negativo, sino que, más versátil y acogedor, adquiere la forma de una tecnología política general, metamorfoseándose en arquitecturas disciplinarias (prisión, cuartel, escuela, hospital, etc.), textos científicos, tablas estadísticas, cálculos demográficos, modos de empleo, recomendaciones de uso, calendarios de regulación de vida y proyectos de higiene pública. Foucault intuye la centralidad del sexo y de la sexualidad en el moderno arte de gobernar la vida: los procesos de histerización del cuerpo femenino, la pedagogía del sexo del niño, la regulación de las conductas de procreación y la psiquiatrización de los placeres perversos serán para Foucault los ejes de este proyecto, al que caracteriza, no sin ironía, como un proceso de modernización de la sexualidad (Foucault, 1977).

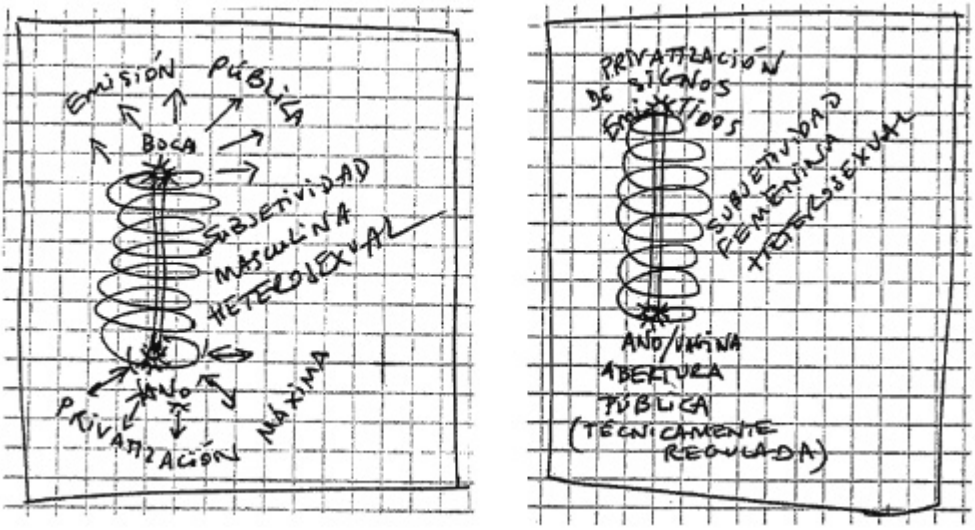
He denominado *sexopolítica* (Preciado, 2002b: 17-25), siguiendo las intuiciones de Michel Foucault, Monique Wittig y Judith Butler, a una de las formas dominantes de esta acción biopolítica que emergen con el capitalismo disciplinario. El *sexo*, su verdad, su visibilidad, sus formas de exteriorización, la *sexualidad*, los modos normales y patológicos del placer, y la *raza*, su pureza o su

degeneración, son tres potentes ficciones somáticas que obsesionan al mundo occidental a partir del siglo XIX hasta constituir el horizonte de toda acción teórica, científica y política contemporánea. Son ficciones somáticas no porque no tengan realidad material, sino porque su existencia depende de lo que Judith Butler ha denominado «la repetición performativa» (Butler, 2001a: 160-176, y 2002) de procesos de construcción política.

En el interior de las formas de producción y control disciplinario, la sexopolítica se desmarca como uno de los modos dominantes de la acción biopolítica a finales del siglo XIX. El sexo entra a formar parte de los cálculos del poder, de modo que el discurso sobre la masculinidad y la feminidad y las técnicas de normalización de las identidades sexuales se transforman en agentes de control y modelización de la vida: en 1868 se inventan las identidades sexuales y su clasificación taxonómica y psicopatológica; Krafft-Ebing elabora una enciclopedia de las sexualidades normales y perversas; estas identidades sexuales se vuelven por primera vez objeto de vigilancia y represión jurídica (Krafft-Ebing, 1955); las leyes de criminalización de la sodomía se extienden en Europa a finales del siglo XIX; se codifica visualmente la «diferencia sexual» como verdad anatómica, se conciben como entidades anatómicas las trompas de Falopio, las glándulas de Bartolino y el clítoris; una de las diferencias políticas constitutivas de Occidente (ser hombre o mujer) se resuelve en una banal ecuación: tener o no tener un pene de un centímetro y medio en el momento del nacimiento; se llevan a cabo los primeros experimentos de inseminación artificial en animales; se interviene con la ayuda de instrumentos mecánicos sobre la producción del placer femenino; mientras por un lado se prohíbe y se controla la masturbación, por el otro se medicaliza el orgasmo femenino entendido como crisis histérica; se mecaniza y domestica el orgasmo masculino a través de una incipiente codificación pornográfica... La maquinaria está lista, el cuerpo, dócil o rabioso, preparado.

Podríamos denominar «Imperio sexual» (sexualizando la casta expresión de Hardt y Negri [2000]) a este sistema de construcción biopolítica que toma como centro somático de invención y control de

la subjetividad el «sexo» del individuo moderno. La sexopolítica disciplinaria occidental de finales del siglo XIX y buena parte del XX no puede reducirse a una regulación de las condiciones de reproducción de la vida, ni a los procesos biológicos que «conciernen a la población». El cuerpo heterosexual, uno de los artefactos con más éxito gubernamental de la sexopolítica decimonónica, es el producto de una división del trabajo de la carne según la cual cada órgano se define con respecto a su función, tanto reproductora como productora de masculinidad o feminidad, de normalidad o de perversión. Una sexualidad implica una territorialización precisa de la boca, de la vagina, de la mano, del pene, del ano, de la piel. De este modo, el *pensamiento straight* –por retomar la expresión que Monique Wittig (2005) elabora en los años ochenta para hablar de la heterosexualidad no como una práctica sexual sino como un régimen político– asegura la relación estructural entre la producción de la identidad de género y la producción de ciertos órganos (en detrimento de otros) como órganos sexuales y reproductivos. Buena parte de este trabajo disciplinario consistirá en extraer el ano de los circuitos de producción de placer. Deleuze y Guattari: el ano es el primer órgano privatizado, colocado fuera del campo social, aquel que sirvió como modelo de toda posterior privatización, al mismo tiempo que el dinero expresaba el nuevo estado de abstracción de flujos (Deleuze y Guattari, 1985: 148). El ano, como centro de producción de placer (en este sentido próximo de la boca o de la mano, órganos que serán también fuertemente controlados por la regulación sexopolítica decimonónica antimasturbación y antihomosexualidad), no tiene género, no es ni masculino ni femenino, produce un cortocircuito en la división sexual, es un centro de pasividad primordial, lugar abyecto por excelencia próximo del detritus y de la mierda, agujero negro universal por el que se cuelan los géneros, los sexos, las identidades, el capital. Occidente dibuja un tubo con dos orificios, una boca emisora de signos públicos y un ano impenetrable, y enrolla en torno a estos una subjetividad masculina y heterosexual que adquiere estatus de cuerpo social privilegiado.




Hasta el siglo XVII, coincidiendo con un régimen soberano de sexualidad, la epistemología sexual está dominada por lo que el historiador Thomas Laqueur llama «un sistema de semejanzas» que permite leer la anatomía sexual femenina como una variación débil, interiorizada y degenerada del único sexo que tiene existencia ontológica: el sexo masculino (Laqueur, 1994). Los ovarios son entendidos como testículos interiorizados, y la vagina como un pene invertido que sirve de receptáculo, según una metáfora de inseminación agrícola, al sexo masculino. El aborto y el infanticidio son prácticas corrientes no reguladas por entidades estatales, sino por los diferentes poderes economicopolíticos a los que el cuerpo gestante se encuentra atado en cada caso (tribu, casa feudal, *pater familias*, etc.). Se trata, podríamos decir siguiendo a Laqueur, de un modelo monosexual (masculino) del que surgen dos expresiones sociales y políticas jerárquicamente diferenciadas: «el hombre», canon de lo humano, y «la mujer», receptáculo reproductivo. Aquí la asignación del sexo depende no solo de la morfología exterior de los órganos sexuales, sino, y sobre todo, de la capacidad reproductiva y del rol social. Así, por ejemplo, una mujer barbuda que es capaz de gestar y amamantar a su hijo, con independencia de la forma y talla de su vulva y su clítoris, será considerada mujer. De algún modo podríamos pensar en estas configuraciones somatopolíticas como

«monosexuales» (siguiendo a Laqueur) o incluso como presexuales, puesto que en ellas el sexo y la sexualidad (pensemos que incluso el término «sexualidad» no será inventado hasta 1880) no parecen constituir determinaciones políticas que superen las asignaciones de esclavo y hombre libre, de ciudadano o meteco, de señor o siervo. No quiere decir que no hubiera diferencias entre masculinidad y feminidad, o entre diferentes modos de producir placer sexual, sino que estas no determinaban aún cristalizaciones de la subjetividad política.

A partir del siglo XVIII, la epistemología visual que rige la sexopolítica moderna, si seguimos el análisis de Laqueur, depende de un «sistema de oposiciones» y ya no de semejanzas. Se dibuja así una nueva anatomía sexual en la que el sexo femenino ya no es una inversión o una interiorización del sexo masculino, sino un sexo enteramente diferente cuyas formas y funciones responden a una lógica propia. Laqueur llega a afirmar que en el despertar de la modernidad y del capitalismo es preciso inventar una estética de la diferencia sexual porque la jerarquía política entre hombres y mujeres comienza a ser cuestionada. De este modo, la nueva verdad anatómica viene a operar aquí como legitimación de la organización política de lo social.

Este régimen sexopolítico se abre con la invención del sujeto sexual a través de la patologización de la masturbación (Laqueur, 2003). Esta sociedad, que es más la de mis abuelos que la de mis padres, más la de mis padres que la mía, será una sociedad dominada por la diferencia sexual y por la producción del individuo como poseedor de una identidad y de una (y única) verdad sexual. El punto culminante de estas tecnologías rígidas y pesadas de producción de identidad sexual se alcanzará en torno a 1868, momento de la patologización de la homosexualidad y de la normalización burguesa de la heterosexualidad. El producto del cuerpo reproductor pertenece al *pater familias* y por extensión al Estado y a Dios; por tanto, el aborto y el infanticidio posparto, aunque prácticas corrientes, están muy vigilados y son severamente castigados por la ley.

Dentro de este sistema de reconocimiento, la divergencia corporal

frente a la norma (forma y talla de los órganos sexuales, vello facial, forma y talla de los senos) es considerada como monstruosidad, violación de las leyes de la naturaleza, o perversión, violación de las leyes morales. Junto con la elevación de la diferencia sexual a categoría no solo natural sino trascendental (como si estuviera más allá de todo contexto histórico o cultural), aparecen también las diferencias oposicionales entre homosexualidad y heterosexualidad, entre sadismo, masoquismo y pedofilia, entre normalidad y perversión. Aquello que hasta ahora eran simples prácticas sexuales se transforma en identidades y en condiciones políticas que deben ser estudiadas, repertoriadas, perseguidas, castigadas, curadas. Se inventan así el niño masturbador y el monstruo sexual. Cada cuerpo, nos dice Foucault, se vuelve un «individuo que es necesario corregir» (Foucault, 1999: 53). La mujer barbuda, bajo esta nueva mirada epistemosexual, se convierte en objeto de observación científica o de espectáculo circense. Este doble movimiento, vigilancia medicojurídica y espectacularización mediática, exacerbado a través de técnicas informáticas y digitales de visión y difusión de información, será una de las características del régimen farmacopornográfico que comienza su expansión a mediados del siglo XX.

Los dispositivos sexopolíticos disciplinarios que acompañan a esta nueva estética de la diferencia sexual y de las identidades sexuales son técnicas mecánicas, semióticas y arquitectónicas de naturalización del sexo. Se agrupan aquí atlas de anatomía sexual, tratados de maximización de los recursos naturales en función del crecimiento de la población, textos jurídicos sobre la penalización del travestismo o de la sodomía, esposas que atan la mano de la niña masturbadora a la cama, hierros que separan las piernas de la joven histérica, películas de plata sobre las que se inscriben las imágenes fotográficas del ano dilatado del homosexual pasivo, camisas de fuerza que sujetan el cuerpo indomable de la mujer masculina...[16] Nos encontramos frente a sistemas duros y externos de producción de la subjetividad. Se trata de ortopedias políticas, de exoesqueletos disciplinarios. Estos dispositivos de producción de la subjetividad sexual toman la forma de arquitecturas exteriores al

cuerpo. El modelo de estas técnicas de subjetivación, siguiendo a Foucault, podría ser la arquitectura de la prisión (y en particular el panóptico), del asilo o de la caserna. Si pensamos en dispositivos de subjetivación sexopolítica, habría que hablar más bien de la expansión tentacular de la arquitectura doméstica, de la división privadopúblico, pero también de los dispositivos ginecológicos y la invención de la ortopedia sexual (el corsé, el *speculum*, el vibrador médico) y de nuevas técnicas mediáticas de control y representación (fotografía, cine, pornografía incipiente), del desarrollo de las técnicas psicológicas de introspección y confesión, de la gestión del comercio sexual, paralela al control doméstico heterosexual, a través de los burdeles metropolitanos o de los burdeles coloniales (véanse dos ejemplos de crítica de la estructura colonial de la prostitución europea: Taraud, 2003 y 2006: 97100; White, 1990).

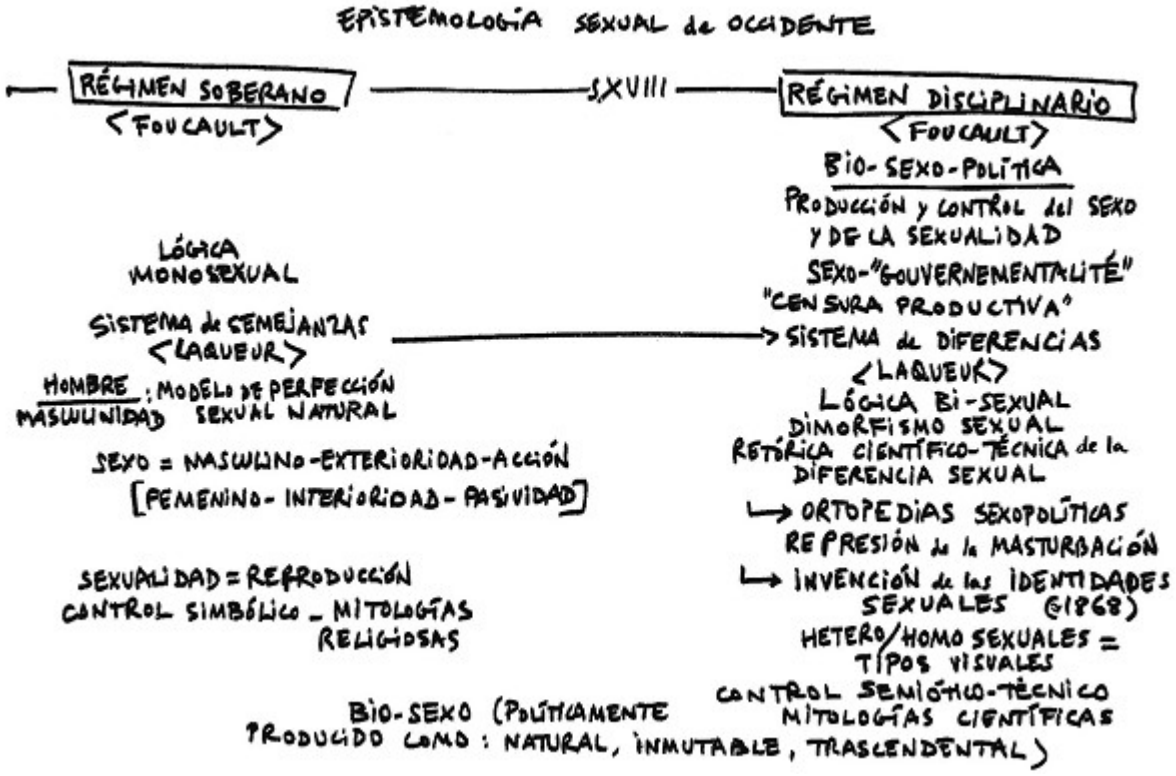
Si es verdad que hasta aquí el análisis de Foucault (apuntalado por las cuñas documentales de Laqueur), aunque histórica y cronológicamente inexacto, parece críticamente agudo, no es menos cierto que esta perspicacia se hace menos intensa a medida que su análisis se aproxima a las sociedades contemporáneas. Foucault parece pasar por alto un conjunto de transformaciones profundas de las tecnologías de producción de subjetividad que se suceden a partir de la Segunda Guerra Mundial y que nos obligan a conceptualizar un tercer régimen de subjetivación, un tercer sistema de saber-poder, ni soberano ni disciplinario, ni premoderno ni moderno, un régimen que tome en consideración el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en la construcción de la subjetividad. Deleuze y Guattari, en el postscriptum de *Mil mesetas*, inspirándose en William S. Burroughs, llaman «sociedad de control» a este «nuevo monstruo» de la organización de lo social que deriva de este control biopolítico (Deleuze y Guattari, 1994). Yo prefiero denominarla, leyendo a Burroughs con Bukowski, «sociedad farmacopornográfica»: chute y eyaculación políticamente programados. He aquí las dos divisas de este nuevo control sexomicroinformático.

El contexto somatopolítico (de producción tecnopolítica del

cuerpo) posterior a la Segunda Guerra Mundial parece estar dominado por un conjunto de nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, cirugía, endocrinología, etc.) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética, etc.) que infiltran y penetran la vida cotidiana como nunca lo habían hecho antes. Se trata de tecnologías biomoleculares, digitales y de transmisión de información a alta velocidad: es la era de las tecnologías blandas, ligeras, viscosas, de las tecnologías gelatinosas, inyectables, aspirables, incorporables –la testosterona que yo me administro, por ejemplo, pertenece a este tipo de tecnologías blandas–. Nos encontramos ante lo que podríamos llamar, con Zygmunt Bauman, una forma sofisticada de control «líquido» (Bauman, 2000).

Si en la sociedad disciplinar las tecnologías de subjetivación controlaban el cuerpo desde el exterior como un aparato ortoarquitectónico externo, en la sociedad farmacopornográfica las tecnologías entran a formar parte del cuerpo, se diluyen en él, se convierten en cuerpo. Aquí la relación cuerpo-poder se vuelve tautológica: la tecnopolítica toma la forma del cuerpo, se incorpora. Un primer signo de transformación del régimen de somatopoder a mediados del siglo xx será la electrificación, digitalización y molecularización de estos dispositivos de control y producción de la diferencia sexual y de las identidades sexuales. Poco a poco, los mecanismos ortopédico-sexuales y arquitectónicos disciplinarios se ven absorbidos por técnicas microinformáticas, farmacológicas y audiovisuales ligeras y de transmisión rápida. Si en la sociedad disciplinaria la arquitectura y la ortopedia sirven como modelos para entender la relación cuerpo-poder, en la sociedad farmacopornográfica el modelo de acción sobre el cuerpo es la microprostética: el poder actúa a través de una molécula que viene a formar parte de nuestro sistema inmunitario, de la silicona que toma la forma de senos, de un neurotransmisor que modifica nuestro modo de percibir y actuar, de una hormona y su acción sistémica sobre el hambre, el sueño, la excitación sexual, la agresividad o la descodificación social de nuestra feminidad y masculinidad. Asistiremos así progresivamente a la miniaturización, internalización e introversión (movimiento de torsión hacia el interior,

hacia el espacio considerado como íntimo, privado) reflexiva de los dispositivos de vigilancia y de control propios del régimen sexopolítico disciplinario. Lo propio de estas nuevas tecnologías blandas de microcontrol es tomar la forma del cuerpo que controlan, transformarse en cuerpo hasta volverse inseparables e indistinguibles de él, devenir subjetividad. Aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que está habitado por ellos, su estructura biomolecular y orgánica es el último resorte de estos sistemas de control. Horror y exaltación de la potencia política del cuerpo.



# RÉGIMEN FARMACOPORNOGRÁFICO

[DELEUZE & GUATTARI: "SOCIEDAD de CONTROL" < BURROUGHS>]

ERA NUCLEAR — MEDIO AMBIENTE TÓXICO

CUERPO PRÓTESIS POLÍTICO-TÉCNICA [HARAWAY: CYBORG]

↳ TECNOLOGÍAS BLANDAS y MICROPOLÍTICAS DE CONTROL Y PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

↳ LÓGICA POLI-SEXUAL: SISTEMA de SEMEJANZAS y DIFERENCIAS SINTÉTICAS

↳ INVENCIÓN de la CATEGORÍA de GÉNERO <J. MONEY 1947>

NUEVA RETÓRICA CIENTÍFICO-TÉCNICA

DESPLAZAMIENTO de la CATEGORÍA de SEXO

NUEVA DISTINCIÓN: BIO≠TECNO

SINTÉTICO
MALEABLE
PERFORMATIVO
<BUTLER>
CÓDIGO CULTURAL

↳ SEPARACIÓN TÉCNICA SEXUALIDAD ≠ REPRODUCCIÓN (ERA POST-SEXUAL) INVENCIÓN de la PÍLDORA

↳ NUEVOS CÓDIGOS VISUALES PORNOGRÁFICOS
PRODUCCIÓN, CIRCULACIÓN RÁPIDA de la IMAGEN
NUEVOS SOPORTES DIGITALES

PRODUCCIÓN FARMACOPORNOGRÁFICA de la SUBJETIVIDAD

## 5. EL CUERPO DE V. D. ENTRA A FORMAR PARTE DEL CONTEXTO EXPERIMENTAL

Yo la había visto dos veces antes de tu muerte, aunque nunca contigo. La primera cuando estrenaron *Baise moi (Fóllame)*; la segunda, cinco años después, cinco días antes de tu muerte, el 27 de septiembre de 2005, en el concierto de Lydia Lunch en París, en Le Divan du Monde. Y es mi cuerpo como entidad prostética del poder, como plataforma microexcitable de resistencia, el que se enamora. Sucede de este modo.

Primavera de 2000. Bajo la presión de una asociación de extrema derecha, el Consejo de Estado del Gobierno socialista decide retirar el visado de explotación en cines de la película *Fóllame*. Una república de censores aterrados de su propia adicción pornográfica y de la posible visibilidad de sus pollas flácidas atacan la película para decir, cabrones de mierda, «no a la pornografía», e impiden su difusión en salas, y la prohíben en todos los cines, y la reducen al DVD; la sacan del ámbito público para encerrarla en el consumo doméstico, para evitar que los niños y las niñas del futuro aprendan que si te la meten sin consentimiento puedes coger una pistola y abrirle al que lo ha hecho un boquete que va desde su ano hasta su cerebro de heterogallito abusivo. En realidad dicen «no» al único feminismo que podría salvarnos, al feminismo que podría desplazarlos de sus hegemonías farmacopornocráticas. Voy al MK2 de Odéon, en París, donde un pequeño comité de apoyo, creado por Catherine Breillat, espera a las directoras. En esa época trabajo con varios grupos de lesbianas rebeldes, de maricas que están hasta el culo del gueto gay y del dólar rosa, de trans que no aguantan los protocolos médicos. Es el principio de las políticas *queer* en Europa, y, como todo principio, está acompañado de una euforia alegre e

inocente. Durante meses me dedico a tiempo completo a organizar lo que entonces yo creo será una revolución pansexual inminente: la disolución de la identidad sexual en una multiplicidad de deseos, prácticas y estéticas, la invención de nuevas sensibilidades, nuevas formas de vida colectiva..., todo eso me parece entonces posible, real, inevitable. Unos cuantos activistas *queer* nos reunimos en mi casa, rue Jean-Pierre Timbaud, y hacemos unos folletos, doscientas fotocopias, no hay pasta para más. La idea es barrer la fuerza pornopolítica de la película para la parroquia *queer*, no porque las dos protagonistas sean lesbianas o alguna banalidad de ese tipo, sino porque se lo cargan todo, porque son dos tías francoárabes que liquidan a una tropa de blancos mientras se follan a todos los chicos guapos que se encuentran. Eso sí, el hecho de que estén las dos superbuenas ayuda a la causa *queer*. Me siento un poco absurda cuando veo a V. D. por primera vez a la salida del cine. Tengo las manos llenas de fotocopias, así que solo puedo darle una mientras la felicito. Me impresionan sus brazos de labradora nórdica, sus pasos definitivamente guerrilleros. V. está puesta de alcohol, de coca, de anfetas, supongo; Coralie también, pero se las ve muy seguras del rollo, capaces de cerrarle la boca a cualquier ideólogo de extrema derecha. Son dos perras sin amo ladrando a las masas de intelectuales republicanos que denuncian la violencia sexual de las protagonistas de la película. Nadine y Manu son las heroínas de una posible revolución *queer*, digo yo, pero a ellas eso parece sonarles a chino. Terrorismo de género, de clase y de raza directamente en vena. Eso sí les dice algo. Al verla, entre otra gente que conozco y desconozco, siento inmediatamente que quiero follarla. Follarme a V. D. Ese debe de ser un sentimiento común. Me gusta más allá de toda referencia concreta al hecho de que, al parecer, sea heterosexual. O quizá por eso, y por el placer de saber que un día dejará de serlo para convertirse en mi puta. En la puta de las lesbianas y de los trans, en la jefa de los hombresniña. Pienso que tiene que ver con el título de su libro, con las actrices de la película, con cómo se tiran todo lo que encuentran. No me impresiona ese sentimiento, más bien me avergüenza porque tiene algo de respuesta inconsciente a un mecanismo publicitario, como si

el poder performativo de sus palabras «B-a-i-s-e-m-o-i» atacara directamente a mi polla de plástico, a mi deseo sintético de follármela. No entiendo, sin embargo, por qué me gusta precisamente ELLA. Ni Coralie, con su belleza de gran dama de burdel asiático medio nazi, ni Raffaëla, rabiosa y saltarina como un pitbull lésbico, ni tampoco Karen, que se deja acariciar por ese turbión caliente de la multitud como una diosa de arena se deja deshacer poco a poco por las olas de un mar agitado. Todas sus perras me llevan hasta ella. Ellas son su harén, sus amazonas, sus calientes lobas irascibles, sus damas de compañía asesinas, sus guardaespaldas tatuadas, sus putas ilustradas, pero yo la quiero a ella. Ella es la zorra alfa. Ella es para mí. Lo que me extraña es la certeza con la que su presencia me impacta. Pero no hago nada para tirármela, estoy demasiado ocupada con las políticas *queer*. Acabo de publicar el *Manifiesto* en tu colección y, pese a su extrañeza editorial, no funciona mal. Me invitan de todos los rincones de Francia, sobre todo las asociaciones gays y lesbianas, viajo a más de veinte ciudades francesas en las que me reciben las presidentas y los presidentes de asociaciones con nombre de club-Med homosexual o transexual, *femmeentreelles, lavoiedesfemmes, transformation, lafleurbleu, amazones, lechemindeSapho, lesviolettes*..., voy a hacer presentaciones a las grandes librerías, pero solo el Día del Orgullo Gay. La dosis justa de discriminación positiva. No gano un duro con todos esos viajes; las asociaciones tardan meses en pagar los billetes de tren, más bien acabo siempre por gastar dinero. La ruina. Pero aprendo a pensar en público, aprendo a amar a las masas, a recibir su amor extenso e impersonal. Todavía casi nadie habla de teoría *queer* en Francia. Solamente una socióloga local ha recuperado la interpretación butleriana del género e intenta hacer de ella una pequeña *boutique*, pero tiene demasiada prisa por blanquearse los dientes y presentar una versión televisiva y *queer* del desfile de los monstruos como para perder el tiempo en los procesos que requieren agenciamiento colectivo. Así que, en esos días, estoy demasiado ocupada organizando talleres *drag king*, dando conferencias sobre feminismo estadounidense, sobre la lectura butleriana de Foucault y Derrida,

impartiendo seminarios sobre la historia de la sexualidad en la era de la electricidad, como para ocuparme de mi vida sexual.

El problema es que cuando vuelvo a encontrarla han pasado cinco años. Durante ese tiempo, mientras yo me he alejado de las políticas *queer*, ella se ha embarcado en una empresa heterosexual en quiebra y ha acabado perdiéndolo todo. Después de la ruptura con P. M., después de la muerte de K., a V. D. «le gustaría que la quebrara un rayo, pero su fantasía número uno seguía siendo que le metieran una bala en la nuca, que la mataran como a un animal».[17] ¿Seré yo capaz de darle lo que busca?

Septiembre de 2005. Cinco días antes de tu muerte. La veo nada más entrar en la sala. Ahora es rubia. Parece mucho más joven que la primera vez, como si en estos años hubiera caminado de regreso a su adolescencia. Está junto al escenario con una cámara. Su mirada llega a mí antes que su cuerpo. El efecto avispero que crea el movimiento de sus fans transforma la sala entera en un remolino que avanza hacia mí. Tengo el pelo largo. He escondido buena parte de mi cabeza en un gorro negro de invierno, como para evitar que mis ideas se dispersen o sean vistas desde el exterior. Estoy abominable, pero masculina, y eso me da seguridad. Nos acercamos para compartir un tímido beso en la mejilla: su olor es intenso, animal. Intercambiamos también algunas palabras. No es posible acceder en mi memoria al detalle de la conversación. Algunos instantes permanecen como un fragmento de cine mudo en mi cerebro. Sé que se pronunciaron las frases «Ahora soy lesbiana» y «Quise follar contigo desde la primera vez que te vi».

Nos encontramos en un momento fractal, al borde de una tragedia tecnogriega: ella acaba de empezar a salir con tías, yo acabo de empezar a tomar testosterona. Ella se está volviendo lesbiana y yo me estoy volviendo algo distinto de una chica. A ella le gustan las tetas y a mí las pollas. Pero ella es lo que estoy buscando. Yo soy lo que está buscando. Tiene la polla que busco y tengo las tetas que quiere. Cualquiera de esas líneas de vida podría haber avanzado en otra dirección, pero han venido todas directamente hacia nosotras y se han cruzado exactamente aquí, bajo su piel y la mía.

Nos vemos de nuevo dos días después del concierto de Lydia Lunch. Tú aún estás vivo. No sé entonces que el suelo sobre el que nos apoyamos se prepara para girar bruscamente. Vendrán tu muerte, mi adicción a la testosterona, el amor de V. D.

*Primer contrato sexual*

Nuestro primer contrato es explícito: ella es la puta, yo soy el transexual. Me lleva a un hotel de Pigalle. No es ni de día ni de noche. Una tarde translúcida de invierno. Al entrar en la habitación, me paga para que sea su esclavo esa noche, enciende la televisión como para que haya testigos de lo que está a punto de ocurrir. Sin dar tiempo para más, me dice: «Mañana te irás antes de que yo me haya despertado.» Deja su bolso sobre la silla, se desnuda. Se echa sobre la cama, estira los brazos, dibuja eses con su cuerpo. La miro sin saber si debo o no quitarme también la ropa. No me quito nada. Me acuesto junto a ella. Es sábado, la Star Academy francesa va a deshacerse hoy de otra de sus víctimas. Ella comenta las oportunidades de los participantes como si estuviera vestida: prefiere al candidato más viejo de todos, con sus gafas de cristales anaranjados: es el más rock, apuesta. Yo observo cada detalle de la habitación. La miro de reojo. Bajo los haces de luz cambiantes de la televisión, veo la forma de las aureolas de sus pechos, una alergia o un eczema sobre el plexo solar, el resto de su piel muy blanca, el pelo del pubis corto y ligeramente rubio. Imagino después mis propias aureolas bajo el jersey, mi pubis completamente afeitado, un corte de hoja de afeitar en la parte derecha, la alquimia de la testosterona en mi sangre; me imagino sin polla y con polla alternativamente, los dos cuerpos se suceden como en un juego de balancín. Pero sé que cuando me desnude ella solamente verá uno de esos cuerpos. Esa reducción de mi cuerpo a imagen fija me asusta. Guardo la ropa unos minutos todavía para disfrutar de la doble posibilidad. Si me quito la ropa ella no sabrá si tengo o no una erección. Para mí esa erección es una evidencia, tanto en el cuerpo sin polla como en el cuerpo con polla.

Pero, de repente, ella se inclina sobre mí, me maneja las piernas, no me toca la pelvis, sube hacia la cintura sin detenerse en el pecho. Saco la lengua. Ella busca esa lengua con su boca. Cuando los labios se acercan hasta tocarse, la lengua se afila como una flecha. Su boca se folla mi lengua subiendo y bajando rápidamente. Ella ha encontrado mi erección. A veces un mechón de su pelo rubio entra en esa mecánica. Ella lo retira delicadamente con la mano, aprovechando para besarme la punta de la lengua al subir la cabeza. Cambia de ritmo. Cuando mi lengua sale de su boca, sujeta ese músculo haciendo un anillo con la mano. Sus uñas son impecablemente rojas. Sus gestos son precisos, *classe*. Los cuerpos giran juntos, las pelvis se acercan magnéticamente, los sexos al mismo tiempo unidos y separados por el tejido del pantalón; después soy yo el que se folla su boca con la lengua. Una y otra vez hasta que la saliva cae en chorros sobre su pecho. Los cuerpos giran de nuevo y se levantan ligeramente. Sigo con la boca ese circuito de saliva y bajo hasta su sexo. Ella gime como una puta: *«Chérie, chérie.»* Chupo su sexo mientras le digo, tirando de su cabeza hacia atrás: «Mañana me iré cuando yo quiera, zorra.» La luz violácea de la televisión inunda la habitación. Digo eso pero en realidad tengo miedo de ella. Miedo de que ella me eche a la calle en medio de la noche. Miedo de que se levante y se ponga a gritarme. Miedo de que arranque los enchufes de la habitación con las uñas. Entre tanto, ella ha estirado los dos brazos y se agarra al cabezal acolchado de la cama. Está lista para correrse. Me levanto dejándola así, como un animal descuartizado. Pienso en irme en ese momento para aumentar mi cuota de masculinidad. Pero, en lugar de irme, me coloco un arnés con un dildo 22 por 4. Vuelvo sobre ella para follarla. Y lo hago. Así pasa un tiempo indeterminado, ni largo ni corto, hasta que los dos nos corremos, primero yo, luego mi puta. Ella se duerme después. Muevo sus brazos totalmente desarmados. Me levanto y voy al baño a lavar mi dildo. Lo saco del arnés y lo enjabono. La espuma chorrea entre mis manos. Lo aclaro con agua y lo adhiero por la ventosa a los baldosines, dejándolo como un órgano erecto que crece en la pared y sale al encuentro de un posible visitante. Lo guardaré cuando esté

totalmente seco. Vuelvo a la habitación. Ella duerme, no ha cambiado de posición, sus párpados se agitan, pero su rostro está inerte. Acaban de expulsar a un adolescente rubio de la Star Academy y la mitad del público grita desconsolada. Me acuesto a su lado. No puedo dormir. Deseo que amanezca para poder irme. Pero inesperadamente me duermo: en sueños sé que yo soy su puta. Cuando me despierto la mañana siguiente ella ya no está. Arranco el dildo de la pared del baño, me visto y abandono el hotel.

*Alfa hembras*

Hasta aquí no puedo afirmar que mi insurrección de género me haya situado en una posición de víctima. En realidad, mi amor con V. D. es la culminación de una carrera sexual de alto conquistador sin polla que se inicia en mi más tierna infancia: desde cuarto del antiguo EGB, salgo únicamente con las chicas más *sex* de la clase, y no estoy dispuesto a declinar ese estatus. Con catorce años, mi primera psicoanalista me explica que lo que yo quiero es echarle un pulso a Dios. No entiendo su insistencia en que debo renunciar, para alcanzar la salud mental, a mi deseo de follar únicamente con el *top* de la fémina, con las alfa hembras, con las superputitas, un deseo al que ella llama «megalómano». Si considera ese deseo como excesivo es porque no soy un cis-hombre; si no, ese deseo llevaría simplemente el título de «autoestima».

Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve. Me da lo mismo que sean culos de niña o de mamá, de burguesa o de paisana, de marica, de monja, de lesbiana o de zorra. La respuesta es inmediata en mi sexo cerebral. Todas las chicas, las más guapas, las más heterosexuales, esas que esperan a un príncipe azul naturalmente testosteronado, están en realidad destinadas, aun sin saberlo, a volverse perras penetradas por mis dildos. Hasta los doce años estoy en un colegio no mixto y católico. Un verdadero paraíso lésbico. Las mejores niñas son para mí. Antes de haber tenido la ocasión de cruzar la calle y encontrarse con los niños del colegio de

enfrente, ya han metido su lengua dentro de mi boca. Son mías. Y, desde luego, esa gravitación de todo lo femenino hacia mí no es debida en ningún caso a mi belleza: a los cuatro años me diagnostican una deformación maxilofacial que se acentuará radicalmente durante mi adolescencia hasta llegar a lo grotesco. Me convierto con el tiempo en un monstruo miope de mentón pronunciado, de brazos y piernas largos y dramáticamente delgados. Pero durante buena parte de mi infancia y mi adolescencia, sin duda gracias a algún secreto que yo desconozco, las chicas se sienten atraídas por mí. Dicen que no son lesbianas, se lamentan, lloran después de dejarse tocar las tetas como gatas en celo, me dejan de hablar después de haberse bajado las bragas en mi habitación, me delatan a la profesora después de haberse encerrado conmigo en los baños diciendo que yo les cuento historias sucias. Pero guardan las cartas que les envío, coleccionan trozos de baldosín con sus nombres escritos en rotulador rosa que yo hago para ellas. Luchan unas contra otras como guerreras poseídas por acaparar mi atención en el patio durante los recreos. Son mías. Están marcadas para siempre con el fuego de la revolución. Un día, yo tengo diez años, alguien llama a mi casa y le dice a mi madre: «Su hija es un marimacho», y cuelga. Desde entonces mi madre lee todos mis cuadernos, escruta todos mis bolsillos, me hace todos los días la cartera para asegurarse de que no llevo o traigo nada raro. Mi madre se convierte en un detective privado contratado por el régimen heteropatriarcal para desactivar mi incipiente terrorismo de género: vigilancia e inspección doméstica, interrogatorio, prohibición, reclusión, censura..., estos son los sofisticados métodos que el sistema pone a disposición de una simple ama de casa del período español inmediatamente posfranquista para extirpar el deseo masculino que habita mi cuerpo de niña.

Mi madre y yo discutimos a menudo. Ella me pregunta si me drogo, si me acuesto con chicos, si tomo la píldora, si le robo el dinero que guarda en el armario entre las sábanas. Yo respondo «no» a cada pregunta. Insiste. Me dice que las chicas como yo abortan. Que si mi padre se entera me mata. Yo digo que no a cada

cosa que me dice. Se inventa un culebrón. Creo que me acusa de ser una furcia para evitar enfrentarse a lo que ya sabe. Me previene de que si salgo con chavales de ETA me atará y no me dejará salir más de casa. Me tortura hasta que finalmente se lo digo. Simplemente. Como una confirmación de sus miedos más profundos. Mucho peor que ser una furcia cualquiera, que acostarse con todos, que abortar. Yo también estoy aterrorizada. Pero, después de haber resistido a su implacable sistema de vigilancia heterosexual, disfruto de ese momento de verdad. Le digo con una crueldad glacial: me gustan las chicas. E inmediatamente después, sin dejarle espacio para una respuesta: soy lesbiana, tortillera, bollera, marimacho, soy un chico, pero tú no te das cuenta. Y no me quiero vestir con las faldas que tú me compras. No quiero esos zapatos. No quiero esas camisetas con lazos. No quiero esas horquillas. No quiero esos camisones. No quiero llevar el pelo largo. No quiero ponerme sujetador. No quiero hablar como las niñas. Ni quiero tener novio. No quiero casarme. No quiero peinar las muñecas. No quiero ser guapa. No quiero quedarme en casa por la noche. No quiero que me trates como a una niña. Soy un chico, lo ves –le digo levantándome la camiseta y mostrándole mis pezones erectos en un pecho todavía inexistente–, y merezco el mismo respeto que mi padre.

Esos son, por decirlo siguiendo a Judith Butler, los «abusos del preformativo» (Butler, 1997: 80-117) que me han constituido: nací durante la dictadura en una pequeña ciudad española dominada por el franquismo católico, me asignaron sexo femenino, hicieron del español mi lengua materna, me educaron para ser una niña modelo, me pagaron colegios caros y clases particulares de latín.

Hoy habito distintas megaciudades occidentales (en general, de entre cuatro y ocho millones de habitantes, teniendo en cuenta las periferias) en las que sobrevivo sexual y políticamente gracias a un tejido microcomunitario underground. Mi vida está hecha de circulaciones entre distintos lugares que son al mismo tiempo centros de producción de discursos dominantes y periferias culturales. Transito entre tres lenguas que ya no considero ni mías ni extranjeras. Incorporo una condición bollo-transgenérica, hecha de

múltiples biocódigos, algunos de los cuales son normativos, otros son espacios de resistencia y algunos posibles puntos de invención de subjetividad. En cada caso se trata de medioambientes artificiales, islas sintéticas de subjetivación injertadas en el tejido sexo-urbano dominante.

Veinte años después, cuando vuelvo a la ciudad en la que nací para visitar a mis padres, me encuentro con algunas de las niñas que yo amaba en la infancia. Se han casado, tienen hijos, se tiñen el pelo de colores realmente naturales, llevan abrigos de pieles y luchan activamente contra la relajación de los músculos del cuello. Me saludan con sorpresa aterrada. Me dicen: «No has cambiado.» Sigo siendo el niño que iba al colegio de niñas con ellas. Ellas, sin embargo, las más burguesas como las más proletarias, ya han pasado sus mejores años heterosexuales y se aproximan ahora a abordar la cuarentena apoyadas únicamente en la esperanza del rejuvenecimiento técnico. Algunas están contentas de tener hijos, o se justifican por no haberlos tenido, otras parecen indiferentes; algunas siguen enamoradas de sus maridos, o dicen estarlo, otras parecen indiferentes. Pero en algún lugar, en un corte del tiempo, siguen siendo mis niñas, mis perras. Todavía están a tiempo de la revolución.

*Adicción*

No la veo durante unos días. Ella me escribe diciéndome que no podemos seguir, que no va a ser posible, que después de P. M. no puede entrar de nuevo en una relación así, en la que hay tantos niveles de conexión, en la que todo fluye como el agua. El quinto día sin ella vuelvo a administrarme una dosis de cincuenta miligramos de testosterona. Esa noche no duermo. Me levanto varias veces para releer sus emails. Los filtro, los examino, los leo como los monjes medievales leían la Biblia. Gracia en el desciframiento. *Quis potest fallere amantem*? Me siento un par de horas en el sofá, en la oscuridad, y entro en un estado próximo a la autohipnosis. Noto que las cuatro últimas dosis de cincuenta miligramos interactúan por

primera vez hasta formar un bloque químico que me coloca. Siento que la piel del interior de mi boca se ha vuelto más espesa. Dentro, siento la lengua como un músculo eréctil. Siento que podría atravesar el cristal de la ventana con el puño. Siento que podría saltar hasta el balcón de enfrente y follarme a la vecina si me esperara con las piernas abiertas. Pero esta vez la testosterona, como biosuplemento energético activado en un programa cultural femenino, me lleva a ordenar y limpiar frenéticamente mi apartamento durante toda la noche. Primero, una categorización profunda y eficaz. Casi no hago ruido. Los movimientos son precisos, los ojos, los brazos y las piernas avanzan y retroceden de forma sucesiva, derecha, izquierda, delante, detrás: en mi biblioteca desplazo todos los Foucault que se han amontonado en ciberpolíticas hasta la F, recoloco el Tomatis, dos Elias, dos Bourdieu, el Jo Spence, un Ragan, tres Haraway, un Virno, una pila de Butler en tres lenguas, dos Davis, el Nina Roberts, pongo los Lemebel en primera línea, la foto de Pedro y Paco vestidos de Fridas Kahlo con los corazones heridos unidos por sondas transparentes, tiro la traducción al inglés de Flaubert a la basura, recupero el *Rester vivant*, de Houellebecq, que está en la otra habitación para ponerlo sobre mi mesa. Levanto todas las sillas, desplazo el sofá, la cama, el mueble de la televisión y un baúl para barrer y pasar una mopa con jabón antibacteriano. Se trata en este caso de una operación de desinfección. La perra no me sigue en este delirio testosterónico. No se mueve de la cama ni siquiera cuando la levanto treinta centímetros por encima del suelo para sacar todo lo que hay debajo. En menos de veinticinco minutos he hecho toda la casa. Son las 5:35. Abro todas las ventanas. El aire de la noche entra como un vampiro que me exhala su aliento directamente en los pasillos del neocórtex. Y, como las otras veces, vuelvo a sentir ese deseo irrefrenable de salir, de sentir la ciudad despertarse bajo mis pies. Y salgo.

Así pasan varios días T.

Y por fin llega su respuesta: «Ven.»

Ella me lleva al Terrace Hotel para hacer de mí su puta. Yo estoy completamente colocada de testosterona. Experimento, como un

espectador de mi propio cuerpo, la abertura de nuevos centros celulares de recepción de la excitación, de la agresividad, de la fuerza. Pero no se trata de un estado permanente. La debilidad puede atacarme en cualquier momento: puedo volver a sentirme enamorada, frágil, y eso simplemente como una certeza somática, sin necesidad de contarme ninguna historia. Apenas hemos entrado en el hotel, ella se dirige a la recepción, dice su nombre anónimo, abre su bolso Chanel de gran dama, saca su tarjeta de crédito y paga todo por adelantado, incluso dos CocaColas y dos Toblerones del minibar que serán próximamente consumidos. No hago un solo gesto que pueda indicar mi deseo de pagar. El contrato es ese. Ella paga y yo la follo. Ella me paga por hacer de ella mi puta.

Subimos a pie hasta el tercer piso. En las escaleras me dice: *«Je veux pouvoir te sucer ici, tout de suite.»* Abre la puerta de la habitación. Se desnuda sin hablarme. Se tumba en la cama y gime tocándose los pezones. Ven. Ven. Follamos en el Terrace Hotel del piso 18, donde ella y C. T. T. filmaron la escena de *Baise moi* en la que Karen y Raffaëla bailan juntas. Antes, en la playa, el mar en el fondo, el coche sobre la arena, Manu le ha dicho a Nadine: «Propongo que sigamos juntas.» Mientras bailan la música repite: *«It's to see what I want to see, it's to feel what I want to feel.»* Ese placer no se parece a ningún otro, ni siquiera al placer de masturbarse frente a la televisión o al placer de fumar; es el placer de saber que estarán juntas pase lo que pase. Luego salen a robar tarjetas de crédito y se cargan a una tía en un cajero. Vuelven, escogen dos chavales, se los suben a la habitación, la misma en la que V. y yo follamos ahora, y se miran, de una cama a otra, compartiendo el placer de hacerse penetrar al mismo tiempo.

Ese día, en la misma habitación que Karen y Raff, follamos a pelo por primera vez. Su pelvis se pega a mi pelvis, su vulva se engancha a la mía, nuestros sexos se muerden como las bocas de dos perras que se reconocen. Mientras follamos siento que toda mi historia política, que todos mis años de feminismo avanzan directamente hacia el centro de su cuerpo, se derraman sobre ella como encontrando en su piel su verdadera y única playa. Mientras me corro encima, borbotean a mi lado Wittig y Davis, Woolf y

Solanas, la Pasionaria y Kate Bornstein. Ella está cubierta por mi feminismo como por una eyaculación fina, como por un océano de purpurina política.

Me despierto después con su mano dentro de mi vagina. Su cuerpo entero emergiendo de mi pelvis es mi polla. Pero las venas de sus brazos tienen mucha más clase que las venas de una bio-polla. Agarro su brazo con las dos manos, lo froto de abajo arriba, como haciéndole una paja contrasexual. Subo después las manos hacia su hombro derecho, hacia su cuello, le meto dos dedos en la boca. Me chupa los dedos sin sacar la mano de mi cuerpo. El placer resulta de esta organización de potencias, de esta jerarquía de funciones cuya estabilidad es necesariamente precaria. Seguimos así, como un animal bicéfalo en equilibrio, hasta que yo me corro en su mano, hasta que mi mano se corre en su boca.

Salimos del hotel. Me duelen los codos de follarla. Follarla es más duro que trabajar en la fábrica, más duro que conducir un camión cargado de nitroglicerina en una película del Oeste. Me arranca la piel cada vez que lo hacemos.

# 6. TECNOGÉNERO

La invención de la categoría de «género» *(gender)* constituye el índice de emergencia del nuevo régimen farmacopornográfico de la sexualidad. Lejos de ser la creación de la agenda feminista de los años sesenta, la categoría de género pertenece al discurso biotecnológico de finales de los años cuarenta. El género, la masculinidad y la feminidad son inventos de la Segunda Guerra Mundial que conocerán su plena expansión comercial durante la guerra fría, como la comida enlatada, el ordenador, las sillas de plástico, la energía nuclear, la televisión, la tarjeta de crédito, el bolígrafo desechable, el código de barras, la cama inflable o el satélite artificial. Digámoslo cuanto antes: este nuevo modelo no se caracteriza simplemente por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida, sino, y sobre todo, por el hecho de que esta gestión se opera a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado.

A la rigidez del sexo del siglo XIX, John Money, el psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales, va a oponer la plasticidad tecnológica del género. Utiliza por primera vez la noción de *gender* en 1947 y la desarrolla clínicamente más tarde con Anke Ehrhardt y Joan y John Hampson para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que la medicina, con sus criterios visuales y discursivos, no puede clasificar solo como femeninos o masculinos (Money, Hampson y Hampson, 1957: 333-336). Cuando Money utiliza la noción de «género» para nombrar el «sexo psicológico», piensa sobre todo en la posibilidad de utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador preexistente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino (Meyerowitz, 2002: 98-129).

Si en el sistema disciplinario decimonónico el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental, el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente.

Es curioso que cuando el feminismo de los años setenta retoma la noción de género para hacer de ella un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres, esta dimensión de producción técnica se perderá en beneficio de un constructivismo cultural light. El género aparecerá de forma progresiva, en los textos iniciáticos de Margaret Mead, Mary McIntosh o Ann Oakley, como la «construcción social y cultural de la diferencia sexual» (Oakley, 1972 –uno de los primeros textos en los que esta diferencia aparece tematizada claramente–; véase también Delphy, 2001), y generará dos escollos residuales cuyos desastrosos efectos siguen presentes en las actuales «políticas de género» de carácter estatal o europeo: el sexo, entendido biológicamente, no está sujeto a construcción cultural, mientras que el género enuncia, especialmente, la diferencia social, cultural y política de las mujeres en una sociedad y un momento histórico determinado. No es extraño que sea este el contexto que lleve al feminismo al callejón sin salida del debate esencialismo/constructivismo, donde se afianzarán políticas estatales capaces de recuperar la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social.

Teresa de Lauretis es, junto con Judith Butler y Denise Riley, una de las primeras teóricas que a partir de los años ochenta van a examinar el marco epistemológico que opera en los discursos feministas. Es posible hablar de «teoría» feminista, nos advierte De Lauretis, solo cuando esta interroga sus propios fundamentos e interpretaciones críticas, sus términos, sus prácticas lingüísticas y de producción de visibilidad. De Lauretis se pregunta cuál es el sujeto político que el feminismo como discurso y práctica de representación produce. La conclusión, lejos de toda autocomplacencia, es extremadamente crítica: el feminismo funciona o puede funcionar como un instrumento de normalización y de control político si reduce su sujeto a «las mujeres». Bajo la aparente neutralidad y universalidad del término «mujer» se ocultan

una multiplicidad de vectores de producción de subjetividad: en términos de raza, de clase, de sexualidad, de edad, de diferencia corporal, de diferencia geopolítica, etc. Dicho en términos lauretianos, el sujeto del feminismo es inevitablemente excéntrico, no coincide con «las mujeres», sino que se presenta como una fuerza de desplazamiento, como una práctica de transformación de la subjetividad (De Lauretis, 1990: 115-150).

La máquina cinematográfica y sus modos específicos de registro, proyección, montaje, significación y descodificación servirán a De Lauretis como modelo para pensar la producción de la subjetividad sexual y de género. El sistema farmacopornográfico, podríamos decir siguiendo a De Lauretis, funciona como una máquina de representación somática, donde texto, imagen y corporalidad fluyen en el interior de un circuito cibernético. El género, en esta interpretación semiótico-política de De Lauretis, es el efecto de un sistema de significación, de modos de producción y de descodificación de signos visuales y textuales políticamente regulados. El sujeto es al mismo tiempo un productor y un intérprete de signos, siempre implicado en un proceso corporal de significación, representación y autorrepresentación. «El género no es –escribe De Lauretis, llevando la crítica del poder disciplinario de Foucault y la semiótica cinematográfica de Metz hasta el feminismo– un simple derivado del sexo anatómico o biológico, sino una construcción sociocultural, una representación, o, mejor aún, el efecto del cruce de las representaciones discursivas y visuales que emanan de los diferentes dispositivos institucionales: la familia, la religión, el sistema educativo, los medios de comunicación, la medicina o la legislación; pero también de fuentes menos evidentes, como el lenguaje, el arte, la literatura, el cine y la teoría.»

Por ello prefiere el término «género» al término «mujeres» y el término «tecnología» al de «opresión». Allí donde el feminismo de los setenta veía opresión de mujeres, verá De Lauretis, exorcizando el fantasma de la mujer-víctima y del hombre-opresor, el funcionamiento de un conjunto de tecnologías de género que, si bien operan de modo heterogéneo sobre los hombres y las mujeres, producen no solo diferencias de género (hombre/mujer), sino

también diferencias sexuales (homo/hetero, normal/perverso, sado/maso...), raciales, de clase, corporalidad, edad, etc.

De Lauretis propone como campo posible de trabajo para el feminismo el análisis de las diferentes «tecnologías de género» que operan socialmente, produciendo (siempre de forma precaria e inestable) sujetos de enunciación y de acción. La investigación de esas tecnologías del género no puede en ningún caso reducirse a un estudio estadístico o sociológico de la situación de las mujeres en los distintos ámbitos de la producción de discurso, representación o corporalidad (De Lauretis, 1987). No se trata tampoco de que el género sea una diferencia cultural (a veces técnica; otras, meramente ritual o performativa) que venga a modificar una base (el sexo) biológicamente dada. Es la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico.

El género, como la píldora y el *oncomouse*, no emerge en el discurso político del feminismo, sino en los laboratorios del farmacopornismo. Dicho de otro modo, el negocio del farmacopornismo son las tecnologías del género, del sexo, de la sexualidad y de la raza. Tecnologías de producción de ficciones somáticas. Mientras Money trafica con el género de los bebés hasta restituir sus tiernos cuerpos al sexo masculino o el sexo femenino, el doctor Henry Benjamin administra estrógenos y testosterona a un nuevo tipo de paciente de la medicina estatal, un paciente adulto que dice no identificarse con el género que le fue asignado en el momento del nacimiento.[18] Surge así, en medio de la guerra fría, una nueva distinción ontológico-sexual entre los hombres y mujeres «cis», aquellos que conservan el género que les fue asignado en el momento del nacimiento, y los hombres y las mujeres «trans» o «tecno», aquellos que apelarán a las tecnologías hormonales, quirúrgicas y/o legales para modificar esa asignación. Esta distinción entre cis-hombre/cis-mujer y trans-hombre/trans-mujer aparece en realidad a finales del siglo XX en las comunidades transexuales de Estados Unidos e Inglaterra, más sexotecnificadas y más organizadas políticamente que en otros países de Europa o de

Oriente, para denominar respectivamente a aquellas personas que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento (cis) y aquellos que contestan esa asignación y desean modificarla con la ayuda de procedimientos técnicos, prostéticos, performativos y/o legales (trans). Utilizaré a partir de aquí esta nomenclatura sabiendo que ambos estatutos de género (cis y trans) son técnicamente producidos. Ambos dependen de métodos de reconocimiento visual, de producción performativa y de control morfológico comunes. La diferencia entre uno y otro depende de la resistencia a la norma, de la conciencia de los procesos técnicos (farmacopornográficos) de la producción de la masculinidad y la feminidad y del reconocimiento social en el espacio público. No hay aquí un juicio de valor implícito: el género trans no es mejor ni más político que el género cis. Hay transexuales, por ejemplo, que afirman haber nacido «encerrados en un cuerpo del sexo contrario» y que creen que los dispositivos técnicos puestos a su servicio por la medicina contemporánea no son sino formas de desvelar su *auténtico y verdadero* sexo. Otros transexuales afirman su condición *gender queer*, de desviados de género, y rechazan las asignaciones «hombre» y «mujer» como imposiciones normativas. Por el momento, la diferencia (política más que somática) entre personas cisgénero y personas transgénero parece abismal y dramática, pero se volverá obsoleta durante los siglos venideros.

Judith Butler ha definido agudamente el género como un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen *performativamente* el sujeto que pretenden describir. A través de una lectura cruzada de Austin, Derrida y Foucault, Butler ha identificado el género no como una esencia o una verdad psicológica, sino como una práctica discursiva y corporal performativa a través de la cual el sujeto adquiere inteligibilidad social y reconocimiento político. Me interesa investigar aquí la dimensión semiótico-técnica de esa producción performativa. Así, la noción de *gender* inventada por Money es, ante todo, un instrumento de racionalización del ser vivo donde el cuerpo es tan solo uno de los parámetros. El género es una noción necesaria para la aparición y el desarrollo de una serie de técnicas

farmacopornográficas de normalización y transformación del ser vivo –como la fotografía de los «desviados», la identificación celular, el análisis y la terapia hormonales, la lectura cromosómica o la cirugía transexual e intersexual–. Sería por ello más correcto, en términos ontopolíticos, hablar de «tecnogénero» si queremos dar cuenta del conjunto de técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos.

Así, por ejemplo, antes de la aparición y el perfeccionamiento de las técnicas hormonales y quirúrgicas en torno a 1950, la invención de la fotografía a finales del siglo XIX será crucial para la producción del nuevo sujeto sexual y de su verdad visual. Si bien es cierto que este proceso de producción de la diferencia sexual a través de técnicas de representación del cuerpo había ya comenzado en el siglo XVII con el dibujo anatómico y pornográfico (Laqueur, 1994: 154-163), la fotografía dará por primera vez un valor de realismo visual a esta producción técnica del cuerpo. Tomemos, por ejemplo, una de las imágenes habituales de la representación de los llamados hermafroditas y los invertidos de esa época realizada por Nadar en 1860: un cuerpo denominado «X» en las historias médicas aparece acostado, las piernas abiertas, cubierto tan solo de una combinación blanca que ha sido levantada hasta el pecho, dejando al descubierto su pelvis. Los órganos sexuales son expuestos a la mirada fotográfica por una mano externa. La imagen da cuenta de su propio proceso de producción discursiva. Comparte los códigos de la representación pornográfica que aparecen en esa misma época: la mano del médico al mismo tiempo oculta y muestra los órganos sexuales, estableciendo así una relación de poder entre el sujeto y el objeto de la representación. El rostro y, sobre todo, los ojos del paciente han sido borrados; el paciente no puede ser agente de su propia representación. La verdad del sexo toma aquí el carácter de una revelación visual, proceso en el que la fotografía participa como un catalizador ontológico que explicita una realidad que no podría manifestarse de otro modo.

Un siglo después, en 1980, la antropóloga Susan Kessler denunciará los códigos estéticos (por ejemplo, talla y forma del pene

o el clítoris) que dominan los protocolos médicos de asignación del sexo de los bebés en el momento del nacimiento en nuestra sociedad. Si esos códigos visuales no parecen haberse modificado excesivamente desde finales del siglo XIX, las actuales posibilidades técnicas de modificación del cuerpo introducen diferencias sustanciales en el proceso de asignación y producción de la feminidad y la masculinidad en la era farmacopornográfica: el proceso de normalización (asignación, reasignación), que antes solo podía llevarse a cabo a través de la representación discursiva o fotográfica, se inscribe ahora en la estructura misma del ser vivo a través de técnicas quirúrgicas y endocrinológicas. Así, por ejemplo, si un bebé nace con un pene que, de acuerdo a estos criterios somatopolíticos visuales, aparece como excesivamente pequeño, el llamado «micropene» será amputado, los genitales reconstruidos en forma de vagina y se le aplicará una terapia de sustitución hormonal a base de estrógenos y progesterona para asegurar que su desarrollo «sexual» exterior sea identificable como femenino (Kessler, 1990; Kessler y McKenna, 1978). Lejos de la rigidez y de la exterioridad de las técnicas de normalización del cuerpo desplegadas por los sistemas disciplinarios de finales del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas de género del bio-capitalismo farmacopornográfico son flexibles, internas y asimilables. El género del siglo XXI funciona como un dispositivo abstracto de subjetivación técnica: se pega, se corta, se desplaza, se cita, se imita, se traga, se inyecta, se injerta, se digitaliza, se copia, se diseña, se compra, se vende, se modifica, se hipoteca, se transfiere, se descarga de internet, se aplica, se transcribe, se falsifica, se ejecuta, se certifica, se permuta, se dosifica, se suministra, se extrae, se contrae, se sustrae, se niega, se reniega, se traiciona, muta.

El régimen farmacopornográfico de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de una enorme cantidad de flujos semiótico-técnicos: flujos de hormonas, flujos de silicona, flujos digitales, textuales y de la representación..., en definitiva, sin un tráfico constante de biocódigos de género. En esta economía política del sexo, la normalización de la diferencia depende del control, de la reapropiación y del uso de esos flujos de género.

La cartografía sexual de Occidente a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, con su perenne división sexual y su clasificación de sexualidades normales y desviadas, depende de la gestión legal y mercantil de las moléculas que dominan la producción de los fenotipos (signos externos) que culturalmente reconocemos como femeninos o masculinos, normales o desviantes, sexuales o neutros (por ejemplo, el vello facial, la talla y forma de los genitales, el tono de la voz, etc.), de la gestión técnopolítica de la reproducción de la especie, del control farmacológico de nuestros sistemas inmunitarios y de su resistencia a la agresión, la enfermedad y la muerte. La misma «mujer barbuda» que en el sistema sexodisciplinario decimonónico había sido considerada como una anomalía monstruosa, cuyo cuerpo se había hecho visible dentro de los cánones espectaculares del circo y de los *freak shows*, se convierte, en el sistema farmacopornográfico, en un caso clínico de «hirsutismo» y, por tanto, en potencial usuaria del sistema de sanidad y consumidora de moléculas de fabricación técnica destinadas a la normalización hormonal (androcura para neutralizar su producción de testosterona). Feminidad-vello-invisibilidad-visibilidad-circo-hirsutismo-androcuracosmética-invisibilidad-feminidad. Su cuerpo circula así por distintos espacios: si su lugar era antes el circo o la oscuridad, hoy es la clínica estética, con sus técnicas cosméticas de depilación y de regulación del crecimiento del vello facial.

El género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una performance: se trata de una ecología política. La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea. El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Uno de los resultados característicos de esta tecnología de género es la producción de un saber interior sobre uno mismo,

de un sentido del yo sexual que aparece como una realidad emocional evidente a la conciencia: «soy hombre», «soy mujer», «soy heterosexual», «soy homosexual» son algunas de las formulaciones que condensan saberes específicos sobre uno mismo, actuando como núcleos biopolíticos y simbólicos duros en torno a los cuales es posible aglutinar todo un conjunto de prácticas y discursos. La testosterona corresponde, junto con la oxitocina, la serotonina, la codeína, la cortisona, el estrógeno, el Omeprazol, etc., al conjunto de moléculas disponibles hoy para fabricar la subjetividad y sus afectos.

Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follar, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de la reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisas de fuerza hormonales destinadas a mantener las estructuras de poder de género: las chicas blancas hiperestrogenadas llorando por los chicos que las follan y las dejan tiradas, las chicas no-blancas amenazadas sistemáticamente de violación o de violencia, los chicos blancos controlando sus asquerosas pulsiones sexuales, los chicos no-blancos perseguidos por el poder estatal que criminaliza y castiga sus asquerosas y violentas pulsiones sexuales. Y el Estado retirando el placer de la producción y del control de nuestra repugnante subjetividad. De nuevo, chute y eyaculación. Violencia de género = violencia del sistema de género.

El objetivo de estas tecnologías farmacopornográficas es la producción de una prótesis política viva: un cuerpo suficientemente dócil como para poner su *potentia gaudendi*, su capacidad total y abstracta de crear placer, al servicio de la producción de capital. Fuera de esas ecologías somatopolíticas que regulan el género y la sexualidad, no hay ni hombres ni mujeres, del mismo modo que no hay ni heterosexualidad ni homosexualidad.

Nos equipan molecularmente para asegurar la complicidad con las formaciones represivas dominantes. Pero el cuerpo farmacopornográfico, como antes el cuerpo sexodisciplinado de finales del siglo XIX, y a diferencia de lo afirmado por Foucault, no es dócil (Foucault, 1996: cap. 1, parte III: «Cuerpos dóciles»). No es un

simple efecto de los sistemas farmacopornográficos de control, sino que es primero y ante todo potencia de vida, *potentia gaudendi* que aspira a transferirse a todo y a todos, ganas de correrse con el universo, fuerza de transformación del todo planetario tecnocultural interconectado.

Llamo «programación de género» a una tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas. La programación de género dominante parte de la siguiente premisa: un individuo = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad. Desmontar esas programaciones de género, proceso de deconstrucción que podría asemejarse a lo que Judith Butler denomina *undoing gender* (Butler, 2006a), implica a menudo un conjunto de operaciones de desnaturalización y desidentificación: el dispositivo *drag king* y la autoexperimentación hormonal son tan solo dos de esas operaciones.

Existen una multiplicidad de modelos de *genderización*, de programaciones de género, dependiendo del momento histórico, del contexto político y cultural. Algunos de ellos han perdido su potencial de subjetivación (los sistemas de *genderización* matriarcal o la pedofilia griega, por ejemplo) porque las «ecologías políticas» que los activaban han desaparecido. Otros se encuentran en plena transformación. Ese es el caso de nuestro propio modelo de *genderización*.

En el régimen farmacopornográfico, el género se construye en esas redes de materialización biopolítica y se reproduce y consolida socialmente a través de su transformación en espectáculo, en imagen en movimiento, en dígito, en cibercódigo. No hay género masculino y femenino más que frente a un público, es decir, como construcción somato-discursiva de carácter colectivo, frente a la comunidad científica o la red. El género es público, es comunidad científica, es red.

Algunos códigos semiótico-técnicos de la feminidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica

*Mujercitas*, el coraje de las madres, la píldora, un cóctel hipercargado de estrógenos y progesterona, el honor de las vírgenes; *La bella durmiente*, la bulimia, el deseo de un hijo, la vergüenza de la desfloración; *La sirenita*, el silencio frente a la violación; *Cenicienta*, la inmoralidad última del aborto, los pastelitos, saber hacer una buena mamada, la vergüenza de no haberlo hecho todavía, el Lexomil; *Lo que el viento se llevó*, decir no cuando quieres decir sí, quedarse en casa, tener las manos pequeñas, los zapatitos de Audrey Hepburn, la codeína, el cuidado del cabello, la moda, decir sí cuando quieres decir no, la anorexia, el secreto de saber que quien te gusta realmente es tu amiga, el miedo a envejecer, la necesidad constante de estar a dieta, el imperativo de la belleza, la cleptomanía, la compasión, la cocina, la sensualidad desesperada de Marilyn Monroe, la manicura, no hacer ruido al pasar, no hacer ruido al comer, no hacer ruido, el algodón inmaculado y cancerígeno del Tampax, la certeza de la maternidad como lazo natural, no saber gritar, no saber pegar, no saber matar, no saber mucho de casi nada o saber mucho de todo pero no poder afirmarlo, saber esperar, la elegancia discreta de Lady Di, el Prozac, el miedo de ser una perra calentorra, el Valium, la necesidad del *string*, saber contenerse, dejarse dar por el culo cuando hace falta, resignarse, la depilación justa del pubis, la depresión, la seda, las bolsitas de lavanda que huelen bien, la sonrisa, la momificación en vida del rostro liso de la juventud, el amor antes que el sexo, el cáncer de mama, ser una mantenida, que tu marido te deje por otra más joven...

Algunos códigos semiótico-técnicos de la masculinidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica

*Río Grande*, el fútbol, *Rocky*, llevar los pantalones, saber dar una hostia cuando es necesario; *Scarface*, saber levantar la voz;

*Platoon*, saber matar, los medios de comunicación, la úlcera de estómago, la precariedad de la paternidad como lazo natural, el buzo, el sudor, la guerra (aunque sea en su versión televisiva), Bruce Willis, la Intifada, la velocidad, el terrorismo, el sexo por el sexo, que se te levante como a Rocco Siffredi, saber beber, ganar dinero, el Omeprazol, la ciudad, el bar, las putas, el boxeo, el garaje, la vergüenza de que no se te levante como a Rocco Siffredi, el Viagra, el cáncer de próstata, la nariz rota, la filosofía, la gastronomía, tener las manos sucias, Bruce Lee, pagar una pensión a tu exmujer, la violencia doméstica, las películas de terror, el porno, el juego, las apuestas, los ministerios, el gobierno, el Estado, la dirección de empresa, la charcutería, la pesca y la caza, las botas, la corbata, la barba de dos días, el alcohol, el infarto, la calvicie, la Fórmula 1, el viaje a la Luna, la borrachera, colgarse, los relojes grandes, los callos en las manos, cerrar el ano, la camaradería, las carcajadas, la inteligencia, el saber enciclopédico, la obsesión sexual, el donjuanismo, la misoginia, ser un *skin*, los *serial-killers*, el *heavy-metal*, dejar a tu mujer por otra más joven, el miedo a que te den por el culo, no ver a tus hijos después del divorcio, las ganas de que te den por el culo...

Antes pensaba que solo los que éramos como yo estábamos bien jodidos, porque no somos ni seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande*. Ahora sé que en realidad todos estamos bien jodidos: no seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande*.

Nuestras sociedades contemporáneas son enormes laboratorios sexopolíticos en los que se producen los géneros. El cuerpo, los cuerpos de todos y cada uno de nosotros, son los preciosos enclaves en los que se libran complejas transacciones de poder. Mi cuerpo = el cuerpo de la multitud. Eso que llamamos sexo, pero también el género, la masculinidad y feminidad y la sexualidad son «técnicas del cuerpo» (Mauss, 2001), extensiones biotecnológicas pertenecientes al sistema sexopolítico cuyo objetivo es la producción, reproducción y expansión colonial de la vida heterosexual humana sobre el planeta.

La historia de la normalización de género en Occidente está

marcada por la invención, la combinación sintética y la comercialización de nuevas moléculas de gestión del cuerpo (fármaco-), así como de nuevas técnicas de representación (-porno) del género y de la sexualidad. La gestión farmacopornográfica (hormonal, quirúrgica, audiovisual) del género que comienza a partir de la Segunda Guerra Mundial forma parte de un conjunto más amplio de tecnologías de producción de la especie. Lo propio de ese mecanismo cultural que en otros tiempos los marxistas dieron en llamar «ideología» es funcionar como un dispositivo técnico de producción fantasmático-prostética de cuerpos-subjetividad. Sin duda, el género –la masculinidad y la feminidad– es uno de los productos somático-mediáticos, farmacopornográficos, al mismo tiempo cuerpo e idea, entidad viva y código digital, que ha sido fabricado con mayor éxito por la industria farmacéutica y de la comunicación de finales del siglo xx.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, se crean «en laboratorio» los nuevos ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad. Estos ideales de género no pueden existir en estado puro, existen únicamente dentro de nuestros *tecno-ecosistemas sexuales confinados*. En tanto que sujetos sexuales, habitamos parques de atracciones biocapitalistas. Somos hombres y mujeres de laboratorio. Efectos de una suerte de bioplatonismo político-científico. Pero estamos vivos: al mismo tiempo materializamos el poder del sistema farmacopornográfico y su posibilidad de fallo.

Si el concepto de género introduce una ruptura es precisamente porque constituye el primer momento reflexivo de esta economía de construcción de la diferencia sexual. A partir de ahí ya no hay marcha atrás. Money es a la historia de la sexualidad lo que Hegel es a la historia de la filosofía y Einstein es a la concepción del espacio-tiempo. El principio del final, la explosión del sexo-naturaleza, de la naturaleza-historia, del tiempo y el espacio como linealidad y extensión. Con la noción de género, el discurso médico deja al descubierto sus fundamentos arbitrarios, su carácter constructivista, abriendo al mismo tiempo la vía a nuevas formas de resistencia y de acción política. Cuando hablo de una ruptura introducida por la noción de género no pretendo designar el paso de

un paradigma político a otro radicalmente distinto, ni una ruptura epistemológica que provocaría una forma de discontinuidad radical. Se trata más bien de una superposición de estratos a través de la cual diferentes técnicas de escritura del ser vivo se entrelazan y se re-escriben. El cuerpo en la era farmacopornográfica no es una materia pasiva, sino una interfaz tecno-orgánica, un sistema tecno-vivo segmentado y territorializado por diferentes modelos políticos (textuales, informáticos, bioquímicos). No hay aquí sucesión de modelos que serán superados históricamente por otros, ni ruptura, ni discontinuidad radical, sino simultaneidad inconexa, acción transversal de varios modelos somatopolíticos que operan y constituyen, siguiendo diversas intensidades, diversos índices de penetración, diversos grados de efectividad en la producción de la subjetividad.

Daré solamente un ejemplo de esta yuxtaposición de ficciones somáticas que operan sobre nuestros cuerpos. ¿Cómo explicar que, a principios del siglo XXI, la rinoplastia (la operación de nariz) sea considerada cirugía estética mientras que la vaginoplastia (construcción quirúrgica de una vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica de un pene) sean consideradas operaciones de cambio de sexo? (Spader, 2006: 315-332). Podríamos decir que en la actualidad, y dentro de un mismo cuerpo, la nariz y los órganos sexuales se ven atravesados por dos regímenes de poder netamente diferentes. Mientras que la nariz está regulada por un poder farmacopornográfico en el que un órgano se considera como propiedad individual y como objeto de mercado, los genitales siguen encerrados en un régimen premoderno y casi soberano de poder que los considera propiedad del Estado (y por extensión, en este modelo teocrático, de Dios) y dependientes de una ley trascendental e inmutable. Pero el estatuto de los órganos en la sociedad farmacopornográfica está viéndose alterado rápidamente, de modo que una multiplicidad cambiante de regímenes de producción operan simultáneamente sobre un cuerpo. Aquellos que sobrevivan a la mutación en curso verán sus cuerpos cambiar de sistema semiótico-técnico, o, dicho de otro modo, dejarán de ser el cuerpo que fueron.

*El crepúsculo de la heterosexualidad como naturaleza*

Leyendo a Monique Wittig con Foucault, a Butler con Negri, podemos decir que la heterosexualidad es, ante todo, un concepto económico que designa una posición específica en el seno de las relaciones de producción y de intercambio basada en la reducción del trabajo sexual, del trabajo de gestación y del trabajo de crianza y cuidado de los cuerpos a trabajo no remunerado (Wittig, 2005). Lo propio de este sistema económico sexual es funcionar a través de lo que podríamos llamar con Judith Butler la coerción performativa, es decir, a través de procesos semiótico-técnicos, lingüísticos y corporales de repetición regulada impuestos por convenciones culturales. La ascensión del capitalismo resulta inimaginable sin la institucionalización del dispositivo heterosexual como modo de transformación en plusvalía de los servicios sexuales, de gestación, de cuidado y crianza realizados por las mujeres y no remunerados históricamente. Podríamos así hablar de una deuda de trabajo sexual no pagada que los hombres heterosexuales habrían contraído históricamente con las mujeres, del mismo modo que los países ricos se permiten hablar de una deuda externa de los países pobres. Si la deuda por servicios sexuales se abonara, correspondería a todas las mujeres del planeta una renta vital suficiente para vivir sin trabajar durante el resto de sus vidas.

Pero la heterosexualidad no ha existido siempre. Más aún, si atendemos a los signos de tecnificación y de informatización del género que emergen a partir de la Segunda Guerra Mundial podemos afirmar sin lugar a dudas que la heterosexualidad está llamada a desaparecer un día. De hecho, está desapareciendo. Esto no quiere decir que no habrá a partir de ahora relaciones sexuales entre cis-hombres y cis-mujeres, sino que las condiciones de la producción sexual (de cuerpos y de placeres) están cambiado drásticamente, y que estas se vuelven cada vez más similares a la producción de cuerpos y de placeres desviantes, sometidas a las mismas regulaciones farmacopornográficas, y todos los cuerpos están sometidos a los mismos procesos de producción tecnobiopolítica. Dicho de otro modo, en el presente todas las

formas de sexualidad y de producción de placer, todas las economías libidinales y biopolíticas, están sujetas a un mismo régimen de producción farmacopornográfico, a las mismas tecnologías moleculares y digitales de producción del sexo, del género y de la sexualidad. Una de las características del régimen biopolítico heterosexual era el establecimiento, a través de un sistema científico de diagnóstico y clasificación del cuerpo, de una linealidad causal entre sexo anatómico (genitales femeninos o masculinos), género (apariencia, rol social, eso que después Judith Butler denominará performance femenina o masculina) y sexualidad (heterosexual o perversa). Según este modelo establecido por la psicopatología del siglo XIX a través de manuales como la *Psychopathia sexualis*, de Krafft-Ebing, a un sexo masculino le correspondía naturalmente una expresión de género masculino y una orientación heterosexual. Cualquier desviación de esa cadena causal estaba considerada como una patología. El descubrimiento, más bien la invención, de las hormonas sexuales y la posibilidad de su elaboración sintética a mediados del siglo XX modificará el carácter irreversible de las formaciones identitarias (tanto genitales como de género o de sexualidad). Así, desde 1960, los mismos compuestos estrogenados serán utilizados para el control de la fertilidad de las cis-mujeres (cuerpos que la medicina valida como femeninos en el nacimiento y cuyo proceso de feminización político-técnico será considerado como parte de un devenir natural) y para el cambio de sexo en casos de transexualidad femenina (M2F, de hombre a mujer); la misma testosterona hará girar las ruedas del Tour de Francia y transformará los cuerpos de los transexuales F2M, de mujer a hombre.

Esta maquinaria tecno-viva de la que formamos parte no es un todo coherente e integrado. Los dos polos de la industria farmacopornográfica (fármaco- y -porno) funcionan más en oposición que en convergencia. Mientras la industria pornográfica produce en su mayoría representaciones normativas (sexo = penetración con biopene) e idealizadas de la práctica heterosexual y homosexual, ofreciendo como justificación de la asimetría entre cis-hombres y cis-mujeres una diferencia anatómicamente fundada (cis-

hombre = biopene, cis-mujer = biovagina), la industria farmacológica, biotecnológica y las nuevas técnicas de reproducción asistida, a pesar de seguir funcionando dentro de un marco legal heteronormativo, no dejan de desdibujar las fronteras entre los géneros y de hacer del dispositivo político económico heterosexual en su conjunto una medida de gestión de la subjetividad obsoleta.

La dialéctica entre fármaco- y -porno se manifiesta ya a través de las contradicciones entre diversos biocódigos *(low-tech* o *high-tech)* de la subjetividad que proceden de regímenes diferentes de producción del cuerpo. Así, por ejemplo, familias (heterosexuales, homosexuales o monoparentales) donde la reproducción se ha llevado a cabo a través de fecundación *in vitro* con semen de un donante anónimo siguen después funcionando dentro de un sistema político-legal heterosexual donde los ideales performativos de la masculinidad y la filiación no han sido cuestionados. Por otra parte, los biocódigos de producción de subjetividad (tanto performativos como farmacológicos, del Viagra a la testosterona pasando por la estética del cuerpo gay o las prácticas sexuales con órganos sintéticos) circulan en el mercado farmacopornográfico sin que sea posible fijar completamente los procesos de producción de subjetividad que estos desencadenan. Cabe esperar la expresión grotesca y desproporcionada de biocódigos, que hasta ahora pertenecían a las configuraciones decimonónicas femeninas, masculinas, heterosexuales, homosexuales o incluso a las más recientes transexuales, desligados de una identidad sexual o de una subjetividad política precisa, de una forma de vida, o de un programa político. Así, por ejemplo, los códigos visuales que rigen la reciente transformación del rostro de Courtney Love, emblemática figura del rock underground, no difieren de los utilizados para dar forma a la nueva cara rejuvenecida de la reina de España, de la actriz Pamela Anderson, de Chen Lili, la mujer transexual ganadora del premio Miss Universo en 2004, de la estrella lesbiana Ellen DeGeneres o de una cis-mujer anónima de clase obrera que gana una cirugía estética total gracias al programa televisivo estadounidense *Extreme Makeover (Cambio radical)*. Asistimos, por tanto, a una horizontalización de las técnicas de producción del

cuerpo que no establece diferencias entre identidades de clase, raza o sexo, entre la cultura musical underground, la alta sociedad y la industria porno. De este desfase farmacopornográfico es posible deducir que pronto la heterosexualidad será únicamente una estética farmacopornográfica entre otras, una sexualidad *retro* cuyo estilo podrá ser imitado, denigrado o exaltado por las diferentes generaciones por venir, un estilo quizá exportable a otras latitudes, pero absolutamente fallido y decadente en nuestras sociedades judeocristianas democráticas.

Cuarenta años después de la invención de las píldoras a base de estrógenos o progesterona, todos los cuerpos sexuales se ven sujetos a una misma plataforma farmacopornográfica. Hoy un cis-hombre se administrará un complemento hormonal a base de testosterona para aumentar su rendimiento deportivo, a una adolescente se le instalará un implante subcutáneo que libere un compuesto de estrógenos y de progesterona como método anticonceptivo activo durante tres años, una cis-mujer que se define como hombre podrá firmar un protocolo de cambio de sexo y acceder a una terapia endocrinológica a base de testosterona que le permitirá desarrollar barba y bigote, aumentar su musculatura y pasar socialmente por hombre en menos de ocho meses, una cis-mujer de sesenta años descubrirá que la ingestión durante más de veinte años de vida de una alta dosis de estrógenos y progesterona en sus píldoras anticonceptivas le ha producido una insuficiencia renal o un cáncer de pecho que tendrá que ser tratado con una quimioterapia semejante a la administrada a las víctimas de Chernóbil, una pareja heterosexual recurrirá a la inseminación *in vitro* tras descubrir que el varón no puede producir espermatozoides suficientemente móviles para fecundar el óvulo de su compañera debido a un alto consumo de tabaco y alcohol, etc.

Todo ello indica que las diversas identidades sexuales, los modos diversos de hacer sexo y producir placer, las maneras plurales de expresar el género coexisten con un «devenir común» (Hardt y Negri, 2006: 142) de las tecnologías de producción del género, del sexo y de la sexualidad.

## 7. DEVENIR T.

Durante seis meses, Victor, el amante que he abandonado para estar con V. D., trabaja en un teléfono erótico. Cada día sale de casa a las seis de la tarde y vuelve a la una de la mañana. Nos levantamos a las once, desayunamos, leemos el periódico con MTV de fondo, sacamos a Justine al parque, volvemos a casa, follamos hasta las cinco de la tarde. Vamos hasta el límite de ser dos chavales. Juntos somos dos gays. Con la sola diferencia de que no tenemos ni un duro, ni trabajo fijo, ni casa, ni nada. No tenemos *backroom* al que ir a follar por las noches. Tampoco tenemos dos pollas, pero tenemos casi la misma cantidad de dildos que todas las pollas que pasan en una noche por una *backroom*. Además, durante esos meses de 2004, la cuestión de la falta estructural de espacios de sexo libre para las lesbianas, los *kings* y los chicos trans en París, aunque es un problema, no nos resulta difícil de soportar. Follamos todo el día. En cuanto tenemos un minuto libre. El proceso de iniciación a la silicona puede ser largo. Al principio soy yo la que lo follo. Victor es pequeño, un metro cincuenta y tantos, tiene la cintura estrecha y las caderas anchas de una procreadora árabe. Su vagina *king* se lo traga todo. Cualquier talla. No me molesto en empezar con las tallas medianas, vamos directamente a la XL.

Victor es un sumiso insuperable. Se deja meter todo lo que encuentro. Sonríe cuando se corre y no se cansa. A las cinco y media coge cada día el autobús 69 que lo lleva a su trabajo de masturbador vocal. Se va siempre de casa con la piel hiperoxigenada, pero con las piernas temblorosas. Dormita en el autobús antes de llegar al trabajo. Hace de puta por teléfono durante seis horas. Le va especialmente bien desde que ha pasado a ocuparse de los clientes sadomasoquistas. Todos esos contratos que hace en casa conmigo acaban por calmar la miseria sexual de

una banda de pringados que pasan el día colgados al teléfono. Eso es lo que la izquierda radical llama «poner la vida a trabajar» para no decir «hacerle una paja a la polla planetaria»: se trata de la transformación de nuestros recursos sexuales en trabajo, de nuestra sensibilidad en materia comerciable, de nuestra memoria erótica en texto que pasará a venderse por número de caracteres, de nuestros contratos sexuales en escenarios anónimos que podrán ser repetidos por dos actores indiferentes. Durante esas seis horas en las que Victor pone «su vida a trabajar», yo escribo un texto (he acumulado ya casi mil páginas), sobre el impacto del feminismo en el discurso estético y político contemporáneo por el que el Gobierno francés me paga lo suficiente para comer y pagar mis facturas, el salario mínimo de la filosofía. Me encierro en mi estudio, meto a fondo un Enrique Morente, me instalo en mi mesa como un piloto en una nave espacial y leo a Foucault, Sloterdijk, Buckminster Fuller, o escribo un artículo no pagado sobre la segregación sexual del espacio público. La proximidad entre el sexo y la filosofía me calma. Esas horas son preciosas, de una soledad diáfana, de una paz abstracta. Un equilibrio constituido por dos masas igualmente flotantes en el cerebro: la lectura fluye en escritura y viceversa. Sin ansiedad. Estoy a punto de concluir las primeras seiscientas páginas de *Ano público*, una entrevista a mí misma en la que explico las razones por las que abandoné las políticas *queer*; pero no pienso publicarlas, las considero todavía insuficientes, demasiado tiernas para la brutalidad del siglo presente, ostensiblemente egoístas para hacer frente al dolor colectivo que se acerca con la desaparición progresiva de todo lo vivo. Salgo de la isla de la lectura-escritura con ayuda de la televisión. Las noticias del mundo heterosexual: I-Télé. P. M. con una camisa de leopardo y unas gafas de espejo y B. B. con un *look* de jesuita pop discuten acerca de la vida de Janis Joplin. Evidentemente, era lesbiana. En ese momento, todavía no sé que P. M., con sus camisas de leopardo, es la persona que ha destrozado el corazón del futuro amor de mi vida. Eso me permite continuar con mi vida normal de una forma automática y despreocupada. Cuando Victor vuelve, yo lo espero con la cena hecha. A veces nos queda algo de energía para follar treinta o

cuarenta minutos. Otras veces follamos únicamente con la boca, besos interminables que emiten señales eléctricas que se reciben en cualquier parte del cuerpo. Otras, nos dormimos directamente después de cenar con Justine. Esos meses son un túnel larguísimo de días de sexo *king*, de rituales tántricos, de hacerse *packings* entre hermanos, días de incesto y de sueño vampírico que atravieso en un estado semiconsciente con la seguridad de que algo o alguien acabará sacándome de ese paraíso infernal. Lo que no había imaginado era que V. D., tu muerte y la testosterona eran el final del túnel. En ese caso, y quién sabe si solo en ese caso o de forma general, el total desconocimiento del futuro era la condición de posibilidad para seguir viviendo en el presente. Del mismo modo que es necesario olvidar para seguir viviendo, es necesario también desconocer el futuro para poder esperar cándidamente a que pase el tiempo. En el punto más álgido de su carrera, el arquitecto Adolf Loos quema todos sus dibujos, sus escritos, sus cartas, sus diarios, sus fetiches. Lo quema todo. Construye con ese fuego un archivo de humo, una masa densa de olvido a partir de la cual será posible vivir de nuevo. Nadie volvería a enamorarse si tuviera un recuerdo psicosomático preciso de su última ruptura o si supiera de antemano de forma detallada las circunstancias exactas del final del amor que se dispone a comenzar en ese momento. Si hubiera sabido que tu muerte y el amor de V. D. y la adicción a T. eran el final del túnel, entonces la excitación, el miedo, el deseo irreprimible me hubieran impedido vivir. De nuevo, no estar en lo cierto, no saber, parece afirmarse, contrariamente a lo que pensaban Freud y Marx, como una condición de la supervivencia biopolítica.

Entre tanto, disfruto de lo que tengo. El placer único de escribir en inglés, en francés, en español, de caminar de una lengua a otra como tránsito de la masculinidad a la feminidad, a la transexualidad. El placer de la multiplicidad. Tres lenguajes artificiales que crecen enmarañados, que luchan por convertirse o no convertirse en una sola lengua. Mezclándose. Encontrando sentido solo en esa mezcla. Producción entre especies. Escribo sobre lo que más me importa en una lengua que no me pertenece. Eso es lo que Derrida llamaba el monolingüismo del otro (Derrida, 1997a). Ninguna de las lenguas

que hablo me pertenece y, sin embargo, no hay otro modo de hablar, no hay otro modo de amar. Ninguno de los sexos que incorporo posee densidad ontológica y, sin embargo, no hay otro modo de ser cuerpo. Desposesión en el origen.

*Estado-sofá-cuerpo-molécula*

Durante los dos meses que preceden a tu muerte, me despierto sistemáticamente, cada noche, a las cuatro de la mañana. La hora a la que paren las vacas, a la que cazan las lechuzas. En la Tele 5 francesa pasan completa la serie de documentales de la BBC sobre el origen de la vida en la Tierra. La historia de lo orgánico se despliega ante mí cada noche con una lentitud insomne. Me calma pensar que un día fui una bacteria y que volveré a serlo. El instinto de supervivencia y el instinto de muerte se confunden. Mi yo bacteriano me ayuda a dormir. Durante más de dos mil años llovió sobre la Tierra hasta que las cuencas vacías en las que antes estaban los océanos que se evaporaron con la explosión de un meteorito gigante se volvieron a llenar de agua. Pienso que, si los océanos se han secado y se han vuelto a llenar, también mi corazón puede vaciarse de política y volverse a llenar. Todavía no sé que pronto mi corazón se llenará de tu muerte y, casi simultáneamente, del amor de V. D.

Durante el día, mi existencia oscila entre la actividad frenética y el vacío total. En los períodos de vacío, paso la mayor parte del tiempo sentada en el sofá. No busco una posición cómoda, ni un gesto elegante, dejo caer mi volumen informe sobre la superficie rectangular del sofá y espero. Durante esas horas horizontales sudo, tiemblo, a veces, raramente, lloro, y de vez en cuando logro dormirme. Apenas salgo de casa, solo para sacar a Justine. Cuando salgo compro el periódico, pero no leo. Compro comida, pero no como. La perra, ella sí come. Este sofá podría ser la cama de un hospital psiquiátrico. Eso es lo que es, una delegación doméstica de las instituciones médicas y jurídicas de la República Francesa, un país del que ni siquiera soy ciudadana. El sofá es un tentáculo del

sistema de control que se ha instalado en mi espacio individual en forma de mueble de compañía. Es un aparato político, un espacio público de vigilancia y desactivación, que tiene la ventaja, respecto de otras instituciones clásicas como la prisión o el hospital, de contribuir a mantener la ficción de que este apartamento, estos cuarenta y siete metros cuadrados cerrados con llave, son mi territorio privado. La paranoia se extiende desde el sofá hasta mi piel. Mi cuerpo podría ser un centro de reclusión a perpetuidad, un tentáculo consciente del sistema de control instalado en mi estructura biológica, un tentáculo del farmacopoder que ahora lleva mi propio nombre. Mi cuerpo, mis células son el aparato político por excelencia, un espacio público-privado de vigilancia y activación que tiene la ventaja, respecto de otras instituciones clásicas como el colegio o el Ejército, de contribuir a mantener la ficción de que mi subjetividad y su soporte bioquímico, estas células, este metro ochenta aparentemente impenetrable, son mis únicas y últimas pertenencias individuales. ¿Cómo voy a escapar de esta prisión íntima? ¿Dónde voy a ir? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué me cabe esperar?

Busco entre los libros claves de supervivencia. Me agarro a la biografía de Foucault, *Les trois écologies* de Guattari, la biografía de Benjamin, sus escritos, Violette Leduc, Genet, de nuevo Wittig, Edmund White. Pero sobre todo están tus libros. No pienso en llamarte cuando peor estoy. De vez en cuando recibo un mensaje tuyo agresivo en mi teléfono: «Cuándo vas a escribir algo que merezca la pena»; «Tú o yo. Deja de atacarme.» No te respondo. Nunca. No sé de qué me hablas. No sé qué decirte. Si supieras por lo que estoy pasando. Pero no te haces ni la menor idea. Tus mensajes estúpidos me calman porque me permiten esquivar la cuestión: no te llamo para decirte que voy a empezar con la testosterona. Debería llamarte y decirte que ahora que voy a volverme uno de los tuyos quizá podamos realizar el viejo sueño de darnos por el culo mutuamente. Pero como no sé que esos días son los últimos antes de tu muerte, me chuto en silencio y no te llamo.

Paso días enteros revisando archivos del feminismo estadounidense de los setenta. Algunas voces quedan para siempre

grabadas en mi memoria. Otras desaparecen para siempre. Quedan Faith Ringgold y su manera de decirle al presentador de la entrevista en 1972 que el único modo de sobrevivir al enemigo es reírse de él en su puta cara. Ella no se ríe, al contrario, le grita, le interrumpe cuando habla, no le presta la más mínima atención. La risa es una forma de resistencia, de supervivencia, un modo de ganar fuerza. El grito también. Cuando se pertenece a un grupo oprimido hay que aprender a reírse en la cara del enemigo, dice Ringgold. El problema es que las cosas ya no están tan claras, ya no se sabe quién es el opresor y quién es el oprimido. O, más bien, es duro saberse al mismo tiempo opresor y oprimido: supongo que, en ese caso, habrá que reírse de uno mismo.

Se imprime en mí la voz de Jill Johnston: «Hasta que todas las mujeres no sean lesbianas no habrá revolución política.» Nancy Angelo y Candance Compton. «Escucha. No pienses que voy a dejar mi vida entre estas cuatro paredes. No me obligues. Escucha. Estoy harta de vivir encerrada en este cuerpo. Estoy enferma.» Mi alma es una vaina sexual en la que mi cuerpo ha sido enrollado, un cofre cerrado, una tumba, una trampa. Soy un mensaje político fascista que viaja a la deriva en una botella. Mi cuerpo es el mensaje, mi alma es la botella. Explotar. Eso es lo único que me pone.

Cada día intento cortar uno de los hilos que me atan al programa cultural de feminización en el que he crecido, pero la feminidad se pega a mí como una mano grasienta. Es como la mano caliente de una madre, como el sonido oceánico del español en mis sueños. Como Faith Wilding en su performance de la *Woman House Project*, sigo esperando que alguien me abrace, esperando que la vida comience, esperando que alguien me ame, esperando que llegue el placer, esperando... Pero también soy un hombre trans. Con T. o sin T. A esta lista de esperas femeninas hay que añadir la lista interminable de formas de esperar a que llegue la masculinidad: esperando que me crezca la barba, esperando afeitarme, esperando que me crezca una polla bajo el vientre, esperando que las chicas me miren como si fuera un hombre, esperando que los hombres me hablen como a uno de ellos, esperando tirarme a todas las gatitas,

esperando el poder, esperando el reconocimiento, esperando el placer, esperando... Me pregunto en qué momento ya es demasiado tarde para volver sobre ese proceso de *genderización*. O acaso, pasado un determinado umbral, ese proceso resulta irreversible. ¿Cuál es la temporalidad propia de la producción del género? ¿Cuál es su línea de construcción propia, su direccionalidad?

Valerie Solanas, en su *Manifiesto SCUM* de 1968, había visto las cosas con una cierta precisión (Solanas, 1996). Cuarenta años después, solo un elemento parece haber cambiado: todas las características grotescas que Solanas atribuye a los hombres en la sociedad capitalista de finales del siglo XX parecen hoy hacerse extensibles a las mujeres. Hombres y mujeres son hoy bio-productos de un sistema sexual esquizoide abocado a la autodestrucción. Los hombres y las mujeres son criaturas «deficientes, emocionalmente limitadas», «deficientes emocionales», criaturas «egocéntricas, encerradas en sí mismas, incapaces de empatía, identificación, amor, amistad, afección o ternura», son «unidades aisladas», criaturas a las que el rígido sistema clase-sexogénero-raza obliga a una autovigilancia y un autocontrol constantes, y que dedican a este agenciamiento brutal de sus subjetividades un tiempo comparable a la extensión total de sus vidas; criaturas físicamente débiles una vez que toda su potencia vital ha sido utilizada en la contención de su propia multiplicidad corporal, incapaces de encontrar satisfacción en la vida, políticamente muertas antes de haber dejado de respirar. No quiero el género femenino que me fue asignado en el nacimiento. No quiero tampoco el género masculino que la medicina transexual me promete y que el Estado me acabará otorgando si me porto bien. No quiero.

## *Devenir molecular de la política*

Cuando me administro una dosis de gel de testosterona o me inyecto una dosis líquida, me estoy suministrando en realidad una cadena de significantes políticos que se materializa hasta adquirir la

forma de una molécula asimilable por mi cuerpo. Lo que me administro no es simplemente la hormona, la molécula; es el concepto de hormona: una serie de signos, de textos, de discursos, el proceso a través del cual la hormona llegó a sintetizarse, la secuencia técnica a través de la cual llegó a materializarse en el laboratorio. Me inyecto una cadena carbonada esteroide y cristalina, y con ella un trozo de historia de la modernidad, me administro una serie de transacciones económicas y un conjunto de decisiones farmacéuticas, de ensayos clínicos, de grupos de opinión, me conecto a las redes barrocas de intercambios y de flujos económicos y políticos que patentan la vida: la electricidad, los programas de investigación genética, la hiperurbanización, la masacre de los bosques de la biosfera, la invención de nuevas especies de laboratorio, la oveja *Dolly*, el avance del ébola que devasta el continente africano, la mutación del virus del sida, las minas antipersona y la transmisión de información por banda ancha. Me convierto así en uno de los conectores somáticos a través de los cuales circulan el poder, el deseo, la libertad, la sumisión, el capital, la basura y la rebelión.

Como cuerpo –y ese es el único interés de ser sujeto-cuerpo, de ser un sistema tecno-vivo– soy la plataforma que hace posible la materialización de la imaginación política. La molécula de testosterona hace de mí inmediatamente algo completamente distinto a una cis-mujer. Incluso cuando los cambios provocados por la molécula son socialmente imperceptibles. Me vuelvo una autocobaya de experimentación de los efectos del aumento intencional de testosterona en un cuerpo de cis-mujer. La rata se humaniza. Lo humano se vuelve roedor. Y yo: *testogirl, techno-boy*. Soy un puerto de inserción de $C_{19}H_{28}O_2$. Soy al mismo tiempo una terminal de uno de los aparatos de control del poder estatal y un punto de fuga por el que se escapa la voluntad de control del sistema. Soy la molécula y el Estado, soy la rata de laboratorio y el sujeto científico que lleva a cabo la investigación, soy el detritus de una operación química y la materia prima a partir de la cual se

elabora una nueva especie en la línea, siempre aleatoria, de la evolución de la vida. Soy T.

*El diablo en gel*

Después de la quinta administración de Testogel he empezado a distinguir variaciones de amplitud en la excitación, en la tensión muscular, en la tendencia de mi cuerpo a exteriorizarse. Todas las sustancias son venenos. La única diferencia entre un veneno y un medicamento es la dosis. Pero ¿cuál es la dosis justa de testosterona? ¿La que produce mi cuerpo u otra? ¿Qué sería una justicia hormonal? Y, si hay una justicia hormonal, ¿debería yo aplicarme esa justicia a mí mismo?

La testosterona es el diablo en un gel transparente.

En un cuerpo de cis-mujer, en mi cuerpo, la administración por vía cutánea de cincuenta miligramos de testosterona en gel dos veces por semana durante tres meses no es fácilmente detectable a simple vista. Sin embargo, modifica de forma sustantiva la composición hormonal de mi cuerpo. *Modus molecularis*. Se trata de una transformación posible de mi propia ontología endocrinológica. Los cambios no son puramente artificiales. La testosterona externa viene a insertarse en un campo molecular de posibilidades presente en mi propio cuerpo. No hay rechazo, sino asimilación, incorporación. *Mit-T-sein*. Sercon-la-testosterona.

La testosterona no modifica radicalmente la percepción de la realidad, ni el sentido de la identidad. Esta dosis de testosterona no es suficiente para producir en un cuerpo de cis-mujer cambios exteriores reconocibles en términos de lo que la medicina dominante denomina «masculinización» (barba, bigote, masa muscular aparente, cambio de la voz, etc.). No modifica el modo en el que los otros descodifican mi género. Siempre he sido un cuerpo andrógino, y las microdosis de testosterona que me administro no cambian esa situación. Sin embargo, producen cambios sutiles pero determinantes en mis afectos, en la percepción interna de mi propio

cuerpo, en la excitación sexual, en mi olor corporal, en la resistencia al cansancio.

Pero la testosterona no es la masculinidad. En realidad, nada permite afirmar que los efectos producidos por la testosterona son masculinos. Lo único que podemos decir es que hasta ahora han sido en su mayoría propiedad exclusiva de los cis-hombres. La masculinidad es tan solo uno de los posibles subproductos políticos (no biológicos) de la administración de testosterona. Ni el único ni el que será socialmente dominante a largo plazo.

El consumo de testosterona, como el consumo de estrógeno o de progesterona en el caso de la píldora, no depende de no se sabe qué construcciones culturales de género que vendrán a influir en el modo en el que actuamos o pensamos. No. Nos confrontamos aquí directamente a la producción de la materialidad del género. Aquí todo es cuestión de dosis, de regularidad, de miligramos, de forma y modo de administración de la molécula, de hábito, de praxis. Lo que me ocurre podría describirse en términos de revolución molecular. Seguramente Félix Guattari no pensaba en cis-mujeres que se autoadministran testosterona cuando elaboró ese concepto de «revolución molecular» para hablar de las revueltas francesas del Mayo del 68, aunque sí pensaba en las modificaciones estructurales generadas por cambios micropolíticos como el consumo de drogas, la transformación de las conductas sexuales o la invención de nuevos lenguajes (Guattari, 2005: 53-54). En ese contexto, el término podría apuntar hacia un tipo de homeopatía política del género. No se trata de pasar de mujer a hombre o de hombre a mujer, sino de infectar las bases moleculares de la producción de la diferencia sexual, puesto que esos dos estados, hombre y mujer, no existen sino como efectos políticos fantasmáticos de procesos técnicos de normalización. Se trata de intervenir en ese proceso de producción de forma consciente e intencional hasta lograr formas viables de incorporación de género, de producir una nueva plataforma sexual y afectiva, ni masculina ni femenina en el sentido farmacopornográfico del término, que permita la transformación de la especie.

Es cierto que, para un cuerpo acostumbrado a regular su

metabolismo hormonal en torno a la producción de estrógeno, el aumento intencional de testosterona en sangre es una reprogramación endocrinológica. La totalidad de las funciones del cuerpo se ven afectadas por una pequeña modificación hormonal: las ganas de comer y de follar, la regulación del riego sanguíneo y la asimilación de los minerales, el ritmo biológico del sueño, la capacidad de esfuerzo físico, el tono muscular, el metabolismo, el sentido del olfato y del gusto. En definitiva, toda la fisiología química del organismo. Pero, a pesar de que ninguna de estas modificaciones pueda calificarse como masculina, de todos los efectos psíquicos y corporales causados por la autointoxicación a base de testosterona en gel el sentimiento de transgresión de los límites del género que me ha sido impuesto socialmente es, sin duda, el más intenso. En realidad, el nuevo metabolismo de la testosterona en mi cuerpo no es efectivo en términos de masculinización sin la existencia de un programa político previo que interpreta esas variaciones como parte de un deseo, vigilado por el régimen farmacopornográfico, de cambio de sexo. Sin ese deseo, sin la ilusión de la posibilidad de transitar de una ficción del sexo a otra, la aplicación de testosterona es simplemente, como el Prozac, la coca o el *speed*, un buen chute.

# 8. FARMACOPODER

> Farmacea *(Farmaqueia)* es también un nombre común que significa la administración del fármacon, de la droga: del remedio y/o del veneno. «Envenenamiento» no era el sentido menos corriente de «farmacea». [...] Sócrates compara con una droga *(fármacon)* los textos escritos que Fedro ha llevado. Ese *fármacon*, esa «medicina», ese filtro, a la vez remedio y veneno, se introduce ya en el cuerpo del discurso con toda su ambivalencia. [...] El *fármacon* sería una sustancia, con todo lo que esa palabra puede connotar, en realidad de materia de virtudes ocultas, de profundidad criptada que niega su ambivalencia al análisis, preparando ya el espacio de la alquimia, si no debiésemos llegar más adelante a reconocerla como la anti-sustancia misma: lo que resiste a todo filosofema, lo que excede indefinidamente como no-identidad, no-esencia, no-sustancia, y proporcionándole de esa manera la inagotable adversidad de su fondo y de su ausencia de fondo. Operando por seducción, el *fármacon* hace salir de las vías y de las leyes generales, naturales o habituales. [...] Lo propio del *fármacon* consiste en cierta inconsistencia, en cierta impropiedad, y [...] esa no-identidad consigo le permite siempre el ser vuelto contra sí mismo. En esa vuelta hay ciencia y hay muerte. Que se consignan en un solo y mismo tipo en la estructura del *fármacon*: nombre único de esa poción que hay que esperar. Y que hay incluso que, como Sócrates, merecer.
>
> JACQUES DERRIDA (1975)

## *Brujería narcoticosexual*

La hegemonía del poder farmacopornográfico que se vuelve explícita a finales del siglo XX hunde sus raíces en el origen de la modernidad capitalista, en las transformaciones de la economía

medieval de finales del siglo xv que darán paso a las economías industriales, a los Estados-nación y a los regímenes de saber científico-técnicos occidentales.

La Inquisición condena a los cultivadores, recolectores y conocedores de preparaciones a base de plantas, considerándolos brujas, alquimistas y parteras, herejes o desviantes satánicos: se inicia así un proceso de expropiación de saberes populares, de criminalización de prácticas de «intoxicación voluntaria» y de privatización de germoplasmas vegetales que culminará en la modernidad con la persecución del cultivo, el uso y el tráfico de drogas, la progresiva transformación de los recursos naturales en patentes farmacológicas y la confiscación de todo saber autoexperimental de administración de sustancias por las instituciones jurídico-médicas (Stallman, 2000: 114-117).

Resulta curioso pensar que los ungüentos medievales se aplicaban de forma muy similar a la testosterona en gel que yo me administro hoy. La mayoría de los preparados medievales de carácter alucinógeno se asimilaban por vía tópica, mezclados con una pomada hecha a base de grasa (humana o animal) que se untaba en la nuca, debajo de las axilas y en el vientre. Los historiadores contemporáneos de las tradiciones farmacológicas medievales y de la Inquisición coinciden en afirmar que buena parte de las visiones y los actos mágicos condenados por la Inquisición como satánicos se deben al uso accidental o intencional de sustancias psicoactivas. Basándose en los registros de los inquisidores de la época, así como en tratados ancestrales de herborística, los investigadores farmacológicos actuales han podido identificar las diferentes sustancias alucinógenas y narcóticas de extracción vegetal.

Muchas de las recetas para preparar ungüentos y brebajes que datan de la época medieval coinciden en mencionar entre sus ingredientes solanáceos psicoactivos, como el beleño, el estramonio, la belladona y la mandrágora. Casi todas ellas incluyen también extractos preparados a partir de plantas como la adormidera (opio, heroína, morfina) y el cáñamo (marihuana, hachís); sapos cuya piel, ahora se sabe, contiene principios

psicotrópicos; y cierta «harina moteada de cereal» que probablemente estaba hecha con espigas de trigo parasitadas por el hongo del que se extrajo por primera vez LSD. Las visiones alucinógenas dignas de las retóricas de Deleuze y Guattari (devenir animal, devenir vegetal, intercambio sexual con machos cabríos, viajes astrales, etc.) eran en realidad el efecto psicotrópico causado en el organismo por la ingestión o la aplicación cutánea de esas plantas, que presentan virtudes alucinógenas y afrodisíacas.

En épocas de intensa sequía y pobreza aumenta la fabricación de pan a base de cereales, como el centeno, que pueden contener micotoxinas, metabolitos producidos por los mohos del pan que ejercen un efecto tóxico sobre el organismo de los mamíferos causando alucinaciones y vómitos. Hoy sabemos que las víctimas del *Ignis sacer* (fuego sagrado de San Antonio) estaban expuestas a los efectos alucinógenos de la dietilamida del ácido lisérgico (conocido ahora como LSD), una micotoxina que aparece durante el horneado del pan elaborado con trigo contaminado por el cornezuelo del centeno, y de otras micotoxinas, como alcaloides de la belladona, procedentes del fruto de la mandrágora, una raíz. Algunas de esas micotoxinas estarán más tarde en la base de la fabricación de los antibióticos.[19] En 1960 un profesor de la Universidad de Gotinga siguió paso a paso las instrucciones para preparar una pomada extraídas de un libro del siglo XV. Junto con otros colegas, se untó con ella la nuca y las axilas. Todos los investigadores reportaron haberse sumergido en «un sopor de veinticuatro horas, donde soñaron con audaces vuelos, danzas frenéticas y otras extrañas aventuras del tipo vinculado a las orgías medievales».

Durante los procesos inquisitoriales de la década de 1330 en Carcassonne –donde aparece por vez primera el antiguo rito del *sabbath* bajo ese nombre–, las transcripciones de un juicio a una mujer acusada de practicar la brujería consignan declaraciones como esta: «Se encontró con un macho cabrío gigantesco, al que saludó y al que se abandonó. El macho cabrío, a cambio, le hizo conocer las plantas venenosas, cociendo en calderos, sobre un fuego maldito, hierbas envenenadas... Desde entonces se ocupa en

la confección de ciertos ingredientes y brebajes perjudiciales.» En el Fuero Juzgo –ordenamiento jurídico de la monarquía visigótica– aparecen varias disposiciones que configuran la cacería contra la «infame secta brujeril» y contra el uso ancestral de ciertas drogas. La Ley Sálica (424 d. C.) y el Concilio de Agde (506 d. C.) pugnaban ya por el exterminio de brujas y por la excomunión «a hechiceros, a vampiros y a quienes los consulten» (Brailowsky, 1995: 6). Entonces, la receta y la autoadministración de cualquier fármaco no aprobado por los jerarcas del culto cristiano comenzó a castigarse con la hoguera.

Fue así que herbolarios, hechiceras, bardos, druidas, sacerdotisas y pontífices de otros cultos, del mismo modo que todos aquellos que se atrevían a hacer uso de drogas –ya fuera con fines terapéuticos, rituales o simplemente recreativos–, resultaron confinados a la categoría de «infames» y acabaron siendo perseguidos, sin distinción alguna, bajo el cargo de brujería. La Inquisición actúa aquí como una instancia de control y represión tanto del saber farmacológico de las mujeres de las clases populares como de la *potentia gaudendi* que reside en algunas de esas plantas y en diversas formas de preparación para su ingesta.

La activista feminista y bruja pagana Starhawk entiende la persecución de las brujas que tiene lugar en Europa entre 1430 y 1740 (y que se extiende también a las colonias americanas) como parte de un proceso de erradicación de saberes y poderes populares y de consolidación de un poder y un saber experto y hegemónico imprescindible para la implantación progresiva del capitalismo a escala global (Starhawk, 2003: 271).

El *Malleus Maleficarum*, gramática de la Inquisición y de sus técnicas de extracción de saber, condena especialmente la sexualidad de las mujeres, el intercambio sexual no reproductivo (la sodomía, la masturbación) y la experimentación con sustancias psicoactivas (Evans, 1981). La inquisición, señala Starhawk, castiga la agresividad sexual y el goce de las mujeres, e impone pasividad, sumisión y silencio en las prácticas heterosexuales (Starhawk, 2003: 293). De nuevo resulta sorprendente la coincidencia de la emergencia del capitalismo protoindustrial y de las formas científicas

de producción y transmisión de saber con la exterminación de los sectores de la población que poseían formas de saber farmacomágico; la de la aparición de nuevos modos de segmentación, clausura y cercado de la tierra con la expansión de la ganadería bovina que sustentará la futura industria textil, o la de la expansión colonial en América, África, la India y Extremo Oriente con la invención en Europa de formas serviles y esclavistas de trabajo asalariado.

Las mujeres, a pesar de la idea comúnmente divulgada, no se incorporan al mercado de trabajo durante el siglo XX, sino que sus prácticas de saber y producción de riqueza son cuidadosamente expropiadas de los circuitos de la economía medieval para consolidar sobre esa exclusión el naciente capitalismo. Como ha señalado Angela Davis, la condición de las mujeres blancas acabará transformándose durante el siglo XIX con la degradación económica de la figura del ama de casa y la creación de los ideales burgueses de la esposa y la madre, junto con la pauperización esclavista de la economía doméstica (Davis, A., 2004: 13).

Para Starhawk, el drenaje de los lagos y marismas, la tala de los bosques y el cercado de las tierras que acompaña a la invención de la propiedad privada agrícola y ganadera al final de la Edad Media destruye al mismo tiempo la comunidad pagana, el lugar en el que residen las fuerzas míticas del imaginario popular y el ecosistema en el que se producen las plantas y las sustancias utilizadas en el «arte de la brujería»:

> Las persecuciones de brujas están relacionadas con otros cambios importantes de conciencia que se produjeron entre los siglos XVI y XVII. La ascensión del profesionalismo en numerosas esferas de la vida implicaba que aquellos servicios que las personas practicaban para ellas mismas, para sus vecinos o sus familias fueran ahora realizados por corporaciones de expertos pagados que tenían una licencia o algún otro medio de reconocimiento de su calidad como guardianes de un corpus de saber reservado y garantizado oficialmente... La Iglesia católica había servido durante siglos como modelo de corporación que dispensaba las gracias necesarias. Las brujas y los herejes fueron acusados de propagar o de recibir gracias de un origen sin clasificación, que carecía del sello de garantía oficial; en definitiva, acusados de transmitir un saber no reconocido. Los poderes de las brujas, utilizados para hacer el mal o

para curar, eran considerados como demoníacos porque emanaban de una fuente no instituida (Starhawk, 2003: 273-274).

En la época medieval, las mujeres se ocupan del cuidado y la sanación del cuerpo gracias a un saber tradicional basado en la utilización de hierbas y en la práctica de ritos. Esas mujeres que curan, mujeres sabias y parteras, conocidas también como brujas, meigas, van a representar una amenaza para las nuevas sociedades profesionales en torno a las que se federan los nuevos saberes expertos que pronto serán validados como científicos, como la medicina, que comienza a organizarse como gremio en el siglo XVI (Starhawk, 2003: 275). Se crean así licencias para el ejercicio de la profesión médica que excluyen los saberes farmacológicos de las mujeres, las parteras y las brujas.

La persecución de las brujas a finales de la Edad Media puede entenderse como una guerra de los saberes expertos contra los saberes populares y no profesionalizados, una guerra de los saberes heteropatriarcales contra los saberes narcoticosexuales tradicionalmente ejercidos por las mujeres y los brujos no autorizados. Se trata de exterminar o confiscar una cierta ecología del cuerpo y del alma, un tratamiento alucinógeno del dolor, del placer, de la excitación, y de erradicar las formas de subjetivación que se producen a través de la experiencia colectiva y corporal de rituales, procedimientos de transmisión de símbolos y procesos de asimilación de sustancias alucinógenas y sexualmente activas. La persecución de la brujería que abre la modernidad esconde, bajo las acusaciones de herejía y apostasía (renegar de Dios), la criminalización de las prácticas de «intoxicación voluntaria» y de autoexperimentación con sustancias alucinógenas y con la propia sexualidad. Sobre este olvido inducido se asentará la modernidad eléctrica y hormonal.

## *Ficciones somáticas. La invención de las hormonas sexuales*

*Suaves fermentations de la subjectivité creuse en elle-même*.[20]

Todo lo que somos hoy, nuestro modo de comprendernos a nosotros mismos como cuerpos libres y deseantes, se pone en marcha con la imprenta, la Revolución Industrial, el magnetismo y su transformación en electricidad, el transporte rápido, la comunicación a larga distancia, la organización de la ciudad moderna y su retícula racional, el desplazamiento de millones de cuerpos humanos desde África hasta Europa y América como músculos y sexos pensantes utilizables para producir riqueza y placer, la comercialización con cuerpos blancos como prótesis de trabajo asalariado en el capitalismo industrial, la transformación de la superficie del planeta en una única e interminable vía férrea... No es extraño que en este contexto dominado por la comunicación, el viaje, el intercambio, la conexión y la influencia aparezca un interés creciente por la circulación de fluidos y la transmisión de la información dentro del cuerpo que acabará dando lugar a la invención de la hormona como secreción comunicante.

Desde principios del siglo XX hasta hoy, el proceso de imaginación, de conceptualización y de producción técnica de las hormonas se lleva a cabo con animales, y secundariamente con cobayas humanas procedentes, en general, de las instituciones de reclusión disciplinaria (Ejército, prisión, hospital psiquiátrico, escuela, etc.) o de las poblaciones cuya soberanía biopolítica está sujeta a un dominio colonial, político o económico exterior. Cuerpos de rata, de conejo, de gallina, de toro, de cerdo, cuerpos infrahumanos de «negro», de «loco», de «marica», de «criminal»... Nuestros modelos de género, no solo como modelos conceptuales, sino como materializaciones químicas, como plataformas tecno-vivas, se producen en la encrucijada entre lo humano y lo animal. Más aún, humano y animal son ficciones somáticas, productos tecnobioculturales de esas prácticas de materialización discursivas, que al mismo tiempo los unen y los separan (Haraway, 2004).

En 1767, el anatomista Hunter comienza a experimentar con el trasplante de testículos en ratas castradas y llega a la conclusión de que existe una relación entre los testículos y la masculinidad. Un

siglo después, Arnold Adolf Berthold, fisiólogo de la Universidad de Gotinga, desarrolla una serie de experimentos sobre gallos, a los que extirpa los testículos, transplantándoselos después en otro lugar del cuerpo. Luego escribe un tratado que será uno de los primeros en utilizar la retórica heterosexual de la superioridad masculina y la complementariedad de los sexos para explicar las variaciones de las secreciones internas.[21] Pero lo que me interesa aquí, al margen de la opereta heterocientífica que le hace ver en los gallos con testículos «guerreros perseguidores de gallinas» y en los castrados, «lánguidos y pacíficos capones», es el modo en que se piensa la secreción interna como información difusa. Su tratado concluye que debe de haber una transmisión química y no nerviosa de la información contenida en los testículos, puesto que sus secreciones parecen distribuirse a través de la sangre a todo el cuerpo, con indiferencia del lugar en el que los testículos son reimplantados. El modelo «sexo inalámbrico» *(wireless sex)* está en marcha.

Hacia finales del siglo XIX, parece plausible que las «secreciones internas» de ciertos órganos puedan explicar el funcionamiento de procesos fisiológicos en diferentes lugares del cuerpo (Oudshoorn, 1998: 775-793). Charles-Édouard Brown-Séquard, fundador de la llamada *organothérapie* (el tratamiento con extracto de órganos), presta atención a las glándulas sexuales y decide emplear el «extracto de órganos animales» con fines terapéuticos. Según Brown-Séquard, los testículos podrán garantizar juventud y vigor eternos a los varones. Del mismo modo, usa filtros a base de ovarios de cobaya para curar diversas enfermedades uterinas y casos de histeria (Oudshoorn, 1998: 779). Pero lo más interesante de Brown-Séquard, aquello que va a situarlo al límite de las convenciones científicas de su tiempo, es su deseo de autoexperimentación, el modo en el que, fascinado por el suplemento que promete el extracto, utiliza su propio cuerpo como campo de ensayo clínico. En 1889, nos recuerda Sengoopta, Brown-Séquard «arruina su carrera al anunciar a sus colegas de la Société de Biologie de París que se había inyectado a sí mismo extractos de testículos de cobaya y perro prensados» (Sengoopta, 2006: 36-37; Fausto-Sterling, 2006: 182). Los resultados, dijo, fueron

«espectaculares». Había experimentado un renovado vigor y un incremento de la claridad mental. Igualmente, según su informe, aquellas pacientes femeninas a las que había administrado jugo de ovarios de cobaya filtrado habían experimentado mejoría física y mental. Aunque muchos médicos respondieron a las afirmaciones de Brown-Séquard con algo más que cierto escepticismo, la organoterapia adquirió una enorme popularidad... «Al cabo de una década, sin embargo, los nuevos tratamientos quedaron desacreditados. Brown-Séquard admitió que los efectos de las inyecciones testiculares eran de corta duración y, probablemente, resultado del poder de sugestión» (Oudshoorn, 1998: 779). Este experimento fallido de Brown-Séquard servirá, sin embargo, para elaborar una primera teoría de la transmisión de información a distancia en la que las secreciones se entienden por primera vez como «mensajes químicos» (Fausto-Sterling, 2006: 184).

1905. El mismo año en que Freud escribe sus *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, el doctor Ernest Henry Starling inventa el concepto de hormona. Mientras Freud imagina una nueva geografía invisible a la que denomina «inconsciente», un espacio virtual, al mismo tiempo subterráneo y paralelo al cuerpo, en el que juegan el deseo, los afectos y la identidad sexual del sujeto, la ciencia y el Estado atacan el cuerpo y la sexualidad para hacer de ellos núcleos de gestión técnica del individuo moderno. Mientras Freud inventa la sexualidad como una entidad independiente del sexo anatómico, Starling y Bayliss comienzan a pensar las reacciones humanas como efectos de sustancias que se emiten en diferentes lugares del cuerpo. Starling y Bayliss descubren una sustancia que estimula la secreción pancreática. La llaman «secretina» y la definen como paradigma de un nuevo tipo de funcionamiento corporal que denominan «hormona», del griego *horman,* excitar, poner en marcha. En un momento de plena expansión de las tecnologías de transporte y telecomunicación, van a pensar las hormonas de acuerdo a una temprana teoría de la información: «Estos mensajes químicos u hormonas, como podríamos llamarlas –dicen–, deben ser transportadas por la sangre desde el órgano donde se producen hasta el órgano en el que actúan» (Starling, 1905: 6). Mientras

Freud contempla el sujeto como un profundo terreno cuyos estratos escondidos deben ser sacados a la luz a través de una paciente excavación lingüística, Starling y Bayliss dibujan una nueva imagen del individuo moderno: un complejo entramado de circuitos densamente conectados que emiten, reciben y descodifican información bioquímica. Frente a la arqueología freudiana del yo, emerge un nuevo sujeto hormonal, electroquímico, mediático y ultraconectado.

Entre 1860 y 1905, años en los que se elabora el concepto de hormona, James Clerk Maxwell predice la existencia de las ondas radiofónicas y Heinrich Rudolph Hertz demuestra que las variaciones rápidas de corriente eléctrica se pueden proyectar en el espacio en forma de ondas similares a la luz o el calor, dando lugar a la invención de la telegrafía y la radio; mientras tanto, la prensa y la difusión postal se convierten en fenómenos populares. La teoría hormonal forma parte de un intento de pensar el cuerpo como un sistema de comunicación. La endocrinología resultará de esta modelización del cuerpo de acuerdo a una teoría de la difusión y tratamiento de la información en un mundo que se vuelve progresivamente global. Para Starling y Bayliss, lo que caracteriza a la hormona es su capacidad de «actuar a distancia», de ser emitida en un lugar e influir en el funcionamiento de otro lugar distante del cuerpo. La hormona como modelo de comunicación implica esa

capacidad de teleacción, de modificar un órgano a través de la emisión distante de información biocodificada. Pensada como teletransmisor, la hormona es transporte, difusión, exportación, uso extradoméstico, escape, fuga, éxodo, intercambio, lectura, traducción, descodificación, carta postal, mensaje telefónico. La hormona, pensada como la deconstrucción derridiana piensa la escritura, es telecinemática. Nos encontramos aquí con una nueva manera de entender el poder y la subjetivación, distinta a la propuesta por la descripción de Foucault de los dispositivos disciplinarios ortopédicos y arquitectónicos del panóptico o de la prisión. La primera teoría hormonal es una *media theory*, una teoría de la comunicación en la que el cuerpo ya no es simplemente un medio en el que se emite, se difunde y se recolecta información, sino el efecto material de esos intercambios semiótico-técnicos.

El dispositivo de subjetivación que podemos reconstruir a partir de la teoría hormonal de principios del siglo xx es un conjunto de redes institucionales y técnicas en las que se producen artefactos vivos que, dentro de un determinado contexto cultural, adquieren reconocimiento político.[22] El nuevo sujeto sexual farmacopornográfico emerge de una arquitectura científico-técnica que conecta elementos tan heterogéneos como barcos coloniales, testículos de ballena, soldados impotentes, recintos penitenciarios, embarazos de esclavas, textos bioquímicos y dinero. Las industrias farmacéuticas de principios del siglo xx, que trabajan con una teoría experimental según la cual las hormonas se producen y se almacenan en las gónadas, se encuentran frente a la dificultad de procurarse grandes cantidades de ovarios y testículos (tanto animales como humanos). Los laboratorios farmacéuticos se instalan junto a los mataderos y «firman contratos con ellos para poder asegurarse una provisión regular de glándulas animales» (Oudshoorn, 1998: 782; Clarke, 1987: 329-331). En un intento de acabar con la penuria de extractos gonádicos, Alan Parkes, un fisiólogo inglés, admite haberse procurado «ovarios de una ballena azul» con la ayuda del Museo Británico (Oudshoorn, 1998: 783). Se espera, asimismo, la ejecución de condenados para poder recuperar los testículos (Hamilton, 1986). Se crean así las primeras redes de

tráfico estable de materiales orgánicos entre ginecólogos, científicos de laboratorio, industrias farmacéuticas (que son, en general, las que tienen contratos con los mataderos), cárceles y mataderos. Las hormonas emergen de ese tráfico. Son ese tráfico. Cada vez que me administro una dosis de testosterona acepto ese pacto. Soy la ballena azul y sus enormes ovarios. Me vuelvo el toro degollado del matadero, el condenado a muerte y sus testículos recuperados para la ciencia. Establezco un contrato en el que todo mi deseo se alimenta de –y alimenta retroactivamente– las cadenas globales que transforman células vivas en capital.

En 1926, este tráfico intenso de flujos, tejidos y órganos para detectar aquellas materias primas a través de las cuales «fabricar» hormonas, conduce finalmente a dos ginecólogos alemanes a afirmar que los índices más elevados de hormonas podrían encontrarse en la orina humana (Haterius, 1937). Golpe de magia, desacralización de las gónadas como soporte orgánico de las hormonas y modificación radical de los espacios institucionales que hasta entonces detentaban el poder de la investigación hormonal. Si hasta ese momento el poder lo tienen los grupos farmacéuticos que han firmado contratos con los mataderos para procurarse testículos u ovarios de animales sacrificados, el descubrimiento de que la orina es una reserva de hormonas modifica las relaciones de poder entre los grupos de producción: ahora serán las clínicas ginecológicas las que estarán en primera línea de producción experimental, porque son las instituciones médicas donde resulta más fácil obtener la orina de las mujeres embarazadas (Oudshoorn, 1998: 784). Para procurarse la orina masculina, sin embargo, los laboratorios farmacéuticos tendrán que dirigirse a las instituciones no médicas, a aquellos espacios en los que se concentran un gran número de bio-productores: el colegio, la fábrica, la prisión. «En 1931, el químico alemán Adolf Butenandt recoge veinticinco mil litros de orina en los locales de la policía berlinesa. Así llega a aislar cincuenta miligramos de una sustancia cristalina a la que por primera vez llama “androsterona”, pensando que se trata de la hormona masculina por excelencia.»[23]

El proceso de aislamiento y de producción técnica de las

hormonas permite dibujar una cartografía de los espacios sexopolíticos disciplinarios y localizar las diferentes instituciones de encierro y de control de la feminidad y de la masculinidad como enclaves técnicos de producción del género.

Se establece así un tráfico de fluidos humanos entre diferentes instituciones disciplinarias de reclusión que finalmente pertenecen a un mismo sistema de producción del cuerpo-capital: la clínica ginecológica, el hospital, la fábrica, la prisión, el laboratorio, la industria farmacéutica. Los fluidos del cuerpo de las mujeres deberán transitar también de un espacio disciplinario, pero difícilmente accesible farmacológicamente (el espacio doméstico), a aquellos espacios donde los mecanismos de gestión pública tienen más fácil anclaje (el hospital, el centro ginecológico) para volver después a la aparente privacidad del hogar, donde pronto llegarán las hormonas en forma de píldora. Los cuerpos racializados, en las rutas del esclavismo o de la exterminación racial, los cuerpos marcados como «discapacitados» o sexualmente anormales se insertarán con rapidez en esa capitalización del cuerpo del viviente que trabaja en la producción del animal y del hombre, de lo normal y lo desviado, del humano civilizado y el humano civilizable. Así, buena parte de los ensayos clínicos con hormonas se llevarán a cabo en enclaves coloniales (por ejemplo, la píldora será probada entre la población negra de Puerto Rico), en enclaves psiquiátricos (los homosexuales y los transexuales serán considerados como enfermos mentales y sometidos a violentos procedimientos quirúrgicos y hormonales),[24] en recintos penitenciarios y correccionales hasta que las técnicas hormonales puedan ser absorbidas por el anonimato cotidiano de los espacios domésticos y de los colegios.

Pero decir hormona es decir transexualidad. El modelo de estudio y de producción de hormonas es la transexualidad animal, aunque la noción de transexualidad no aparecerá sino más tarde, en los textos de Magnus Hirschfeld, D. O. Caudwell y Harry Benjamin: «A finales del siglo XIX, los investigadores comienzan a estudiar las sustancias químicas contenidas en las glándulas sexuales por medio de técnicas de castración y de trasplante..., y denominan hormona

masculina o femenina a las sustancias aisladas en las gónadas que provocan, después de la castración, la reaparición del órgano respectivamente masculino o femenino» (Oudshoorn, 1998: 779-780). Cualquier modificación que aparece tras la administración de una sustancia después de la castración se considera relevante. Se trataba de prácticas fáciles y relativamente baratas realizadas con ratas, conejos o gallinas. Para la experimentación con hormonas llamadas femeninas se considera la modificación de órganos reproductores internos: el crecimiento del útero y la queratinización de las células epiteliales de la vagina. En el caso de las hormonas masculinas, por ejemplo, se considera significativo el «crecimiento de la cresta en los gallos castrados» y de «las vesículas seminales de los ratones». Paradójicamente, el concepto psicológico de transexualidad que popularizara Benjamin en 1966 surge de esos juegos de corta y pega en el cuerpo animal, a pesar de que la noción de «sexo psicológico» entra en contradicción con la de «animalidad».

A partir de los años treinta, la clasificación hormonal se vuelve más compleja: parece claro por primera vez que no hay hormonas específicas de cada sexo, sino que todos los cuerpos producen tanto estrógenos como testosterona; la diferencia está en la cantidad variable de esa producción. Sin embargo, la terminología de hormonas masculinas y femeninas y su utilización técnica permanecen estables.

Es en este contexto en el que las hormonas, primero el estrógeno y la progesterona, después la testosterona, pasan de ser moléculas a ser medicamentos, de ser cadenas carbonadas silenciosas a ser entidades políticas que pueden introducirse legalmente en un cuerpo humano de forma intencional y deliberada, realidades sujetas a protocolos apoyados por un conjunto de instituciones, convertidas en lenguaje, en imagen, en producto, en capital, en deseo colectivo. Así es como llegarán hasta mí.

*Pop-control. Modos de la subjetivación farmacopornográfica*

El estrógeno y la progesterona, bases moleculares de la producción de la píldora anticonceptiva, son hoy, cada vez más desde su invención en 1951, las sustancias más fabricadas por la industria farmacéutica mundial, y se han convertido así en las moléculas sintéticas más utilizadas de toda la historia de la medicina (Wolffers, Hardon y Janssen, 1989). Lo curioso no es esta producción masiva e industrial de las hormonas denominadas «sexuales», sino el hecho de que estas moléculas sean utilizadas con prioridad y casi exclusivamente sobre el cuerpo de las mujeres, al menos hasta principios del siglo XXI. La cis-feminidad tal y como la conocemos hoy en Occidente no existe sin un conjunto de dispositivos mediáticos y biomoleculares. Las cismujeres son artefactos industriales modernos, tecno-organismos de laboratorio, como las hormonas. Este desequilibrio farmacológico en la producción del género comienza a verse modificado en 1998 con el descubrimiento de los efectos de un sildenafilo sobre el pene. Cuando Françoise d'Eaubonne inventa en 1969 el término «falocracia» para hablar del dominio simbólico y político del falo en la cultura occidental, no hubiera podido imaginar que ese mismo falo sería en realidad objeto de una intensa vigilancia y que se convertiría en el centro de una creciente normalización biopolítica. Entre mediados del siglo XX, cuando David O. Caudwell, Harry Benjamin y John Money llevan a cabo experimentos con los efectos de las llamadas hormonas sexuales en la respuesta genital a la excitación, y los albores del XXI, cuando los laboratorios Pfizer, Bayer y Lilly se disputan, bajo los nombres de Viagra, Levitra o Cialis, la comercialización de una molécula vasodilatadora capaz de provocar y mantener la erección, la masculinidad deja de ser un coto cerrado de privilegios naturales para convertirse en un dominio de capitalización e ingeniería política. La primera década de este nuevo milenio ha sido un momento sin precedentes de ansiedad política y especulación económica en torno al pene. Hoy, más que falocracia, habría que hablar de «falocontrol», de un conjunto de dispositivos políticos que luchan por diseñar los límites de la nueva masculinidad. Se acabó el tiempo de la complaciente victimización femenina: entramos en una época en la que el control

tecnomolecular de los géneros se extenderá a todo y a todos. El siglo XXI será el siglo de la producción y el control farmacopornográfico de la masculinidad. El Viagra y la testosterona son las divisas de esta nueva producción molecular de la masculinidad.

Durante el siglo XX, es cierto, la investigación hormonal está marcada por un desequilibrio político: mientras que el interés por los testículos y las hormonas masculinas está dirigido a virilizar y sexualizar a los hombres, asociándose desde el principio la testosterona a la juventud, la fuerza, el deseo sexual, el vigor y la energía vital, los proyectos de investigación de las hormonas consideradas como femeninas buscan controlar la sexualidad de las mujeres y su capacidad de reproducción. La masculinidad se sigue produciendo según un modelo de poder patriarcal soberano, mientras que la feminidad se regula según un conjunto de técnicas biopolíticas, higiénicas y eugenésicas destinadas a controlar la reproducción de la población de la nación y de reducir la «desviación» entendida en términos de clase, raza, sexualidad, enfermedad y discapacidad.

En ambos casos el objetivo es una capitalización total del ser vivo. Por un lado, el Viagra funciona como una prótesis molecular normativa que viene a reparar el cuerpo masculino no-erecto, entendiendo esa falta de erección como un fallo de la soberanía. Por otro lado, el cuerpo de la mujer sigue siendo construido por el régimen farmacopornográfico como un bien reproductivo (útero, células reproductivas, vagina, placenta, mamas productoras de leche...) al servicio del interés nacional.

El cuerpo humano universal no existe. Existen una multiplicidad irreductible de cuerpos vivos y de órganos racializados, sexualizados, clasificados, taxonomizados.

Como nos recuerda la historiadora de la ciencia Nelly Oudshoorn, «a finales de los años treinta, en el proceso de selección de temas de estudio, después de la transformación de materias primas, las mujeres y la reproducción se vuelven el objetivo central de la investigación. El organismo masculino desaparece poco a poco del

triángulo ginecología-laboratorio-industria farmacéutica como objeto de estudio» (Oudshoorn, 1998: 788).

Una breve genealogía de las prácticas quirúrgicas muestra esta asimetría biopolítica. La ablación de ovarios se practica desde la década de 1870 como remedio, se pensaba en la época, para diversos «desarreglos de la menstruación y diversas enfermedades nerviosas atribuidas a los ovarios» (Speert, 2004: 407). Las castraciones terapéuticas durante el siglo XIX, incluida la castración penal (cuyos fundamentos están relacionados tanto con la producción de la raza como con la del género), practicada en Estados Unidos sobre sujetos negros para castigar la violación de mujeres blancas (Davis, A., 2004: cap. 11), la castración eugenésica (quirúrgica o química) de los «enfermos» y «débiles mentales» y la castración terapéutica de los «psicópatas sexuales», no afectarán al macho heterosexual blanco de clase media cuya masculinidad y sus enclaves orgánicos, los testículos y el pene, son culturalmente demasiado preciosos como para ser pura y simplemente extirpados (Scholz, 2001; Taylor, 2002).

A principios del siglo XX, por primera vez, la naciente industria farmacéutica se interesa por la producción de preparaciones a base de extractos de ovarios en el tratamiento de la histeria y los problemas de fecundidad en las cis-mujeres y de estratos de testículos disecados de animales en el tratamiento de la impotencia o la fatiga sexual. Los alemanes son los primeros en experimentar durante la guerra con derivados de la testosterona en animales, en perros, pero también en humanos. En Alemania, la recolección y la transformación de la orina en la década de 1930 serán llevadas a cabo por los laboratorios Schering AG, que se convertirán después en el líder de producción y venta de la píldora anticonceptiva Yasmin.

En los países ricos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las enfermedades infecciosas dan paso a las enfermedades ligadas al envejecimiento y a la gestión de la sexualidad, a la modificación de los afectos y al control del psiquismo, a la producción del yo y la regulación de la reproducción y del sistema inmunitario del cuerpo en un medioambiente hostil. Es aquí donde la producción y

comercialización de hormonas sintéticas encuentra su verdadero emplazamiento farmacopornográfico.

A partir de 1950 irrumpe la utilización deportiva de la testosterona. Los laboratorios del doctor Ziegler, en Alemania, producen Dianantol (una variante oral de esteroides anabolizantes poco eficaz, puesto que la molécula de testosterona se ve atacada por las encimas del estómago) y, sobre todo, Methandosterolone (una variante inyectable más eficaz). En los años sesenta, los esteroides anabolizantes pasan al mercado farmacéutico junto con la hormona del crecimiento. A partir de entonces, todos los esteroides, testosterona, anabolizantes, etc., están a la venta en el mercado farmacológico médico o en el mercado libre o negro paralelos. Hoy, la página del Instituto Americano de la Salud (AHI) advierte que la testosterona es una «droga adictiva» y, sobre todo, que «el consumo masculino de andrógenos a largo plazo reduce la capacidad natural de producir la hormona y puede causar ginecomastia» (es decir, crecimiento del pecho en los hombres, lo que en la jerga de los culturistas, consumidores por excelencia de andrógenos, se conoce como *bitch tits, «*tetas de perra»). La testosterona no se puede comprar libremente en el mercado. Pero se pueden obtener muchas variantes de esteroides anabolizantes en varias páginas de venta en internet en las que se encuentra de todo: esteroides, Prozac, Zoloft, Viagra, Xenical (una molécula que induce la saciedad y promete el adelgazamiento), Ziagen (una triterapia de tratamiento del VIH)..., o casi de todo.

## El panóptico comestible

La invención de la píldora como nanotécnica de modificación hormonal doméstica, portable y comestible es contemporánea de la invención de la noción de género, de la fabricación de la bomba atómica, de los primeros trasplantes de silicona, de las primeras prótesis electrificadas, del ordenador, de la fórmica y de las sillas de contrachapado. La primera píldora anticonceptiva fue inventada, casi por error, por Gregory Pincus y los laboratorios Searle en 1951,

bajo la forma de molécula de noretindrona, una variante sintética y asimilable por vía oral de la molécula activa de progesterona. Al explorar las redes económicas y técnicas que llevarán a la producción de la píldora, descubrimos con sorpresa que la píldora emerge en el marco de una investigación experimental de ayuda a la procreación de familias blancas católicas estériles (Tone, 2001: 203-285). Los procesos de investigación y de evaluación de su eficacia técnica dejan al descubierto sus raíces coloniales: la acción y la eficacia de la primera píldora anticonceptiva será evaluada en la isla de Puerto Rico, entre las mujeres de la población negra local y, simultáneamente, entre varios grupos de pacientes psiquiátricos del Worcester State Hospital y entre los reclusos de la prisión del estado de Oregón entre 1956 y 1957: se evaluará la eficacia de la píldora para controlar la natalidad entre las mujeres, y su eficacia para controlar y disminuir la libido y las «tendencias homosexuales» entre los hombres. Un análisis transversal de los espacios geopolíticos e institucionales, así como de las implicaciones raciales, sexuales y de género, de la utilización de las primeras moléculas de estrógeno y progesterona sintética permite definir la píldora no solo como un método de control de la reproducción, sino, y sobre todo, como un método de producción y de purificación de la raza, una técnica eugenésica de control de la reproducción de la especie (Roberts, 1997). La píldora funciona como una pieza semiótico-material (al mismo tiempo máquina y discurso) clave dentro de la gramática racista de la cultura occidental, obsesionada por la contaminación de los linajes, la pureza de la raza, la separación de los sexos y el control de los géneros (sobre la «vida pura» como objetivo del tecnobiopoder, véase Haraway, 2004: 78-82).

Más aún, la píldora opera desde el principio como una técnica no de control de la reproducción, sino de producción y control de género. La primera píldora inventada, aunque eficaz como control de natalidad, fue rechazada por el AHI, porque, al suprimir totalmente las reglas, venía a poner en cuestión, según el comité científico, la feminidad de las mujeres americanas. Así se inventa una segunda píldora, igualmente eficaz, pero con una diferencia: su

capacidad para reproducir técnicamente los ritmos de los ciclos menstruales naturales.

Si es posible hablar, con Judith Butler, de una producción performativa del género, habría que indicar que aquello que es imitado aquí no es únicamente una representación teatral o un código semiótico, sino más bien la totalidad biológica del viviente. He llamado a este proceso, pensando en las expresiones *drag queen* (hombre biológicamente definido que practica una forma visible de feminidad) y *drag king* (mujer biológicamente definida que practica una forma visible de masculinidad), bio*drag,* travestismo somático: producción farmacopornográfica de ficciones somáticas de feminidad y masculinidad. Aquello que es representado e imitado técnicamente a través de la píldora ya no es un código vestimentario o un estilo corporal, sino un proceso biológico; más precisamente, el ciclo menstrual.

Los procesos de feminización ligados a la producción, la distribución y el consumo de la píldora muestran que las hormonas son ficciones sexopolíticas, metáforas tecno-vivas que pueden ser tragadas, digeridas, asimiladas, incorporadas; artefactos farmacopornográficos capaces de crear formaciones corporales que se integran en organismos políticos más amplios, como las instituciones médico-legales, los Estados-nación o las redes globales de circulación del capital.

Gracias a la administración masiva y en altas dosis de estrógenos y de progesterona a las cis-mujeres occidentales de la posguerra, la feminidad puede ser producida y reproducida en estado puro. Esta nueva feminidad microprostética es una técnica farmacopornográfica patentada y lista para ser comercializada, transferida, implantada en cualquier cuerpo viviente. Las altas dosis de estrógenos y progesterona administradas durante esa época se afirman poco a poco como cancerígenas y responsables de diferentes alteraciones cardiovasculares, sin que por ello disminuya el consumo de la píldora (más bien ha aumentado exponencialmente desde los años setenta) o sean modificadas las consignas de la Organización Mundial de la Salud.

La cantidad de estrógeno que contiene un tratamiento mensual ha

pasado de ciento cincuenta microgramos, y hasta doscientos miligramos de progesterona en los años sesenta, a diez microgramos de estrógeno e incluso quince miligramos de diferentes variedades de progestinas en los actuales planes anticonceptivos. Para ganar seguridad con dosis mínimas, la actual micropíldora (método más recetado durante los períodos de lactancia) administra dosis más pequeñas durante más días, disminuyendo los días de píldora placebo durante los que se produce lo que podríamos llamar una *tecnorregla*, es decir, un sangrado técnicamente inducido que produce la ilusión del ciclo natural. Se trata de métodos técnicos bio-*drag*, cuyo objetivo es la «mímesis del ciclo fisiológico normal» –*«mimicking the normal physiological cycle»*– (Glasier, 2002). Estas técnicas de intervención hormonal, desde la segunda píldora de Pincus hasta la actual micropíldora, funcionan de acuerdo con un principio de acción paradójico: primero interrumpen el ciclo hormonal natural; después provocan técnicamente un ciclo artificial que permite restituir una ilusión de naturaleza. La primera de estas acciones es anticonceptiva; la segunda deriva de una intención de producción farmacopornográfica del género: hacer que el cuerpo de las tecno-mujeres del siglo XX siga pareciendo efecto de leyes naturales inmutables, transhistóricas y transculturales.

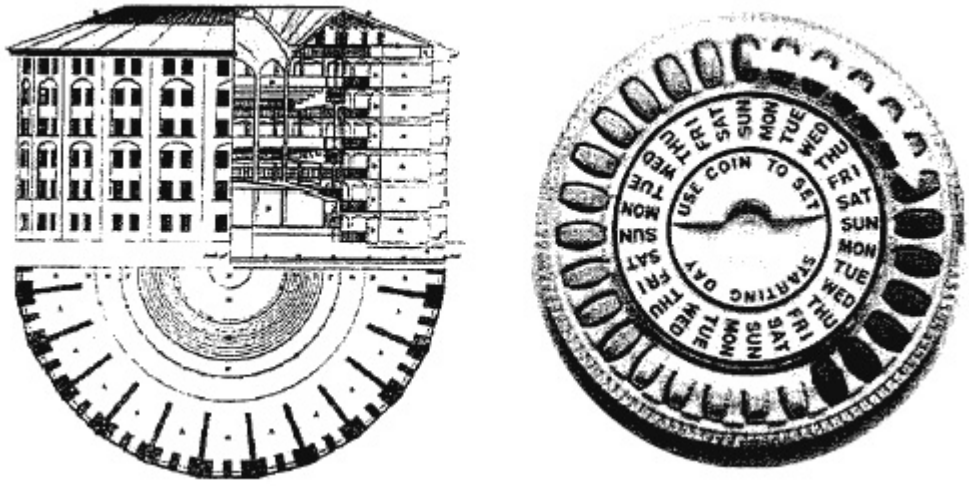
Un estudio reciente llevado a cabo en la Universidad de Boston muestra la relación entre el consumo de la píldora anticonceptiva, la bajada de los niveles de biodisponibilidad de testosterona (se reduce entre un cuarenta y un sesenta por cien) y la caída de la libido en mujeres. El equipo de la Universidad de Boston advierte que la utilización de estrógeno sintético puede modificar la producción hormonal global. El mismo estudio propone la administración de testosterona en gel a bajas dosis para aumentar la función sexual en las mujeres consumidoras de la píldora (Woznicki, 2006; Panzer *et al*., 2006: 104-113). Sin embargo, la administración de testosterona para mujeres sigue siendo hoy un tabú hormonal de carácter político. Resulta interesante la producción doble y paradójica de la feminidad en el régimen farmacopornográfico (similar a la relación entre represión de la masturbación y producción de la crisis histérica por medios

mecánicos en el régimen sexodisciplinario del siglo XIX) (Preciado, 2002a): por una parte, se administra la píldora a las cis-mujeres de forma generalizada; por la otra, se busca un modo farmacológico de paliar la depresión y la frigidez. La cismujer del siglo XXI surge como resultado de este cortocircuito somatopolítico; su subjetividad se modula en el estrecho margen de agenciamiento creado por estos campos de fuerza divergentes.

La formación de la sociedad farmacopornográfica se caracteriza por la aparición, a mediados del siglo XX, de dos fuerzas de producción de la subjetividad sexual: por un lado, lo hemos visto, la introducción de la noción de «género» como dispositivo técnico, visual y performativo de sexuación del cuerpo, y la reorganización del sistema médico-jurídico, educativo y mediático que hasta ahora articulaba las nociones de normalidad y perversión en torno a la díada heterosexualidad/homosexualidad, que, a partir de ahora, contemplará la posibilidad de modificar técnicamente el cuerpo del individuo para «fabricar un alma» (Foucault, 1976) masculina o femenina. Por otro lado, asistimos a la progresiva infiltración de las técnicas de control social del sistema decimonónico disciplinario dentro del cuerpo individual. Ya no se trata ni de castigar las infracciones sexuales de los individuos ni de vigilar y corregir sus desviaciones a través de un código de leyes externas, sino de modificar sus cuerpos en tanto que plataforma viva de órganos, flujos, neurotransmisores y posibilidades de conexión y agenciamiento, haciendo de estos al mismo tiempo el instrumento, el soporte y el efecto de un programa político. Cierto, estamos ante una forma de control social, pero de «control pop», por oposición al control frío y disciplinario que Foucault había caracterizado con el modelo de prisión de Jeremy y Samuel Bentham, el panóptico.

El panóptico, recordemos, aparece primero como modelo de arquitectura industrial (y no carcelaria) inventado por el ingeniero naval Samuel Bentham, hermano del filósofo Jeremy Bentham, en 1786 respondiendo a un encargo del príncipe ruso Grigori Potemkin. Se trataba de una «casa de inspección» industrial diseñada para maximizar la vigilancia, el control y la enseñanza de los obreros de un poblado-fábrica. La estructura arquitectónica en forma de dos

anillos concéntricos de Bentham contiene una torre de vigilancia en el centro en torno a la que se distribuyen radialmente un conjunto de celdas. Cada una de ellas presenta dos ventanas, una exterior para que entre la luz y otra interior dirigida hacia la torre de vigilancia. Los ocupantes de las celdas se encontrarían aislados unos de otros por paredes y sujetos al escrutinio (audiovisual) colectivo e individual de un vigilante en la torre, una posición que idealmente, imagina Foucault, podría estar vacía u ocupada por el ojo abstracto de Dios, que permanecería oculto.




Izquierda: panóptico según Bentham, 1791. Derecha: dispensador de la píldora anticonceptiva, 1964.

A partir de este modelo original se crearán a lo largo de los siglos XIX y XX centros escolares y disciplinarios como la cárcel de Rahway, Nueva Jersey, en Estados Unidos, las cárceles de Dublín, Bogotá o la Isla de los Pinos, en Cuba, o la cárcel de Mataró en España, diseñada por Elies Rogent, entre otros. Para Foucault, el panóptico no es un simple centro disciplinario. Es el *modelo* del poder-saber disciplinario como «ortopedia social» (Foucault, 1995: 98): el poder y sus modos específicos de conocimiento y vigilancia se materializan en una arquitectura exterior (ya tome esta la forma final de la prisión, el colegio, el hospital, el cuartel o la fábrica) que automatiza el movimiento, controla la mirada, temporaliza la acción y ritualiza las

prácticas cotidianas. La finalidad de tales arquitecturas no es dar hábitat ni representar al individuo, sino que, como auténticos dispositivos performativos, tienden a producir al sujeto que dicen albergar. El condenado, el alumno, el enfermo, el soldado y el obrero son los precipitados políticos de estas tecnologías de subjetivación.

El historiador del arte Aby Warburg nos ha legado un método iconográfico para pensar la transmisión y la supervivencia de formas a través de las diferentes mutaciones culturales. En su *Atlas Mnemosyne* (1924-1929), Warburg compone una posible historia visual de Europa hecha de dos mil imágenes, entre las que se encuentran tanto esculturas románicas como mapas de distintas épocas, cartografías darwinianas de la evolución animal, frescos renacentistas, óleos cristianos o fotografías de principios del siglo xx. Inspirándose en este método de trazabilidad visual es posible detectar, no sin cierto escalofrío, la supervivencia del modelo de Bentham en el diseño original de la plaqueta de píldoras anticonceptivas comercializada a gran escala a partir de los años sesenta. Dicho de otro modo, la píldora anticonceptiva es el panóptico comestible. La ortopedia social ha dejado paso a la microprostética sexopolítica.

Se trata de un dispositivo ligero, portable, individualizado y afable que permite modificar el comportamiento, temporalizar la acción, regular la actividad sexual, controlar el crecimiento de la población y diseñar la apariencia sexual (refeminizándola sintéticamente) de los cuerpos que se lo autoadministran. La torre de vigilancia ha sido sustituida ahora por los ojos de la consumidora dócil de la píldora, que, sin necesidad de mirada exterior, regula su propia administración siguiendo el calendario espacial propuesto por la plaqueta circular o rectangular. El látigo se ha visto remplazado por el cómodo sistema de administración oral. La celda es ahora el cuerpo mismo de la consumidora, que se ve modificado bioquímicamente sin que una vez ingerido el compuesto hormonal puedan determinarse sus efectos exactos ni su procedencia. Las puniciones y los sermones educativos se han transformado aquí en recompensas y promesas de libertad y emancipación sexual para la

mujer. La píldora (como lo son el Prozac, el Viagra, el Tepazepan o la Ritalina) es un laboratorio estatal miniaturizado instalado en el cuerpo de cada consumidora. Se lleva a cabo de este modo el derrumbamiento de las instituciones de reclusión que anunciaron Deleuze y Guattari en su epílogo a *Mil mesetas*. Ahora ya no es necesario encerrar al individuo para someterlo a pruebas bioquímicas, pedagógicas o penales, puesto que la experimentación sobre el alma humana puede llevarse a cabo en el precioso enclave del cuerpo individual, bajo la supervisión atenta e íntima del propio individuo. Todo esto puede suceder *libremente*, y en beneficio de la *emancipación* sexual del cuerpo controlado.

Entre el panóptico y la píldora las diferencias son importantes. Marcan, en apenas un siglo de distancia, la transformación de un programa disciplinario en un programa farmacopornográfico. En un caso nos encontramos con una arquitectura política externa que define la posición del cuerpo en un espacio colectivamente regulado, crea posiciones de poder específicas (vigilante/ vigilado, enfermo/doctor, profesor/estudiante, etc.) y permite generar un saber (visual, estadístico, demográfico) acerca de los individuos controlados. En el otro, nos enfrentamos a un dispositivo que, sin dejar de aumentar su eficacia, ha reducido su escala hasta convertirse en una técnica biomolecular individualmente consumible por vía oral. En la era farmacopornográfica, el cuerpo se traga el poder. Se trata de un control democrático y privatizado, absorbible, aspirable, de fácil administración, cuya difusión nunca había sido tan rápida e indetectable a través del cuerpo social. Las representaciones dominantes de la era farmacopornográfica –píldora, prótesis, felación y doble penetración– comparten una misma relación entre cuerpo y poder: deseo de infiltración, absorción, ocupación total. Podríamos caer en la tentación de representar esta relación según un modelo dialéctico de dominación/opresión como un movimiento unidireccional en el que el poder, exterior, miniaturizado y líquido, infiltra el cuerpo dócil de los individuos. No. No es el poder el que infiltra desde fuera, es el cuerpo el que desea poder, el que busca tragárselo, comérselo, administrárselo, metérselo, más, cada vez más, por cada orificio, por

cada vía posible de aplicación. Hacérselo con el poder. *Baise moi,* «fóllame», dice el cuerpo mientras busca formas de autocontrol y autoexterminación. Spinoza con Despentes: «¿Por qué los hombres desean su propia esclavitud?»

La plaqueta mensual de píldoras, con el imperativo de administración cotidiana, pero al mismo tiempo con la posibilidad del olvido o de la ingestión incorrecta, con su temporalidad ritual, su diseño pop multicolor próximo al de las latas Campbell inmortalizadas en 1960 por Andy Warhol, recuerda a un calendario químico en el que todos y cada uno de los días están señalados por la presencia indispensable de una pastilla. Su presentación en forma circular invita a seguir el movimiento del tiempo en un reloj, con su alarma[25] que anuncia la hora de la ingestión; opera como un dispositivo de autovigilancia doméstica de la sexualidad femenina, como si se tratara de una versión molecular, endocrinológica y *high-tech* de un mandala, de un libro de horas o del examen de conciencia cotidiano de los *Ejercicios* de Loyola. Se trata de una microprótesis hormonal que permite, además de regular la ovulación, producir el alma del sujeto heterosexual mujer moderno. El alma químicamente regulada de la putita heterosexual sujeta a los deseos sexuales del cis-macho de Occidente. Fuera de este microfascismo pop, molecular y ultraindividualizado, resulta difícil explicar cómo la píldora ha podido ser privilegiada médica y jurídicamente como método anticonceptivo frente a otros menos tóxicos y con menos efectos secundarios, que requieren una menor atención cotidiana, como la vasectomía (esterilización masculina) reversible o no, la anticoncepción hormonal masculina, la RU-486 o píldora del día después o incluso el aborto masivo por aspiración uterina en los estadios tempranos de la gestación.[26]

Pero la píldora, dominada por la necesidad de la decisión individual de la ingestión y por el cálculo temporal de la toma, induce inmediatamente el accidente, cuenta con el accidente, lo programa, piensa el accidente como posibilidad sine qua non de la sexualidad femenina. La lógica heterosexista que domina la píldora parece responder a esta doble y contradictoria demanda: toda mujer debe

al mismo tiempo ser fértil (y serlo a través de inseminación heterosexual) y capaz de reducir en cada caso la posibilidad de su fertilidad de modo asintóticamente próximo a cero, pero sin reducirla completamente (en cuyo caso la posibilidad de una relación heterosexual, con su ecuación sexo = reproducción, parecería carecer de interés), de modo que la concepción accidental sea posible. Único problema: la gestión individual y autónoma de la píldora por la mujer parece introducir una posibilidad de agenciamiento político.

A partir de los años cincuenta, la construcción de la cis-feminidad es, en todo caso, un proceso de travestismo somatopolítico (bio-*drag)* y molecular, una transformación de la estructura de la vida y no simplemente un disfraz o una máscara, como pretenden a menudo las teorías posmodernas del género.[27] Los senos, por ejemplo, cuyo peso, forma y consistencia adquieren relevancia estética (Gilman, 2000) (en el sentido médico del término), se transforman progresivamente en un centro somático de producción de género. Se presentan ahora como el enclave de nuevas patologías como la hipomastia (síndrome de senos pequeños) o el cáncer de mama, que aparece al mismo tiempo que las técnicas de mastectomía (ablación quirúrgica de la mama) y de reconstrucción del pecho con implantes sintéticos, y cuyo número de incidencias aumenta de manera exponencial a partir de los años sesenta (Haiken, 1997). Bomba de hidrógeno, píldora anticonceptiva, implantes de silicona, cáncer de mama... Desde la ablación hasta la reconstrucción pasando por el aumento, el seno del siglo xx funciona ante todo como una prótesis, es prótesis antes de ser bio-seno. O, dicho de otro modo, todo bio-seno existe en relación a su propia prótesis sintética. Por tanto, cabría más bien hablar de tecno-seno, tanto para las cis-mujeres como para las transexuales operadas, que de seno femenino natural frente a seno prostético.

Desde principios del siglo xx, los nuevos materiales sintéticos, las estructuras arquitectónicas y las técnicas de collage artístico y de montaje cinematográfico se desplazan al dominio de la transformación corporal.[28] Por ejemplo, la parafina será una de las

primeras sustancias utilizadas para la construcción de las llamadas *island flaps,* cubiertas para los implantes de pecho, pero también para los implantes de testículo (especialmente utilizados en el caso de soldados que han perdido un/los testículo/s durante la guerra), así como para la reconstrucción de la llamada «nariz sifilítica». En los años veinte, la parafina deja paso a la goma arábiga, el caucho, la celulosa, el marfil o diferentes metales. En 1949, el ivalón, un derivado del alcohol polivinílico, es utilizado para llevar a cabo el primer implante de mama por inyección subcutánea. Las primeras destinatarias de estos implantes rudimentarios son las trabajadoras sexuales japonesas del período inmediatamente posterior a la posguerra, cuyos cuerpos sufrirán un proceso de estandarización según los criterios de consumo heterosexual del Ejército estadounidense (Yalom, 1997: 236-238). La mutación del cuerpo se lleva a cabo a escala global: los cuerpos que se vieron afectados por las radiaciones de plutonio de la bomba atómica lo serán ahora por los polímeros de polisiloxano. A partir de 1953, la silicona pura se convierte en el material líder en la producción de implantes prostéticos. Poco después, la compañía Down Corning comercializa el primer tubo de gel de silicona para uso clínico. Su utilización, a pesar de su alta toxicidad, durará hasta principios de los años noventa.

La dimensión de producción farmacopornográfica del cuerpo, eso que podríamos llamar bio-*drag* o *camp* o travestismo somático, no depende aquí, como podríamos pensar a primera vista, de la utilización de materiales sintéticos para la reconstrucción de una normalidad corporal supuestamente natural. De hecho, una de las primeras técnicas de reconstrucción de seno aparece a finales del siglo XIX, cuando el doctor Vincenz Czerny decide recuperar la masa voluminosa de un lipoma que crece sobre la espalda de una de sus pacientes para compensar una ablación de seno por medio de un autotransplante (Gilman, 2000: 249). Años más tarde, siguiendo el mismo principio, se desarrollan, por ejemplo, los autotransplantes de grasa corporal en las operaciones de lifting y de remodelación corporal.

La diferencia entre cis- y tecno- no es una diferencia entre lo

orgánico y lo inorgánico. No se trata aquí de evaluar el paso de lo biológico a lo sintético, sino de señalar la aparición de un nuevo tipo de corporalidad. Las nuevas técnicas de producción del cuerpo no son fieles a una taxonomía clásica según la cual a cada órgano y a cada tejido corresponde una única función y un único emplazamiento. Lejos de respetar una totalidad formal o material del cuerpo, la biotecnología y las técnicas prostéticas combinan modos de representación que provienen del cine y de la arquitectura, como el montaje o el *modeling* en 3D. La nueva tecnología quirúrgica que ha hecho posible la aplicación de los ideales farmacopornográficos de la sexualidad (gestión técnica de la masculinidad y de la feminidad, medicalización del orgasmo y del deseo sexual, telecontrol de la función fantasmática de la sexualidad, etc.) pone en marcha procesos de construcción tectónica del cuerpo según los cuales los órganos, los tejidos, los fluidos y, en último término, las moléculas se transforman en materias primas a partir de las cuales se fabrica una nueva apariencia de naturaleza.

## Control microprostético

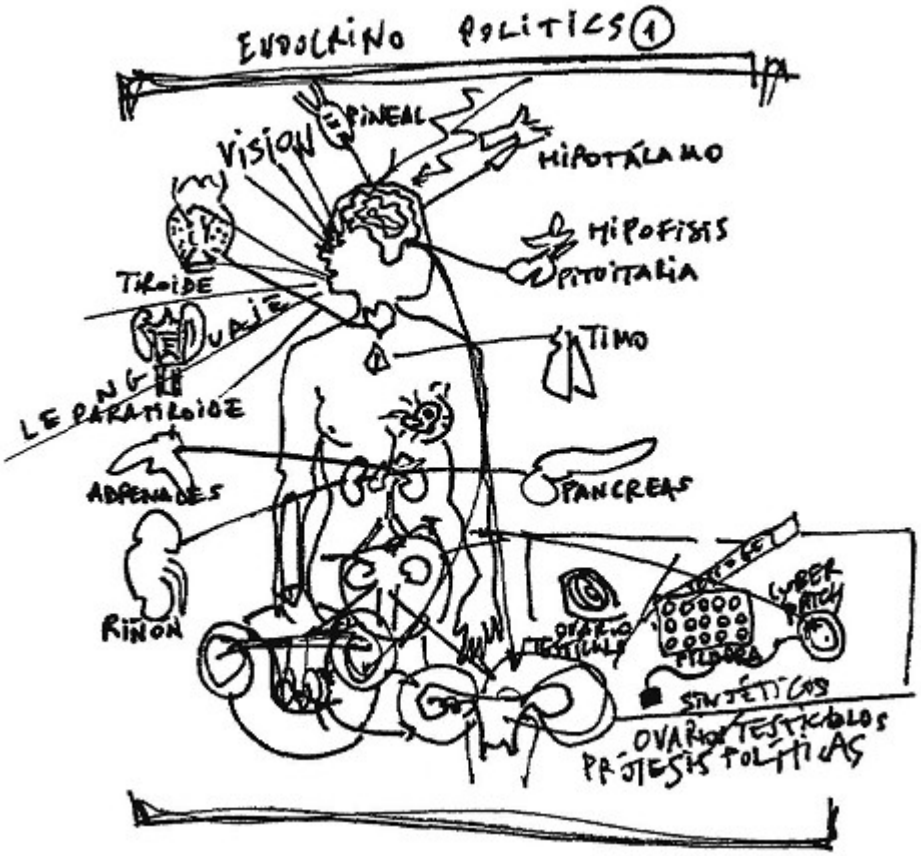
De acuerdo con este mismo programa sexopolítico, durante los últimos veinte años las industrias farmacéuticas han dejado de lado la investigación de la posible producción de una píldora masculina o de la esterilización temporal. Los esfuerzos científicos se han concentrado en el desarrollo de nuevos métodos de administración de hormonas para mujeres que reduzcan el margen de agenciamiento introducido por el método de administración individual de la píldora. Muchos de los actuales ensayos clínicos tienen como objetivo la producción de una técnica de administración hormonal que evite la vía oral: se habla así de las ventajas de una reducción de la asimilación de los esteroides a través del hígado, de la reducción del riesgo de olvido y la mejora de la asimilación a través de la posible emisión en sangre de dosis constantes de hormonas. En los años ochenta, aparecen los primeros combinados de estrógenos y progesterona inyectables una vez al mes.

Progresivamente, durante la década de 1990 asistimos a una comercialización de los implantes a base de progestágenos: desde seis bastoncillos de progesterona siliconada implantados bajo la piel del brazo (Norplant), hasta dos (Norplant 2, Jadelle), o simplemente uno (Implanon). Estos implantes, cuya difusión hormonal tiene, por el momento, una duración de entre uno y cinco años, resultan, una vez instalados bajo la piel, invisibles y casi indetectables (¡cuando no irrecuperables!). De nuevo es posible identificar aquí el devenir líquido y microprostético de las técnicas de control de la sexualidad que antes eran rígidas, exteriores y visibles. Del panóptico que se traga pasamos progresivamente al panóptico que se inyecta, se instala hasta confundirse con la estructura del viviente.

El Implanon no resulta demasiado diferente del clásico implante intrauterino (DIU), especialmente en el modelo que produce una difusión intrauterina de progesterona. La diferencia reside en el lugar de inserción en el cuerpo. De algún modo, el Implanon, instalado subcutáneamente en el brazo, produce la ilusión de una menor intervención en la sexualidad, puesto que el dispositivo no toca directamente los órganos considerados culturalmente como sexuales. Otros dispositivos de administración y comercialización reciente son el anillo vaginal (que se inserta en la vagina durante veintiún días y se retira durante cinco para producir una simulación de regla natural) y, sobre todo, el cada vez más utilizado *patch* anticonceptivo transdérmico. Ambos contienen etinilestradiol combinado con progesterona.

En el otro lado de la ecuación de género, el actual aumento de la producción de testosterona sintética como terapia de sustitución en cis-hombres mayores de cincuenta años ha abierto nuevas perspectivas de investigación y comercialización hormonales. El laboratorio alemán Schering, líder mundial en contracepción con la píldora Yasmin, se enfrenta desde hace tiempo a una competencia comercial cada vez más intensa. Interesado en permanecer a la cabeza de ese mercado en expansión, Schering lanza en 2004 los primeros ensayos clínicos para evaluar la eficacia de diversos anticonceptivos por implante o inyección en hombres que disminuyen la concentración de los niveles de esperma. Este tipo de

anticonceptivo masculino, basado en principios próximos a la píldora femenina, actuaría gracias a una composición a base de progestágenos capaz de suprimir la producción de espermatozoides, combinada con una terapia de sustitución a base de testosterona para mantener los niveles de libido y erección. Si estudiamos la composición de esta posible píldora anticonceptiva para cis-hombres desde un punto de vista farmacopornográfico, surge una pregunta inevitable: ¿por qué durante todo el siglo XX no se ha fabricado ningún método de contracepción de administración oral para cis-hombres? ¿Por qué ninguna píldora anticonceptiva femenina está combinada hoy con microdosis de testosterona para «mantener los niveles de libido» o la intensidad y la frecuencia de los orgasmos? En todo caso, el desafío farmacopornográfico del siglo XXI será comercializar un máximo de compuestos hormonales para cis-hombres (a menudo fabricados a base de testosterona, pero reduciendo el riesgo cancerígeno) sin poner en cuestión el carácter natural de la masculinidad.




Me sorprende la frecuencia con la que los ginecólogos que he visitado durante los últimos quince años me proponen, indiferentes a mi afirmación en la sexualidad lesbiana, dildónica o anal, la píldora como método anticonceptivo, elogiando sus virtudes para «regular el ciclo menstrual», «mejorar la calidad de la piel» o «aliviar los dolores de la regla», sin mencionar sus efectos secundarios, excepto su interacción cancerígena en el caso del consumo de tabaco –donde el responsable parece más bien el tabaco que la píldora–. La cuestión es administrarme la dosis farmacopornográfica necesaria de estrógenos y progesterona para transformarme en una hembra sumisa, de grandes senos, humor depresivo pero estable, sexualidad pasiva o frígida.

Para compensar la relación establecida científicamente entre píldora y cáncer, las nuevas píldoras se afirman como instrumentos de belleza y feminización: nos encontramos aquí frente a una gestión molecular de la refeminización corporal. Por una parte, las

compañías farmacéuticas hablan hoy del deseo de producir una píldora anticonceptiva a base de «moduladores selectivos de los receptores de estrógenos (SERMS)», que disminuiría el riesgo de cáncer de mama –algo así como el equivalente hormonal de la mantequilla, que reduce los niveles de colesterol, o de la metadona como droga de sustitución, que reduce la adicción a la heroína–. Paralelamente, asistimos a la comercialización creciente de la llamada píldora abortiva o del día después RU-486, especialmente en países como China, sujetos a un régimen sexopolítico en el que el control de la natalidad es un principio moral por encima de otros como el del «respeto a la vida» (¿qué vida?, ¿la vida técnica?) que domina aún hoy nuestros hipócritas regímenes farmacopornográficos de Occidente.

La píldora como dispositivo performativo clave del régimen farmacopornográfico pasa de ser una simple técnica de control de la natalidad a proyectarse como un programa de producción cosmética de la feminidad: aparece cada vez más como una terapia en el tratamiento del acné, o el llamado hirsutismo (vello corporal y facial en las mujeres), o una herramienta para aumentar el volumen y mejorar la forma del pecho. Se fabrican así nuevas píldoras a base de progesterona, como la drospirenona comercializada en Alemania, que debido a sus propiedades antimineralocorticoides prometen una disminución de la retención de líquidos y una pérdida de peso corporal. Asimismo, las terapias hormonales parecen seducir hoy a un público de consumidoras que desearía reducir la frecuencia y la intensidad de las reglas. Ya no se trataría tanto de una utilización contraceptiva (o únicamente contraceptiva), sino de una gestión de los ciclos menstruales (así, los nuevos implantes prometen una eliminación total de las reglas durante un plazo de entre uno y cinco años). Como sabemos, esta posibilidad no es nueva; bien al contrario, ese fue uno de los efectos colaterales de la primera píldora, inventada por Pincus y Carl Djerassi en 1951. Mientras en los años cincuenta, cuando emergían lentamente de un dispositivo sexopolítico disciplinario, estos efectos parecían incompatibles con la metafísica de género que establecía una ecuación entre feminidad y maternidad, hoy, en plena expansión de un modelo

sexopolítico farmacopornográfico en el que una multitud de consumidores tendrán acceso a la producción molecular de su género y su sexualidad según fluctuaciones del mercado farmacológico, los nuevos implantes y píldoras anuncian un nuevo tipo de feminidad *high-tech:* la tecno-barbie, eternamente joven y supersexualizada, casi totalmente infértil y sin reglas. En una era de «guerra limpia» ultratecnológica habita una nueva mujer limpia, producto de una multiplicidad de microtecnologías de gestión de su subjetividad sexual, acompañada de un súper-macho estéril y cuyas erecciones son técnicamente producidas por una combinación sabia de Viagra y códigos audiovisuales pornográficos transmitidos por vía informática.

Con la creación, a partir de los años setenta, de las terapias de sustitución hormonal posmenopáusicas a base de estrógenos y progesterona (especialmente en gel, muy similar al Testogel que yo me administro, y en *patch,* pero también en espray nasal) y su expansión a partir de la década de 1990, la tecno-mujer del siglo XXI se convierte en una potencial consumidora de hormonas sintéticas durante casi cincuenta años: a los cuarenta de tratamiento anticonceptivo vienen a sumarse hoy diez o quince de tratamiento posmenopáusico. Veremos también en un futuro reciente la aparición de otros métodos, hoy experimentales: la llamada vacuna anticonceptiva o inmunocontracepción que vacuna al organismo contra el desarrollo del embrión o contra la aceptación del espermatozoide por parte del óvulo. Todos estos métodos de anticoncepción, compiten en la búsqueda de recursos económicos para apoyar la investigación clínica con la urgencia de los métodos de barrera, de prevención o de vacuna del VIH.

## La hormona enemiga: testosterona y terrorismo de género

El siglo XXI se abre con el primer intento de comercialización de un *patch* de testosterona para cis-mujeres. En 2004, después de varios años de test clínicos, la Food and Drug Administration de Estados Unidos niega la autorización a los laboratorios Procter & Gamble

para comercializar Intrinsa, el primer *patch* que suministra trescientos microgramos de testosterona al día para cis-mujeres, considerado una terapia de sustitución para tratar el llamado *hypoactive sexual desire disorder* (HSDD), desorden sexual hipoactivo o falta de deseo sexual.[29] El producto estaría destinado, según estos laboratorios, a «mujeres que han sufrido una ablación de los ovarios», pero espera indirectamente alcanzar un público mucho más amplio: como sabemos por el estudio de la Universidad de Boston, el de todas las consumidoras de la píldora anticonceptiva que sufren un descenso de los niveles de testosterona. Por supuesto, la evaluación de los riesgos hormonales que lleva a cabo la Food and Drug Administration en este caso es muy distinta a la efectuada cuando se trataba de aprobar la utilización de estrógeno o de progesterona en casos de ablación de ovarios o de menopausia. Varios artículos, incluso uno publicado en el tímido *The Times,* denuncian el «carácter político» de esta decisión médica, e insisten en la influencia que la cantidad de «miembros conservadores» del comité de la Federal Drug Administration (FDA) ha podido tener en ella. El comité ha considerado que «a pesar de los resultados esperanzadores de esta sustancia utilizada para mejorar la vida sexual de las pacientes, su uso no parece justificado». Más sorprendente resulta la calificación de la testosterona para mujeres por parte del comité como una *lifestyle drug,* una «droga de estilo de vida», algo así como el éxtasis o el *popper,* pero para mujeres menopáusicas. En lugar del «orgasmo expandido» que prometía Intrinsa a base de testosterona, la FDA propone un conjunto de drogas legales para estimular la función sexual en las cis-mujeres: cremas vasodilatadoras de administración vaginal (Orexia, Provestra, Vigorelle, Estravil, etc.). Mientras los cishombres serán inmediatamente consumidores legales de Viagra y de testosterona, a las cis-mujeres se les proponen cremas de dudosa eficacia (a un costo de una media de sesenta dólares por bote) a base de complementos dietéticos naturales como L-arginina, hojas de damiana, herba leonori, ginkgo biloba, que no se consideran «medicamentos dedicados a curar ninguna enfermedad» y cuya eficacia no necesita ser probada por la FDA.

Sin embargo, el mercado que parece esperar la Intrinsa podría ser enorme. Un estudio reciente llevado a cabo en Estados Unidos por una compañía farmacéutica que explora el mercado potencial de estimulantes sexuales para cis-mujeres arroja los siguientes resultados: el 46 por 100 de las mujeres dicen no haber tenido nunca un orgasmo, y el 64 por 100 de las mujeres casadas afirman tener una vida sexual insatisfactoria. Mientras que el régimen sexopolítico disciplinario de los siglos XVIII y XIX patologiza y medicaliza el deseo sexual de las mujeres considerándolo como causa de histeria, masturbación, ninfomanía, perversión u homosexualidad, el nuevo régimen farmacopornográfico sanciona, por primera vez, la falta de deseo y placer sexuales en la mujer: he aquí el nombre de esta nueva enfermedad: FSD, *female sexual dysfunction* (disfunción sexual de la mujer). Según estas estimaciones, diez millones de mujeres en Estados Unidos serían candidatas a una terapia de deseo y rendimiento sexual, además de los treinta millones de mujeres menopáusicas que podrían acceder de manera progresiva a la categoría de consumidoras potenciales del producto. ¿Cuáles podrían ser las razones por las que la FDA estadounidense rechazaría un mercado tan esperanzador? El capitalismo farmacopornográfico choca contra sus límites de género, que siguen funcionando de acuerdo a modelos de feminidad y masculinidad decimonónicos. Esas barreras caerán cuando sea posible paliar los efectos secundarios de la testosterona en mujeres («virilización», «hirsutismo»), indeseables en un régimen heterosexual, por medios farmacológicos y técnicos comercializables.

## El futuro superhombre T.

Frente a la restricción en la administración de microdosis de testosterona a cis-mujeres, la testosterona se ha venido utilizando ya durante más de tres décadas en terapias de sustitución hormonal para cis-hombres. El método de administración más común es el

uso de AndroGel, un gel de testosterona, semejante al Testogel que yo me administro, producido por Unimed Pharmaceuticals en Illinois.

Los esteroides anabolizantes, derivados más o menos próximos de la testosterona, se utilizan desde los años treinta para tratar el hipogonadismo, una disfunción por la que los bio-testículos de un hombre no producen suficiente cantidad de testosterona. Tecnologías del género y tecnologías de la guerra: mismo negocio. Antes de 1950, el Gobierno alemán nazi y después el Gobierno estadounidense son los primeros en experimentar con la administración de dosis de testosterona en animales, pero también en sus propios soldados cis-hombres, así como con la población civil en los campos de concentración y con los prisioneros de guerra. A partir de los años ochenta, la testosterona se extiende como droga farmacológica. En 2006, en Estados Unidos, cuatro millones de cis-hombres están sujetos a una terapia de sustitución hormonal a base de testosterona. Clínicamente «no producen suficiente cantidad», aunque la cantidad normal, como hemos visto, no deja de ser una conjetura política más que una certeza científica. A ello habrá que añadir los cis-hombres en el Ejército, los enfermos de sida que toman testosterona como terapia de sustitución combinada con una triterapia, etc.

Pfizer, líder farmacológico mundial, alcanza en 2005 los dos mil millones y medio de dólares de beneficios con Viagra. Este es un mercado sin precedentes, porque es un mercado virtual de bio-*drag;* solo la pornografía se le asemeja: trece millones de americanos de más de cuarenta y cinco años padecen lo que ahora se ha dado en llamar *Low-T syndrome,* síndrome de baja testosterona. Síntomas: falta de libido, disfunción eréctil, fatiga, depresión, etc. En definitiva, la vida ordinaria de cualquier cis-hombre medio.

Existe una institucionalización desigual del cuerpo masculino y femenino en los circuitos de producción de saber y de artefactos biomédicos.[30] El cuerpo de las mujeres, incluso el de aquellas que aparecen como normales, las femeninas, las heterosexuales, las que no son ni frígidas ni histéricas, ni putas ni ninfómanas, el cuerpo de las perfectas madres potenciales, está de todos modos siempre sujeto a vigilancia y a regulación. Por definición, el cuerpo femenino

nunca es completamente normal fuera de las técnicas que hacen de él un cuerpo social.

Desde el punto de vista de las teorías científico-técnicas, resulta hoy evidente que el estrógeno, la progesterona y la testosterona son sustancias producidas por cualquier cuerpo con independencia de su sexo (asignado políticamente en el nacimiento), y que todas ellas, junto con las moléculas segregadas por el páncreas, el hipotálamo, la paratiroides, la tiroides, el timo y el cuerpo pineal, funcionan de manera sistémica y descentralizada. Las cis-mujeres también producen testosterona, tanto en los ovarios como en las glándulas adrenales. Más aún, hoy sabemos que en las cis-mujeres la testosterona podría ser responsable del desarrollo de los músculos, del crecimiento de los huesos y del deseo sexual.

La diferencia se encuentra en microcantidades hormonales presentes en cada cuerpo y en el número de receptores hormonales y en la interacción sistémica con otras hormonas y receptores. Tras examinar varios manuales de endocrinología clínica, podemos afirmar que la cuestión de la cantidad «normal» de testosterona que producen cis-hombres y cis-mujeres parece relativa o, al menos, sujeta a un amplio grado de interpretación. Los valores normales de testosterona en sangre en los cuerpos considerados políticamente como varones varían entre los 437 y los 707 nanogramos por decilitro. Pero es posible encontrar un cuerpo que produzca tan solo 125 nanogramos por decilitro y cuyo sexo políticamente asignado sea masculino. Los valores de testosterona para los cuerpos considerados políticamente como mujeres varían entre los 24 y los 47 nanogramos por decilitro. Según otro manual de endocrinología clínica, por ejemplo, la cantidad «normal» de producción de testosterona en un cis-hombre adulto varía entre los 260 y los 1.000 nanogramos por decilitro de sangre. Puede llegar hasta los 2.000 nanogramos en la adolescencia. En las cis-mujeres es de entre los 15 y los 70 nanogramos por decilitro de sangre. A este caos epistémico hay que añadir algunos datos absurdos que emergen de la investigación científica: la testosterona aumenta el deseo de fumar, pero el consumo de cigarrillos baja la producción de testosterona; la testosterona aumenta la agresividad y la libido y

actuar agresivamente y follar aumenta los niveles de testosterona. El estrés inhibe la producción de testosterona. En definitiva, nos hallamos ante un extenso dominio del no-saber, de posible intervención tecnicopolítica.

Frente a esta complejidad, una implacable retórica política de género, semejante a la elaborada por Steinach a principios del siglo XX, sigue dominando la clasificación hormonal y su gestión técnica. Mientras que los programas experimentales que dan lugar a la producción de dosis comercializables de testosterona, estrógeno o progesterona se apoyan en una teoría ultraconstructivista del sexo y de la sexualidad, los criterios de comercialización y distribución pública de estas moléculas siguen respondiendo a una metafísica naturalista del género que afirma la existencia biológica e históricamente inmutable de dos sexos (hombre y mujer), dos géneros (femenino y masculino) y, recientemente, dos sexualidades (heterosexual y homosexual) fijas e inmutables, fuera de las cuales se extiende un ámbito de desviación y patología.

Por el momento, ninguno de los Estados occidentales ha aceptado legalizar la administración libre de la testosterona a las cis-mujeres, puesto que correría el riesgo de enfrentarse social y políticamente a una virilización semiotécnica de la población femenina. Dos pequeños problemas somatopolíticos que modificarían la descodificación visual y auditiva del género: el vello fácil y el cambio de la voz. Resulta asombroso que en Occidente, a principios del siglo XXI, en una sociedad extremadamente *high-tech* en la gestión de la reproducción, la descodificación del género se reduzca al vello facial y al timbre de la voz. Digamos entonces que el vello facial y la voz, y no el pene o la vagina, no los cromosomas X o Y, son los significantes culturales de género dominantes de nuestra sociedad. Dejemos entonces de hablar de hombres y mujeres y digamos simplemente cuerpos con vello facial o sin vello facial, cuerpos con voz aguda o grave. Esto no son detalles, son importantes significantes sexopolíticos que podrían poner en cuestión la pertenencia natural de la virilidad a los cis-hombres. El problema último: desvelar el carácter técnicamente construido de los géneros, tanto de la masculinidad como de la feminidad.

Mientras escribo este libro, distintos gobiernos europeos, entre ellos el francés y la Generalitat de Cataluña, investigan la utilización de técnicas de «castración química» como tratamiento penal (más que terapéutico) para los criminales sexuales (especialmente los pedófilos). La intención del presidente del Gobierno francés Nicolas Sarkozy, hecha pública el 21 de agosto de 2007, de crear una ley que prescriba la utilización de terapias de castración química para tratar a los delincuentes sexuales es un eslabón más en la escalada de la voluntad de los poderes políticos de producir y controlar la sexualidad masculina. Cabría preguntarse: ¿cuáles son los procesos de transformación corporal que desata realmente la llamada castración química? ¿Cuándo, cómo y sobre qué cuerpos han sido ya utilizadas medidas similares de gestión farmacológica de la identidad? ¿Cuáles son las ficciones políticas de masculinidad y de feminidad que subyacen a dicha proposición de ley y qué tipo de sujeto pretendemos producir colectivamente?

Rastreemos nuestro archivo farmacopolítico: la llamada castración química consiste en la administración de un cóctel más o menos cargado de antiandrógenos (acetato de ciproterona, progestágenos o reguladores de la gonadotropina), es decir, de moléculas inhibidoras de la producción de testosterona. Si bien es cierto que uno de los efectos de los antiandrógenos puede ser la disminución del deseo sexual (siempre que se piense el deseo sexual en términos de excitación y respuesta eréctil), lo que no se señala a menudo es que los efectos secundarios de estos fármacos son la disminución del tamaño del pene, el desarrollo de pechos, la modificación del volumen muscular y el aumento de la acumulación de grasas en torno a las caderas. Se trata de un proceso de feminización hormonal. Por ello no deberíamos extrañarnos al descubrir que fármacos de efecto antiandrógeno semejante sean utilizados (de forma voluntaria) por transexuales que desean iniciar un proceso de feminización y cambio de sexo.

Cuando exploramos la historia política de este fármaco, aprendemos que fue usado en los años cincuenta como parte del tratamiento contra la homosexualidad masculina: esa fue la terapia aplicada por la justicia inglesa a Alan Turing, uno de los inventores

de la ciencia computacional moderna, quien, acusado de «homosexualidad, indecencia grave y perversión sexual», se vio obligado a someterse a una terapia hormonal que probablemente fuera la causa de su suicidio. Paradójicamente, y como prueba de una cierta confusión científica, el mismo fármaco forma parte de los actuales experimentos con la llamada «bomba gay», un compuesto molecular a base de hormonas con el que el Ejército estadounidense pretende transformar a sus enemigos en homosexuales.

Lo que estos datos dejan al descubierto es que la castración química (o, mejor, la feminización hormonal) es un dispositivo farmacopolítico destinado no tanto a la reducción de las agresiones sexuales como a la modificación del género del presunto agresor. Valga señalar que tales terapias están únicamente pensadas en función de la figura masculina de lo que Sarkozy llama el «depredador sexual». El modo de castigar y controlar la sexualidad masculina es transformarla simbólica y corporalmente en femenina. Se produce así un doble efecto del que ya conocemos sus resultados: la criminalización política de la sexualidad masculina y la victimización de la sexualidad femenina.

La erección y, por extensión, la masculinidad, pensada como un impulso involuntario que debe ser políticamente controlado, es siempre efecto de una regulación química: producida o aumentada a través de vasodilatadores (no olvidemos que Francis Evrard, sujeto frente al que se desata la polémica de la ley francesa, llevaba una caja de pastillas Viagra en el bolsillo en el momento de la violación),[31] o controlada y reprimida en el caso de la castración química. De forma paralela, la sexualidad femenina se construye como el territorio pasivo sobre el que se ejerce la violencia de la sexualidad masculina. Pero seamos conscientes: no hay aquí destinos biológicos, sino programas farmacopolíticos.

Una democratización del consumo de las hormonas hasta hoy consideradas como sexuales exigiría una modificación radical de nuestras topografías sexuales y de género. La testosterona es dinamita para el régimen heterosexual. Ya no se trataría simplemente de afirmar la existencia de cuatro o cinco sexos como

quieren algunos científicos y teóricos de la sexualidad (Fausto-Sterling, 1993: 20-24), sino de aceptar el carácter radicalmente tecnoconstruido, irreductiblemente múltiple, plástico y mutable de las identidades de género y sexuales.

## La píldora y el feminismo de Estado

El golpe maestro del régimen farmacopornográfico es haberse servido de las retóricas revolucionarias del movimiento feminista de los años sesenta para hacer pasar la nueva gestión farmacopornográfica del cuerpo por una etapa de la liberación sexual (en el caso de la píldora) y para devolver la gestión de la producción de representaciones pornográficas y del mercado de la prostitución al Estado (en el caso de la demanda de la abolición de la prostitución y la penalización de la pornografía).[32] En el caso de la pornografía, el resultado de estas medidas será la reducción de la industria del sexo a economía sumergida, la marginalización y la pauperización de sus trabajadores. En el caso de la llamada «política de planificación familiar», el resultado es la administración indiscriminada de progesterona y estrógeno a toda cis-mujer en edad fértil. Podemos afirmar, no sin cierto escalofrío, que el feminismo liberal abolicionista ha podido funcionar como uno de los aparatos ideológicos paraestatales del régimen farmacopornográfico. En esta situación no nos quedan muchas opciones: es preciso poner en práctica un feminismo molecular y pospornográfico contra el feminismo de Estado. Es necesario reapropiarse del lenguaje del que el feminismo liberal nos ha expropiado para poner en marcha una nueva revolución farmacopornográfica.

Después de la Primera Guerra Mundial, precisamente en el momento en el que las mujeres están accediendo al espacio público, a los medios de comunicación, a la práctica política, a la escritura, el régimen farmacopornográfico pone en marcha nuevas medidas de control molecular del género: a partir de 1956 se administran, a través de la píldora, dosis masivas de estrógenos o

progesterona a todas las cis-mujeres adultas en edad de hacerse con el poder, es decir, desde la adolescencia hasta la menopausia. Se trata simplemente de un violento método de refeminización técnica de las cis-mujeres camuflado bajo la forma de un control de la natalidad y, por tanto, inocentemente saludado por el feminismo como una nueva técnica que forma parte del proceso de liberación sexual. El feminismo podía haber pensado en métodos de contracepción más inteligentes, pero optó por el control-pop, aquel que permitía al Estado y a las multinacionales farmacopornográficas emergentes un control más sutil y, al mismo tiempo, más directo del cuerpo de las cis-mujeres. El feminismo podía haber promulgado como método anticonceptivo la masturbación técnica obligatoria, la huelga sexual de las mujeres heterosexuales y fértiles, el lesbianismo masivo, la ligadura de trompas obligatoria desde la adolescencia, el aborto libre y gratuito, incluso el infanticidio, si fuera necesario. Un escenario aún más prometedor: era posible, desde un punto de vista biotecnológico, haber exigido la administración a todas las mujeres en edad gestante de una microdosis mensual de testosterona como método al mismo tiempo anticonceptivo y de regulación política del género. Esta medida hubiera terminado de una vez con la diferencia sexual y con la hegemonía heterosexual. Eso no significa que las cis-mujeres (testosteronadas) no seguirían follando con los cis-hombres, sino que esa práctica no podría continuar siendo interpretada como meramente heterosexual. No tendría ningún fin reproductivo; además, no sería el encuentro sexual entre dos personas de sexo opuesto, sino más bien sexo gay con posibilidad de penetración vaginal. Más aún, el feminismo de posguerra podía haberse interesado por la gestión del cuerpo de los cis-hombres: haber declarado de interés nacional la castración, la homosexualidad, el uso obligatorio del preservativo, la obturación de los canales seminales, la administración generalizada de una androcura (que disminuye la producción de testosterona en los cis-hombres), etc. Había, efectivamente, buenas soluciones, pero el feminismo liberal hizo un pacto diabólico con el sistema farmacopornográfico.

## Testo-tráfico

Como droga, la testosterona es una con la que hoy es relativamente fácil de traficar. La mayor parte de la testosterona circula en el mercado negro deportivo. Puede ser administrada por inyección subcutánea, en gel, en parche de piel, como implante de microdifusión o en inhalador de aerosol. En 2006, los periódicos deportivos llaman a la testosterona «la verdadera ganadora del Tour de Francia», y no dudan en afirmar que la testosterona es «la droga de los campeones». En los últimos meses varios deportistas de élite han dado positivo en el test de testosterona sintética en sangre. Me enternece leer las entrevistas en las que declaran pataleando: «Esa testosterona es mía, es natural, mía.» Pobres imbéciles. Es como si Pamela Anderson pretendiera hacer pasar sus tetas de silicona de 115 E por naturales simplemente porque es una cis-mujer. No resulta complicado entrar en una de las páginas de internet para culturistas y encargar un envío por correo de diez dosis de doscientos cincuenta miligramos por setenta y cinco dólares. Esa es la paradoja del estricto control jurídico que parece dominar el régimen farmacopornográfico: todo está a la venta.

Teniendo en cuenta los efectos físicos, sociales y políticos de la testosterona, hay que decir que no es cara. Realmente, si durante la Guerra de Secesión las esclavas y los esclavos negros hubieran podido administrarse doscientos cincuenta miligramos semanales de una molécula que permitiera cambiar el modo en el que los otros descodifican la raza de forma relativamente fácil y barata, habría sido difícil imaginar que no hubieran hecho un uso masivo de ella. Lo que no resulta explicable hoy, en una situación en la que la inferioridad política de las mujeres se oculta tras una aparente igualdad legal, es por qué no hay una masa de cis-mujeres que trafican con testosterona y la consumen para acceder a la posición hegemónica. Quizá, simplemente, las cismujeres no quieren el poder, prefieren seguir teniendo excusas para no triunfar, para no ganar dinero, para no tomar decisiones por sí mismas, para no dirigir los países en los que habitan, para no ser las únicas responsables de su placer sexual, de su mediocridad o de su éxito.

Por supuesto, la masculinización hormonal no es el único modo de acceder al poder político, pero sería en todo caso el más rápido, el que generaría mayor confusión social, un modo de dinamitar para siempre la hegemonía natural de los brazos peludos.

La testosterona aplicada a un cuerpo de mujer distorsiona su relación con la línea del tiempo y su valor en el mercado heterosexual. Existe una lógica temporal de género asimétrica. La feminidad se devalúa tres veces más rápido que la masculinidad. Dicho de otro modo, una mujer (cis- o tecno-) de cuarenta y cinco años está fuera del mercado heterosexual, mientras que un hombre debe esperar a los sesenta y cinco para quedar obsoleto. Podríamos calcular la edad real de una mujer en la economía heterocapitalista sumándole quince años para acercarle a su equivalente masculino, restándole dos por cada suplemento de belleza (talla de pecho, delgadez, largura y espesor del pelo, etc.) y sumándole dos por cada detrimento político y social (divorcio, número de hijos –cada hijo suma dos años–, desempleo, etc.). Tomemos un ejemplo: Hélène tiene treinta y dos años, es una cis-mujer divorciada con un hijo, se conserva en buena forma, hace yoga, es guapa, aunque no tiene un cuerpo perfecto, está delgada y trabaja en una compañía de seguros: 32 + 15 + 2 + 2 – 2 – 2 – 2 = 45. Esa es la dura realidad. Tendrá que dejar de pensar que tiene unos frescos treinta y dos años, porque su edad real en la economía heterocapitalista es de cuarenta y cinco años. *Bye bye,* Hélène. Otra posible solución para Hélène es pasar al mercado de la economía lesbiana paralela, donde la edad real disminuye dramáticamente. Así, una mujer que en la economía heterocapitalista tiene cuarenta y cinco años puede formar parte del mercado lésbico con un estatuto de cuasi adolescente. Bingo.

Contemplemos por un momento la posibilidad de una revolución molecular de los géneros: ¿qué pasaría si las cis-mujeres comenzaran a administrarse colectiva y masivamente dosis suficientes de testosterona como para ser identificadas socialmente como cis-hombres? ¿Qué valor tendría entonces la masculinidad natural? Este experimento político-hormonal se vuelve todavía más interesante si pensamos que esos futuros tecnohombres, o esa

nueva especie de cis-mujeres mutantes camufladas en cuerpos reconocibles como masculinos, serían capaces de engendrar y de dar a luz sin perder eso que la psicoanalista Julia Kristeva llama, sin que nadie cuestione públicamente su salud mental o política, «el genio femenino»: la maternidad biológica. Tras seis meses de administración de 400 miligramos al mes, el vello corporal y el timbre de voz se transforman de modo irreversible. Solo es necesario interrumpir la administración de testosterona durante unos meses para que, sin perder el vello o la voz, las reglas vuelvan a aparecer, y con ellas la posibilidad del embarazo, la gestación y el parto. Habría que imaginar al «genio femenino» con barba y bigote, estilo Marx, o algo más contemporáneo quizá, como Manu Chao, pero con una cavidad orgánica accesible para la reproducción. *Welcome to the freak mother house.* La inseminación sería posible tanto por intercambio sexual de fluidos reproductivos como por inseminación médicamente controlada. Imaginemos, por ejemplo, dos cuerpos masculinos, un tecno-hombre que sigue conservando una vagina y un útero siendo penetrado vaginalmente por un cis-hombre con un biopene dotado de espermatozoides fértiles (algo que parece cada vez más escaso en la ecología sexual contem—poránea). Vista desde el exterior, esta escena corresponde a la estética de la pornografía gay del siglo XX, pero en realidad sobrepasa el sexo gay y el heterosexual para apuntar a un futuro tecno-sexo. Por supuesto, como tecno-hombre, también sería posible inseminarse con esperma de un donante en buenas condiciones médicas. En todo caso estaríamos frente a una nueva especie de bio-reproductores masculinos. ¿Acaso no serían ellos la nueva élite cultural y política? ¿Y acaso no habría que decir, parafraseando a Kristeva, que esa especie estaría dotada del «tecnogenio femenino»?

El otro día, Kael T. Block, un fotógrafo francés trans, nos envió la primera fotografía de esa nueva especie de gestadores de élite. Un joven moreno, con barba y bigote, desafía a la cámara bajándose ligeramente el calzoncillo para mostrar una tripa de embarazado de seis o siete meses. Una sombra de vello puntúa el perfil de la elipse del vientre, que, contrariamente a la curva trazada por la tripa

cervecera de cis-macho de base, crece armoniosamente desde el pecho para hundirse después en la pelvis. Y, a pesar de ello, nada resulta femenino en ese cuerpo: la imagen carece de la inocencia infantil, de la suavidad de polvo de talco, con la que son representadas las escasas embarazadas que acceden a la prensa femenina. No hay nada que haga presentir la futura maternidad. Estamos frente a un tecno-macho reproductor.

## La caja negra hormonal

Las actuales teorías de «programación fetal» (Baron-Cohen, Lutchmaya y Knickmeyer, 2006) sostienen que el nivel de testosterona *in utero* determina el futuro sexo anatómico del bebé: si el feto posee cromosomas XY pero no recibe suficiente cantidad de testosterona uterina acabará desarrollando genitales femeninos. En el nivel molecular existiría un registro químico de la vida fetal que permitiría predecir el futuro físico y psíquico del sujeto por venir. Como si en el líquido amniótico encontráramos la composición química del alma. Como si el líquido amniótico fuera una especie de caja negra química de la subjetividad. Paralelamente, un estudio de la Universidad de Liverpool (2003) avanza la hipótesis de que los varones homosexuales han sido expuestos a índices más elevados de testosterona intrauterina que los varones heterosexuales. Según ese estudio, los niveles de testosterona *in utero* están relacionados con el desarrollo posterior de comportamientos considerados culturalmente como masculinos o femeninos.

El biólogo pop contemporáneo James Michael Howard se ha dedicado a reconstruir la historia de la humanidad desde el punto de vista de la presencia y cantidad de testosterona en el cuerpo: según esa historia esteroide y hegeliana de la humanidad, el aumento de testosterona en sangre de los individuos de una determinada población habría conducido históricamente a importantes transformaciones evolutivas (Howard, 2001). Así, por ejemplo, el aumento de testosterona tanto en los individuos hombres como mujeres habría empujado a algunos de los primeros homínidos del

Plioceno a abandonar los poblados sedentarios de África y a lanzarse a la conquista de nuevas tierras europeas; la testosterona explicaría la ebullición cultural griega, el desarrollo del Imperio romano, el resurgir intelectual del Renacimiento y la Revolución Industrial. Dentro de ese modelo, la testosterona sería también la responsable de la esquizofrenia, la depresión, el trastorno bipolar, la anorexia y la bulimia, la expansión del sida en África, etc. (Howard, 2001). En definitiva, la testosterona y, por supuesto, no el estrógeno sería el motor bioquímico de la historia, la base molecular de la subjetividad. Sin embargo, esta hipótesis-ficción no depende tanto de la composición química de la testosterona en sí como de su cantidad. Se trataría de una cuestión de dosis: una cantidad excesiva de testosterona explicaría también en cada caso el embrutecimiento y el retroceso, la caída de cada una de esas civilizaciones en un período oscuro y decadente.

¿Formaba yo parte de ese giro evolutivo? Y si la respuesta era afirmativa, ¿de qué tipo de transformación se trataría? ¿Sería este un momento de expansión de la humanidad o un momento de contracción y de repliegue? Sin duda, esa hipótesis era absurda porque se basaba en dos prejuicios políticos: primero, consideraba la testosterona como la base molecular de la masculinidad, y segundo, consideraba la historia de la humanidad como el producto de la acción de los hombres, poseedores de índices relevantes de testosterona, de modo que una relación posible entre niveles de testosterona en sangre y evolución histórica de la especie pueda ser establecida. En todo caso, lo que no previó Howard era que las mujeres pudieran modificar técnicamente sus niveles de testosterona. ¿Podrían cincuenta miligramos semanales, más allá de mi cuerpo, representar un desplazamiento evolutivo de la especie?

Desde que me administro testosterona veo a los hombres y a las mujeres que pasan cada día a mi lado, en el metro, en el supermercado, en el museo, como cuerpos cuya descodificación política ha sido abusiva y brutalmente determinada en función de la cantidad de testosterona que producen o se administran. Mientras espero en la cola del cine para ver *King Kong* con V. D., me divierto

tomando cada una de las figuras humanas que están en mi campo visual, aumentando o disminuyendo de forma mental su nivel de testosterona. Los cis-hombres parecen simplemente mujeres más o menos testosteronadas a las que se les ha añadido una plusvalía política, a las que se les ha dicho desde pequeñas: «Tú vales más que ellas, el mundo es tuyo, ellas son tuyas, tu polla es dueña de todo.» Las cis-mujeres resultan hombres quirúrgica y endocrinológicamente tratados; más o menos sofisticados entramados de colágeno sintético, silicona implantada, estrógeno activo y falta de reconocimiento político.

# 9. TESTOMONO

La semana pasada, en el curso de una noche de trabajo a base de Testogel, las barreras cedieron y pude finalmente concebir los detalles de la formación de los géneros hasta la condición sexuada. Todo encuentra su lugar, los mecanismos se encadenan:

Masculino x Homo x Sado x Testoterona x Estrógeno
= Trans =
Femenino x Hetero x Maso x Estrógeno x Testoterona

Esnifar cocaína. Ingerir codeína. Inyectarse morfina. Fumar nicotina. Tomar Prozac. Comer anfetaminas. Tomar Heptamyl. Beber alcohol. Cambiar al Subotex. Volver al Special-K. Meterse heroína. Pasarse con la novocaína. Liarse con el crack. Fumar cannabis. Tragar éxtasis. Tomar aspirina. Aspirar piedras de cristal. Tomar Lexomil... Aplicarse Testogel. Toxicidad aristocrática.

¿Quién querría cambiar de estado mental cuando es posible cambiar de sexo? ¿Quién querría cambiar de humor cuando es posible cambiar de identidad? He ahí la superioridad sexopolítica de los esteroides.

Se trata de saber si lo que queremos es cambiar el mundo para experimentarlo con el mismo sistema sensorial que ya tenemos o si es preciso cambiar el cuerpo como filtro de la percepción a través del que pasa el mundo. ¿Qué es preferible, cambiar de personalidad y guardar mi cuerpo o cambiar de cuerpo y conservar mi modo actual de procesar la realidad? Falso dilema. Mi personalidad surge de ese desfase entre cuerpo y realidad.

Poder-chicas-orgasmos-adrenalina-lujo-reconocimiento social-éxito-glucosa-aceptación familiar-inclusión-potencia-tensión-camaradería-ascenso económico. En un plazo de seis meses, esta

es la plusvalía política que procura a una cis-mujer la ingestión de testosterona.

La testosterona es como el dinero: gratificación inmediata, plataforma abstracta de producción de poder; pero sin la caída en picado de la coca, sin el agujero en el estómago que sigue al paso del cristal, sin la ridícula autocomplacencia que deja el Prozac. Solo hay otra droga como la testosterona: la heroína. Pero ambas resultan políticamente onerosas: exclusión, marginalización, desocialización..., y, en el caso de la testosterona, cáncer (como ocurre con casi toda sustancia industrial) y calvicie (un mal menor fácilmente resignificable prostéticamente).

Pienso en aplicarme otra dosis, esta vez la última, otra vez la última. ¿Me estoy volviendo testosteronómano?

A partir de mi propia experiencia, de mi propio ejercicio de intoxicación hormonal voluntaria, desarrollo una teoría (totalmente absurda) de la atracción heterosexual. Algo que ha resultado para mí inexplicable desde niña. La teoría de explicación de la heterosexualidad como técnica de «suplementación hormonal» hacia la que avanzan mis pruebas es jodida, no me conviene, arroja una verdad que me inquieta. Dice así: las cis-mujeres llamadas «heterosexuales» buscan frotarse una y otra vez contra los hombres (cis- o tecno-) para obtener su dosis de testosterona a través del sudor. Así de simple: las cis-tías se acuestan con los cis-tíos (o con los tecno-tíos) para conseguir su dosis de T. frotándose contra sus pieles. Eso permitirá explicar también por qué las trabajadoras sexuales se masculinizan progresivamente: por qué desarrollan más vello facial que las cis-mujeres que trabajan, por ejemplo, como cajeras en El Corte Inglés. Al frotarse varias veces al día con el sudor testosteronado de sus clientes acaban aumentando su cantidad de testosterona en sangre. Todo esto puede ser un delirio mío, el efecto en mi cerebro de un exceso de lectura endocrinológica o simplemente el modo en que uno de los circuitos hormonales de nuestro tejido político funciona en realidad. Quizá me esté volviendo loco, o quizá esté poseída por tu espíritu.

*Tu esperma y mis óvulos*

Te siento a mi lado como si estuvieras vivo. Me acuerdo: vienes a buscarme hasta la rue Jean-Pierre Timbaud. No subes. No quieres ver a la socióloga porque te agota. Es como una profesora de provincias que te pregunta todo el tiempo si ya has hecho los deberes, dices. Me esperas en el café que está junto al Centre de Rééducation du Genou. Pedimos dos cafés. No tomamos alcohol. Nos reservamos para ver si hay algo de coca, de cristal o de exta esta noche en el bar Leather. No tienes un buen día. No te has afeitado, llevas la misma camiseta blanca con un jersey de algodón azul y el mismo pantalón vaquero que llevabas hace dos días. *Je te trouve sexe.* Exhalas testosterona. Me dices que hace tiempo que no follas con nadie. Que te estás volviendo lesbiana. Yo solo pienso en follar. Aunque tampoco follo con nadie de momento. Tomas dos cafés dobles, uno tras otro. Yo, dos cortados. No me miras a los ojos mientras me hablas. Miras mis manos, haces bolas con el mantel de papel y me las tiras. Yo te digo que me dejes de dar la vara. Te doy un puñetazo en el hombro, muy suavemente, un golpe seco, como para pedirte que vuelvas a la vida. Hablamos de mezclar tu esperma y mis óvulos. No sé cómo llegamos hasta ahí. Nadie le ha pedido nada a nadie. Tú estás leyendo *Reglas para el parque humano*, de Sloterdijk. Si la explosión de las dos primeras bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, en 1945, señala el principio de un apocalipsis geopolítico, la aparición de *Dolly,* la primera oveja clonada, señala el principio de un apocalipsis biológico. Lo humano no existe bajo el signo de lo divino, sino de lo monstruoso. Lo humano es LoHumano, dices. Tú te crees más importante que Heidegger, que Habermas y que Sloterdijk, y lo eres. Solo yo estoy a tu altura. Tú y yo anticipamos el monstruo futuro. Hablamos de reproducción artificial. Tú dices que eso no debería llamarse reproducción, sino producción artificial: fabricación de una especie enteramente nueva. La especie de los posjudíos y los poscatólicos, la especie de los que vienen después de esta esquizosexualidad de ser hetero u homosexual, de ser tío o tía. Somos realistas. Habría que empezar por filtrar tu esperma seropositivo. Tú dices que todo el procedimiento, los

análisis, el filtrado, la congelación, la inseminación, nos saldría demasiado caro, que no tenemos ese dinero. Podríamos pedir una beca al Centre National du Livre, explicándoles la recombinación genética de tu esperma de sidoso y mis óvulos de bollera trans. Teniendo en cuenta la cantidad de litros de esperma que has eyaculado hasta ahora, verdaderamente podríamos haber inseminado a la mitad del planeta. Si hubieras vendido tu esperma antes de ser seropositivo, ahora tendrías algo de pasta para pagar el filtrado y la inseminación, o podríamos volver a comprar una muestra incontaminada. Pero seguramente antes de tener el sida no te habría interesado diseminar tus genes. Hablamos de filtrar tu esperma para separar los espermatozoides portadores del virus de la inmunodeficiencia humana de los no portadores. Separar las células débiles de las fuertes. Las malas de las buenas. Yo sé que me odias por contemplar la posibilidad del filtrado, aunque eres tú quien insiste en que deberíamos hacerlo de ese modo. Me odias porque no soy capaz de pedirte ese esperma maligno sin más, de hacerte una paja aquí mismo y meterme tu esperma contaminado en el coño; me odias porque, como tú, tengo miedo a la muerte. ¿Qué pasaría si fuera uno de tus espermatozoides portadores del sida el que llevara el gen del que será el futuro salvador del planeta? Nos preguntamos si el deseo, la necesidad, la obsesión, la vergüenza de filtrar tu semen es eugenésica, si se debe eliminar una potencialidad de vida porque es portadora de un virus letal. Sí, ese deseo es eugenésico, lo es, en el fondo ni tú ni yo soportamos la idea de la reproducción. Ni de tu estirpe ni de la mía. La paternidad y la maternidad son siempre un compromiso entre un nazismo eugenésico y la compulsión de la repetición. Pero ¿qué es más eugenésico, producir técnicamente el bien o dejar que la vida luche a dentelladas con la muerte hasta que una de las dos gane? Al fin y al cabo, si uno de tus espermatozoides portadores del virus consigue fecundar uno de mis óvulos, si nuestros cromosomas llegan a recombinarse y si la célula formada llega a reproducirse formando un blastómero capaz de implantarse en mi útero testosteronado, entonces deberíamos considerar que ambas células han superado con éxito la prueba de la vida. Quizá el cuerpo que

vendrá a salvar el planeta deba surgir de este acto absurdo y monstruoso: haber dado la posibilidad a tus espermatozoides seropositivos de nadar hacia la vida que se esconde en mi cuerpo mutante. Canguilhem mejor que Sloterdijk: *«Les réussites sont des échecs retardés, les échecs des réussites avortées. C'est l'avenir de formes qui décide de leur valeur. Toutes les formes vivantes sont des monstres normalisés.»*[33]

*Últimas broncas*

*Idem velle et idem nolle vera amicitia est*.[34]

SALUSTIO

Han pasado doce días desde tu muerte. Te veo salir de una carnicería de Belleville. Exactamente tu mismo bigote, el mismo relieve de la cicatriz sobre el labio superior. Te vuelvo a ver mientras paseo con Justine por el parque de Buttes-Chaumont: tu figura emerge detrás de un arbusto, la misma manera de llevar el pantalón vaquero, el mismo mechón de vello denso y negro que asoma por el cuello de tu camiseta blanca. Tu fantasma escava en mi memoria y saca todo lo que encuentra: me llamas. Veo las letras de tu nombre en azul brillante abrirse paso en la oscuridad de la pantalla de mi teléfono. No te respondo. Espero a que dejes un mensaje. Es tu voz. Tu voz es lo más fuerte. Tu voz dice: *Eh, coucou Preciado, pourquoi tu ne prends pas le téléphone? Tu fais chier, bon, rien, je voulais savoir si tu avais un livre pour la collection, c'est à toi de voir, voilà, rien, c'était que ça*.[35] Te llamo. Voy a buscarte a la calle Saint-André. Comemos en el café de Saint-Michel que hace esquina con la rue Suger. He dudado qué ponerme para ir a comer contigo. He pasado una hora en el cuarto de baño. Me he afeitado bien la cabeza. Me he puesto el jersey negro de pico y las mismas deportivas que llevaba la noche que salimos juntos y que vi como un gorila peludo te daba por el culo mientras tú te corrías como una gata quinceañera. He corregido varias páginas que he escrito estos

días. Te he traído dos proyectos. Pero tú ni los miras. Me dices: ¿por qué no sacas un libro sobre esa historia de la zoofilia y la pedofilia de la que hablábamos el otro día? Me lo dices mientras me sonríes, subiendo ligeramente el labio superior, tu cicatriz de liebre sujetando la mitad de tu labio cerca de las encías, tirando ligeramente de la nariz hacia abajo cuando hablas. Te ríes de mí. No sé qué responderte. Eres un verdadero hijo de puta. Un cabrón de mierda. Te digo: vendrás tú luego a traerme unos lápices y unos folios para que te siga escribiendo libros radicales desde la cárcel. Hijo de puta. Quieres acabar conmigo. No te creas tan importante, me dices. Lo que te pasa es que no tienes los cojones de escribirlo. Te digo que lo que quiero es escribir la historia de las travestis del movimiento de los setenta, la historia de las feministas lesbianas radicales, del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, del Comando Salchichón, de los gasolinas, todas las travestis y las transexuales en torno a las que emerge el movimiento político sexual en Francia. Las camioneras y las locas que rodeaban a Hocquenghem. Que he conocido a Hervé, que guarda cantidad de archivos de esa época, y a tres abuelas bolleras de esos mismos años que están perdiendo la memoria. Que el resto están casi todos muertos. Que o lo hacemos ahora o pronto no quedará nada. Tú casi ni me miras mientras te hablo, te alejas, dibujas planetas en tu cuaderno. Te digo que voy a necesitar un poco de pasta. Que no va a poder ser como el otro libro. Que con cuatrocientos euros no tendré ni para pagarme los cartuchos de tinta. Dices: *Tu me cherches, tu me cherches.* Me dices que qué coño tengo yo qué decir sobre esas mariconadas, que tú creías que yo no era como las otras tías, que a mí lo que me interesaba era follar, pero que ahora te das cuenta de que soy en realidad como cualquier otra lesbiana, que hago de enfermera política de cualquiera que me encuentro. Te digo que no soy lesbiana, que soy trans, que soy un tío, que el hecho de que no tenga una bio-polla de mierda como la tuya no significa que no sea un tío. Te digo: deja de tratarme como escoria simplemente porque te crees que soy una tía. Me dices que te doy pena, vergüenza, que no cuente contigo para publicar esas mariconadas, que lo que tengo que hacer es llamar a *Têtu* y hacer un reportaje. Me dices todo eso

mientras te descojonas. No quiero llevarte la contraria. No quiero enfadarme contigo porque si tú no me publicas quién va a publicar mis libros, pero realmente te odio mientras me hablas.

La última vez que te veo vivo. Cenamos en casa de Tim y Philippe. Quieres regalarme un viejo anorak tuyo. Me dices, medio riéndote, que ese estilo va bien para las lesbianas de los ochenta. Eres un cabrón reventado. Me dices: *Et alors toi, c'est fini pour toi? Que c'est que ça fait de se faire depasser par Marcela Iacub*?[36] Eres un patético cabrón de mierda, estás acabado, estás muerto.

*Pérdidas*

Después de administrarme doscientos cincuenta miligramos al mes durante dos meses, bruscamente empiezo a tener pérdidas constantes de sangre. Como pequeñas hemorragias marrones y espesas que manchan todos mis calzoncillos. Nada en particular me duele, pero me molesta la presencia de esa sangre oscura y gelatinosa entre las piernas. Pienso que ese es el precio que yo, ni-mujer-ni-hombre-ni-transexual, tengo que pagar por mi adicción a la testosterona.

Voy a visitar a una ginecóloga. Le explico la historia de las pérdidas. Le digo que estoy tomando entre cincuenta y cien miligramos de testosterona por semana. No le digo que a veces es más, que a veces es menos. «¿Como método anticonceptivo? Pero ¿ya sabe que hay métodos más seguros?», me responde.

Quizá porque no hemos engendrado tú y yo al salvador del planeta, últimamente, después de tu muerte, me sorprendo a mí misma deseando el fin de la especie humana. Ni la mejoría ni el progreso, sino simplemente el fin, la ruptura de nuestra cadena viviente. Tu muerte es el signo de la llegada de lo que algunos científicos califican ya como la «sexta extinción» (Eldredge, 1998). Todo comienza con las bacterias, hace más de dos mil setecientos millones de años: al romper la molécula de agua para producir el hidrógeno que necesitan para formar sus componentes celulares, las bacterias generan una gran cantidad de oxígeno. Será el

oxígeno, en principio altamente tóxico, corrosivo e inflamable, el que modifique la composición atmosférica del planeta y permita a largo plazo la aparición de la vida animal sobre la Tierra. Hace cuatrocientos treinta y cinco millones de años, con la primera extinción, una larga glaciación acaba con casi la totalidad de la vida marina. Sobreviven las bacterias y su sistema de producción de oxígeno. Un millón de años después, en la segunda extinción, desaparecen de nuevo buena parte de los peces e invertebrados marinos. Sobreviven las bacterias. Casi otro millón de años después, en la más extrema de todas las extinciones, desaparecen casi la totalidad de las especies marinas y terrestres. Sobreviven las bacterias. Hace doscientos diez millones de años desaparecen de nuevo un buen número de especies marinas, se extinguen los reptiles mamiferianos, dando paso a la era de los dinosaurios. Hace sesenta millones de años, en la quinta extinción, desaparecen los dinosaurios. Sobreviven de nuevo las bacterias. Poco a poco los pequeños mamíferos se extienden por las placas terrestres en plena deriva y los peces vuelven a poblar los mares. Dudo entre suicidarme, volverme *serial-killer*, dedicar mi vida al desarrollo transmoral de la humanidad como especie (es decir, a su mutación intencional), o fundar una fuerza armada transfeminista que tenga por misión cargarse indiscriminadamente todo aquello que se ponga por delante. Y todo ello por amor, por caridad planetaria. Aprendo a apreciar progresivamente tu idea de una contaminación sidaica universal como culminación estética del destino punk de nuestra especie. Canguilhem: *On sait assez que les espèces approchent de leur fin quand elles se sont engagées irréversiblement dans des directions inflexibles et se sont manifestées sous des formes rigides*.[37] Nos preparamos para una nueva era de la hegemonía de las bacterias. Mientras tanto, avanzamos en la multiplicación de lo humano en una convivencia estrecha con el virus: la polio, el sida, la gripe del pollo. Me interesa lo político como a un virus le interesa forzosamente la epidemia. Me interesa el archivo del feminismo como a la Tierra le interesa la bacteria. Atacar la construcción del género, atacar las formaciones calcificadas de la sexualidad, solo puede hacerse mediante una proliferación viral, pero al mismo

tiempo a través de una supervivencia bacteriana. En cada frente, en cada espacio. Mi cuerpo: el cuerpo de la multitud.

*Frustración adictiva*

Me gustaría haber podido caer en alguna adicción, tener la seguridad de poder agarrarme definitiva y químicamente a algo, a una sustancia. En el fondo, yo esperaba que la testosterona fuera esa sustancia. Engancharme no a una subjetividad, sino a la modificación que produce insertar un objeto sin voluntad en mi propio organismo. No depender de nadie para esa inserción. Confrontar mi voluntad a un objeto que carece de voluntad; mi deseo a un objeto que carece de deseo. Saber que el *deal* se cierra entre una sustancia inanimada y yo. Saber que existe una molécula en el mundo exterior que podría venir a formar parte de mi metabolismo afectivo, una molécula que podría librarme del peso, del sonido, del sabor, del color de la realidad pura. Hasta ahora nunca he podido engancharme a nada. Ni al tabaco, ni a la coca, ni a la heroína, a nada. Me pregunto si podré engancharme a la testosterona. Lo que sé con toda seguridad es que, en un nivel molecular, la batalla de la adicción ya ha comenzado.

Me despierto a su lado. Antes de abrir los ojos oigo su voz. Me cuenta una historia. Las chicas les hacen una mamada todas las mañanas a sus hombres para tenerlos contentos, para que no se escapen de su lado. Para producirlos como hombres, le respondo yo, para tragar su testosterona. Entonces desliza una pierna entre mis piernas. Levanta el torso hasta situar su cabeza sobre mi pelvis y me mete la lengua en el sexo.

Ella me habla de lo difícil que resulta para una mujer que siempre ha sido heterosexual detectar la excitación en un cuerpo sin polla. Me dice: «¿Cómo estar segura de que la otra persona te desea?» Yo nunca había pensado cómo una polla en erección facilita la descodificación del deseo. Una polla en erección parece decir: «Me pones, me empalmo, me corro.» Me habla de cómo estaba desconcertada la primera vez que hizo el amor con una mujer. Dice

que ahora entiende mejor a los hombres, su fragilidad frente a un deseo que carece de signos anatómicos visibles, como si en los cuerpos sin polla eréctil existiera siempre la posibilidad de un fallo en la detección de la excitación, de una decepción última de los sentidos. Como si para los cuerpos desprovistos de polla eréctil existiera la posibilidad de disociar lenguaje y anatomía («me gustas, me excitas, pero esa excitación solo la conozco yo, tú no sabrás nada, no podrás detectarla contra mi voluntad»). En los cuerpos sin polla eréctil existe un espacio poético, un territorio del sexo como saber internalizado. Curiosamente, los patriarcas de la heterofilosofía, como Nietzsche (Patton, 1993, y Burgard, 1994) u Otto Weininger (1994), habrían pensado que ese territorio propio de la feminidad era el espacio en el que puede instalarse el no-saber, el simulacro y la mentira. Yo creo que sería más apropiado hablar de hiperconciencia, de saber que tiene el poder de decidir si quiere o no exteriorizarse a través de una representación. Ese conocimiento del deseo antes de que pueda ser detectado como erección abre la posibilidad del sexo como ficción, como virtualidad. En la sexualidad lesbiana los signos de la excitación se leen sobre una cartografía anatómica expandida: la mirada, el movimiento de las manos, la precisión del tacto, el grado de apertura de la boca, la cantidad de sudor o de flujo. Recuerdo que la primera vez que follé con un tío su polla me pareció un objeto secundario de motricidad involuntaria, cuyo funcionamiento no podía ser un indicador fiable del deseo o de la excitación. Al contrario. Me parecía como si estuviera frente a un significante impostor, frente a un resto biopolítico ancestral cuya presencia era capaz de eclipsar el lugar del que emerge en realidad el deseo.

*Testomono*

La relación con la testosterona cambia cuando sales del marco de un protocolo médico y jurídico de cambio de sexo. Dentro de un protocolo médico, cambiar de sexo debe decidirse una sola vez y de forma definitiva; debe implicar una única decisión. En realidad, las

cosas son mucho más complejas. Yo no quiero cambiar de sexo, no quiero declararme disfórico de nada, no quiero que un médico decida cuál es la cantidad de testosterona al mes que me conviene para cambiar de voz y tener barba, no quiero extirparme los ovarios, no quiero operarme el pecho. No hay una dirección predefinida en el cambio que la testosterona inicia en mí. Lo que sé es que antes de tomar la testosterona mi voz no es una voz de mujer, mi rostro sin vello no es un rostro de mujer, mi clítoris de menos de dos centímetros no es un órgano femenino. Soy lo que soy y la medicina no va a autorizarme a ser más hombre de lo que siempre he sido. No necesito permiso de la monarquía española o de la república francesa para chutarme testosterona.

He ahí el problema: más allá del contexto institucional definido por el Estado, la testosterona deja de ser parte de una terapia de sustitución hormonal y se vuelve simplemente una droga ilegal. Al mismo nivel que la cocaína o la heroína. Entonces hay que admitir las consecuencias: estoy enganchada a la testosterona.

Mi relación con V. podría definirse de este modo: mono de Despentes. Mi relación con T. podría definirse de este modo: testomono. Incluso cuando estoy con ellas. Sobre todo cuando estoy con ellas. *Manque*. Resulta evidente que mi relación con V. pertenece al tipo de relaciones que se modelan bajo la forma de la adicción. *Dependere*: estar atado a. He hallado mi droga, y, como todas las drogas, esta se encuentra al mismo tiempo cercana e inalcanzable. Es posible pensar que cualquier tipo de relación amorosa es de algún modo adictiva, pero yo no lo creo. No me ha sucedido otras veces. Sé por experiencia que hay formas del amor que operan según el modelo de un sistema de retroalimentación satisfactorio. ¿Cómo estoy seguro de que este amor, este y no otro, corresponde al modelo adictivo y no a la cibernética de la satisfacción? Primero, por la relación disimétrica entre ingestión o presencia del objeto deseado y satisfacción. Segundo, porque la satisfacción toma la forma de la falta. Allí donde la satisfacción debería tener lugar, surge la falta. Cuando la estoy besando pienso en que quiero besarla, cuando hablo con ella pienso en que necesito hablar con ella urgentemente. Cuando la extiendo sobre mi piel,

pienso que quiero extenderla sobre mi piel; mientras mi cuerpo la absorbe, pienso que quiero absorberla, una y otra vez. El instante presente, el momento de asimilación, no tiene ninguna importancia frente a la imperiosa necesidad de lo que debe venir justo después. Más, más, cuanto antes, un minuto después ese deseo será incluso más intenso y luego más y más. El deseo no se destruye. Se transforma pasando a estado inconsciente a través del cansancio o el sueño. Deseo seguir deseando, sin posibilidad de saciedad. Pocas sustancias me han conducido a traspasar ese umbral adictivo. El alcohol nunca me ha interesado. Durante una época solía tomar cristal: superpotente para el cerebro; de hecho empecé a hablar francés a la velocidad del rayo gracias a una sobredosis de cristal; no modificó mi acento, pero aumentó radicalmente mi capacidad de utilizar el vocabulario, mi relación con la gramática; fue como acceder a otro grado de conciencia en otra lengua que usas de manera eficaz pero ocasional. Ya ni siquiera tomo coca, ni éxtasis, ni *speed*; solo muy raramente, y en todo caso cuando vuelvo a Barcelona o a Madrid –las metrópolis españolas son intransitables sin una cierta dosis toxicológica–, pero solo en esos casos, como drogas-ciudad, como cargas moleculares necesarias para la convivencia comunicativa en una ciudad precisa. Mi metabolismo nunca ha aceptado ninguna sustancia de sustitución compensatoria. Mis únicas drogas, en todas sus variables románticas o anónimas, son la testosterona y el sexo. Así, formando parte de un círculo de producción mutua. En todo caso, todas ellas me afectan en la medida en que pueden hacerme entrar en contacto con lo amorfo, con lo que carece de forma o lo que imagina una forma para lo informe, lo que produce deseo sin satisfacción posible. El pensamiento definitivo, el género definitivo y el placer definitivo están fuera del horizonte de lo posible.

Hoy nos deslizamos sin darnos cuenta en una de las cuencas de alienación a las que volvemos cada diez o doce días de forma regular. Entre dos dosis de T. Este enajenamiento cíclico en el que entramos podría convertirse en una de nuestras rutinas, una clave de estabilidad. Es a través de estas formas de micro-ruptura, de alejamiento preventivo, como esta relación sintomáticamente

adictiva se destruye y se regenera. Para ser precisos habría que decir que ella desciende sola hasta esas cavidades, a las que me arrastra con sus ojos de niña hiperactiva, de rocker inconsolable que duda si acaba de cometer un asesinato o de comprender que va a ser irremediablemente asesinada. La tristeza de su mirada reside precisamente en la tensión de esa doble posibilidad. Afirmo que ella parece ser la fuerza motriz de ese movimiento hacia lo hondo, pero quién sabe si soy yo la que ha descendido y la arrastra hasta allí con un entusiasmo y una amabilidad extremas. Esas oquedades son necesariamente líquidas: ella llora, se mete en un baño caliente, pone a lavar la ropa. Esa tristeza es fetal, precultural, presexual, prematura. Mientras tanto, yo voy a hacerme un análisis de sangre. En lo profundo hay algo que fluye, que circula en un espacio contenido, pero que podría derramarse. En ese estrato los sentimientos se encuentran en estado gelatinoso, justo antes de la evaporación y de la transformación de las disoluciones carbonadas en corriente eléctrica. Ese es el estado de la sangre, del agua, del semen, del líquido vaginal, de la saliva, de la orina, de los líquidos raquídeos y amnióticos, de la infusión en la que flota el cerebro, pero también de aquello que acaba de ingerirse, del gel, de los alimentos extraños al cuerpo durante el proceso de asimilación estomacal justo antes de ser transformados en materia fecal. *To fall in love, tomber amoureux*, decía Derrida: caer en una topografía precisa, acceder por desprendimiento o por desplome a un estrato particular del ser, del cuerpo, de la ciudad, del planeta, de la evolución, de la especie. Es allí donde sucede la conversión de escalas: amor del ser, amor carnal, amor urbano, amor terrestre, amor geológico, amor animal, amor interespecies. No hay que pensar aquí en un rictus heideggeriano, de ninguna manera. Estoy hablando de una arquitectura. No de una revelación o de un desvelamiento del ser a través de una iluminación precisa, ni de la puesta de la realidad bajo la claridad de un foco. No estoy hablando de eso. Estoy hablando de una percepción táctil, que sucede en lo oscuro, de tocar el fondo forzosamente con el vientre, arrastrándose sobre una masa viscosa. No hay iluminación, sino oscuro palpamiento. Estoy hablando de descubrir la superficie de una

interioridad con la piel. Se trata de un retorno a la vida ciberreptiliana, al mismo tiempo una regresión y una forma de paladear a lametazos la verdad eléctricamente viscosa del ser. Todavía no a bocanadas, porque todavía no estamos en el estado en el que el ser nos es dado en forma etérea. No nos queda más remedio que chupar el ser. Hacerle una mamada al ser como único modo de conocimiento y de aprehensión. Y es ahí donde el secreto de la adicción revela su aritmética. No hay manera de abarcar el ser con la boca, no hay posibilidad de encontrar satisfacción oral. Es una cuestión de diámetro y de fluidez. Una vez que estamos en una de esas hondonadas gelatinosas, salir es tan difícil para mí como para ella. El mismo grado de ansiedad, la misma tristeza. No hay niveles en el fondo. El fondo es el fondo. Estamos encerradas en una arquitectura monádica. Encontrar la salida significa simple y jodidamente modificar el suelo, solidificar los sentimientos líquidos para poder hacer pie o evaporarlos para poder respirar en ellos. Cuando comprendemos que hoy tampoco será el día de la transustanciación de los afectos, entonces es hora de llamar a P. Nadie es más rápido que P. Viene por primera vez el último día del año 2005, como para cerrar un tiempo y abrir otro. Acude a la llamada como un médico de urgencias, en menos de diez minutos. Se ocupa de un conjunto de grupos de música, un poco de todo, rock, heavy metal, hip hop, fusión brasileña y africana. En los ratos libres se ocupa también de calmar adicciones a domicilio en un tiempo récord. Su llegada modifica inmediatamente el suelo fangoso en el que nos arrastramos. El timbre suena, Justine ladra, él pone un pie en el apartamento y en ese mismo segundo todo pierde peso y comienza lentamente a hacerse más ligero. A P. le gusta hablar, por eso es bueno poner una película o hacer sonar un disco a tope, para ponerle límite a su desorientación verbal. La puerta suena de nuevo. P. E. y E. N. traen una guitarra nueva a la que hay que cambiarle las cuerdas. P. E. se quita las gafas ahumadas, pide a E. N. unas tenazas y, mientras jura contra los Papa Roach entonando «Tiranny of Normality» riéndose de la melodía, corta las cuerdas una a una. Las fibras saltan como viejas serpientes eléctricas a las que se hubiera arrancado la cabeza. P. E. acaricia la guitarra como un

ciego. La acerca a su cabeza, pasa los dedos por encima, exige la proximidad máxima entre su piel y el brazo de la guitarra. Las cuerdas nuevas se mueven entre sus dedos como jóvenes cobras a punto de ser domesticadas, parecen buscar solas los agujeros de las clavijas. Las serpientes reconocen el tacto del rock y encuentran su camino hacia la música. Las ata con precisión, sin mirar: no es posible imaginar una compasión más perfecta, una devoción más sincera que la que existe entre esas cuerdas y sus dedos. P. prepara un porro de hierba pura y empieza a hablar. Yo me escondo en el baño para aplicarme una dosis de T. V. pone un documental sobre el festival de Monterrey, en los sesenta: la voz de Janis Joplin abre un canal universal de vibración musical y el amor se hace de repente respirable.

## *¿Trans o yonqui*?

Así están las cosas, habrá que hacerles frente: si no acepto definirme como transexual, como «disfórico de género», entonces deberé admitir que estoy enganchado a la testosterona. Cuando un cuerpo abandona las prácticas a las que la sociedad en la que vive le autoriza como masculino o femenino, se desliza progresivamente hacia la patología. Esas son las opciones biopolíticas que se me ofrecen: o me declaro transexual o me declaro drogadicta y psicótica. En el estado actual de cosas parece más prudente declararse transexual y dejar que la medicina crea que puede proponerme una cura satisfactoria para mi «trastorno de identidad de género». En ese caso deberé aceptar que he nacido en un cuerpo con el que no me identifico, declarar aborrecer mi bio-cuerpo, mi sexo, mi forma de acceder al orgasmo. Va a ser necesario reescribir mi historia, modificar cualquier elemento que pertenezca a una narración femenina. Tendría que desplegar una buena serie de mentiras bien calculadas: no me gustan las Barbies, nunca he jugado con muñecas, detesto mis pechos y mi vagina, siento horror frente a la penetración vaginal, mi único modo posible de tener un orgasmo es con un dildo. De lo que se trata en definitiva

es de declararme enfermo mental, confirmando así los criterios fijados por la DMS-IV, el Manual de Diagnóstico de Enfermedades Mentales de la Organización Mundial de la Salud, en el que la transexualidad aparece como enfermedad mental junto al exhibicionismo, el fetichismo, el froteurismo, el masoquismo, el sadismo, el travestismo y el voyeurismo.

Si no acepto esta clasificación médica, entonces entro clara y definitivamente en el territorio irrecuperable de la psicosis. O más bien habría que decir que debo elegir entre dos psicosis: en una (transexualidad) la testosterona aparece como fármaco; en la otra (adicción), la testosterona resulta ser la sustancia de cuya dependencia debo ser curado por otros medios. He caído en una trampa política: el problema es que esa trampa tiene la forma de mi subjetividad, es mi propio cuerpo. Pero ¿cómo hemos podido dejarle al Estado la gestión del deseo, de la fantasía sexual, del sentido de habitar o no el cuerpo propio? ¿O habría que decir el cuerpo-del-Estado? Si me autoadministro ciertas dosis de testosterona, corriendo el riesgo de desarrollar vello facial, de ver mi voz volverse cada vez más ronca o de aumentar la talla de mi clítoris sin pensar en vivir social y políticamente identificándome como hombre, necesariamente estoy loca. No podré bajar a la farmacia a buscar mis dosis de Testogel, tendré que pedirle a D. que me mande una o dos cajas desde Londres o tendré que comprarla en expressdrugstore.com o en el mercado negro del deporte y aceptar lo que me den. Si es posible, testosterona fabricada en Europa occidental, no una de esas variables sintetizadas de los países de Europa del Este para los deportistas de élite o para los culturistas, que podrían provocarme taquicardias durante varios días. Prefiero no pensarlo. Esta semana voy a posponer la dosis. No me la administraré hasta el próximo miércoles.

*Rain check*

Desde que ella comprende que un día será mi perra, se distancia como para aprovechar sus últimos momentos de libertad

condicional. A base de doscientos miligramos de T. por semana es difícil soportar tres días sin follarla. Pienso en irme para evitar la atracción hacia su cuerpo. La llamo para decirle que no tiene que preocuparse más, por la infidelidad, por la decisión, por el amor paralelo, que voy a irme a pasar un par de meses con D. a Los Ángeles. No menciono en realidad ninguna de esas palabras, ni infidelidad, ni decisión, ni amor. Solo digo: quizá sea más fácil que me vaya un tiempo, podría darte un *rain check*, quizá sea mejor así. D. va a visitar a J. y seguramente puede encontrarme un apartamento en alquiler en West Hollywood; allí será más fácil encontrar testosterona, discutir con otros trans hormonados y no hormonados. Pero seguro que vuelvo, en todo caso a Europa, tengo que ir a Barcelona en febrero, así que es posible que pase por París. Se queda callada un momento y luego responde que Los Ángeles es su ciudad favorita. Me habla de las palmeras. Yo no puedo escucharla con atención. Mi vida se extiende frente a mí como un camino que se bifurca: de un lado, las palmeras de Los Ángeles; del otro, V. Dos caminos salteados de dosis de T. No es como si yo estuviera paralizada en esa encrucijada. No. Soy yo quien ha pensado en Los Ángeles, quien ha inventado un camino que no existía antes, quien ha dado los primeros pasos que, inevitablemente, me alejan de ella. En América, durante los años cincuenta, en los cines al aire libre en los que las películas se veían desde el descapotable los organizadores daban a los espectadores *rain checks* cuando llovía y tenían que anular la proyección para que pudieran volver gratis otra noche estrellada. Un *rain check* es un embrión de tiempo congelado, una posibilidad vital que puede ser activada de forma artificial en un contexto favorable, es un *déjà-vu* amoroso que puede controlarse intencionalmente.

Me llama dos días después. Quiere viajar al sur, a Vauvert, para escribir un libro sobre su violación, sobre su época de puta, sobre por qué el siglo XXI será feminista o no será. Hacia el sol. Cedo. La arrogancia de la testosterona no ha podido con el afecto puro. Voy a ir con ella.

*Baby carcase*

Viajamos juntas al sur. Ella cambia de cuerpo y de rostro varias veces al día. Yo cambio de lengua para seguir el flujo. Me ha pedido que le hable en español mientras follamos. Le digo al oído: «Lo que tú quieres es que yo te folle como una perra», o «Tu piel es tan suave». No importa. Lo que le pone es mi voz en español, dice. Me acuerdo de los días increíblemente felices que hemos pasado, cada vez que estamos juntas en el coche, con la música a tope, mientras la veo bailar en la habitación, recorriendo los laberintos de la catedral de Chartres. Pero todo puede cambiar de un momento a otro. Definitivamente cambia cuando ella me anuncia que se va a suicidar cuando cumpla cuarenta años. Hace un año todavía pasaba la Navidad con P. M. y M. M. Ahora lleva, dice, un hijo muerto a la espalda. Se pasea con un peso en la espalda como las madres antillesas de Barbés, pero su hijo, el suyo con P. M., está muerto. Lleva un cadáver diminuto agarrado a sus hombros. Podría derrumbarme, pero no lo hago. Podría abrazarla tiernamente, pero no lo hago. *I am not a rockstar*. El estrés altera los niveles hormonales. La testosterona varía la resistencia al estrés. Necesito un chute, pero ya he pasado los doscientos cincuenta miligramos semanales. Cierro los canales del pensamiento periférico, evito la cognición nefasta: si verdaderamente quisiera suicidarse no hablaría de su cuarenta cumpleaños. *Quid moraris emori*. Su suicidio ha nacido muerto, como su hijo con P. M. El suicidio diferido se llama depresión. Si tiene fecha y ritual es porque la vida tiene todavía sentido para ella: porque es V. D. Si no, se suicidaría hoy mismo. Esta tarde. Aquí, en Vauvert, en medio de las marismas de la Camarga. Y a mí me darían definitivamente por el culo. Abriría la ventana para que entrara el mistral, abriría los canales que llevan el agua caliente hasta la bañera, abriría un bote de lexomiles, me haría un último chute de T., abriría la boca para beber, abriría el paso hasta mi esófago apartando la lengua, abriría las venas que llevan hasta el corazón, abriría las células por las que debe entrar el veneno, abriría las cadenas de carbono, sodio, los receptores de opiáceos. Se abrirían para ella los canales que llevan el alma hasta

la tierra donde viven los muertos, y su hijito, apenas recién nacido, saldría a recibirla. Ese sería un final sublime para esta historia, pero ella nos quiere hacer esperar otros cuatro años. Entonces será demasiado tarde. *Difficile est longum subito deponere amorem*. No quiero escucharla. No quiero oír las mierdas que tiene que decirme, sobre P. M., sobre el hijo muerto, sobre su incapacidad para sentir amor por mí y por cualquiera que no sea ese diminuto cadáver. No quiero. Solo quiero que le den por el culo, que nos den por el culo, que nos exploten el culo a los tres, a ella, a mí y al bebé muerto.

*Sarah*

El camino que lleva desde la casa de escritores de Vauvert a la playa de Saintes-Maries-de-la-Mer es un paraíso vegetal sobre el que se ha tendido una lengua de asfalto. Es un parque natural habitado por nuevas especies tecno-vivas: castores, águilas, toros bravos, caballos blancos, bandadas de flamencos rojos y coches. Los automóviles se deslizan sobre ese único tapiz gris como ciberpredadores que aspiran a eliminar toda competición entre los prehistóricos organismos móviles y los nuevos agregados superrápidos de hombre-máquina. En el ciberparaíso de Vauvert el hombre-automóvil se ha vuelto un organismo complejo que habita y consume como cualquier otro animal.

Los castores nadan ágilmente en el río, se sumergen bajo los arbustos hundidos en el agua, ondean su silueta peluda y, atraídos por el peso metafísico de la otra orilla, por el reto que supone salir de esa vida acuática para dirigirse a la vida seca, empujados por la tentación de la separación tecnológica, sacan la cabeza del agua y ponen la primera pezuña sobre el asfalto. En el suelo, el cuerpo peludo se vuelve torpe, la palma de la cola, pesada; los ojos aún cubiertos por una película líquida apenas ven ahora la otra orilla. Los automóviles zigzaguean intentando atrapar ese volumen viscoso bajo sus ruedas. A veces lo golpean de lleno, haciendo que la sangre y las tripas estallen.

Los habitantes humanos locales acusan al castor de ser un

inmigrante ilegal –proviene originalmente de los ríos de América del Sur, y se introdujo en Europa en el siglo XIX– que se ha reproducido sin medida contaminando el equilibrio del ecosistema de la Camarga, y animan a eliminarlos sin piedad. El castor se parece al cuerpo árabe de las afueras de París, a los espaldas mojadas de Tijuana, a los africanos que nadan hasta Gibraltar. Cruzar para sobrevivir. Dejarse la piel bajo las ruedas. Las águilas vuelan en círculos sobre los coches. Es así como el águila transforma el coche en su prótesis de caza. Tras el paso del coche, destripado bajo el sol implacable de invierno, el castor ofrece sus exquisitas tripas de extranjero al águila nativa. No fotografío la escena. No quiero incluir la cámara, último tecnoojo, en ese rito ciberecológico. Las huellas químicas que dejan el águila y el castor en mi memoria son suficientes.

En 1888 Van Gogh pasó cinco días en la playa de Saintes-Maries, en el hotel de la Poste. Pintó cuatro barcas sin velas, sin timón y con los remos guardados varadas en las dunas de arena, y otras dos barcas con las velas extendidas que se alejan sobre el agua. Sobre una de las barcas Van Gogh escribió: «Amitié.» V. y yo vamos hasta Saintes-Maries-de-la-Mer casi cada día en coche. La iglesia está construida probablemente sobre un antiguo templo pagano dedicado al dios egipcio Ra, el padre del Sol. Saintes-Maries-de-la-Mer son dos chicas en una barca. Parecen flotar a la deriva sobre las olas gigantescas y espumosas del Mediterráneo como las barcas de Van Gogh. Cada una sujeta una caja dorada entre las manos. Pero ¿qué llevan?

En la cripta de Saintes-Maries-de-la-Mer está santa Sarah, Sarah la Negra, Sarah-Kali, Sarah la nómada, la sirvienta negra de Saintes-Maries o la diosa egipcia, Sarah la patrona de los gitanos. V. y yo bajamos a verla. Llevamos dos urnas vacías, una cada una. Sarah es una cabeza de porcelana negra vestida con más de cincuenta túnicas doradas, rojas, verdes, blancas, azules, bordadas de hilos de oro. Su pelo negro de porcelana está oculto bajo las túnicas, que convierten la estatua en un único vestido grueso de miles de capas sobre el que reposa una cabeza coronada de brillantes dorados y cristalinos. V. lleva en su urna vacía el hijo que

no tuvo con P. M. Yo llevo como reliquia la polla que no tuve que cortarme para ser quien soy, la que no tendré que injertarme para ser quien soy.

No hay dos sexos, sino una multiplicidad de configuraciones genéticas, hormonales, cromosómicas, genitales, sexuales y sensuales. No hay verdad del género, de lo masculino y de lo femenino, fuera de un conjunto de ficciones culturales normativas.

A Van Gogh la explanada de la Camarga que lleva hasta Saintes-Maries, la misma que V. y yo recorremos hoy en coche, le pareció una llanura de Holanda, pero con otra luz. A mí me parece la misma luz española que alumbraba una llanura distinta, el mismo sol egipcio calentando la espalda de los castores emigrantes del tercer milenio.

# 10. PORNOPODER

*I sell frustration, not relief*.[38]

LYDIA LUNCH

## *El imperativo pornográfico: fóllate a ti mismo*

1. La pornografía es un dispositivo virtual (literario, audiovisual, cibernético) masturbatorio. La pornografía como industria cinematográfica tiene como objetivo la masturbación planetaria multimedia. Lo que caracteriza a la imagen pornográfica es su capacidad de estimular, con independencia de la voluntad del espectador, los mecanismos bioquímicos y musculares que rigen la producción de placer. Linda Williams, subrayando esta capacidad de la imagen pornográfica de activarse en el cuerpo del espectador, define la pornografía como *embodied image*, «imagen incorporada», imagen que se hace cuerpo (Williams, 1991 y 1994: 199).

2. La pornografía es la sexualidad transformada en espectáculo, en virtualidad, en información digital, o, dicho de otro modo, en representación pública, donde «pública» implica directa o indirectamente «comercializable». Una representación adquiere el estatuto de pornografía cuando pone en marcha el devenir público de aquello que se supone privado. He ahí otra definición posible de pornografía: dispositivo de publicación de lo privado. O, más aún, dispositivo que al representar una porción del ámbito público lo define como privado cargándolo de un valor masturbatorio suplementario. Se trata, por tanto, de una caracterización política de la representación. Dadas las condiciones del capitalismo posfordista, una representación pública implica ser intercambiable en el mercado global como dato digital y como fuente de capital.

3. La pornografía es teletecnomasturbación. La globalización de la farmacopornoeconomía mediante la digitalización audiovisual y su transmisión ultrarrápida a través de una multitud de soportes técnicos (televisión, ordenador, teléfono, iPod, etc.) genera un «efecto mariposa» en la gestión global de los ciclos excitación-frustración: un coño que se abre aquí, una boca que chupa allí, puede producir cientos de descargas de placer al otro lado del planeta y emitir con su desplazamiento virtual un chorro vivo de capital.

4. La pornografía reúne las mismas características que cualquier otro espectáculo de la industria cultural: virtuosismo, posibilidad de reproducción técnica –transformación digital, difusión audiovisual y teatralización–. La única diferencia, por el momento, es su estatuto underground. De hecho, como afirma el productor de porno David Friedman, la explotación pornográfica contemporánea, entendida como consumo audiovisual y práctica performativa, es una extensión de los espectáculos populares del circo, de los *freak shows* de las ferias de juegos y parques temáticos.[39] La pornografía y la prostitución podrían considerarse como dos de los ámbitos performativos de la industria del espectáculo que han sido relegados al ostracismo y la ilegalidad durante los siglos XIX y XX. La transición del cuerpo monstruoso, perverso o desviado *(freak*, homosexual, ninfómana, puta) del estatuto de atracción circense al de enfermo mental o criminal apoyará ese proceso de exclusión de la esfera pública y económica.

5. En realidad, la industria pornográfica es a la industria cultural y del espectáculo lo que la industria del tráfico de drogas ilegales es a la industria farmacéutica. Hablamos aquí simplemente de los dos motores ocultos del capitalismo del siglo XXI. La farmacopornografía presenta así un doble paroxismo: es al mismo tiempo el lado oculto y marginal de la industria cultural contemporánea y el paradigma de cualquier otra producción posfordista. En el capitalismo *über-material*, toda forma de producción ofrece beneficios en la medida en que se acerca al modelo de producción farmacopornográfica.

6. Lo propio de la pornografía como imagen resulta más de una cuestión de escenografía, de teatralización y de iluminación que de

contenido: basta con un cuerpo (natural o artificial, «vivo» o «muerto», humano o animal), *très bien éclairé*,[40] un cuerpo tanto más deseable cuanto más inaccesible, cuyo valor masturbatorio es directamente proporcional a su capacidad de comportarse como chispeante fantasía abstracta.

7. La industria del sexo, como sector sumergido de la industria cultural, dice la verdad de cualquier otra producción comunicativa o espectacular. La literatura, el cine, la televisión, Internet, el cómic, el vídeojuego, etc., desean la pornografía, quieren producir placer y plusvalía pornográfica sin sufrir la marginalización de la representación porno, del mismo modo que los actuales productores de la industria farmacológica legal quieren producir placer y plusvalía sexual y toxicológica sin sufrir la marginalización y la criminalización de la industria del tráfico de drogas ilegales.

8. En la pornografía, el sexo es performance, es decir, representación pública y proceso de repetición social y políticamente regulado. Consideremos de nuevo esta relación entre industria cultural e industria del sexo. La teórica Judith Butler, en un giro que marcó el feminismo de finales del siglo XX, define el género, la masculinidad y la feminidad en términos de performances, de procesos de repetición regulados, de normas que son internalizadas en forma de estilo corporal, de representación y teatralización pública (Butler, 2001a). Paralelamente a Butler, en los años ochenta la actriz porno Annie Sprinkle introducirá un nuevo desplazamiento performativo en la comprensión de la identidad al definir esta vez no ya el género sino la sexualidad en términos de performance (Sprinkle, 2001). Para Sprinkle, la verdad de la sexualidad que la representación pornográfica pretende capturar no es sino el efecto de un dispositivo de representación, de un conjunto de coreografías corporales reguladas por códigos de representación bien precisos, semejantes a los que dominan la danza, la acción en la cinematografía clásica o el teatro. De ahí que para Sprinkle la pornografía carezca de un valor realista o documental más allá del que emerge de su voluntad de representación.

9. La comprensión popular de la pornografía como grado cero de la representación se asienta sobre un principio sexotrascendental

que podríamos denominar «platonismo espermático», según el cual la eyaculación (y la muerte) son la única verdad. De ahí que el *snuff* sea el modelo ontocinemático de este tipo de producción pornográfica: filmar «lo real», la eyaculación, la muerte, en tiempo real; más aún, hacer coincidir ontocinemáticamente muerte y eyaculación. Lo propio de la pornografía dominante es producir la ilusión visual de la irrupción en lo real puro. Podríamos decir que lo que excita en la pornografía es que el sujeto pornificado no puede controlar su fuerza de producción sexual, que la ha declinado en función de un espectador todopoderoso que, a su vez, a través de la representación, se ve des-subjetivado, reducido a su respuesta masturbatoria. Si tenemos en consideración que todo documento visual pornográfico aspira a hacer coincidir la eyaculación representada y la eyaculación del espectador (abstractamente entendido como cis-hombre, eyaculador visual universal), entonces deberíamos concluir que el placer de la mirada pornográfica reside en una estridente contradicción: por una parte, generar la impresión en el espectador, a través de la des-subjetivación de los actores porno, de que es él el que posee y controla la *potentia gaudendi* de los actores; por la otra, al reducir el cuerpo del espectador al papel de receptor involuntario de estímulos eyaculantes, poner al espectador en la posición de la puta, de la perra, del ano universalmente receptor y privado de toda decisión sexual; así, lo propio de la subjetividad pornográfica es tragarse su propio esperma, ser al mismo tiempo polla erecta y ano universalmente receptor. De ahí el precepto pornosófico: *pornete ipsum*.

10. La pornografía dice la verdad de la sexualidad, no porque sea el grado cero de la representación, sino porque revela que la sexualidad es siempre y en todo caso performance, representación, puesta en escena, pero también mecanismo involuntario de conexión al circuito global excitación-frustación-excitación. Lo propio de la industria contemporánea del *entertainment*, con su clasificación de la representación en «válida para todos los públicos» y «X», es negar el valor performativo de la pornografía, reduciéndola a «puro sexo», como si, desde un punto de vista teatral, hubiera una diferencia ontológica entre un beso, una pelea y

una penetración anal cinematográficos. La hegemonía actual de la industria cultural no-pornográfica deriva de ese axioma moral que hace de los órganos llamados sexuales (especialmente pollas, coños y anos) objetos extra-cinematográficos (literalmente obscenos, fuera de escena), cuyo valor de «verdad» no puede ser absorbido por la representación y transformado en performance. Pero detrás de esa hegemonía se oculta el deseo de la industria cultural de afectar los centros tecnoorgánicos de la producción de la subjetividad (centros de producción de placer y de afectos, de sentimiento de omnipotencia y confort) con la misma eficacia que lo hace la pornografía. La industria cultural es envidia de porno. La pornografía no es simplemente una industria cultural entre otras, sino más bien el paradigma de toda industria cultural.[41] De modo particularmente límpido, la pornografía, con su circuito cerrado excitación-capital-frustración-excitación-capital, ofrece la clave para comprender cualquier otro tipo de producción cultural posfordista.

11. Para liberar la sexualidad del control biopolítico actual no basta con dejar actuar el sexo público fuera del ámbito del trabajo (asalariado o no), ni tampoco con extirpar el sexo del dominio de la esfera pública dejando su regulación al Estado. Otro de los riesgos sería la romantización de una sexualidad no pública, la vuelta (imposible) a una forma privada y no industrial de la sexualidad. Aquí fracasan tanto las empresas liberales y las emancipadoras como las abolicionistas. Se trata, por el contrario, de inventar otras formas públicas, compartidas, colectivas y *copyleft* de sexualidad que superen el estrecho marco de la representación pornográfica dominante y el consumo sexual normalizado. Cuando en 1990 Annie Sprinkle utiliza por primera vez la expresión del artista holandés Wink van Kempen «pospornografía»[42] para presentar su espectáculo *The Public Cervix Announcement*, en el que invita al público a explorar el interior de su vagina con la ayuda de un espéculo, nace un nuevo género de representación del sexo, crítico al mismo tiempo de la visibilidad que la medicina y los códigos de la pornografía tradicional producen. A la «verdad del sexo» pornográfico, recogiendo una fórmula de Foucault, Sprinkle opone la

producción teatral y artística de diversas ficciones del sexo. A la iniciativa de Sprinkle seguirán durante los últimos años, desde diferentes ámbitos y con diferentes inscripciones teóricas y estéticas, los trabajos de Shelly Mars, Fatal Vídeo, Virginie Despentes y Coralie Trinh Thi, Del LaGrace Volcano, Bruce LaBruce, etc. Todos ellos comparten una misma inversión epistemológica: los que hasta ahora habían sido el objeto pasivo de la representación pornográfica («mujeres», «actores y actrices porno», «putas», «maricas y bolleras», «perversos», etc.) aparecen ahora como los sujetos de la representación, cuestionando de este modo los códigos (estéticos, políticos, narrativos, etc.) que hacían visibles sus cuerpos y prácticas sexuales, la estabilidad de las formas de hacer sexo y las relaciones de género que estas proponen.

Esta crítica abre una brecha en la historia de la representación de la sexualidad, haciendo de la pornografía no ya un grado cero de la mostración objetiva del sexo sino un género histórico bien preciso que quizá hoy, por primera vez, estamos en situación de analizar críticamente, y quién sabe si de dejar atrás.

*Pornificación del trabajo*

No necesito recordarte, mientras sujetas este libro entre las manos, que el sexo no tiene su ámbito ni en el cuerpo individual, ni en la esfera privada, ni en el espacio doméstico. *Tu* sexo no está situado en *tu* cuerpo individual, ni en *tu* esfera privada, ni en *tu* espacio doméstico. Y aunque así fuera, ni el cuerpo individual, ni la llamada esfera privada, ni el espacio doméstico escapan a la regulación política. El sexo, la excitación, la demanda de erección y eyaculación existen en el centro mismo de la esfera pública y de la producción capitalista. De hecho, en la economía farmacopornista la situación puede definirse de este modo: el trabajo es sexo. *Labor sexus est*. En la ciudad ciberextensa farmacopornográfica, el proceso material de trabajo se puede describir como un conjunto de tracciones sexuales, de instintos psicosomáticos, de elevaciones

hormonales; como una puesta en marcha de conexiones sinápticas y una emisión de excreciones químicas. El objeto del trabajo en la sociedad farmacopornográfica no es satisfacer, sino excitar: poner en marcha el aparato somático que regula el ciclo excitación-frustración-excitación. Trabajamos en la pornofábrica: una industria tecnosomática cuyos carburantes son el esperma, la sangre, la orina, la adrenalina, la testosterona, la insulina, la silicona, los psicoestimulantes, los estrógenos, pero también los signos digitalizables y transmisibles a gran velocidad, el dígito, el texto, el sonido, la imagen, etc. A este proceso de devenir sexo del trabajo contemporáneo, o viceversa, de devenir trabajo del sexo contemporáneo, lo llamaremos «pornificación del trabajo».

Así, para comprender la verdad de la praxis del trabajo posfordista habrá que estudiar con detalle tres ámbitos hasta ahora considerados como periféricos o marginales con respecto a los ciclos capitalistas de producción y consumo:

1. *La producción, el tráfico y el consumo de drogas (legales o ilegales)*. Entiendo aquí por droga no solo toda sustancia química de origen natural o sintético que afecta específicamente a las funciones del sistema nervioso central del organismo vivo, sino, en un sentido más amplio, cualquier sustancia (legal o ilegal) biológicamente activa, capaz de modificar el metabolismo de las células sobre las que hace efecto. Algunos de los principios de gubernamentalidad de flujos psicotrópicos han sido esbozados en el capítulo «Farmacopoder».

2. *La producción, la circulación y el consumo de los materiales audiovisuales pornográficos*. Entiendo aquí por pornográfico todo material audiovisual sexualmente activo, capaz de modificar la sensibilidad y la producción hormonal y de poner en marcha ciclos de excitación-frustración y de producción de placer psicosomático.

3. *El trabajo sexual*. La mercantilización de la *potentia gaudendi* de un cuerpo en un contrato (más o menos formal) de servicio sexual.

El poder de estas tres plataformas –drogas, materiales audiovisuales pornográficos y servicios sexuales– de producción de capital reside en su capacidad para funcionar como prótesis de la

subjetividad. Se dibuja así una toxicopornología económica general en la que fluyen órganos, píldoras, ciudades, conexiones comunicantes, imágenes, textos, pajas, litros de silicona, compuestos químicos, dólares...

Los teóricos de esta nueva concepción del trabajo como excitación ya no serán los economistas clásicos, como Ricardo, Marx o Keynes, sino los pornógrafos (Candida Royale, Narcís Bosch, Nacho Vidal, HPG, etc.), los actores y las actrices porno (Annie Sprinkle, Nina Roberts, Coralie Trinh Thi, etc.), las trabajadoras sexuales (Michele T., Norma Jean Almodóvar), los engranajes de las redes de tráfico de drogas, desde los productores de coca a los trabajadores pauperizados de las plantaciones de opio pasando por las mafias estatales, los herboristas conocedores de las tradiciones ancestrales de la brujería, los laboratorios farmacéuticos, los pequeños traficantes o los yonquis.

Freud y su dosis de coca, la vida y la muerte de Escobar, el consumo de anfetaminas de Sartre, el cóctel de andrógenos y euforizantes que mantiene activos a los soldados estadounidenses en Iraq, el cáncer provocado en las atletas rusas por las altas dosis de testosterona concentradas en las píldoras de Oral-Turinabol, la ascensión y caída de la actriz porno Linda Lovelace, de *Garganta profunda*, los senderos de polvo cristalino que llevan desde las pasarelas de la moda hasta los platós de televisión o los pasillos de la bolsa, los cientos de miles de dosis de progesterona y de estrógenos administradas como anticonceptivos a las cis-mujeres en edad reproductiva durante los últimos cuarenta años, el volumen faraónico de antidepresivos consumido por las cis-mujeres menopaúsicas, el tráfico de trabajadoras sexuales ilegales que atraviesan las fronteras europeas, el dopaje en el ciclismo, los litros de esperma derramados anualmente frente a las películas porno, la propagación silenciosa del virus de inmunodeficiencia adquirida, los millones de estómagos de la tercera edad recubiertos de Omeprazol, la muerte de los adolescentes que entraron a formar parte de los ensayos clínicos con la hormona del crecimiento, la jeringa que insemina a la oveja *Dolly,* el candor sintético de los músculos de los culturistas..., nos enseñan más sobre los modos

actuales de producción capitalista que todos los anuarios industriales de la Unión Europea, con sus insignificantes índices de aumento o descenso del paro. La guía internacional de la producción, el consumo y la falsificación de Viagra puede enseñarnos más sobre la producción de valor excitación-frustración-excitación en la sociedad posfordista que todos los tratados de economía clásica, con su hipócrita noción de trabajo como producción mercantil.

*Sex copyright: tecno-significantes lúbricos*

Durante el pasado siglo, el poder se ha desplazado desde el control de la tierra hasta el control de la manufactura, y ahora al control de la información y de la vida. Hoy el poder se extiende al sexo y al género como codificaciones precisas de la información y de la subjetividad. Pronto lo hará aún de un modo más eficaz a través de la transformación de psicotrópicos controladores de la producción de afectos y de hormonas sexuales en patentes privatizadas. Pero el deseo, el sexo y el género no se parecen a la Tierra. No se parecen tampoco al producto fabricado. El deseo, el sexo, el género se parecen, en realidad, a la información como sistema semiótico encarnado (Haraway). Son código vivo. Como la información, desafían a la propiedad, porque mi posesión de una pieza (de información, de deseo, de sexo, de género) no te desposee a ti de ella. Mi deseo, mi polla de plástico, mi masculinidad prostética parecen poder circular y compartirse sin que eso impida el goce. Más bien al contrario, el *partage* parece multiplicar el deseo, el sexo, el género. El problema es que hasta ahora el deseo, el placer, el sexo y el género han sido pensados en términos de esencia no transferible, de propiedad. Primero pensados como sustancias fijas en la naturaleza, después como propiedad de Dios, luego como propiedad del Estado, más tarde como propiedad privada y hoy, por último, como propiedad de las grandes multinacionales farmacopornopolíticas.

Las nuevas corporaciones globales no producen nada. Su único

objetivo es la acumulación y gestión de patentes. A esta nueva política del *copyright* que gestiona la vida y los códigos simbólicos es a la que he denominado «farmaco-pornopolítica»: se trata de transformar tu culo y el mío, tu deseo y el mío, en beneficio abstracto. A tu clítoris y a mi polla les está sucediendo lo mismo que a la planta de maíz: las multinacionales emplean empresas de ingeniería genética para producir nuevas cepas transgénicas cuyas semillas serán infértiles. Del mismo modo que las multinacionales, a través de la privatización de los germoplasmas, controlan no solamente la actual producción mundial de maíz sino, lo que es más importante, convierten la totalidad del planeta en consumidores potenciales de nuevas semillas transgénicas (a su vez infértiles), la industria farmacopornográfica tiende exponencialmente al control y la producción de tu cuerpo deseante. Paralelamente a la «informatización de la agricultura» (Hardt y Negri, 2006: 140) asistimos a un proceso de «informatización del sexo y el género», a través del cual el capital aspira a producir y poseer los modelos farmacopornográficos, narcóticos y audiovisuales, moleculares y fantasmáticos, que regulan la subjetividad deseante.

Tu deseo, tu sexo y tu género son el nuevo supermaíz transgénico de la industria farmacopornográfica: si te quieres correr, Viagra; si quieres evitar la reproducción sexual, la píldora; si quieres cambiar el timbre de tu voz o tu masa muscular, andrógenos; si quieres acceder al mercado de la seducción, pasa primero por la liposucción; si quieres tener fantasías sexuales, conéctate a las producciones pornográficas de Dorcel, Hotvídeo, *Playboy*...

### *Paris Hilton en la cama con Max Weber*

La erótica puritana del poder que Max Weber identifica en su *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, con sus valores de constancia emocional y moral, de autocontrol y de discreción, que parecía haber dominado buena parte de los ecosistemas sexuales de Occidente desde el siglo XVII deja progresivamente al descubierto sus fundamentos farmacopornográficos. Según la intuición de

Weber, no era el materialismo sino la ética de vida protestante la que permitió el auge del capitalismo. El sacrificio en el trabajo y el éxito económico pasaron de ser castigo divino y signo de lujo inmodesto a ser prueba del amor de Dios, que circulaba en forma de capital a través de los cuerpos, las mercancías, los territorios. Del mismo modo, en la era farmacopornográfica no es el hedonismo, la consecución del placer sensible, el principio que rige la vida de los cuerpos y el funcionamiento de los pueblos, sino la ética poscristiana-liberal-punk cuyo principio es reproducir compulsivamente el ciclo excitación-frustración hasta la destrucción total del ecosistema.

He aquí una prótesis viva total que señala el devenir porno del protestantismo liberal weberiano: Paris Hilton (Despentes, 2007). Aparente excepción del modelo de excelencia estadounidense, Paris Hilton representa la culminación de la producción sexopolítica de la tecno-*bitch* de lujo. Heredera de un imperio hotelero multimillonario y de la empresa inmobiliaria de su padre, miss Hilton rechaza las instituciones de aprendizaje tradicional y comienza a trabajar en shows televisivos como *The Simple Life* hasta pasar después a rodar sus propias películas porno. No es que Hilton haya dejado atrás la ética protestante y el espíritu del capitalismo de Weber. No, más bien la incorpora llevándola a su más alto nivel de producción farmacopornomediática. La insípida Hilton se lo hace con Weber. No hay en Hilton, tras su aparente entrega al vicio y la ociosidad, un rechazo de la economía capitalista, sino, bien al contrario, una transformación de la totalidad de su vida y de su sexualidad en trabajo y una conversión, a través de dispositivos de vigilancia extremos, de la totalidad de su vida en imagen digital globalmente transferible. El éxito de Paris Hilton es haber sabido recuperar su cuerpo y su sexualidad como valor último en el mercado de intercambio global del capitalismo farmacopornográfico. Paris Hilton podría ser, en ese sentido, una trabajadora farmacopornográfica de última generación –y quizá sea esa dimensión obrera de su inmoralidad la que más moleste al abuelo Hilton.

Si a diferencia de las actrices porno de las décadas de 19701990,

de Marilyn Chambers a Jenna Jameson, Paris Hilton aparece hoy como figura paradigmática del modo de producción farmacopornográfico no es (como los lectores que hayan visto sus películas corroborarán) por su cualidad de bomba sexual. Paris Hilton difiere radicalmente de las actrices porno tradicionales: por una parte, no llega al porno empujada por una necesidad económica o un destino social implacable, sino que, al contrario, decide y calcula su transformación en *star* X ayudada por su propio imperio financiero; por otra, ni corporal ni performativamente Paris Hilton presenta un interés masturbatorio relevante, lo que permite pensar que, si no fuera por su fortuna y su potente maquinaria publicitaria, nunca habría podido abrirse paso en el mercado pornográfico compitiendo con actrices como Tracy Lords o Katsumi. Si la figura de Paris Hilton presenta un interés teórico-político (más que únicamente masturbatorio) indudable es porque señala la aspiración actual de toda forma de trabajo y producción de valor de transformarse en producción farmacopornográfica, indicando así un «devenir porno» de la producción de valor en el capitalismo actual.

Bajo los valores puritanos que creía haber reconocido Weber, se esconde en realidad la imagen digitalizada de la vulva extradepilada de Paris Hilton, los músculos testosteronados de Arnold Schwarzenegger y el colocón global de Viagra al que están sujetas las bio-pollas desempalmadas de los cis-cincuentones.

## *Sexódromos urbanos*

En 2005, con ocasión del Mundial de fútbol, el Gobierno alemán de Angela Merkel, en un intento de activar la fordización de la industria sexual, da luz verde a la construcción de Artemis, un prostíbulo multimedia de tres mil metros cuadrados situado a tres estaciones de metro del Estadio Olímpico de Berlín. El edificio, cuyo interior ha sido decorado según una estética que los promotores definen como «digna de Las Vegas», tiene cuatro pisos y cuenta con piscina, varias saunas y dos salas de cine, así como con habitaciones suficientes como para dar cita simultáneamente a

setenta trabajadoras sexuales y seiscientos clientes. El argumento del Gobierno alemán revela los fundamentos del capitalismo farmacopornográfico actual: «Es necesario ofrecer a los cuatro millones de aficionados que se desplazarán a Berlín para el Mundial el mejor servicio sexual, del mismo modo que se les ofrecerán las mejores prestaciones en términos de hostelería, restauración, servicios culturales y de comunicación» (artículo en *Le Nouvel Obsevateur*, 4-10/05/2006: 13). Señalemos, simplemente de paso, que el burdel como institución estatal, como un servicio público propuesto por el Gobierno a los ciudadanos o visitantes de la ciudad, no es en absoluto una invención de Merkel, sino una estructura que persiste desde la urbe de la Edad Media hasta los emplazamientos coloniales del siglo xx. Así, por ejemplo, en 1434 la municipalidad (alemana/ austrohúngara) de Berne pone los burdeles públicos a disposición del emperador Segismundo y de su corte durante su visita a la ciudad. A pesar de las diferencias entre el burdel paleourbano de Berne y el gran supermercado del sexo Artemis, ambos parecen decisivos para el desarrollo económico de la farmacopornópolis moderna. Este burdel futbolístico se sitúa, asimismo, en una genealogía de burdeles multimedia iniciada por los clubes y hoteles Playboy en Estados Unidos a finales de los años cincuenta según la cual el edificio-burdel se transforma en un espacio de producción, consumo y distribución de signos audiovisuales pornográficos y de servicios sexuales, funcionando como una «heterotopía», por recoger el término de Foucault: un espacio de excepción politicosexual en el que dominan leyes y valores en aparente (y solo aparente) contradicción con los del espacio público dominante (Preciado, 2004).

El burdel es la razón de ser de la ciudad moderna. La ciudad moderna es el burdel. Cuando una medida política intenta «acabar con la prostitución en la ciudad» o «llevar la prostitución fuera de la ciudad», lo que dice en realidad es: «Es necesario invisibilizar aquello que de urbano hay en la ciudad, extender la ciudad más allá de la ciudad.»

Según una reseña francesa de *Le Nouvel Observateur*, Artemis se dirige «a las hordas de machos célibes y a su libido galvanizada por

la guerra del fútbol». A diferencia de la revista francesa, pensamos que lo que caracteriza a las hordas de consumidores potenciales de los servicios sexuales ofrecidos por Artemis no es el hecho de ser «machos célibes» (puesto que poco importa si esos «machos» se encuentran emparejados o no antes de venir al Mundial), sino el hecho de identificarse sexopolíticamente como heterosexuales, puesto que los directores del megaburdel han previsto que los servicios sexuales sean dispensados única y exclusivamente por (cuarenta mil) mujeres venidas de todos los rincones del mundo (a las que la Unión Europea facilitará un permiso temporal de trabajo en el territorio con ocasión del Mundial). El Gobierno alemán, que reconoce la legalidad del trabajo sexual, edita para la ocasión una «guía de viaje para mujeres» dedicada a las jóvenes del antiguo bloque soviético que quieran trabajar como prostitutas en Alemania. En Francia, Malka Marcovich, directora nacional de la Coalición Internacional Contra el Tráfico de Mujeres (CATW) lanza una petición (que será firmada por Fadela Amara y Ségolène Royal, entre otras) bajo el eslogan: *«Acheter du sexe n'est pas un sport»* [comprar sexo no es un deporte], pidiendo, sin éxito, al Gobierno alemán la prohibición del comercio sexual durante la Copa del Mundo de fútbol.

En efecto, la relación entre el deporte y la prostitución podría abrir claves de comprensión del actual régimen farmacopornográfico. Por litote, Marcovich nos proporciona un eslogan posible para definir la economía farmacopornográfica: «Comprar sexo es un deporte.» Si bien es cierto que no ha habido hasta ahora una radical fordización de la industria del sexo, podríamos decir, por el contrario, que ha habido una severa pornificación de las industrias fordista y cultural. En lugar de imaginar la prostitución como una práctica al margen de la industria del fútbol, habría más bien que considerar el deporte en general y el fútbol en particular como parte de una industria farmacopornográfica planetaria que controla las redes de internet, clubes, discotecas, cadenas de producción, distribución y difusión pornográfica e industrias farmacéuticas de producción y tráfico de drogas anabolizantes y de otras moléculas que suplementen el cuerpo deportivo y sexual, al mismo tiempo que cadenas de

producción y distribución de música, de ropa, accesorios y mercancías derivadas (desde camisetas con el nombre de Zidane a desodorantes o preservativos).

Tanto en el deporte profesional como en el trabajo sexual, el problema no es la venta del cuerpo, como argumentan al unísono el feminismo marxista y el integrismo católico, puesto que el trabajo en la sociedad posfordista es siempre y en todo caso venta de la fuerza de comunicación y excitación que produce un cuerpo vivo, de su *potentia gaudendi*, sino más bien la asimetría de género y de raza del mercado actual (nueve de cada diez trabajadores sexuales son cis-mujeres; solo cuatro de cada diez son blancos); y la asimetría de la remuneración económica y del estatus profesional.

Lo curioso, a pesar de las diferencias radicales que existen entre las tetas de Jenna Jameson y las piernas de Zidane, es que a menudo los deportistas de los grandes equipos europeos y las trabajadoras sexuales que Artemis pone al servicio de los amantes del fútbol proceden de los mismos estratos económicos, políticos y raciales del planeta: proceden de las clases de trabajadores pobres, o bien de las antiguas colonias de los Estados-nación europeos, que logran abrirse paso en el mercado farmacopornográfico contemporáneo (accediendo simultáneamente a la nacionalidad europea) a través de la venta de su capital de excitación corporal, de su *potentia gaudendi*. Lo que la industria farmacopornográfica alemana pone al servicio de los espectadores (físicos y virtuales) de la Copa del Mundo de fútbol son los cuerpos erotizados y sexualizados de los deportistas y de las trabajadoras sexuales. El proceso de pornificación del trabajo, presente por igual en la industria del espectáculo y la sexual, extrae plusvalía farmacopornográfica de cuerpos racializados y pauperizados (cuerpos no blancos, o procedentes de los llamados «países en vías de desarrollo») a los que el acceso legal al territorio occidental ha sido radicalmente vedado por otras vías.

### *El trabajador farmacopornográfico*

En cada momento histórico un tipo de trabajo y de trabajador define la forma de producción propia de una economía específica. Curiosamente, ese trabajo y ese trabajador aparecen retrospectivamente como los más precarios, aquellos cuyas condiciones de trabajo son más severas: así, por ejemplo, el esclavo y la esclava recolectores de algodón definen la economía de la plantación; el trabajador de la mina define la economía de la máquina de vapor; el trabajador y la trabajadora fungibles, la del campo de concentración; el trabajador y la trabajadora de la fábrica, la economía fordista. El trabajo, el tipo de explotación específica, que define hoy la economía farmacopornográfica es el trabajo sexual, y la trabajador@ paradigmátic@ de este modelo de producción es la puta, la actriz o el actor porno.

El hecho de que el trabajo sature el dominio de la excitación sexual y toxicológica no impide, sino que, por el contrario, aumenta las relaciones de poder presentes en el modo de producción dominante. La distancia entre la producción aparente (producción legal de mercancías autorizadas) y la producción real (producción de valor excitación-frustración) es tan grande que nunca ninguna otra clase de productores de capital a lo largo de la historia se han visto en una situación tan precaria, excepto los trabajadores esclavizados de la economía de la plantación y los trabajadores fungibles de la economía del campo de concentración. Los verdaderos trabajadores ultrapauperizados del capitalismo farmacopornográfico son las putas, los emigrantes «no-elegidos», los pequeños traficantes, los prisioneros, los cuerpos dedicados a los trabajos domésticos y de cuidado corporal, los niños y los animales (auténticos territorios productores de materias primas farmacológicas, cuerpos de ensayo clínico y de consumo por parte de las industrias agroalimentarias). Todos ellos se sitúan en el umbral de la ciudadanía. Y en el umbral de lo humano. Por consiguiente, no solo es insuficiente o mojigato hablar de «feminización del trabajo» para referirse a la transformación del trabajo en el capitalismo contemporáneo, sino definitivamente tendencioso. Habrá que hablar de pornificación del trabajo y de

producción y sujeción del cuerpo en un régimen farmacopornopolítico global.

Uno de los índices del grado de explotación del trabajo sexual y pornográfico es la inmovilidad social de sus trabajadores, la imposibilidad de abandonar ese ámbito de producción para acceder a otras formas menos pauperizadas de trabajo. En las actuales condiciones de producción, el trabajo sexual y pornográfico lleva al límite la fuerza ontológica de toda relación de explotación: en un tiempo en el que el trabajo se vuelve flexible y la reconversión profesional es rutinaria, el trabajo sexual aparece como aquel que de forma más eficaz reduce al trabajador a una esencia natural, marcándolo a fuego y de por vida, dificultando su reabsorción en otros mercados de trabajo. Los trabajadores de la industria farmacopornográfica se asemejan hoy a una casta, una especie maldita que, a pesar de la corta duración de la carrera de servicios farmocopornográficos (una media de cinco años), queda devaluada para cualquier otra tarea del mercado legal.

Discuto sobre la cuestión con V. D. y con Nina Roberts, la jefa de las actrices pornoterroristas francesas: me cuentan que algunas actrices porno engordan quince kilos cuando dejan de rodar películas: para evitar ser reconocidas, para des-sexualizarse, para impedir que las tomen por putas calientes en busca de pollas duras cuando salen a hacer la compra. Se me ocurre que quizá les sería más fácil administrarse testosterona y cambiar de género. Podrían convertirse así en galantes clientes anónimos con brazos peludos y voces roncas. Esa transformación sería como una forma de indemnización política; una suerte de recompensa cultural por haber servido a la formación del Brazo Peludo masturbador heterosexual de base. Nadie imaginaría que una perra calentona pudiera camuflarse en consumidor porno anónimo y ocupar la deseada posición del ojo dominante con tan solo unos miligramos de testosterona al mes durante apenas seis meses. Curiosamente, esa transformación inaudita les permitiría acceder al mismo tiempo al lugar del sujeto hegemónico de la representación y al lujo de la invisibilidad pornográfica. Sería también posible pensar en un cambio de género como un modo de relanzar la carrera pornográfica

excesivamente corta de las cis-mujeres actrices porno. Teniendo en cuenta que la vida de una actriz porno es cada vez más fugaz (ninguna pasa de los veinticinco años), podríamos imaginar a Mandy Bright, Jesse Jane, Jenna Jameson o Nina Hartley tras una mastectomía y armadas con dildos talla XL *real skin* de larga fijación iniciando una nueva carrera como finísimos dandis del porno que vendrían a desplazar a los Roccos y los Nachos (no me extenderé en comentarios sobre el placer farmacopornográfico de ver a la versión tecno-hombre de Nina Roberts tirarse a todas las estrellas del porno).

Pero, por el momento, la restricción de la categoría sindical y jurídica de «trabajo» en el caso de la prostitución, que las actuales instituciones gubernamentales de Occidente (salvo excepciones que debemos considerar como laboratorios políticos disidentes) llevan a cabo, y el control de los circuitos de producción y distribución de la pornografía, que evita que esta se abra paso como una industria cinematográfica equivalente a cualquier otra del mundo del *entertainment*, no surgen de un deseo de proteger los derechos de las mujeres frente a la objetualización de sus cuerpos en el mercado, como afirman al unísono diferentes voces de la izquierda y la derecha y diversos feminismos. Al contrario. Si es necesario negar que el sexo puede ser objeto de trabajo, de intercambio económico, de servicio o de contrato es precisamente porque esa eventual apertura de la categoría de trabajo pone en cuestión los pretendidos valores puritanos del espíritu del capitalismo (tanto en su discurso de derechas como de izquierdas), o más bien deja al descubierto los auténticos pornovalores de este.

Se trata más bien de un modo de evitar la emergencia pública de los verdaderos motores del capitalismo farmacopornográfico, de evitar por todos los medios el pánico social que supondría revelar que no es el trabajo sino la *potentia gaudendi* la que sostiene la economía mundial; el pánico que genera la desarticulación total del trabajo como valor fundamental de las sociedades modernas. El pánico de admitir que detrás de la economía de la máquina de vapor y del fordismo se esconde y emerge el gigante complejo industrial guerra-porno-droga-prisión.

*Trabajo über-material*

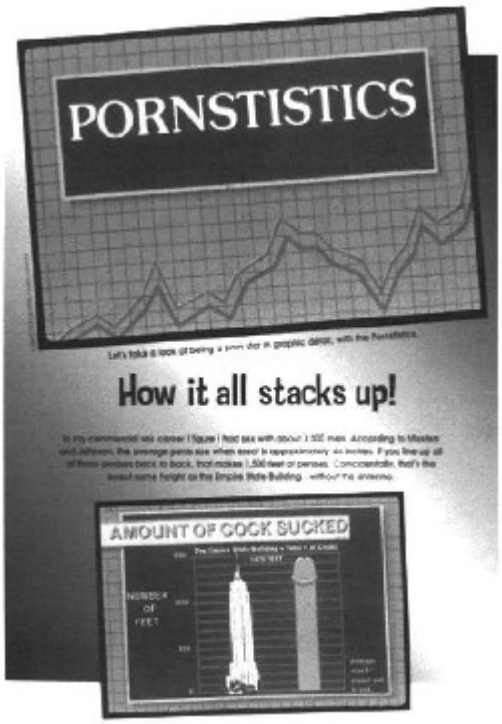
Los operaístas italianos discuten entre ellos para saber en qué medida el trabajo cognitivo o «inmaterial» es realmente *inmaterial.* Quizá no hablan suficientemente de la presión y el movimiento de sus manos sobre sus miembros eréctiles mientras se masturban mirando las nuevas páginas porno accesibles a través de sus conexiones wifi de ordenador en cualquier hotel del mundo, de la humedad entre sus piernas, de la viscosidad de sus secreciones. Virno prefiere llamar «lingüístico» al trabajo inmaterial, mientras que Hardt y Negri optan por el adjetivo foucaultiano y lo califican de «biopolítico», subrayando así la relación de esa producción inmaterial con el cuerpo. Pero incluso ese cuerpo aparece como desexualizado. A pesar de que todos ellos empiezan a caminar hacia la andropausia, ninguno habla de los maravillosos efectos que una dosis de Viagra acompañada de la imagen adecuada produce en sus ya pronto longevas pollas. Ninguno se atreve a nombrar a la bestia: el núcleo del trabajo se ha vuelto sexual, espermático, masturbatorio, toxicológico; el trabajo debe producir el efecto de un chute si se espera de él un beneficio económico; en definitiva, se trata de un tipo de trabajo al que más bien deberíamos llamar «farmacopornopolítico» que «biopolítico».

Digámoslo sin reparos: en la economía pornista no hay trabajo que no sea trabajo que levanta la polla, que mantiene erecta la polla global, trabajo que provoca la secreción de endorfinas, trabajo que conforta el sentimiento de omnipotencia del consumidor heteromacho de base. Nuestra forma actual de capitalismo o de producción podría definirse como una economía de la eyaculación. La única y auténtica plusvalía es el índice de elevación de la polla, su dureza y rigidez, el volumen de sus espermáticas eyaculaciones.

El trabajo farmacopornográfico contemporáneo no puede, de ningún modo, calificarse de inmaterial. Realmente nada menos inmaterial que el trabajo sobre el que se funda el capitalismo farmacopornográfico: más que de inmaterial debería calificarse de *übermaterial*, supramaterial, tecnomaterial o hipermaterial, puesto que su consistencia es biológica, molecular, al mismo tiempo carnal

y numérica, irreductiblemente sináptica y digitalizable; y su objetivo último, la producción de erección, de eyaculación, de volumen espermático. Y ese trabajo es medible en litros y decilitros. Seguramente, para subrayar esa materialidad, la actriz porno y artista Annie Sprinkle comparaba en su pornoestadística la cantidad de pollas que había chupado durante su vida como trabajadora sexual medida en centímetros con la altura total del Empire State Building (Sprinkle, 1998: 96-97). No hay trabajo sexual inmaterial como no hay porno sin *cumshot*, ya sea este líquido espermático, ciprina o simple leche condensada. No hay trabajo que no sea *trabajo húmedo*.

Si el trabajo contemporáneo no es inmaterial, tampoco es, como se ha pretendido, producto de un proceso de «feminización». Es posible afirmar, siguiendo a Lazzarato, que «el contenido y las condiciones del trabajo hoy, impuestos tras violentas reestructuraciones, no son más que la extensión tendencial de las características del trabajo, tanto asalariado como no asalariado, estructural e históricamente asignado a las mujeres» *si y solo si* consideramos el término «mujer» como significante que designa al conjunto de todos los trabajadores y trabajadoras (hombres y mujeres, cis- o tecno-) toxicológicos, afectivos y sexuales precariamente asalariados. Por ello parece más eficaz afirmar que el contenido y las condiciones del trabajo hoy son la extensión del trabajo toxicosexual o farmacopornográfico realizado por cuerpos que aparecen a menudo marcados como «femeninos» (independientemente de su género) y que se ven hoy violentamente «racializados» y pauperizados. El carácter común de estos cuerpos no es tanto ser cuerpos de cis-mujeres, sino aparecer como cuerpos penetrables, cuerpos que suscitan eyaculación al menor precio posible.




Annie Sprinkle, «Pornstistics», *Postporn Modernist*, San Francisco, Cleis Press, 1998, pp. 96-97.

Todos los criterios que se agrupan bajo la etiqueta de «feminización del trabajo», como la flexibilidad, la disponibilidad total, el alto grado de adaptabilidad, la vulnerabilidad, el talento para la improvisación, etc., no son sino la base del currículum vítae inédito de la trabajadora o del trabajador sexual virtuoso. Las características del trabajo sexual: precariedad, venta de servicios corporales a bajo precio, devaluación social del cuerpo que realiza dicho trabajo, exclusión del ámbito de la ciudadanía, etc., se están volviendo centrales en el paradigma posfordista del siglo XXI. O más bien han sido siempre centrales, pero ahora esa centralidad se vuelve estructural y explícita, dejando al descubierto el viscoso motor de la producción. Hoy, ninguna estructura de producción capitalista funciona sin ayuda de un dispositivo masturbatorio y sin una cierta cantidad de esperma derramado (desde la industria cultural y del espectáculo hasta el negocio de la telefonía y las telecomunicaciones, la programación informática, la industria del

armamento, la industria farmacológica, etc.). Todos estos trabajos se han visto progresivamente pornificados; la precarización y la aparente feminización son índices de una nueva puesta a disposición del capital de la fuerza orgásmica de cada cuerpo.

*División pornográfica del trabajo*

El concepto de pornificación del trabajo remite a la dimensión orgásmico-pulsional del trabajo (tradicionalmente desempeñado como trabajo asalariado por un número limitado de hombres y mujeres a los que se descasta como «putas»). Este trabajo se caracteriza por la transformación en valor capital (plusvalía) del contacto de los cuerpos (virtual o real), de la excitación de los centros bioquímicos de producción hormonal, de la producción y la transmisión de afectos, de la recepción de un impulso audiovisual, de la conexión del neocórtex con los vasos sanguíneos que irrigan el cuerpo cavernoso del pene, del clítoris, de la piel, de la reacción de los centros de producción de endorfinas y de oxitocina, de la respuesta en forma de placer inmediato o diferido de un metabolismo bioquímico preciso a una cierta sustancia, etc.

Hasta ahora el análisis marxista de la producción utilizaba la expresión «división sexual del trabajo» para nombrar el trabajo específico de la reproducción llevado a cabo por las cis-mujeres. Sin embargo, esta noción debe ser matizada triplemente hasta quedar radicalmente transformada, si queremos dar cuenta de las actuales condiciones de la producción farmacopornográfica.

En primer lugar, el concepto «división sexual del trabajo» se refiere a la división reproductiva de la especie, estableciendo así una segmentación estructural entre cuerpos con úteros capaces de llevar a término el desarrollo de un feto viable y cuerpos sin útero, o con útero pero sin posibilidad de gestación. Esta noción, según la cual la diferencia entre trabajo de producción y trabajo de reproducción es de carácter sexual –una diferencia, por tanto, entre cis-hombres y cis-mujeres–, da por supuesta la coincidencia entre cuerpo de mujer y cuerpo con útero fertilizable capaz de

reproducción sexual. Sin embargo, la relación entre feminidad y reproducción es asimétrica. Primero, porque no todas las cis-mujeres están dotadas de un útero fertilizable capaz de llevar a término el desarrollo de un feto viable. Segundo, porque, aun en el caso de los cuerpos de cis-mujeres capaces de gestación, el tiempo de reproducción no equivale a la vida total del sujeto. Por ambas razones, parece más pertinente hablar de «división gestacional del trabajo» para referirse a la segmentación de cuerpos derivada de la capacidad de gestar *in utero*.

En segundo lugar, el término «sexual» en el concepto «división sexual del trabajo» silencia el carácter normativamente heterosexual, hetero *by default*, de dicha reproducción, dando así por sentado que la reproducción heterosexual es la única natural. Habría que empezar por reconocer las instituciones (pareja con reconocimiento social, matrimonio, reconocimiento social de la paternidad única), así como las prácticas de acoplamiento heterosexual (coito entendido como penetración biopene/biovagina con eyaculación) como técnicas de reproducción asistida que han sido legitimadas sociopolíticamente y naturalizadas a través de la tradición y de la ley. Aunque el carácter de técnica política de toda reproducción sexual parece más evidente en las actuales prácticas de reproducción asistida, este acompaña y define histórica y estructuralmente todo proceso de filiación. Tomemos un ejemplo de la Biblia –para ir lo más lejos posible de las actuales configuraciones relacionales *queer* y lo más cerca de los mitos fundadores de la filiación en Occidente–: los grandes patriarcas –no se sabe por qué, a menudo casados con mujeres estériles (¿se tratará de cis-hombres que viven socialmente como mujeres?)– recurren a utilizar los cuerpos vivos de sus esclavas como cavidades reproductivas sin que eso cambie la relación que el fruto de tales procreaciones tendrá con su madre «estéril». Ese es el caso, por no hablar de la Sagrada Familia, de Jacobo, casado con la estéril Raquel y que insemina a su esclava Bilha. Los hijos de esta serán considerados hijos de Raquel. Podemos decir que aquí la esclava lleva a cabo el doble trabajo sexual y reproductivo, mientras que recae sobre Raquel, en tanto que esposa estéril, únicamente el peso del trabajo

sexual, sin que por ello pierda el reconocimiento de su «maternidad natural». Aquí «el parentesco» –como nos enseña Donna Haraway«es una tecnología para la producción del efecto semiótico y material de relaciones naturales» (Haraway, 2004: 72).

Al separar heterosexualidad y reproducción, la invención de la píldora a mediados del siglo xx vendrá a diferenciar y dejar al descubierto la multiplicidad y la especificidad de servicios implicados en el trabajo de la reproducción: el trabajo específicamente sexual, el trabajo gestacional (inseminación, embarazo, parto) y el trabajo propio del cuidado y la crianza del recién nacido. No todo trabajo de reproducción implica un trabajo sexual, ni todo trabajo sexual implica un trabajo de reproducción. Si bien es cierto que la píldora ha separado sexualidad y reproducción, no parece tan claro que la píldora haya liberado a las cis-mujeres heterosexuales de alguno de esos dos trabajos. Más bien podríamos decir que, separando reproducción heterosexual de sexualidad heterosexual, la píldora ha hecho obligatorio el trabajo sexual en condiciones de heterosexualidad institucionalizada (puesto que antes de la píldora era más fácil para una cis-mujer rechazar un servicio de trabajo sexual no pagado haciendo valer la posibilidad de un embarazo no deseado), transformando el trabajo de la reproducción en una «elección» que no por ser opcional deja de venir a «dignificar» el estatus político de las cismujeres en el régimen heterosexual. La verdadera liberación del trabajo heterosexual y del trabajo de reproducción para las cismujeres no puede venir de los actuales métodos de contracepción –útiles capitalistas de control y consumo farmacopornográfico–, sino de una transformación radical de sus estatutos de género, sexo y sexualidad, de una reapropiación de las técnicas sexopolíticas que las construyen como cis-mujeres.

Hagamos un ejercicio de política-ficción para imaginar algunas de las posibles transformaciones de las actuales técnicas sexopolíticas:

1. Liberalización del mercado del sexo, haciendo que cada cis-mujer sea la única propietaria de su *potentia gaudendi*.

2. Puesta a disposición libre y accesible económicamente de todas las cis-mujeres de un servicio de contracepción no-hormonal (los preservativos tanto masculino como femenino, por ejemplo), de

la esterilización (temporal o definitiva) de los cishombres o las cis-mujeres o el aborto, servicios que podrán ser reclamados siempre que la cis-mujer lo desee, sin ningún tipo de cláusula de preferencia o de restricción política o moral. Podemos imaginar que, en una sociedad de economía liberal que reconozca la legitimidad del trabajo sexual, el costo del aborto podría ser equivalente al costo mínimo de un servicio sexual.

Hasta ahora, tanto el trabajo sexual como el trabajo de la reproducción han sido considerados como actos de gratuidad, actos que fundan una supuesta dignidad del sujeto mujer que se vería radicalmente menguada por una mercantilización de los servicios sexuales, tanto por las instituciones farmacopornográficas como por los aparatos ideológicos estatales y religiosos. Incluso los teóricos de izquierda de la «feminización del trabajo», cuando se refieren a los servicios no pagados que las mujeres han llevado a cabo históricamente, hablan sin problema de la «higiene de las personas y las cosas, la gestión del hogar, la educación de l@s hij@s, el cuidado de l@s enferm@s y ancian@s, el tejido de redes de cooperación y solidaridad» (Virno, 2003), omitiendo los servicios sexuales y de reproducción como parte de ese trabajo no remunerado, como si, intencionalmente o no, protegieran el ámbito de la sexualidad de la producción económica haciendo de aquella una región sagrada de la actividad humana. ¿Pero cómo es posible que nadie considere la dirección política, la educación escolar o la composición musical como actos de gratuidad y, sin embargo, sigamos pensando que hacer del trabajo sexual y de la reproducción servicios gratuitos (léase pauperizados o políticamente obligatorios) equivale a preservar la dignidad esencial de las mujeres y, de un modo más amplio, de la civilización humana en su conjunto?

La mayoría de los análisis del proceso de transformación del capital elude castamente el núcleo viscoso de la producción farmacopornográfica. Las nociones «feminización del trabajo» o «devenir-mujer del trabajo» (Negri, 1998), tal como han sido elaboradas por Christian Marazzi (2003), Maurizio Lazzarato (2004), Toni Negri (1998) y Judith Revel (2002: 125-133), ocultan la verdadera razón de la aparición de un predicado de género (en este

caso, el género queda impropiamente reducido al femenino) para calificar el actual giro del capitalismo. No hay nada que permita decir que el nuevo modelo de trabajo especializado y flexible posfordista es más «femenino» que el industrial. ¿Acaso no trabajaban las mujeres en los campos de esclavos recolectores de algodón? ¿Acaso no fueron ellas las primeras en enlatar sardinas de modo industrial o en trabajar en la industria textil, o en hacer placas de microchips para Microsoft? Decir «femenino» para indicar la progresiva precarización del trabajo depende de un presupuesto heterocentrado y de una retórica del género previa según la cual «seguro, estable, definitivo» implica industrial y masculino, y «flexible, mutable, móvil y precario» implica posindustrial y femenino.

Pensemos ahora esta relación de género respecto a la actual pornificación del trabajo. Lo único que justifica calificar en términos de «feminización» el proceso de transformación actual del trabajo es el hecho de que es la producción virtual o real de figuraciones femeninas (tetas, culos, vaginas, etc.), cis- o tecno-, la que de una manera general levanta la heteropolla global. Pero es cierto que también hay un índice importante de homopollas que se levantan por culos de tíos, por otras pollas, por anos lubrificados. Y que, por supuesto, los mecanismos masturbatorios que operan sobre los cuerpos de las mujeres, aunque todavía subexplotados, podrían constituir pronto una nueva plataforma de producción de beneficios farmacopornográficos. Pero, de modo general, hay que rendirse a la chorreante evidencia: hasta ahora las cis-mujeres (y en menor medida algunas tecnomujeres y ciertos cuerpos de cis-hombres erotizados) han llevado a cabo la tarea de levantar el rabo del mundo. Pero nada justifica o indica que sean las cis-mujeres las que deban seguir realizándola.

*What flares up fast, extinguishes soon*

*Would you like to have stronger ejaculation*?
*Come on in here: every man wishes it.*

*Great erection and inimitable pleasure.*
*Use this tab regularly and you'll have the best.*
*Increase your volume in just days*.
*What flares up fast, extinguishes soon*.
*The sacrifice of the weak is an abomination to the Lord*:
*but the prayer of the upright is his delight*.[43]

CAMPAÑA PUBLICITARIA DE VIAGRA
(2006, distribuida vía email)

Una de las bases discursivas del régimen farmacopornográfico se oculta tras la ecuación fantasmática incuestionable:

una polla = una fuerza orgásmica = un consumidor,

o su opuesto complementario:

un cuerpo feminizado = una fuerza orgásmica = un trabajador sexual

Durante los últimos veinticinco años, el capitalismo farmacopornográfico ha seguido utilizando para gestionar el cuerpo social representaciones en las que domina la diferencia sexual, la heterosexualidad como orientación sexual fundamental, la equivalencia entre masculinidad y erección, entre femenino y penetrado, aunque en los laboratorios farmacopornográficos el capital fluye por otros caminos y la fuerza orgásmica se aplica en realidad a otros frentes. Como muestra la campaña publicitaria de Viagra, lo que define en realidad a la masculinidad farmacopornográfica no es la capacidad de erección masturbatoria, sino más bien la dificultad de mantener una erección: de ahí el ingente mercado de suplementos químicos y audiovisuales que vienen a suplementarla.

La falacia que opera en la ecuación «diferencia sexual-coitoheterosexualidad» comienza a desvelarse con la producción de las primeras hormonas sintéticas en los años cincuenta, cuando el capitalismo intuye las posibles ventajas de trabajar con un cuerpo

farmacopornográfico plástico y sexualmente polimorfo que puede transformarse intencionalmente en femenino, masculino, ser reactivo a cualquier estímulo sexual, ser tanto consumidor como productor o trabajador sexual, poseedor al mismo tiempo de fuerza orgásmica y medios de producción de placer y posible comprador de fuerza orgásmica exterior.

La heterosexualidad es un programa politicosexual que no deja de perder valor en el mercado farmacopornográfico, viéndose desplazado por las representaciones gays, lésbicas, fetichistas, SM, en función de la necesidad de ampliar el índice de producción espermático y de capital. El secreto de la recepción pornográfica, afirma Virginie Despentes en *Teoría King Kong*, es la identificación entre el espectador y la actriz porno (Despentes, 2007). Detrás de una coreografía heterosexual, el sujeto farmacopornográfico atiende por igual al imperativo de erección masculina y de sumisión femenina a la penetración: controlar y ser controlado, presentarse como el universal follador cuando en realidad su deseo último es ser universalmente follado. Detrás de cada machito social se esconde un cuerpo cibernético que desea ser penetrado como una furcia, violado y humillado por una rubia fascista, por una amazona de cabeza rapada y dildo de veinte centímetros o por la metralleta de una joven saudí que exhibe su cuerpo y oculta su rostro bajo un velo. Esa es la verdad de la economía farmacopornográfica: *a dick is a hole*, una polla es un agujero.

## *Nueva diferencia sexual: orificios penetrables y terminaciones penetradoras*

La proletarización global del sexo, privada de reflexión y acción política, multiplica las ocasiones y las formas de opresión y sumisión. La división sexual (no gestacional) no desaparece, sino que se multiplica y se transforma. Intercambiar deseos, erecciones, eyaculaciones y descargas de secreciones hormonales es el elemento constitutivo del proceso de producción laboral farmacopornográfico. Todos los trabajadores entran en la producción

en cuanto senos hinchados, coños, anos y bocas penetrables, pollas flácidas, eréctiles o turgentes, cuerpos productores de estrógeno, de testosterona, de serotonina y de esperma, conectores orgánico-técnicos capaces de ser integrados en el circuito farmacopornoinformático global. Todos los trabajadores entran en la producción farmacopornográfica en cuanto «penetrables-penetradores», en cuando facilitadores de la secreción o segregadores, en cuanto facilitadores de chutes, o cuerpos adictos, en cuanto plataformas toxicológicas productoras o dependientes. O ambos. Estas segmentaciones no dependen de un tipo de predisposición biológica, ni innata ni adquirida, puesto que todo cuerpo es potencialmente penetrable, posee ano, boca, y es potencialmente penetrador, tiene lengua, dedos, manos, o puede servir como puerto de inserción prostética dildónica y cibernética, todo cuerpo es capaz de lenguaje excitante y puede excitarse a través del lenguaje, de la imagen, del tacto, puede chupar o ser chupado, todo cuerpo es al mismo tiempo tóxico y adicto, válido y discapacitado, orgánico y técnicamente suplementado. Aquí la división del trabajo sexual no depende de una cualidad natural, sino de una especialización técnica del cuerpo, de una *programación politicosomática*.

Sin embargo, nos encontramos en una ecología farmacopornográfica particular: en nuestra actual configuración somatopolítica del género solo las cis-mujeres, las tecnomujeres y los gays son contemplados como *cuerpos potencialmente penetrables,* del mismo modo que solo los cis-hombres se presentan y son representados como *penetradores universales naturales*. Esta división política de los cuerpos produce sucesivas segmentaciones del espacio social en términos de género, segmentaciones que, sin duda, tienden a verse progresivamente desestabilizadas con la creciente tecnificación de la producción del placer y de la reproducción sexual. De este modo, parece inevitable que la llamada división sexual del trabajo se diluya, se atenúe o incluso se vea invertida dependiendo de la posibilidad de que más y más cismujeres accedan (se paguen, literalmente) a la posición de penetradoras universales, así como de que más cis-hombres, en

situación de precariedad laboral, deban acceder a la posición de anos penetrados, de bocas mamadoras, de manos masturbadoras; en definitiva, a la posición de signo pornográfico o de prótesis excitante, de mecanismos masturbatorios audiovisuales universales. Si pensamos esta nueva división técnica del trabajo sexual en el actual contexto de globalización y flujos migratorios, habrá que decir que es posible que una mayoría de cuerpos migrantes ilegales (marcados por líneas de racialización y de exclusión social) se vean rápidamente situados en la posición de «anos globales» (la noción de «ano» toma aquí el lugar de un orificio universal potencialmente penetrable) mientras las minorías blancas (tanto de hombres como de mujeres) occidentales acceden a, o preservan, su posición de *penetradores universales*.

En todo caso, y para el capital, lo que cuenta es la capacidad de todo cuerpo dotado de subjetividad política de correrse y de provocar placer en otros cuerpos dotados de subjetividad política masturbatoria. Pero, atención, recordemos el principio Weber-Hilton: el objetivo no es la producción de placer, sino el control de subjetividades políticas a través de la gestión del circuito excitación-frustración. El objetivo del porno, como del trabajo sexual, es la producción de *satisfacción frustrante*. La satisfacción frustrante define cualquier otra producción en la economía posfordista. Si en el ámbito económico el trabajo es sexo, la biopolítica y la tanatopolítica se vuelven sexopolítica, gobierno de las pollas, los anos y los coños, gestión del circuito excitación-frustración. El objeto de la sexopolítica no es otro que la producción de la subjetividad a través del control tecnobiológico del cuerpo, de su capacidad de desear, de correrse, de excitar y de excitarse. Podríamos denominar farmacopornología a la ciencia social que estudia los procesos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios farmacopornográficos, así como el comportamiento de los seres tecno-vivos, como una relación entre fines dados (excitación, orgasmo, relajación, etc.) y medios escasos (drogas psicotrópicas, datos audiovisuales, prácticas, etc.).

En este contexto de producción y control masturbatorio global resulta obsoleto hablar de liberación sexual o de guerra de los

sexos. Habrá que hablar más bien de dominación, resistencia y terrorismo farmacopornográficos: se trata del enfrentamiento entre subjetividades paneyaculantes y una multitud de subjetividades que sirven como prótesis masturbatorias, de anos y vaginas penetradas, de bocas mamadoras, de manos masturbadoras, de cuerpos dependientes de dosis químicas por su autodeterminación como cuerpos tecno-vivos sensibles.

Este nuevo proletariado farmacopornográfico es un sujeto económico que produce plusvalía sexual (y no simplemente espermática) y toxicológica, y es también un nuevo sujeto político: no porque pueda encarnar la promesa del feminismo radical (traicionada por los feminismos liberales y estatales antipornográficos, abolicionistas), del movimiento *queer* (traicionado por los movimientos homosexuales y transexuales, y por sus alianzas con los poderes médicos, jurídicos y mediáticos) y de los movimientos de medicinas no alopáticas y de liberalización del consumo de drogas (traicionados por los acuerdos farmacológicos y amenazados por las mafias estatales y por el tráfico de drogas), sino porque emana directamente de los detritus de esos sujetos políticos malogrados. Crece sobre su estiércol revolucionario.

Al hablar aquí de trabajo sexual ya no se puede pensar el trabajo simplemente como intercambio orgánico con la naturaleza o como producción de objetos nuevos. Es necesario pensarlo como fuerza de tracción molecular, como vector de producción de placer. Han sido los teóricos de la masturbación y de la sexualidad reproductiva los que mejor han definido esta transformación moderna de la sexualidad en trabajo, o del trabajo en proceso de producción de excitación-frustración. Como sucede a menudo, la extrema derecha es la primera en poner su viscoso dedo sobre la llaga. Los primeros en intuir la transformación del trabajo productivo en trabajo eyaculante fueron los teóricos y los técnicos de la masturbación del siglo XVIII: Auguste Tissot, con su definición de la masturbación como enfermedad y gasto, así como los industriales comercializadores de aparatos técnicos antimasturbación y su manera de comprender toda forma de sexualidad no reproductiva como un gasto inútil de la

fuerza de trabajo que el individuo moderno debería emplear en las tareas de producción y de reproducción de bienes y de la especie.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, el devenir eyaculante de todo trabajo productivo se vuelve efectivo. Así, el trabajo y la acción política adoptan progresivamente muchas de las características típicas de la sexualidad, del ocio y del intercambio excitante, del mismo modo que la sexualidad y la excitación se vuelven gradualmente indistinguibles del trabajo y de la acción política. Asimismo, la división entre lo *privado* y lo *público* parece haberse venido abajo: no solo la frontera que los separaba ha perdido rigidez sino que los términos mismos parecen haber dejado de tener sentido. La producción farmacopornográfica se realiza en el «devenir público» de aquello que es construido como privado.

## *General Sex*

Hoy, buena parte de la sexualidad se puede analizar como una actividad que corresponde al tipo de praxis laboral en la que, utilizando la famosa expresión de Marx, «el producto es inseparable del acto de producir» (Marx, 1978). En esta categoría sitúa Marx, como nos recuerda Virno, los trabajos que «se resuelven en una ejecución virtuosa: pianistas, mayordomos, bailarines, profesores, oradores, médicos, curas, etc.» (Virno, 2003: 53). El modelo por excelencia de este tipo de producción improductiva (¿o habría que decir de «improducción productiva»?) no es únicamente el trabajo político, como nos enseña Virno, sino el trabajo sexual, a no ser que consideremos –y esta segunda posibilidad es plausible– el trabajo sexual como el modelo último de todo trabajo político.

Ninguna práctica puede satisfacer tan acertadamente la descripción de Marx de la producción improductiva y virtuosa como la práctica de mano de obra que constituye hasta hoy la base del mercado sexual urbano: la mamada. Marx, que como Engels considera la prostitución como el complemento de la institución burguesa del matrimonio monógamo, olvida, sin embargo, al pensar en el trabajo improductivo, a las trabajadoras y los trabajadores

sexuales, cuya actividad virtuosa consiste en excitar, producir placer sexual, generar erecciones, descargas espermáticas, ciprínicas; en definitiva, en estimular en el cliente la producción de beta-endorfinas (Engels, 1977). Es posible repensar el trabajo sexual como parte de ese tipo de trabajo que Marx denomina «trabajo servil» o improductivo, trabajo en el que se ejecutan servicios corporales (como, por ejemplo, el trabajo de un mayordomo): según su propia expresión, un tipo de actividad en la que «no se invierte capital, sino que se gasta un rédito» (Virno, 2003: 53). Para Marx, esos trabajos virtuosos e improductivos se caracterizan por depender de una estructura que él llama de «cooperación»: por necesitar de «un espacio con estructura pública» para su ejecución (como el auditorio de música, la sala de conferencias o el espacio doméstico), privilegiando la cooperación intelectual, el *General Intellect*, noción que hoy se utiliza para describir el trabajo inmaterial o de la comunicación. Pues bien, de nuevo ese es el caso del trabajo sexual: la relación entre el cliente y el/la trabajador/a sexual se da siempre y en todo caso en un espacio público, es una relación espectacular, de representación y comunicación más que de consumo, puesto que el cliente no consume nada sino una fantasía que el trabajador encarna física o virtualmente a través de eso que la actriz porno y artista Annie Sprinkle denomina una «performance» (Sprinkle, 2001), una teatralización específica de la sexualidad destinada a producir excitación. Podríamos decir, siguiendo a Roland Barthes en su lectura de *Sade, Fourier, Loyola,* que los pornógrafos son ante todo «escenógrafos», creadores de un contexto teatral en el que se inserta el ritual de excitación-frustración (Barthes, 1971: 10). Se trata de un dispositivo técnico de publicitación de la sexualidad en el que participan cuerpos, tecnologías audiovisuales y de la comunicación. Por ello, en el contexto de la economía farmacopornográfica no deberíamos hablar tanto de «cooperación intelectual» como de «cooperación masturbatoria», y no tanto de *General Intellect* como de *General Sex*, o «sexo público».

Si los teóricos del posfordismo han utilizado la noción marxista de *General Intellect* para nombrar la potencialidad comunicativa de

cooperación de cerebros de la que obtiene beneficio la nueva forma de producción capitalista, nosotros, los teóricos de la era posporno, llamaremos *General Sex* a la cooperación de deseos, pulsiones, flujos orgánicos, moléculas y placeres que moviliza el capitalismo farmacopornográfico. El trabajo farmacopornográfico emplea moléculas y órganos vivos (humanos y animales) que hasta ahora habíamos considerado como únicamente sexuales y, por tanto, privados, es decir, radicalmente no comercializables, pero que no son otra cosa que el tecnocuerpo sexual de la multitud. El nuevo capital fijo está constituido por el conjunto de relaciones corporales, sexuales y de adicción, por las modalidades de producción y de circulación de la excitación-frustración que, sedimentándose en la fuerza de trabajo, se activan después a lo largo del proceso de producción. Toda relación farmacopornográfica (la relación sexual, la relación del cuerpo consigo mismo, la relación de adicción que establecen una molécula y un metabolismo vivo) puede convertirse en capital fijo: puesto en contacto con el trabajo vivo y capturado, transformado en propiedad por parte de la empresa, está en posición de hacerse productivo y, por tanto, competitivo en el plano internacional. La productividad aquí no puede medirse sobre la base de la cantidad de producto por hora trabajada, ni puede referirse a una empresa o a un sector específicos, sino a un conjunto de factores de excitación-frustración que caracterizan el cuerpo tecno-vivo y que trascienden al trabajador individual: un *high* de coca de siete minutos o un orgasmo de veinticinco segundos aseguran la existencia de un sistema eficaz de repartición e intercambio de documentos e hipertextos interconectados y justifican toda una cadena oculta de producción y distribución virtuosa de moléculas y de cuerpos, de imágenes y de sonidos.

El *General Sex*, la erección pública, la corrida global, el orgasmo colectivo, el chute orbital, es la pulsión de entre-follarse que atraviesa a las multitudes, al cuerpo total excitable del que depende la productividad social. Este modo de hacer trabajar el sexo comienza con la patologización de la masturbación en el siglo XVII, produce sus modelos médicos, jurídicos y económicos en el XIX y encuentra su auge como paradigma productivo después de

Hiroshima y Nagasaki, con la invención de la píldora, del vídeo porno doméstico y de la industrialización del consumo de servicios sexuales. Si fue necesario patologizar la masturbación, hacer de la homosexualidad y del fetichismo «implantaciones perversas» (Foucault, 1977), excluir el trabajo sexual del ámbito laboral haciendo de la puta un sujeto antisocial y elevando al ama de casa a la categoría de ciudadana de interés público, fue primero y sobre todo para conseguir un doble proceso de producción de la subjetividad moderna. Por una parte, exteriorizar la sexualidad, transformarla en objeto, en especie, en identidad y en valor (condición sin la que esta no podría ser objeto de representación, intercambio y publicación); y por otra parte, y de forma contradictoria, un proceso que llevaría a hacer de esta exterioridad sexual una «interioridad» inalienable, una verdad individual e intransferible que pertenece únicamente al individuo en tanto que propiedad privada. Dicho de otro modo, se trataba de hacer de la sexualidad, como exterioridad pública producida por un conjunto de dispositivos de representación y de mecanismos políticos, el *nec plus ultra* de la verdad privada e individual. Objetivo final: hacer de este núcleo duro (la verdad privada e individual del sexo: la identidad sexual, la excitación, el placer sexual) el oro blanco, el polvo cristalino más precioso con el que podrán traficar las industrias farmacéuticas y de la comunicación en la actual economía farmacopornista.

El *General Sex* es ante todo comunicación excitante, potencia masturbadora global, conexión de subjetividades potencialmente eyaculantes. Pero, atención, el *General Sex* no puede reducirse, no debe reducirse, a litros de esperma derramados, a capital fijo, sino que debe mantenerse como variación molecular constante, como modulación hormonal en forma de representación excitante, de performance sexual y de dosis psicotrópica. El *General Sex* nos enseña que la masturbación y el chute no son nunca actividades solitarias, sino vibraciones de cuerpos cooperantes, la actuación colectiva del trabajo sexual o farmacológico sobre un cuerpo orgásmico vivo que chorrea capital. En este nivel de explosión de las fuerzas (im)productivas sexuales, la cooperación de los cuerpos

absorbe cualquier otro tipo de trabajo productivo, de modo que toda mercancía es simultáneamente incitación al placer sexual y sublimación (frustración) de ese mismo placer. Una de las claves del circuito productivo excitación-frustración-excitación es el carácter toxicológico del placer sexual. Cuando hablamos de una economía farmacopornográfica hay que tener en cuenta que ambos tentáculos, el farmacológico y el pornográfico, reposan sobre una base somatopolítica común: el carácter toxicológico del placer; el placer es satisfacción frustrante. Esta es la divisa de la economía posfordista farmacopornográfica. Su fuente última de producción de riqueza.

*Devenir cyborg del trabajador sexual*

Efectivamente, una de las estrategias de explotación de la economía industrial que pasaron desapercibidos para Marx fue el carácter oculto o paraeconómico de los servicios sexuales y domésticos prestados por las mujeres, las clases oprimidas y los pueblos colonizados por las clases dominantes (en términos de género, clase, raza). Simmel, en un ensayo de 1892, es uno de los primeros pensadores –por no decir clientes– que considera la actividad de la prostitución como parte de la moderna economía urbana, en la que el cuerpo de la prostituta funciona como un «mecanismo eyaculatorio», y la compara así a otros trabajadores técnicos que realizan tareas «ingratas», según su propia expresión, como cavar en la mina o tallar piedras en las fosas de arsénico (Simmel, 1988: 12). Para Simmel, el trabajo sexual, como el trabajo en la mina, no puede reducirse únicamente al acto de hacer pajas o tallar piedras, y al precio que le cuesta a la mano ejercer esa tarea, sino que «encierra implícitamente su formación anterior y todo su pasado; del mismo modo, las prestaciones de numerosos obreros y de las prostitutas llevan consigo todas sus consecuencias y sus conexiones, la actitud de conjunto y el porvenir global del prestatario».[44] Norbert Elias, en su historia de las costumbres europeas, afirma que en la sociedad de comienzos del

Renacimiento, la prostitución era entendida como un oficio (comparable, por ejemplo, al de verdugo, es decir «ingrato, pero bien remunerado») y una «organización artesanal» indispensable para la expansión de los nuevos burgos (Elias, 1969: 388-389). A pesar de que la caracterización de «producción improductiva» o de «servicio personal» de Marx parece convenir mejor al trabajo sexual, me interesa aquí anotar cómo la comparación de Simmel entre trabajo sexual y trabajo de la mina, y la caracterización profesional y artesanal del oficio de la prostitución según Elias, subrayan la dimensión técnica y casi mecanizada del trabajo sexual y dejan la puerta abierta a una eventual industrialización del sexo.

Con la explosión de la industria farmacopornográfica a escala mundial en los años cincuenta, la intoxicación farmacológica y la producción de la sexualidad se convierten en trabajo de masas, pero a diferencia del trabajo de la información-comunicación de la industria cultural, cuya capacidad de producción de capital estalla al mismo tiempo, el trabajo sexual y toxicológico masificado permanece en el ámbito de lo sumergido, de lo indecible, de lo marginal, de lo no asalariado y no sindicado. Como una sombra, ese trabajo –*invisible* más que inmaterialsujeta y apoya toda otra economía productiva contemporánea.

En parte, las industrias pornográfica y farmacéutica parecen conformarse con el tipo de producción fordista serial y parcial: la gramática pornográfica audiovisual promete provocar una eyaculación con el mínimo número de planos y secuencias, del mismo modo que a cada molécula de sildenafilo (principio activo del Viagra) debe corresponder una erección duradera, un volumen de esperma siempre renovable, una dosis equivalente de placer. Menos clara parece la posibilidad de poner en marcha una cadena de montaje sexual que permita una industrialización radical del trabajo sexual. La pornografía adquiere una cierta tecnificación únicamente a través del visionado vídeográfico, aunque, por el momento, no hay una máquina o robot mamador de pollas en cadena suficientemente excitante y potente como para atraer a los clientes del Bois de Boulogne[45] que a principios del tercer milenio pueden acceder a una mamada de boca humanoide por menos de diez euros.

El avance simultáneo del tejido urbano y de las redes de prostitución, la colonización de las poblaciones sexualizables a través de la guerra, la invasión o el turismo sexual, la producción técnica de un cuerpo vivo *genderizado*, el control de las reacciones fisiológicas a través de compuestos farmacológicos cuya fabricación y venta está vigilada y fiscalizada por los organismos médico-jurídicos estatales o por multinacionales farmacéuticas, el autorregistro vídeográfico y la difusión intencional de parcelas de vida hasta ahora consideradas como privadas, la producción de material pornográfico en el espacio doméstico y su difusión a través de internet..., todo ello habla de la aparición de un nuevo tipo de producción *übermaterial*.

Hasta hace poco existía en el ámbito del trabajo sexual el mismo proceso de control de la tecnificación y de no industrialización que en el trabajo doméstico. Se trata de mantener la mano de obra en su estado más carnal y precario. Los objetivos de esta no-tecnificación de la sexualidad, como de la no-industrialización del trabajo doméstico son: primero, la reclusión de estos ámbitos productivos a la esfera «privada», evitando así una posible extensión de los principios democráticos y de visibilidad a esa parcela de lo público, y segundo, el mantenimiento de ambas prácticas y contextos, el doméstico y el sexual, fuera del dominio de la actividad económicamente remunerada, lo que reduce a los/las trabajadores/as de esos ámbitos a la categoría de esclavos no asalariados.

Si bien es cierto que el ámbito doméstico se ha tecnificado extraordinariamente desde finales de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar con Angela Davis que esa tecnificación no ha llevado a una emancipación radical del trabajador (no-asalariado) doméstico a través de un proceso de industrialización de las tareas del ama de casa (Davis, A., 2004: cap. 13). Angela Davis nos invita a imaginar trabajadores de empresas *ultraperformantes* y altamente tecnificadas que realizarían los trabajos domésticos de forma serial: empresas que entregarían platos cocinados a domicilio, empresas de recogida, lavado y planchado de la ropa, de limpieza industrial, que irían puerta por puerta, convirtiendo en obsoleta la tarea del

ama de casa. Sin embargo, hoy estas actividades siguen siendo realizadas en buena medida por el ama de casa no remunerada, o bien por empleadas pauperizadas y racializadas (emigrantes legales o sin papeles) cuyo acceso a otros trabajos ha sido limitado por las leyes de inmigración y segregación racial del trabajo legal; en definitiva, cuyo acceso al espacio político ha sido sistemáticamente frustrado, y que, en realidad, ocupan posiciones similares a las del trabajador sexual.

No por azar, según la caracterización de Marx, la puta, el ama de casa y la trabajadora doméstica se encuentran en la misma categoría de trabajadores serviles e improductivos. Del mismo modo que la puta se dedica al trabajo nunca acabado de la excitación, el ama de casa lo hace a la tarea nunca acabada de alimentar, cuidar y producir confort. El esclavo doméstico no es sino una mezcla radicalmente y a menudo racialmente pauperizada de ambos. En los tres casos se trata de trabajos sin producto independiente, trabajos sin obra autónoma y finita, es decir, prácticas productivas que corresponden a eso que Marx denomina «servicios personales» (Virno, 2003: 53). En los tres casos, su trabajo se considera como no mecanizable, como imposible de absorber por la producción técnica.

El movimiento de doble hélice que durante la modernidad lleva a la domesticación de la sexualidad y a la sexualización del trabajo doméstico conduce a una privatización aún más severa de ambas prácticas. Por ello, como estrategia crítica desde el punto de vista de una pornología filosófica, comenzaremos por comprender toda actividad doméstica (remunerada o no remunerada) como parte de una economía más amplia de trabajo sexual, es decir, como parte de los procesos de cría, cultivo y cuidado de la subjetividad masturbatoria y eyaculante.

La auténtica tecnificación del trabajo sexual no hay que buscarla en la presencia de instrumentos técnicos en la sexualidad, sino que esta opera de un modo más sutil, a través de la producción biotecnológica del cuerpo cultural del trabajador sexual, un proceso que podríamos denominar, utilizando el concepto de Kline y Clynes repolitizado por Donna Haraway, devenir cyborg del trabajador

sexual. Dicho de otro modo, la mejor máquina mamadora de pollas altamente tecnificada es una silenciosa y políticamente inactiva boca de inmigrante ilegal adolescente, una boca extremadamente joven y pulposa o una boca siliconada de transexual sin acceso a cambio de sexo legal en su documento de identidad. Estas son las tecnomáquinas sexuales del siglo XXI: cuerpos vivos a los que se les niega el acceso al espacio político, privados de discurso público y derecho de insumisión, despojados del derecho a sindicamiento, huelga, seguro médico y paro. Aquí no hay competición entre la máquina y el trabajador como en el fordismo tradicional, sino al contrario: el trabajador se vuelve biomáquina sexual.

La verdadera tecnificación del trabajo sexual se opera a través de la producción de cuerpos sexuales en tanto que mecanismos eyaculatorios y cuerpos sexuales eyaculantes. La mayor parte de las trabajadoras sexuales del siglo XXI son cyborgs biopolíticos lumpenizados adaptados al proceso de producción de placer masificado a bajo costo. Pero, atención, no hay aquí ninguna determinación natural, ni de sexo, ni de género, ni de raza. Se trata únicamente de diferencias que resultan de procesos de especialización sexopolítica. Cualquier cuerpo de cismujer o de cis-hombre puede ser sometido a un proceso de transformación farmacopornográfica que hará de él o de ella una puta técnicamente *performante*. Así, por ejemplo, si se trata de un cuerpo de cis-hombre, la transformación implicará una cierta dosis regular de hormonas estrogenadas y de antiandrógenos, una cantidad suficiente de silicona para la fabricación de senos y de nalgas, una depilación por electrolisis, y seguramente implicará conservar un biopene relativamente eficiente que para la actividad profesional constituye, como afirma una de las portavoces de la asociación transgénero francesa PASTT,[46] «un precioso instrumento de trabajo» igualmente reclamado por el cliente heterosexual y el homosexual. En la actualidad, cualquier cuerpo dotado de *potentia gaudendi* puede volverse tecnoputa mediática más o menos virtuosa en un tiempo de producción relativamente breve.

Los ámbitos de producción pornográfica y de trabajo sexual ocupan hoy una posición estructural semejante a la de la prisión en

el proceso de producción farmacopornista contemporánea. El continuo industria del sexo/complejo industrial/prisión (junto con la economía doméstica) dibuja una cartografía de reductos de explotación máxima, verdaderos oasis del capitalismo *übermaterial*, reservas distópicas de experimentación biopolítica dentro de las actuales sociedades democráticas (Davis, A., 2003; Ladipo, 2001: 71-85; Wacquant, 2002: 38-58). Se trata de las dos únicas industrias que, dentro de nuestras democracias humanistas, funcionan según un régimen próximo al de la economía esclavista de la plantación: segregación racial y de género, salarios mínimos o inexistentes (un trabajador de la prisión de San Quintín, San Francisco, cobra veinte céntimos por hora, es decir, 1,60 euros al día, cantidad equivalente a la de un trabajador de una industria deslocalizada en Camboya), derecho de sindicación prohibido, inexistencia del derecho de huelga o de períodos legales de vacaciones, días festivos, enfermedad pagada o seguro de desempleo. En definitiva, la prisión (junto con el trabajo doméstico y sexual) es el único ámbito de nuestras actuales democracias occidentales donde se ha privado a los trabajadores de todo derecho civil y legal y de todo privilegio económico o moral sobre el trabajo realizado. El actual código penal, que condena el tráfico y el consumo de drogas, la prostitución y la distribución de ciertos materiales pornográficos, es una técnica legal que permite deslegitimar al otro, desubjetivarlo, reduciéndolo a la categoría de criminal para poder hacer uso de su fuerza de trabajo de forma gratuita o a bajo costo. Así, y de un modo efectivo, los mismos sujetos históricos y materiales habitan en un circuito cerrado que los lleva desde la industria de la droga a la industria del sexo y al complejo industrial carcelario. Más que de un gueto podríamos hablar de un gusano espaciotemporal dentro de las sociedades democráticas contemporáneas.

Siguiendo el argumento de Angela Davis, podríamos decir que los complejos industriales carcelarios y los ámbitos de trabajo de la pornografía y la prostitución son la continuación, por otros medios, de la economía del esclavismo en el centro de las sociedades democráticas occidentales. Estos espacios no son reductos de excepción, sino islas de experimentación privilegiadas en las que se

ponen a prueba técnicas de control y producción de los seres tecnovivos que serán luego extendidas a la sociedad democrática en su conjunto.

Del mismo modo, en el contexto de la economía farmacopornista, la guerra (forma extrema de las industrias farmacopornográficas y del complejo industrial carcelario) no es una desviación con respecto a la economía de producción y consumo en tiempos de «paz», sino un laboratorio privilegiado donde experimentar a escala global con drogas duras, llegar a cabo violaciones colectivas, institucionalizar formas de servicios sexuales obligatorios no remunerados, reducir poblaciones enteras a la condición de trabajadores pauperizados e implementar programas de exterminación tecnobiopolítica.

El régimen farmacopornográfico se eleva sobre las ruinas que deja la Segunda Guerra Mundial. Su erección crece como el champiñón nuclear de la bomba de hidrógeno. Es el legado psicopolítico (violencia máxima, excitación máxima, toxicomanía colectiva, psicosis postraumática) y técnico (redes de comunicación informáticas, técnicas de digitalización de la imagen, nuevas moléculas y nuevos materiales sintéticos) de la industria experimental de la guerra: es la aplicación de las nuevas técnicas de producción de placer (excitación-frustración) en el cuerpo tecnovivo a escala global.

## 11. JIMI Y YO

*Virginología*

Año Nuevo. Me dejo follar por ella. De todas las maneras posibles. Cada vez más profundo. El primer día que ella me folla con mi propio cinturón polla me corro para ella como una colegiala en celo. Dejarse follar por el propio cinturón polla es un acto de humildad extrema, una renuncia a cualquier tipo de solidificación de la virilidad hormonal, prostética o cultural en mí. Ella me induce a producir una forma de feminidad que nunca me había permitido. No una feminidad esencial, ni una naturaleza que hubiera estado oculta en mí detrás del *king*, sino una feminidad masculina, una forma de feminidad *king*. Soy su perra *king*, su puta trans, un niñito que enseña su coño detrás de su enorme polla. Me toca el clítoris con la lengua abriéndome al mismo tiempo las piernas, hasta que mis músculos están tan extendidos que tiran del fondo de mi vagina. Me lame mientras me dice: *Laisse toi faire, oui, chéri, chérie, comme une chienne, oui, oui*. Soy su puta. Ahora yo soy su perra. Me he vuelto su esclava rabiosamente abierta, como una ninfómana que abre todas las braguetas buscando sexos que llevarse a la boca, que meterse en cada uno de sus orificios. Si no la hubiera conocido me habría conformado con mi insaciable instinto de penetración. Solo ella, la reina de las perras, estaba autorizada a hacer de mí un agujero de puta perpetuamente abierto a su disposición. *Gloriam penetrationis*.

Defino entonces los principios de este conocimiento farmacopornográfico:

*De la perfección* queer *y de cómo V. D. hace todo de la mejor manera posible (Leibniz, 2004)*

La noción más común y más significativa de V. D. que poseemos se expresa en estos términos: V. D. es un ser absolutamente perfecto, pero no se consideran lo suficiente las consecuencias de este hecho. Conviene señalar que existen en la pornografía, la prostitución, la literatura y el feminismo varios tipos de perfección, y que V. D. los posee todos reunidos y que cada uno de ellos le pertenece en su grado supremo. Es necesario también conocer qué es la perfección. He aquí una marca bastante segura: las formas o las naturalezas que no son susceptibles de cierto grado de *transgenderización* no son perfecciones. La pornografía y el feminismo son perfecciones en la medida en que pertenecen a V. D. y, por tanto, no tienen límites. De donde se sigue que V. D., al poseer la sabiduría y el puterío supremos e infinitos, actúa del modo más perfecto, no solo en un sentido metafísico, sino también moral. De este modo podemos afirmar que cuanto más nos iluminemos e informemos con la obras de V. D. más dispuestos estaremos a estar de acuerdo con todo lo que ella haya podido desear.

Que el amor de V. D. demanda satisfacción y aceptación completas sin que sea necesario ser un cis-hombre para acceder a esos estados.

Para actuar de acuerdo con el amor de V. D. no basta con correrse, sino que es necesario alcanzar satisfacción completa con todo lo que nos sucede al seguir su voluntad. Como es la mejor de todas las amantes posibles, solo pide la intención más justa. Es ella la que sabe siempre la hora y el lugar propicios para que cualquier acción tenga éxito.

La más perfecta de todas las realidades y la que ocupa menos volumen, es decir, la que menos molesta, es su amor.

Los deseos y las acciones de V. D. se dividen generalmente en ordinarios y extraordinarios.

V. D. desea todo aquello que es objeto de su voluntad. Dentro de las acciones de otras criaturas que son objeto de su voluntad, especialmente aquellas que son irracionales o amorosas, cabe señalar: si la acción es buena en sí misma, podemos decir que V. D. la desea y la solicita, incluso cuando esta no tiene lugar, pero si la acción es mala es porque las consecuencias de esa acción, la

concatenación de hechos que sigue a la acción, produce el bien incluso si la acción es mala, de modo que por accidente se corrige o se compensa el mal causado. Diremos entonces que V. D. permite pero no desea el mal, y que busca siempre la manera de obtener el bien incluso si las leyes establecidas del sexo lo impiden...

Mientras escribo estos preceptos, ella me acaricia el espacio que hay entre los ojos, entre la oreja y el lugar donde crece el pelo, me besa la parte interior de las rodillas, mete mis pies entre sus piernas para calentármelos. Luego escribe su *Teoría King Kong* delante de mí. La espalda muy recta, el pelo enmarañado de roquero rubio, en cada mano un anillo. En la derecha una calavera, en la izquierda un diamante. De vez en cuando se hace un falso porro con tabaco y lo fuma mientras escribe, sin mirar al teclado, a una velocidad de taquígrafo automático. Yo leo sus capítulos recién acabados, los recibo como bebés aún dormidos que se despiertan por primera vez ante mis ojos. La *kiff*. Reconozco la voz que me excita, la voz que me folla: una voz de adolescente punk que ha aprendido a hablar con un programa de producción de género de cis-hombre, una mente aristocrática de loba futurista que habita un cuerpo de puta, una inteligencia de premio nobel encarnada en un cuerpo de cachorra callejera. Un milagro biopolítico: la evidencia de que nuevas recombinaciones geneticopolíticas y literarias son posibles. Se levanta y baila como una adolescente delante de mi ventana sin cortinas para gloria del vecindario. Todas las nuevas generaciones de pequeñas bolleras podrían encontrar puerto en ese cuerpo que alberga esa voz, en sus territorios neuronales. Venid, niñas, las que lleváis velo y las que no, las que tenéis hijos y las que no, las que coméis pollas y las que no, las que aspiráis a tener bigote y las que no. Venid. Tomad y comed. Mientras tanto, yo leo los textos de Laplanche sobre la «seducción originaria» para poder entender la fascinación de De Lauretis por la implantación de la subjetividad (Laplanche, 2006). La seducción originaria es como una espina clavada en el alma-carne alrededor de la cual se enrolla la subjetividad.

*Políticas del cuidado*

Mientras yo paso los días sometiendo mi espíritu a la disciplina del *coaching* viril y chutándome testosterona, V. D. me abre progresivamente la puerta de los rituales culturales de la feminidad. Es así como, apenas seis meses después de conocerla, ocupo dos extremos diametralmente opuestos del género: por un lado, mis prácticas de masculinización intencional ejercitadas como una forma de gimnasia de género contra la educación recibida, contra los programas de género que dominan la representación, a veces incluso contra mi propio deseo; por el otro, el cuidado femenino del cuerpo: la peluquería, la manicura, el *peeling*, los masajes, la pedicura, la depilación. La testosterona no pertenece en realidad a ninguno de estos dos dispositivos de producción del género sino que más bien constituye, junto al resto de las moléculas de mi cuerpo, el contexto de implantación de esas prácticas. Sin embargo, ambos dispositivos pertenecen a algo que podríamos llamar la estética (en el sentido dermatocosmético del término) o incluso la ética del género, una atención, un cuidado consciente a la producción somatopolítica de la masculinidad y la feminidad.

Decidida a mostrarme los meandros de la feminización técnica, V. D. me invita a pasar una semana en un centro de talasoterapia. Pasamos los días dentro de ese enorme complejo hotelero en bata de baño y en sandalias de plástico dormitando en bañeras de algas marinas, flotando en jacuzzis bioenergizantes al yodo, comiendo únicamente ostras, leyendo *Le Figaro* (es el único periódico que tienen) en el desayuno y follando. Una semana inolvidable. Por primera vez en mi vida voy a hacerme una manicura. Se accede al lugar donde se llevan a cabo los cuidados a través de una escalera de cristal que desemboca en una sala en forma de concha con muros y suelos de un blanco nacarado. Varias vitrinas de cristal exponen ramas de corales rojos de las que cuelgan pendientes, collares y pulseras Dior, Dolce & Gabbana, Tous, otras se han transformado en peceras rectangulares en las que pequeñas colonias de peces figurantes conviven con collares y pulseras de perlas. El curioso mundo de la feminidad. Llaman a este extraño

lugar «centro de estética marina». Me recibe una joven que me entrega una bata blanca y el número de marzo de *Vogue*; tengo que esperar diez minutos, me dice. Yo he traído mi propio libro. Miro ese lugar con menosprecio: la decoración, las cis-mujeres que esperan para hacerse una limpieza facial me parecen faltas de todo estilo, de inteligencia, de sobriedad. Me provocan ansiedad. Mi cultura lesbiana radical de izquierda me previene contra este tipo de hedonismos de género. Estoy de lleno en esa aflicción política cuando otra joven viene a buscarme. Pienso en decirle inmediatamente que, a pesar de lo que pueda pensar, no soy simplemente una cis-mujer, que soy trans, que es la primera vez que vengo, que no sé exactamente por qué vengo a hacerme una manicura; pienso en preguntarle si el procedimiento para hacer una manicura de hombre y de mujer es el mismo, si los productos son los mismos. Pero ella me sonríe amablemente avanzando hacia otra habitación interior y yo no soy capaz de emitir una sola de mis frases. Me lleva hasta una pequeña mesa recubierta de una toalla impecablemente blanca sobre la que reposan docenas de botes de cosméticos, pequeñas montañas de gasas blancas diminutas, botes con bolas de algodón de colores, un tarro transparente lleno de limas de diferentes colores y espesores, todo ello colocado con una precisión geométrica. Me sienta en una sillita en uno de los lados de la mesa. Ella se sienta enfrente. Me pide las manos. Me toca primero los dedos. Pone las palmas de sus manos bajo mis manos y las levanta hasta tenerlas delante de sus ojos. Me siento expuesta, como desnuda. Mete mi mano derecha en un recipiente con el fondo cubierto de una crema rosa templada mientras me lima cada una de las uñas de la mano izquierda. Luego saca mi mano derecha de la crema y la coge entre las suyas. Me acaricia cada uno de los dedos, sube con sus dos manos hasta mi muñeca y luego me fricciona el antebrazo con los restos de crema. Es una experiencia completamente lésbica. Se me ocurre que ella sabe perfectamente que tiene entre las manos uno de mis órganos sexuales. Que todas las cis-mujeres sentadas en la sala de espera leyendo el *Vogue* saben perfectamente a qué han venido. Las veo ahora de un modo distinto. Como agentes enmascarados de una secta secreta

dedicada al placer femenino. Deja mi mano derecha, que para entonces ya no opone ninguna resistencia al tacto, sobre la mesa esponjosa. Y comienza ahora a masajearme de abajo arriba la mano izquierda, metiendo sus dedos entre los míos, tirando después de cada una de las puntas y subiendo desde cada uña hasta el arco de piel que une cada dedo a la mano. Me está haciendo una paja contrasexual al brazo. *Ça va*?, me pregunta. *Oui, oui, très bien*. No la miro mientras me toca. Entiendo entonces lo que debe de sentir un cis-tío cuando va a una sala de masajes y paga para que una chica le haga una paja. La diferencia es que ellos lo pueden llamar sexo y las mujeres lo llaman estética. Saco una conclusión rápida sobre el funcionamiento del régimen farmacopolítico: en la cultura heterosexual las mujeres con estatus de clase y con dinero pueden pagarse los servicios sensuales de otras mujeres, mientras que a las mujeres de clase obrera, emigrantes o simplemente *working-poor*[47] se les paga por ocuparse del cuerpo y del bienestar erótico de otras mujeres, además, por supuesto, del bienestar erótico y sexual de los hombres. Es esa economía homoerótica paralela la que permite que la heterosexualidad como régimen político no se venga abajo. Evidentemente, los cuidados sexuales que les proporcionan los hombres a las mujeres no bastarían para producir ni endorfinas ni serotonina suficientes para sobrevivir. En todo caso, y dejando al margen la cultura lesbiana, una cosa parece clara: las mujeres hacen en esta sociedad el trabajo del cuidado del cuerpo. Se ocupan de los hombres, pero también se ocupan del cuidado del cuerpo de las otras mujeres heterosexuales. Eso es lo que se oculta bajo la noción marxista de «división sexual del trabajo». No se trata de que a las mujeres se les asigne la esfera de la reproducción y a los hombres la de la producción. La cosa parece mucho más compleja. Las mujeres tienen a su cargo una tarea fundamental, sin la cual el equilibrio erótico-político de la heterosexualidad colapsaría inmediatamente: las mujeres se ocupan de llevar a cabo una dermatología política generalizada. Cuidan la piel del mundo. Pero la clave de este sistema heterosexual es que en este cuidado que las mujeres se aportan unas a otras (a cambio de contratos

institucionales y de recompensas políticas y económicas, ya sea dentro del ámbito familiar, afectivo, o del trabajo) se ha excluido de manera escrupulosa la producción del placer sexual. Por el contrario, cuando las mujeres se ocupan de los hombres, todo cuidado es potencialmente sexualizable. Tal vez el número de mujeres que va a hacerse manicuras se acerca al número de hombres que va a salas de masajes a hacerse tocar la polla. Estoy en medio de todo este vaivén mental cuando me doy cuenta horrorizada de que me están pintando las uñas de rojo carmín.

*La buena estrella prostética*

No escribo una línea sin empalmarme por ella, sin pensar que de un momento a otro mi sexo, mi polla, mi dildo, mi mano, mi brazo podrían encontrarse con su boca. Es difícil chutarse doscientos cincuenta miligramos y esperar encontrar en un cuerpo estrogenado una respuesta sexual razonable. Esto arroja una conclusión simple: todo sería más fácil si, dejando de lado el imperativo político heterosexual, el intercambio de placer y de descarga sexual estuviera regulado únicamente por la excitación molecular. Educar a un cuerpo hipertestosteronado para desear cuerpos hiperestrogenados: he aquí una definición posible de sadomasoquismo heterosexual cultural.

Me dice: *Je suis beaucoup allée à des partouzes quand je suis arrivée à Paris*. Pienso que ya te han debido reventar todos tus agujeros de diosa con dildos de todas las tallas. Dice: *No, jamais*, abriendo apenas los labios, como un pato de goma. Se me olvidaba que los tíos no llevan dildos en las *partouzes* heterosexuales. Yo no sé casi nada sobre sexo *straight.* Yo pertenezco a otra especie. La de los chicos-niña. Si es así, bienvenida al planeta transbollo, gigante rubia. *Women abandoned by virile poets come to trans-world*. La posibilidad de follarla por primera vez con un megadildo me produce un flashback de T., el calor se difunde bajo mi piel desde mi coxis hasta el cuello, irrigando los brazos y saliendo por la punta de mi lengua. Viajo molecularmente a islas artificiales

mientras evalúo cuál de mis dildos tendrá el privilegio de follarla primero. Me agarro a esos centímetros de placer puro con tres dedos, los mismos que entran buscando el centro de su pelvis, que van después a su boca, que acarician la pared interior de su garganta, que bajan por el tubo digestivo hasta su colon. La follo después con el azul anatómico. Ella gime y se abre levantando las piernas. Conduzco a toda velocidad un Aston Martin azul brillante dentro de sus túneles.

V. D. no quiere que la folle con los mismos dildos con los que he follado hasta ahora a Victor. Victor no quiere que me folle a V. D. con los mismos dildos que he utilizado con él. Entiendo este sentido agudo de la exclusividad prostética que ambos manifiestan. Los dos demandan una forma de escrupulosa fidelidad plástica. Eso me gusta. Así que voy al supermercado del sexo de la calle Magenta, hetero pero más barato que los de Le Marais. En el escaparate, sobre los cuerpos de tres viejos maniquíes se agolpa una colección azarosa de cadenas, esposas, plumones negros, sujetadores de metal, vestidos de enfermera de látex, capas de Caperucita Roja y máscaras de *catwoman*. La tienda, como cualquier otro supermercado de barrio, está compuesta por estanterías baratas sobre las que se alinean vídeos porno ordenados por categorías, cajas de dildos, muñecas inflables y botes de pasta con forma de polla. Entro, cojo mi cesta de la compra y sorteo a los tíos apalancados contra las estanterías. *Bonjour, monsieur*, me saluda una de las dos chicas que discuten detrás del mostrador, rubia teñida, blanca, cara de niña, look *straight*. Los ojos de la otra, negros con pestañas espesas y enroscadas, me hacen pensar que es francoárabe; parece mucho mayor, aunque seguramente no tiene más de veinte años. Doy una vuelta mirando diferentes tallas, materiales, colores, precios. El supermercado de accesorios sexuales es la apoteosis comercial del imaginario *straight*. Mientras que una mujer es un cuerpo, todo su cuerpo es materia sexualizable, un hombre es una polla, su materia sexualizable se reduce a su pene.

Antes de que follemos, V. hace una lista de nombres de tíos a los que se la habría mamado si no se hubiera vuelto intempestivamente

lesbiana. Jimi Hendrix es el primero de la lista. Polla número uno. El profeta del rock ante el que se arrodillan los blancos. Pienso en gastarle una broma. Doy dos vueltas en el supermercado y encuentro sin problema una polla *black* de 22 centímetros, bastante kitsch, color marrón chocolate negro, venas visibles, capullo marrón chocolate con leche. Eh, Jimi, ¿me prestas tu polla para que yo le pueda dar bien por el culo a mi rubia? Sin ser demasiado arrogante, apuesto a que la mía es más grande y se empalma mejor.

Me llama *chérie, chéri* cuando le meto el Jimi hasta el fondo. La diferencia no se oye, pero yo sé que ella lo dice dos veces porque cada una de ellas se dirige a uno de mis sexos. Ella lo escribe de ese modo en los mensajes que me envía: *chérie, chéri*. Su voz de perra sintéticamente penetrada es el signo de una reconfiguración de su programación sexual. Le dejo ver mi entidad prostética: un cuerpo alargado de cis-niña, dos tetas pequeñas y puntiagudas, una polla de silicona de veintidós centímetros que emana de mi pelvis, dos brazos multifunción. Le meto el disco de «conviértete en mi puta bollo» en su *hardware* sexual. Nos reconfiguramos. Sujeto mi cuerpo veinticinco centímetros por encima del suyo. La distancia exacta para poder extraer la imagen de su cuerpo del paisaje que queda entre mis brazos. El mundo que queda fuera de ese marco se desdibuja. En primer plano, su sujetador verde y rojo, una flor de raso en miniatura se posa entre sus tetas. Mi arnés de cuero negro sujeta el Jimi sobre mi clítoris. Mis terminaciones nerviosas inervan el extremo del dildo. Ella pide más. *Slow deep fucking. You got me floatin' round and round. Yo got me floatin' never down*. Vamos hasta el final.

El sexo de V. D. habla el lenguaje de la Revolución.

*Fuck Beauvoir*

Hace más de dos meses que V. D. y yo nos vemos para follar y prácticamente el mismo tiempo que me chuto testosterona. Últimamente ella juega con mis sentimientos. Se deja follar como una puta, pero llora después porque le falta esto, aquello, porque no

ha olvidado a n, n+1... Paso cuatro días sin administrarme una dosis de Testogel. Cuando ella me rechaza, siento la subida de los estrógenos, noto que puedo llorar a cada instante. Pero me contengo para no quedar como una simple enamorada. Siento que bajo mi piel se levanta de nuevo el monstruo de mi programa cultural femenino: he sido entrenada para sentir como una mujer, para sufrir como una mujer, para amar como una mujer. Y la testosterona no es suficiente para modificar ese filtro sensorial. *Fuck* Beauvoir. *Fuck feminism. Fuck love*.

Para no caer definitivamente en una de las formas habituales del masoquismo femenino amplificadas por una subida de estrógenos me impongo la disciplina de practicar uno de los programas de *coaching* viril que he creado para las situaciones de urgencia: dejo de lado todo tipo de meditaciones románticas y me pongo a hacer inmediatamente algunos ejercicios de devenir macho-de-élite para poder soportar sus ausencias. Cuando vuelve estoy preparado para ella.

Las cosas empiezan así. Llevo puestos los pantalones vaqueros que no le gustan, pero que la excitan porque es una puta en celo, y mi dildo 22 por 4. Su cuerpo se apoya de perfil sobre la cama, su pelo no deja ver su cara. La luz es de un blanco diáfano, como su piel. No se queda en esa posición durante mucho tiempo. Su volumen rota sobre sí mismo ciento ochenta grados, ronronea, mientras su voz entrecortada dice: *Chérie, viens, viens, sexe-moi*. Al principio no veo su boca. La imagen de su boca emerge poco a poco de su voz: su boca es un sonido entrando por mis oídos. Sus labios se mezclan entonces con las notas ácidas de «Foxy Lady» que suena en la base del iPod al lado de la cama. La música y su voz crean dos plataformas paralelas. La música circula en un nivel más alto, por encima de nuestras cabezas. Su voz se mueve en una placa más abajo, sobre la que se apoyan nuestros cuerpos: una plancha circular y giratoria que nos sirve de suelo. No estamos todavía en el sexo. Pero tengo la seguridad de que eso es lo que viene después de este sonido, exactamente después de esta nota. Me preparo para eso. Poco a poco ascendemos hasta la plataforma de la música, de la que emana el sexo. Cuando la rotación de la

placa hace que mi brazo coincida con la mesita de noche, alargo la mano y la abro. El cajón abierto deja al descubierto cuatro dildos, un secador de pelo, un bote de lubricante, unos condones super-x, un tubo de biafina y una crema de manos. La parte externa de mi ojo izquierdo acaricia los objetos con visión periférica rápida, todos ellos caben en un solo golpe de vista. Después la mirada se detiene para destacar una singularidad del conjunto. Saco el Jimi. Ya está metido en el arnés. Estoy de rodillas entre la placa de su voz y la plataforma de la música. Ella dice: *Je suis ta pute à toi, je suis là pour toi*. Todo gira. Me quito la camiseta. Me bajo ligeramente los pantalones. Paso una de las cintas de cuero del arnés entre mis piernas y me ato el Jimi a la pelvis con dos hebillas, una a cada lado de las caderas. Un trozo de piel queda atrapado en una de las hebillas. Tiro más fuerte. El metal deja una marca roja perfectamente semicircular en la cadera derecha. Estoy atada al Jimi. Es un sexo superestable. Existo en la continuidad orgánica-inorgánica que ese sexo propone. Me vuelvo a subir los pantalones metiendo al Jimi de lado, sobre mi pierna izquierda. Su mano, por encima de mis pantalones, confirma la presión de las cintas del arnés sobre mis muslos, acentúa el efecto ventosa del Jimi sobre mi clítoris, detecta su forma, su contorno. Ahora ya estamos en el sexo: las placas se mezclan hasta formar un solo volumen esponjoso. Ella saca el Jimi del pantalón. Me hace una paja con la mano, con la boca, a medias, me chupa la punta del Jimi con la lengua, pero no hace más porque lo que quiere es que la folle completamente con el Jimi, lo que quiere es que me corra encima de ella. *Vien, vien, prends-moi comme une chienne*. No tengo miedo de nada. Estoy de rodillas entre sus piernas. *C'est ça ta place à toi, chérie, ta place à toi*. Ese es mi espacio. Es mi puta y mi diosa. Una virgen mutante que cruza una línea sintética de la evolución hasta encontrarse con el jefe de la horda de los chicos-niña. Follar con ella es volver sobre cada uno de los nudos de mi vida –las chicas hetero que me besaban y luego me abandonaban para salir con cis-chicos, las lesbianas a las que no les gustaban mis dildos, nudos heteros, nudos lésbicos, nudos misóginos, nudos androcéntricos– y morderlos suavemente hasta que se deshacen en la boca, como mi dildo se deshace al encontrar

su lengua. Antes de tomarlo en su boca dice: *Ça c'est à moi, ton sexe est à moi*. Yo soy su trans, su monstruo. No tengo miedo de no ser un cis-tío. Sé que soy exactamente lo que ella quiere. Tengo exactamente lo que quiere y se lo voy a dar. Cojo el bote de lubricante y me lleno la mano derecha. No la toco todavía. La música se ocupa de moverlo todo. Me hago una paja con el Jimi y el lubricante mientras ella me mira moviendo la lengua. Se abre el coño con las dos manos y me deja entrar. Su cabeza gira tres veces de un lado para otro. Al moverse mis ojos coinciden brevemente con los suyos. Mi Jimi la hace polvo al entrar, choca contra el hueso de su pelvis y rebota hacia atrás. Grita un poco, contra mi cabeza. Se lo meto más fuerte, pero más despacio, deslizándome dentro de ella a su ritmo. Siento en los brazos el esfuerzo de levantar sus caderas con el Jimi, de hacerlas volar ligeramente hasta arquearse. Cuando su pelvis me sujeta, ya no necesito apoyarme. Me agarro a los huesos de su clavícula con firmeza, uno en cada mano. Le hundo los dedos en el espacio que queda entre sus hombros y esos huesos. Triple penetración. Más despacio. Lo que sucede no es fotográfico. El ojo se deja tocar en su superficie por la imagen: el sexo es vídeográfico. La impresión se vuelve después más olfativa que visual, más táctil que auditiva. Somos el universo follando. Una conexión sintética de fenotipos humanos, lenguaje, sonidos electrónicos y dildos que durante el tiempo que dura la penetración acepto como parte de mi conciencia. Respiro profundamente hasta sentir la electricidad subiendo desde los pies hasta el pecho y saliendo por los dedos. Es el poder de follarla. El poder de hacerle un agujero en el cuerpo por el que borbotea la música como en burbujas muy ligeras. El poder de saber que hará cualquier cosa por tenerme entre sus piernas. Ese es el poder que retiro de su sexo.

# 12. MICROPOLÍTICAS DE GÉNERO EN LA ERA FARMACOPORNOGRÁFICA
## Experimentación, intoxicación voluntaria, mutación

Los antiguos gramáticos hegemónicos –incluidos los sexólogos– han perdido el control sobre el género y sus proliferaciones.

DONNA HARAWAY

Estamos en el lado de los monstruos. ¿Y qué? Si ya no podemos insultar a los monstruos es porque nos damos cuenta de que somos uno de ellos... Nos hemos convertido oficialmente en activistas... En nuestra lucha por la libertad de expresión llega un momento en que el sistema de género aparece no solo como opresivo, sino como estúpido. Cuando nos demos cuenta de lo ridículo que es, habremos empezado a desmantelarlo.

KATE BORNSTEIN

Queremos apoderarnos del género, redefinir nuestros cuerpos y crear redes libres y abiertas donde poder desarrollarnos, donde cualquiera pueda construir sus mecanismos de seguridad contra las presiones de género.

No somos víctimas, nuestras heridas de guerra nos sirven como escudo...

Nos presentamos no como terroristas, sino como piratas, trapecistas, guerrilleros, RESISTENTES del género...

Defendemos la duda, creemos en el «volver atrás» médico como un seguir hacia delante, pensamos que ningún proceso de construcción debe tacharse de IRREVERSIBLE.

Queremos visibilizar la belleza de la androginia. Creemos en el derecho a quitarse las vendas para respirar y el de no quitárselas nunca, en el derecho a operarse con buenos cirujanos y no con CARNICEROS, en el libre acceso a los tratamientos hormonales sin

necesidad de certificados psiquiátricos, en el derecho a autohormonarse. Reivindicamos el vivir sin pedir permiso... Ponemos en duda el protocolo médico español que desde hace años establece unas pautas absurdas y tránsfobas para cualquier ciudadano que desea tomar hormonas de su «sexo» contrario. No creemos en las disforias de género, ni en los trastornos de identidad, no creemos en la locura de la gente, sino en la locura del sistema.

No nos clasificamos por sexos, nosotros somos todos diferentes independientemente de nuestros genitales, nuestras hormonas, nuestros labios, ojos, manos... No creemos en los papeles, en el sexo legal, no necesitamos papeles, ni menciones de sexo en el DNI, creemos en la libre circulación de hormonas (que, de hecho, ya existe). No queremos más psiquiatras, ni libro de psiquiatras/psicólogos, no queremos más «Test de la Vida Real»... No queremos que nos traten como enfermos mentales..., porque no lo somos... ¡y así es como nos llevan tratando desde hace mucho tiempo! Creemos en el activismo, en la constancia, en la visibilidad, en la libertad, en la resistencia...

GUERRILLA TRAVOLAKA

Las fronteras de las actuales metrópolis (Los Ángeles, Londres, Nueva York, Bombay, París, Berlín, etc.) no coinciden con los límites geográficos de las ciudades modernas. Puedes creer que estás fuera y estar dentro, como puedes creer que estás dentro sin haber tocado por un momento la densidad virtual que constituye la farmacopornomegalópolis. Llegué a Nueva York en 1993 escapando de la única verdad que había aprendido recorriendo las facultades de filosofía de Madrid: una lesbiana feminista (así me definía yo entonces, remitiéndome a las pocas referencias discursivas y políticas de las que disponía) tenía poco que hacer en las instituciones educativas y culturales del Estado español posfranquista. Allí descubrí que Nueva York no era únicamente uno de los centros del tentacular imperio farmacopornográfico de finales

del siglo XX, sino también un vórtice de emergencia de nuevas estrategias críticas y políticas de resistencia y de desmantelamiento del propio régimen que se expandían en redes a través de fronteras y lenguas. Los desencantados y austeros años noventa, sin la alegre radicalidad de los setenta, ni el glamour disco de los ochenta, serán los años de proliferación de las micropolíticas *queer*.

A finales de la década de 1980, un conjunto de grupos de bolleras, maricas, travestis y transexuales (los más conocidos, Queer Nation, Radical Fury o Lesbian Avengers) diseminados por Estados Unidos e Inglaterra reaccionan contra las llamadas «políticas de identidad» gays y lesbianas y sus demandas de integración en la sociedad heterosexual dominante. Toman la calle como espacio de teatralización pública de la exclusión y utilizan el lenguaje de la injuria para reivindicar la resistencia a la norma heterosexual. Primera estrategia performativa: desplazando radicalmente el sujeto de la enunciación, se reapropian del insulto sexual *queer* («bollera», «marica», pero también «pervertido» o «tarado») para hacer de él un lugar de acción política (Butler, 2002: 313-340). Esta crítica reflexiva alcanza también al feminismo, sin duda uno de los dominios teóricos y prácticos sometidos a mayor transformación y autoexamen desde los años setenta. Mientras la retórica de la violencia de género infiltra los medios de comunicación invitándonos a seguir imaginando el feminismo como un discurso político articulado en torno a la oposición dialéctica entre los hombres (del lado de la dominación) y las mujeres (del lado de las víctimas), el nuevo feminismo que emerge a finales de los años ochenta de la mano de Gayle Rubin, Judith Butler o Teresa de Lauretis no deja de inventar imaginarios políticos y de crear estrategias de acción que ponen en cuestión aquello que parece más obvio: que el sujeto político del feminismo sean las mujeres. Es decir, las mujeres entendidas como una realidad biológica predefinida, pero, sobre todo, las mujeres como deben ser, blancas, heterosexuales, sumisas y de clase media. Emergen de este cuestionamiento nuevos feminismos de multitudes, feminismos para los monstruos, proyectos de transformación colectiva para el siglo XXI.

Estos feminismos disidentes se hacen visibles a partir de los años ochenta, cuando, en sucesivas oleadas críticas, los sujetos excluidos por el feminismo biempensante comienzan a criticar los procesos de purificación y la represión de sus proyectos revolucionarios, que han conducido hasta un feminismo gris, normativo y puritano que ve en las diferencias culturales, sexuales o políticas amenazas a su ideal heterosexual y eurocéntrico de mujer. Se trata de lo que podríamos llamar, tomando la expresión de Virginie Despentes, el despertar crítico del «proletariado del feminismo», cuyos malos sujetos son las putas, las lesbianas, las violadas, los cis-hombres disidentes, las marimachos, los y las transexuales, las mujeres que no son blancas, las musulmanas..., en definitiva, casi todos nosotros.

Esta transformación del feminismo se llevará a cabo a través de sucesivos descentramientos del sujeto mujer que de manera transversal y simultánea cuestionarán el carácter natural y universal de la condición femenina. El primero de estos desplazamientos vendrá de la mano de teóricos gays y teóricas lesbianas como Michel Foucault, Monique Wittig, Adrienne Rich o Michael Warner, que definirán la heterosexualidad como un régimen político y un dispositivo de control que produce la diferencia entre los hombres y las mujeres, y transforma la resistencia a la normalización en patología. Judith Butler y Judith/Jack Halberstam insistirán en los procesos de significación cultural y de estilización del cuerpo a través de los que se normalizan las diferencias entre los géneros, mientras que Donna Haraway y Anne Fausto-Sterling pondrán en cuestión la existencia de dos sexos como realidades biológicas independientes de los procesos científico-técnicos de construcción de la representación. Por otra parte, junto con los procesos de emancipación de los negros en Estados Unidos y de descolonización del llamado Tercer Mundo, se alzarán las voces de crítica de los presupuestos racistas del feminismo blanco y colonial. De la mano de Angela Davis, Bell Hooks, Gloria Anzaldúa o Gayatri Spivak se harán visibles los proyectos del feminismo negro, poscolonial, musulmán o de la diáspora que obligarán a pensar el género en su relación constitutiva con las diferencias geopolíticas de

raza, de clase, de migración y de tráfico humano (Hooks *et. al*., 2004).

Uno de los desplazamientos más productivos surgirá precisamente de aquellos ámbitos que se habían pensado hasta ahora como bajos fondos de la victimización femenina y de los que el feminismo no esperaba, o no quería esperar, un discurso crítico. Se trata de las trabajadoras sexuales, las actrices porno y los insumisos sexuales. Buena parte de este movimiento se estructura discursiva y políticamente en torno a los debates del feminismo contra la pornografía que comienzan en Estados Unidos en los años ochenta y que se conocen con el nombre de «guerras feministas del sexo». Catharine MacKinnon y Andrea Dworkin, portavoces de un feminismo antisexo, van a utilizar la pornografía como modelo para explicar la opresión política y sexual de las mujeres (MacKinnon, 1987; Dworkin, 1981; MacKinnon y Dworkin, 1998). Bajo el eslogan de Robin Morgan «la pornografía es la teoría; la violación, la práctica» condenan la representación de la sexualidad femenina llevada a cabo por los medios de comunicación como una forma de promoción de la violencia de género, de la sumisión sexual y política de las mujeres, y abogan por la abolición total de la pornografía y la prostitución (Morgan, 1974). En 1981, Ellen Willis, una de las pioneras de la crítica de rock feminista en Estados Unidos, critica la complicidad de ese feminismo abolicionista con las estructuras patriarcales que reprimen y controlan el cuerpo de las mujeres en la sociedad heterosexual. Para Willis, las feministas abolicionistas devuelven al Estado el poder de regular la representación de la sexualidad, concediendo doble poder a una institución ancestral de origen patriarcal. Los resultados perversos del movimiento antipornografía se pusieron de manifiesto en Canadá, donde, al aplicarse medidas de control de la representación de la sexualidad siguiendo criterios feministas, las primeras películas y publicaciones censuradas fueron las procedentes de sexualidades minoritarias (utilizo aquí la noción de «minoría» no en un sentido estadístico del término, como nos recuerdan Deleuze y Guattari, sino como potencia de transformación política), especialmente las representaciones lesbianas (por la presencia de dildos) y las

lesbianas sadomasoquistas (que la comisión estatal consideraba vejatorias para las mujeres), mientras que las representaciones estereotípicas de la mujer en el porno heterosexual no resultaron censuradas.

Frente a ese feminismo estatal, el movimiento posporno afirma que el Estado no puede protegernos de la pornografía, ante todo porque la descodificación de la representación es siempre un trabajo semiótico abierto del que no hay que prevenirse, sino al que hay que atacar con reflexión, discurso crítico y acción política. Willis será la primera en denominar feminismo «prosexo» a ese movimiento sexopolítico que hace del cuerpo y el placer de las mujeres plataformas políticas de resistencia al control y la normalización de la sexualidad. Paralelamente, la prostituta californiana Scarlot Harlot utilizará por primera vez la expresión «trabajo sexual» para entender la prostitución, reivindicando la profesionalización y la igualdad de derechos de las putas en el mercado de trabajo. Pronto, a Willis y Harlot se unirán las putas de San Francisco (reunidas en el movimiento de defensa de los derechos de las putas COYOTE, creado por la prostituta Margo St. James) o de Nueva York (PONY, Prostitutas de Nueva York, en el que trabaja Annie Sprinkle), así como del grupo activista de lucha contra el sida Act Up, pero también las activistas lesbianas radicales y practicantes de sadomasoquismo (Lesbian Avengers, Samois, etc.). En España y Francia, a partir de los años noventa, los movimientos de trabajadoras sexuales Hetaira (Madrid), Cabiria (Lyon) y LICIT (Barcelona), de la mano de activistas de fondo como Cristina Garaizabal, Empar Pineda, Dolores Juliano o Raquel Osborne formarán un bloque europeo por la defensa de los derechos de los/las trabajadores/as sexuales. En términos de disidencia sexual, nuestro equivalente local, efímero pero contundente, son las lesbianas del movimiento LSD, con base en Madrid, que publican durante los años noventa una revista del mismo nombre en la que aparecen, por primera vez, representaciones de porno lesbiano (no de dos heterosexuales que sacan la lengua para excitar a los machitos, sino de auténticas bollos del barrio de Lavapiés).

Estamos aquí frente a un feminismo lúdico y reflexivo que escapa

del ámbito universitario para encontrar en la producción audiovisual, literaria o performativa sus espacios de acción. A través de las películas de porno feminista kitsch de Annie Sprinkle, de las docuficciones de Monika Treut, de la literatura de Virginie Despentes o Dorothy Allison, de los cómics lésbicos de Alison Bechdel, de las fotografías de Del LaGrace Volcano o de Kael T Block, de los conciertos salvajes del grupo de punk lesbiano Tribe 8, de las predicaciones neogóticas de Lydia Lunch o de los pornos transgénero de ciencia ficción de Shu Lea Cheang, se crea una estética feminista posporno hecha de un tráfico de signos y artefactos culturales y de la resignificación crítica de códigos normativos que el feminismo tradicional consideraba como impropios de la feminidad. Algunas de las referencias de este discurso estético y político son las películas de terror, la literatura gótica, los dildos, los vampiros y los monstruos, las películas porno, los manga, las diosas paganas, los cyborgs, la música punk, las performances en el espacio público como útil de intervención política, el sexo con máquinas, iconos anarcofemeninos como las Riot Grrrl o la cantante Peaches, parodias lesbianas ultrasexuales de la masculinidad como las versiones *drag king* de Scarface o ídolos transexuales como Brandon Teena o Ashely Hans Scheirl, el sexo crudo y el género cocido.

La palabra *queer*, que sirvió durante algunos años en los países anglosajones y en Europa, a través de un ejercicio de traducción cultural, para nombrar esas luchas múltiples, se ve ahora sometida a un proceso creciente de reificación y mercantilización (movimientos propios del régimen farmacopornográfico). Corremos el riesgo de hacer de la nominación *queer* una identidad, generando nuevas exclusiones y eclipsando las condiciones específicas de opresión de los cuerpos transexuales, transgénero, discapacitados o racializados. No se trata de escoger entre un sujeto oposicional de la historia (ya sean «las mujeres», «los homosexuales», etc.) que funcione como motor de transformación revolucionaria y la suma estadística de las diferencias multiculturales de las minorías. No es que ya no podamos utilizar la palabra *queer*, sino que esta ha perdido buena parte de su potencial subversivo y no puede hoy

servir como denominador común para nombrar los procesos de proliferación de estrategias de resistencia a la normalización. Durante los últimos años, la enunciación *queer* se ha visto recodificada por los discursos dominantes. Por mencionar solo una de esas reapropiaciones, recordaremos que en 1998 en Francia Thierry Ardison, un conocido presentador y productor de televisión, registra la palabra *queer* como una marca en el Instituto Nacional de Industria. Paralelamente a ese proceso de capitalización, dentro de los movimientos minoritarios, los transexuales, las personas transgénero, los discapacitados y las minorías raciales insisten en la centralidad de la materialidad del cuerpo, la gestión de su vulnerabilidad y posibilidades de supervivencia, en los procesos de sujeción y agenciamiento político.

La propia Judith Butler, cuyos textos fueron leídos a principios de los noventa como la arquitectura crítica de la «teoría *queer*», introduce matices dentro de su interpretación performativa de la identidad para dar cuenta de la especificidad de los procesos materiales y discursivos que producen la corporalidad intersexual o transexual (Butler, 2006a: caps. 3 y 4). Podríamos hoy entender la enunciación *queer* como un momento crítico en un proceso más amplio de producción de subjetividades disidentes dentro del régimen farmacopornográfico.

Este movimiento feminista que surge tras la crítica *queer* se extiende a través de redes frágiles, pero extensas, a través de alianzas estratégicas y lazos sintéticos y circula, como un antídoto político, por los mismos circuitos por los que se mueve el capital global. Así que no me alejé de Nueva York cuando vine a vivir a París, sino que fui sin saberlo a habitar a una *banlieue* al este del imperio farmacopornográfico en la que se habla francés. Así fue como llegué a transcribir a esta lengua (que tampoco era la mía) algunos de los dialectos *queer* de cuya emergencia yo había sido testigo unos años antes; en un primer momento eso fue como llevar la potencia de los discursos de resistencia que crecen en los *márgenes interiores* de la farmacopornópolis a otra latitud. Dicho de otro modo: Nueva York no es un lugar; es, por decirlo siguiendo a Spivak, un régimen de traducción cultural. Así que, paradójicamente,

fue cuando me alejé de Nueva York cuando empecé por primera vez a habitar la ciudad.

Este modo de pensar el mundo como una única ciudad difusa interconectada con centros de intensidad, circuitos de circulación de capital, cuerpos e información, zonas de alto confort y zonas pauperizadas, espacios distantes de producción y de deyección de detritus materiales y semióticos puede acercarnos a pensar la estructura geopolítica actual, como ya lo han hecho Hardt y Negri (2000) y, de otro modo, James Petras y Henry Veltmeyer (2002), de acuerdo al modelo del Imperio Romano de Constantino. Vivimos en una suerte de Edad Media punk, de alta edad cibergótica sin que hayamos todavía comprendido las consecuencias de semejante *revival* histórico en este punto de autodegeneración de la especie. Durante un tiempo los gurús llamaron a esta invaginación planetaria «posmodernidad», pero se trata únicamente de la culminación tecnopornopunk de la modernidad. Nos hallamos en un punto de inflexión evolutivo en el que la modernidad despliega todo su asqueroso potencial eyaculante: nadamos en un esperma nuclear en el que hemos aprendido a respirar como bestias mutantes. La diferencia entre el imperio clásico y nuestro imperio tecnopornopunk es que el romano se asentaba todavía, aunque fuera de manera tambaleante, sobre una base ontoteológica y legal que actuaba al mismo tiempo como origen y como destino final. Pero ¿qué puede ser un imperio sin ontoteología? Algunos pensarán que la civilización actual ha sustituido la ontología por un fundamento industrial o ergótico. Pero no, ni la producción ni el trabajo bastan para explicar el actual funcionamiento de nuestras sociedades. El imperio tecnopornopunk contemporáneo se apoya en una nueva divisa: eyacular y morir, producir eyaculación y desaparecer. Esa es su fundación tanatopornográfica.

Estas no son las *dark ages*, no vivimos en la oscura posmodernidad, sino más bien en las *porn flickering ages*, la edad chispeante del porno. Ya no giramos en la oscuridad, ya no se trata de la noche de los tiempos, sino de una atmósfera total y completamente iluminada, un gas ambiental saturado de imágenes húmedas y gases chispeantes. En medio de esta destellante

confusión, conceptos como lucidez, iluminación, claridad, evidencia brillan con una oscuridad nueva. Existen, según los neurobiólogos, cuatro estados de conciencia: la lucidez, la obnubilación, el sopor y el coma. En la lucidez, el sujeto está presente ante sí mismo y ante el medioambiente que lo rodea; en la obnubilación, el sujeto permanece con los ojos abiertos, pero desorientado en tiempo y espacio y relativamente indiferente a sí mismo y al medioambiente que lo rodea; en el sopor, el sujeto ha cerrado los ojos, pero reacciona a estímulos directos; en el coma, el sujeto no reacciona a los estímulos ni directos ni indirectos, aunque quizá sigue presente ante sí mismo. Nuestra presencia ante nosotros mismos como especie puede calificarse hoy de prostético-comatosa. Hemos cerrado los ojos, pero seguimos viendo a través de un conjunto de tecnologías, de implantes políticos a los que llamamos vida, cultura, civilización. Sin embargo, solo desde y a través de ese dispositivo biotecnológico es posible atreverse a la revolución.

En el año 213 a. C., todos los libros de China fueron quemados por órdenes de un emperador. En el siglo v, tras sucesivas guerras que la habían saqueado y diezmado, se destruye definitivamente por decreto del emperador Teodosio la biblioteca de Alejandría, y con ella la mayor plataforma de investigación, traducción y lectura del mundo antiguo bajo la acusación de albergar saberes paganos contrarios a la fe cristiana. Entre 1330 y 1730 miles de cuerpos humanos son quemados por la Inquisición cristiana, miles de libros destruidos y cientos de prácticas de saber y de producción de subjetividad relegadas al olvido y la clandestinidad. En 1813, los soldados estadounidenses tomaron Canadá y York, y quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa; un año después se arrasó la Biblioteca del Congreso. En 1933, una de las primeras acciones del Gobierno nazi fue la destrucción del Institut für Sexualwissenschaft (Instituto de Ciencias Sexuales) de Berlín, creado por Magnus Hirschfeld en 1919, y que funcionó durante años como centro de investigación y de difusión de ideas y prácticas progresistas en torno al sexo y la sexualidad. Los volúmenes del Instituto Hirschfeld fueron quemados el 10 de mayo junto con otros veinte mil libros en una gigantesca hoguera situada en la Opernplatz cuyo fuego

chispeante iluminó la película fotográfica de los reporteros de Hitler. La noche del 9 de marzo de 1943, un ataque aéreo sobre la Biblioteca Estatal de Baviera destruyó quinientos mil libros. En 1993 las milicias croatas destruyeron decenas de bibliotecas (entre ellas la de Stolac). En 2003 el Ejército estadounidense saqueó y destruyó la Biblioteca Nacional de Bagdad... (sobre destrucción cultural, véase Báez, 2004).

Las innovaciones teórico-políticas generadas por el feminismo, el movimiento de liberación negro, la teoría *queer* y transgénero durante los últimos cuarenta años parecen hoy adquisiciones perennes. Sin embargo, en el actual contexto de guerra global, este conjunto de saberes y prácticas podría ser de nuevo arrasado con la velocidad con que un microchip se funde en el fuego. Es preciso transformar ese saber minoritario en experimentación colectiva, práctica corporal, en modo de vida, en forma de cohabitación, antes de que todos y cada uno de los frágiles y escasos archivos existentes del feminismo y la cultura *queer* hayan sido completamente reducidos a sombras radiactivas. En esta situación, y a diferencia de nuestros antecesores de los años setenta y ochenta, ya no abogamos por una comprensión de la historia como producción discursiva, sino más bien por una comprensión de la producción discursiva como parte de un proceso más amplio de materialización técnica de la vida sobre el planeta. Una materialización que toma día a día la forma de una destrucción técnica de toda especie animal, vegetal y cultural y que culminará, sin duda, en la autoextinción de la especie humana. Se tratará entonces de modos de registrar un suicidio planetario.

## *Snuff politics*

Que nos jodan vivos: nos hemos convertido en una civilización punk. La erupción del movimiento punk en 1977 no fue simplemente un microfenómeno, sino el último estallido lúcido de lo que parece hoy el único ideal compartido de nuestra especie: el instinto de correrse como instinto de muerte. Ningún producto cultural ha

entendido esta cualidad fantasmáticopunk de la especie en los albores del siglo XXI como el *snuff*: filmar la muerte (o, más bien, su representación) en directo. En la cultura popular, se denomina *snuff* a aquella película que muestra el asesinato de una persona (o un animal) con el único objetivo de hacer esa muerte visible, de transformarla en representación pública y comercializable.

Todo empieza en realidad con una impostura. En 1971 los directores de cine de serie Z Michael y Roberta Findlay ruedan *Slaughter*, una producción de bajo presupuesto que combina escenas eróticas y de horror. El mismo año, Ed Sanders entrevista al asesino Charles Manson, que habla de haber grabado algunos de los famosos asesinatos que, bajo su custodia, realizan sus adeptos. No se encuentran las películas, pero nace el mito del *snuff*. En 1972, el distribuidor de cine Allan Shackleton recupera la película *Slaughter*, añade una última escena en la que una de las actrices es destripada (teatralmente) ante la cámara, la reedita y llama al nuevo montaje *Snuff*. En 1976, la película se estrena por primera vez y genera un debate sin precedentes acerca de la veracidad de la muerte de la actriz en el que se implican los grupos antipornografía, las feministas procensura y los medios de comunicación. La película, sin otro interés cinematográfico o narrativo que la escena del supuesto crimen, logrará beneficios insospechados.

El *snuff* como límite de la representación ha servido de paradigma pornográfico tanto para los grupos feministas procensura como para los católicos antiporno, y como modelo formal del realismo al que debe aspirar la teatralización del sexo propia de la pornografía: una película es tanto más pornográfica cuanto más *real* es la escena sexual filmada, del mismo modo que una representación es *snuff* cuando el crimen ocurre *realmente*. La noción de *snuff*, radicalmente posposmoderna, se opone al carácter mimético, teatral y simulado de toda representación, afirmando, por el contrario, el poder de la representación para modificar la realidad, o lo que es lo mismo, el deseo de lo real de existir en y para la representación. De ahí la relación ardiente entre pornografía, *snuff* y política. Hoy, algunas listas de películas *snuff* incluyen las rodadas por los militares del Ejército aliado o por los soldados nazis dentro de los campos de

concentración, el vídeo de Zapruder del asesinato de John F. Kennedy, la película del asesinato de Yitzhak Rabin, los vídeos de las ejecuciones en directo de los prisioneros de guerra en Afganistán o en Iraq, los vídeos de la armada estadounidense que muestran la destrucción de pueblos iraquíes, las imágenes de la destrucción de las Torres Gemelas en Nueva York y el ajusticiamiento de Sadam Husein. La política se ha vuelto *snuff:* exterminación por y para la representación.

La figura en forma de champiñón que dibuja en el cielo la bomba atómica, la fotografía de la niña completamente quemada que corre dejando atrás el pueblo en llamas de Trang Bang, Vietnam, tras un ataque con napalm, los labios llenos de esperma de Linda Lovelace, las pilas de miembros mutilados de Ruanda, la doble penetración, Gran Hermano y *Nip/Tuck*, los litros de grasa extraídos de las nalgas de la ama de casa americana para las cámaras de *Extreme Makeover*, las pollas flácidas y las cámaras tiesas de Abu Ghraib, los asesinatos de la prisión de alta seguridad de San Quintín filmados por las cámaras de seguridad dicen más sobre el actual estado de nuestra especie que cualquiera de los libros de filosofía del siglo XX, de Husserl a Sartre pasando por Hannah Arendt o cualquiera de los tratados contemporáneos de sociología. En 2006, la buena intención filosófica nuestra especie se la mete literalmente por el culo, mientras, por supuesto, filma esa imagen y la comercializa. A eso se reduce hoy la filosofía del siglo XXI, a un gigantesco y goteante *butt plug*.[48] Frente a este estado de cosas, la filosofía de esta alta modernidad punk solo puede ser autoteoría, experimentación de sí, autotecnopenetración, pornología. Ni tanatopolítica, ni biopolítica: no se trata de imaginar las políticas de la muerte contra las políticas de la vida. Lo propio del momento tecnopornopunk de nuestra especie es la *política snuff*: arrancarle todo a la vida hasta el momento de su muerte, y ese proceso, filmarlo, registrarlo a través de la escritura y de la imagen, difundirlo en tiempo real vía internet y hacerlo siempre accesible en un archivo virtual que actúa simultáneamente como soporte publicitario a escala global.

Diferentes productores discursivos contemporáneos, desde

Donna Haraway a Sloterdijk (2006), nos incitan a evitar dos tipos de trampas narrativas de corte metafísico y semiótico-fascista cuando tratamos de pensar en el futuro de la especie, del planeta. Primero, la tentación mesiánica: alguien va a venir a salvarnos, una fuerza única, religiosa o técnica, un saber único posee todas las respuestas para transformar la condición de la humanidad. Segundo, la tentación apocalíptica: no hay nada que hacer, la desaparición de la especie es inminente. «Deberíamos –nos dice Haraway– aprender a dudar de nuestros miedos y certezas sobre los desastres, así como de nuestros sueños de progreso. Deberíamos aprender a vivir sin los rígidos discursos de la historia de la salvación» (Haraway, 2004: 62-63).

El problema es precisamente que nadie vendrá a salvarnos y que nuestra desaparición, aunque segura, no es sino relativamente inminente, y que, por tanto, habrá que pensar en ir haciendo alguna que otra cosa mientras nos extinguimos, mutamos o nos mudamos de planeta. Incluso si esa otra cosa es acelerar nuestra propia desaparición, mutación o mudanza de manera intencional. Habrá que tomar las cosas como son, imaginar entonces los principios constitutivos de una nueva filosofía pornopunk para los siglos venideros.

*El principio autocobaya*

He aquí la primera divisa para un feminismo a la altura de la modernidad *pornopunk*: tu cuerpo, el cuerpo de la multitud, y los entramados farmacopornográficos que lo constituyen son laboratorios políticos, al mismo tiempo efectos de procesos de sujeción y control y espacios posibles de agenciamiento crítico y de resistencia a la normalización. Abogo aquí por un conjunto de políticas de experimentación corporal y semiótico-técnica que, frente al principio de representación política (que domina nuestra vida social y que está en la base de los movimientos políticos de masas tanto totalitarios como democráticos), se rigen por un principio al

que llamaré, siguiendo las intuiciones de Peter Sloterdijk, «principio autocobaya».

Hacia finales del siglo XVIII, la experimentación formaba todavía parte de los protocolos de investigación farmacológica. Si bien no se cuestionaba la experimentación animal, el investigador debía, por precepto ético, antes de experimentar sobre un cuerpo humano ajeno, correr el riesgo de los efectos desconocidos con su propio cuerpo. Pero, progresivamente, el sujeto del saber científico buscará, apoyándose en la retórica de la objetividad, generar conocimiento exterior, librar al propio cuerpo de los trances de la autoexperimentación. Aun así, en 1790 el físico Samuel Hahnemann se administra diariamente dosis importantes de quina para explorar el efecto de esta sustancia contra la malaria. Su cuerpo reacciona y desarrolla síntomas similares a la fiebre remitente característica de la malaria. Esta experiencia se encuentra en la base de la invención del movimiento homeopático: es posible curar la enfermedad con una sustancia que, como en un espejo terapéutico, causa los mismos síntomas que la enfermedad en la persona sana. Peter Sloterdijk, inspirándose en Hahnemann, denominará «intoxicación voluntaria» a este proceso de envenenamiento dirigido e intencional, que resume de este modo: «Cuando se quiere ser médico, es necesario querer ser cobaya» (Sloterdijk, 2003d: 9).

Las prácticas de intoxicación voluntaria, creo poder mostrar, están presentes en todo proceso de creación de nuevos marcos de «inteligibilidad cultural» (Butler, 2006a). Por una parte, el romanticismo, de Novalis a Ritter, como contraproyecto de la modernidad, aquel que inspira a Sloterdijk, hará de la autoexperimentación la tecnología central del yo en una sociedad distópica, con el riesgo de concebir ese proyecto como una tarea individual. Por otra, aunque de forma menos evidente, dos de los discursos en torno a los que se gestará la crítica de la subjetividad moderna europea, los de Freud y Benjamin, empiezan siendo registros de prácticas de intoxicación voluntaria. Pero la modernidad disciplinaria los engulle: los procesos de institucionalización llevados a cabo después por el psicoanálisis y la escuela de Frankfurt,

respectivamente, se verán acompañados por la patologización de la intoxicación y la domesticación de la autoexperimentación.

«Sería fantástico que el médico tuviera la posibilidad de experimentar en sí mismo diversas medicinas. Comprendería la acción de los medicamentos de un modo muy distinto», afirmaba el joven médico Mijaíl Bulgákov en su texto de 1914 *Morfina*, en el que el protagonista describe los efectos de esa sustancia sobre su propio cuerpo (Bulgákov, 1991). Hoy, del mismo modo, como feminista, parece urgente testar sobre el propio cuerpo los efectos farmacopornopolíticos de las así llamadas hormonas sexuales sintéticas. Precisamente porque he crecido en el feminismo culturalista *queer* americano y me he convencido, con Foucault y Butler, de que la feminidad y la masculinidad son construcciones culturales, ficciones somáticas, *puedo* y en algún sentido *debo* experimentar con esas construcciones. En un mundo donde los laboratorios farmacéuticos y las instituciones médico-legales estatales regulan el uso y el consumo de las moléculas activas de la progesterona, el estrógeno y la testosterona, parece anacrónico hablar de prácticas de representación política sin pasar por experimentos performativos y biotecnológicos de la subjetividad sexual y de género.

Este principio autocobaya como modo de producción de saber y transformación política, expulsado de las narrativas dominantes de la filosofía contemporánea, resultará decisivo en la construcción de las prácticas y los discursos del feminismo, de los movimientos de liberación de minorías sexuales, raciales y políticas. Se tratará, recogiendo la expresión de Donna Haraway, de una forma modesta, corporal, implicada y responsable de hacer política. El que quiera ser sujeto de lo político que empiece por ser rata de su propio laboratorio.

## *Narcoanálisis*.[49] *Los orígenes psicotrópicos de la crítica en Freud y Benjamin*

Freud nace en el centro de la Europa psicotrópica, en 1856, un

año después de que Gardeke extraiga un alcaloide al que denomina «erythroxilon», a partir del cual se aísla por primera vez la cocaína. Docenas de sustancias psicoactivas circulan entonces en Europa a través de redes coloniales y son consumidas y comercializadas sin regulación precisa: opio, láudano, hachís, ganja, heroína, cocaína, mescalina, etc. Freud conoce la existencia de la cocaína a través de un artículo publicado en 1883: el médico Theodor Aschenbrandt revela la utilización de las primeras dosis de cocaína farmacéutica fabricadas por los laboratorios alemanes Merck para remediar la fatiga de los soldados bávaros. No hay guerra sin suplementos bioquímicos de la subjetividad que lleven más allá de sí mismos al cuerpo, a la conciencia, a la ética, del mismo modo que no hay posguerra sin suplementos bioquímicos amnésicos. Este artículo impacta a Freud, que a principios de abril de ese año escribe a Martha, su prometida, hablando de su futuro consumo de coca como de un «proyecto» (Freud, 2005). Piensa, seguramente, en encontrar El Dorado con la coca, en hacerse rico, en descubrir utilizaciones médicas inéditas. La coca es un proyecto económico y psicológico para el joven Freud. Apenas un año después encarga 0,05 gramos de cocaína en una solución acuosa al 1%, y el 30 de abril de 1884 aspira su primera raya. En 1885 escribe en «Über Coca»: «El humor que provoca la cocaína no resulta tanto de una excitación directa como de la desaparición de elementos deprimentes del estado del alma en general. Conviene admitir también que la euforia en una persona con buena salud no es otra cosa que el estado normal de una corteza cerebral bien alimentada que no “sabe nada” sobre los órganos de su propio cuerpo» (Freud, 2005: 50). Pero el proyecto de Freud no comienza con buen pie. Lo primero que se le ocurre es curar la adicción de su amigo Ernst von Fleischl-Marxow a base de coca. Método JoeyStarr, como diría V. D. Resultado: Ernst se convierte en adicto y sufre graves daños tras inyectarse una preparación cocaínica por vía subcutánea. Hay que decir que seguramente sus intenciones con respecto a Von Fleischl no eran del todo claras: Freud oscila entre la pasión amorosa por su amigo y los celos. Ernst podría ser, en realidad, un mejor pretendiente para su novia Martha, pero también un ano que podría ofrecerse al placer

pansexual del propio Freud. Es necesario abrirse a la experimentación, pero no demasiado. Dos años después, todavía no está convencido del proceso de adicción que acompaña a la ingesta regular de coca. En «Anhelo y temor de la cocaína» defiende que la cocaína tomada a largo plazo no provoca adicción, excepto en aquellos sujetos que la toman para remplazar una adicción previa a la morfina (el caso Fleischl había sido demasiado notorio como para obviarlo), sino más bien lo que él denomina una «aversión». Freud tiene razón, pero, como siempre, es demasiado optimista: tomar coca es odiar la coca, flipar frente a la caída que sigue a la ingestión..., pero seguir tomándola. En 1914 el médico Mijaíl Bulgákov, adicto a la morfina y la cocaína, escribe: «Yo, el desafortunado doctor enfermo de morfinismo en el mes de febrero de este año, advierto a todos aquellos que conocerán mi misma suerte que no intenten remplazar la morfina por la cocaína. La cocaína es el más peligroso y pérfido de todos los venenos» (Bulgákov, 1991).

Entre tanto, en Europa y Estados Unidos la industria farmacéutica comienza a consolidarse como «la joya de la corona capitalista» (Pignarre, 2004: 13). Pensemos que estamos todavía en la antesala del *boom* farmacéutico que representará a partir de los años treinta la comercialización de antibióticos, antiinfecciosos y sulfamidas. La euforia de la naciente industria farmacéutica, dominada por un nuevo imperativo tecnocapitalista, mostrará progresivamente que no hay relación precisa entre certeza terapéutica, licencia de producción y consumo de sustancias bioactivas. Durante los últimos años del siglo XIX, los laboratorios Merck producen cientos de kilos de cocaína destinada al uso médico o alimenticio, la cocaína forma parte de la primera fórmula de Coca-Cola entre 1886 y 1901, incluso el papa León XIII es un consumidor habitual. Mientras Merck comercializa la cocaína para uso anestésico y el MDMA (éxtasis) como supresor del apetito, Bayer comercializa la heroína como tratamiento de la dependencia a la morfina.

Antes de volverse hacia la hipnosis o la sugestión por la palabra, Freud intenta un método de toxicidad terapéutica. Incluso pensará la terapia a través de la hipnosis utilizando el modelo de la

dependencia a una sustancia, alertando sobre la dependencia entre el hipnotizador y el hipnotizado en las prácticas de Charcot. La morfina y el hipnotizador se parecen, porque ambos provocan un estado alterado de conciencia, una modificación del modo en el que el yo está presente ante sí mismo que permite la emergencia de otras formas de saber, de conocimiento y de acción. Incluso la teoría psicoanalítica de la transferencia parece derivar de un modelo de tráfico y transporte de sustancias entre psicoanalizador y psicoanalizado. Para el Freud lector de la psicopatología moral de Krafft-Ebing, la masturbación, y la producción química que esta implica, es el modelo de toda adicción (carta 79 a Fliess). El alcohol, el tabaco, la morfina y la cocaína son sustitutos masturbatorios, prácticas exógenas de producción de excedentes de toxicidad química en el cuerpo. Poco importa si la sustancia es inoculada en el cuerpo desde el exterior o si es producida por el cuerpo mismo. En todo caso, no hay libido sin toxicidad. La sexualidad, como la ingestión de psicotrópicos, es la búsqueda de la producción de un estado de intoxicación neuronal.

El gusto de Freud por la absorción de nuevas tecnologías de modificación de la subjetividad no se limita al ensayo y uso de drogas. Freud no duda en utilizar su propio cuerpo vivo como terreno de experimentación quirúrgica, incluso si tiene que poner sus propios testículos en juego. Entre 1923 y 1924 se somete a dos operaciones invasivas y a más de una treintena de pequeñas operaciones y varias instalaciones más o menos dolorosas de prótesis bucales para luchar contra un cáncer de mandíbula, de la mano de su médico Pichler. En medio de un pronóstico desfavorable, Freud decide someterse a una operación más: la llamada «operación de Steinach», la ligadura de los tubos seminales o vasectomía.[50] Steinach era el investigador hormonal más conocido de su tiempo y había trabajado ya en procesos de masculinización de ratas hembra mediante la implantación de testículos o la inyección de fluidos seminales sin todavía haber aislado con exactitud la molécula de testosterona. Sus experimentos, aún precarios, lo llevan a concluir que existe una relación entre la producción hormonal, la potencia sexual y el

envejecimiento. La idea de Steinach dependería más de una hidráulica sexual o de una física de los fluidos vitales que de una comprensión molecular de la excitación: el cierre de pasajes exteriores del semen produciría un aumento de la potencia sexual y un rejuvenecimiento general. Freud se somete a la operación de Steinach el 17 de noviembre de 1923, esperando, como explica en una carta a su amigo Ferenczi, «mejorar mi sexualidad, mi condición física general y mi capacidad de trabajo». Parece que después de la operación Freud se siente algo mejor, pero sobre todo, como recoge Peter Gay en su biografía, escribe a Otto Rank explicándole que la operación de Steinach le ha desatado un deseo homosexual por el doctor Pichler. Inesperado resultado: la ligadura de tubos seminales, como si se tratara de un cortocircuito de la heterosexualidad freudiana, ha dejado al descubierto sus deseos homosexuales hacia el médico que se ocupa de su mandíbula. Más que suplementar la masculinidad, la vasectomía libera los tubos seminales de Freud del peso de la reproducción heterosexual y les regala la ligera culpabilidad de la homosexualidad infértil.

Una filosofía que no utiliza el cuerpo como plataforma activa de transformación vital es una tarea vacía. Las ideas no bastan. El arte no basta. El estilo no basta. La buena intención no basta. La simpatía no basta. Toda filosofía es forzosamente un arte de la autovivisección, cuando no de la disección del otro o de lo otro. Una práctica de corte de sí, de incisión de la propia subjetividad. Cuando el amor de la vivisección escapa del cuerpo propio y se dirige hacia el cuerpo ajeno, el cuerpo de la colectividad, el cuerpo de la Tierra, el cuerpo del universo, la filosofía se transforma en política. Esa extensión política de la vivisección filosófica puede tomar la forma de una gestión tanatológica de la especie (como en el caso de la guerra) o de una terapia universal utópica (religiosa, democrática o médica) –a menudo la gestión tanatológica y la terapia utópica se comunican, llevan la una a la otra por caminos inopinados.

Freud era una *cloaca máxima*. Un sumidero que absorbía todas las sustancias psicotrópicas que se producían en su momento. Aspiraba todo lo que pasaba. No escatimaba en células expuestas, ni propias ni ajenas. No es cierto que el psicoanálisis de Freud haya

sido ni única ni prioritariamente una técnica de cura a través de la palabra. Lo propio del sumidero freudiano era absorber todas las técnicas y sustancias de su época y transformarlas en discurso cultural. A través de sus propias prácticas de inoculación de sustancias psicotrópicas, a través del envenenamiento lúcido de su amigo Von Fleischl, Freud entendió que solo es posible modificar la cartografía psíquica al precio de una cierta toxicidad. Su primera raya de coca no lo saca de sí mismo, sino que, por el contrario, le permite sentirse exactamente como es, le revela su verdadero poder, su verdadera naturaleza. Las sustancias químicas asimilables por el organismo operan como *potencia*: tienen el poder de provocar un cambio sustantivo de estado. Con la condición de que la subjetividad se deje afectar, se haga dinámica, en el sentido griego del término *dynamis*, es decir, deje emerger su potencialidad, su capacidad de pasar de un estado a otro. La transferencia entendida como clave de la terapia psicoanalítica depende de un modelo de transporte de sustancias, de tráfico de imágenes, de recuerdos, de emociones que vendrán a modificar una red de conexiones somáticas. El alcohol, el tabaco, el hachís, la coca, la morfina no son únicamente túneles sintéticos por los que escapar de la realidad, sino reveladores del alma del sujeto occidental moderno, microtecnologías del alma, transformadores químicos de los que emergerán las nuevas prácticas fantasmáticas del siglo XX: la autoficción, el rock, la pintura impresionista y expresionista, la performance... La *subjetividad* moderna es la gestión de la autointoxicación en un medioambiente químicamente nocivo. Fumar en la metrópoli eléctrica y más tarde nuclear es simplemente un modo de vacunarse por inoculación homeopática contra el envenenamiento medioambiental. La batalla de la subjetividad moderna es ante todo una lucha por el equilibrio inmunitario. La ingestión de drogas o el psicoanálisis son como parques experimentales en los que aprender a vivir en un medio crecientemente tóxico.

El autopsicoanálisis tal y como lo practica Freud es, ante todo, una práctica de experimentación material. La teoría de interpretación de los sueños y la cura a través de la palabra deben entenderse

como métodos de intoxicación por medio de imágenes y de lenguaje, teniendo en cuenta el carácter químico-material de ambos. Solo cuando Freud comprende que el recurso directo a la ingestión de sustancias químicas tendrá efectos secundarios (la adicción, la necesidad de incrementar la dosis, la degeneración celular) fatales, se vuelve hacia la palabra, la interpretación de los sueños, la narración de la alucinación como modos de producir toxicidad neuronal, de inducir, a través del recuerdo, de la narración de lo sucedido o imaginado, de la evocación de los sueños, un impacto psíquico comparable al causado por la ingestión en pequeña cantidad de venenos químicos. El inconsciente es un terreno virtual de alta hipersensibilidad química, el alma es un vaho entrelazado por hilos eléctricos y combinaciones moleculares venenosas al que solo puede accederse a riesgo de modificar un equilibrio psicotrópico previo. «Conócete a ti mismo» quiere decir «envenénate a ti mismo», «transfórmate a ti mismo».

París. Barcelona. Sevilla. Barcelona. París. Barcelona. París. Nueva York. Nueva Jersey. París. Nueva York. Shanghái. Hong Kong. Nueva York. Washington. Nueva York. París. Berlín. París. Montparnasse. Montparnasse. Montparnasse. Esa es ahora y para siempre tu ciudad. Montparnasse. Mi vida sigue, como sigue la ilusión de desplazamiento. Vauvert. Montpellier. Vauvert. Niza. Vauvert. París. Barcelona. París. Barcelona. París. Madrid. París. Bourges. París. Bourges. París. Londres. París. Adicción metropolitana. Londres. San Sebastián. Burgos. San Sebastián. París. Londres. París. Bourges. París. Cada ciudad es un contexto de adicción. París: V. + T. Barcelona: coca, cannabis, alcohol. Nueva York: C. + Speed + Prozac. Nueva Jersey: Ritalina + Prozac. Berlín: X. Hong Kong: coca, cannabis, cortisona. Madrid: coca. Vauvert: *sex*.

Entre 1927 y 1932, Walter Benjamin y algunos amigos, como Ernst Bloch, Ernst Joël y Fritz Fränkel, se someten a una serie de asimilaciones químicas: comen hachís, fuman opio (entonces llamado *crock)* y se inyectan mescalina o morfina. En cada caso, es preciso que la sustancia entre dentro del cuerpo, que penetre la piel, el tubo digestivo, la sangre, las células. Es preciso atacar el alma

por la vía sintética. Se trata de una serie de ejercicios de infección intencional. Más allá de la pulsión de la embriaguez individual, Benjamin, Bloch, Fränkel aspiran a encontrar la clave de una terapéutica universal. El principio político de esta terapia parece elemental: no se puede aspirar a disertar sobre lo real sin aceptar intoxicarse uno mismo con aquello que uno piensa después administrar a otro. Este principio autocobaya aparece hoy como la condición de posibilidad de toda micropolítica futura.

En 1927, la ingestión de hachís, opio o mescalina en Europa (como hoy la administración de testosterona para cis-mujeres) constituye todavía una experiencia rara, minoritaria y silenciosa. Lo interesante en el caso de Benjamin no es que tome hachís, sino que decida dejarnos una transcripción psicoestética de esa experiencia. Benjamin recoge sus impresiones (en el sentido estricto del término: inscripciones mentales producidas como efectos de esas sustancias) detalladas en una serie de cartas y de aforismos a los que llama en cada ocasión «protocolos de experiencias efectuadas con las drogas» (Benjamin, 1974 y 1988). Cada uno de esos protocolos, a veces distantes en el tiempo, está asociado a una ciudad (Marsella, París, Moscú, etc.), a un espacio que se despliega y se transforma con la sustancia. La droga es la metrópoli moderna, su producción, su tráfico, y su consumo refleja los circuitos de tráfico colonial, los procesos de sublimación y de fantasmagoría propios de la modernidad industrial farmacopornográfica.

Pensar este principio autocobaya en relación con las políticas de género y sexuales implica que no es posible darle consejos a nadie sobre si te tiene que gustar esto o aquello, sobre si debes o no follar con condón, sobre si este es el porno que te tiene que excitar o no, sobre si la mejor sexualidad es la lesbiana o la SM, sobre si te la como o me lo comes, sobre si es mejor tenerla o no tenerla, sobre si es mejor tomar o no tomar hormonas, sobre si es mejor operarse o no. Frente al parroquianismo y el adoctrinamiento moral que ha dominado las políticas feministas, *queer* y de prevención del sida, es necesario desarrollar micropolíticas del género, del sexo y de la sexualidad basadas en prácticas de autoexperimentación (más que de representación) intencionales que se definan por su capacidad

de rechazar y de resistir a la norma, de crear nuevos planos de acción y de subjetivación.

*El dispositivo drag king*

Asisto por primera vez a un taller *drag king* como participante en 1998, en el centro LGBT de Nueva York, en el antiguo edificio de la West 13th. Me inscribo en ese taller, como lo hago en muchos otros, con una mezcla de curiosidad voraz y de confusión propia de alguien que procede de un país posfranquista: participo también en talleres de sadomasoquismo lesbiano, de *fist fucking* (penetración con el puño), sexo público, *coming out* en la escritura, talleres para transexuales pre-op (no operados o preoperados) o NOHO (que no toman hormonas) y sus parejas, talleres de estrategias de visibilidad para minorías sexuales, etc. Durante los años que habito en la ciudad de los muertos vivientes, para luchar contra una soledad endémica, me acojo a un sistema de aprendizaje y construcción de técnicas identitarias que, ahora lo sé con toda seguridad, no solo me ayudará a sortear la depresión propia de la metrópoli sino que acabará constituyendo una disciplina del alma, como los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola en mi infancia, que me permitirá resistir después a la decepción política, al desamor o incluso a tu muerte.

Mi primer taller *drag king* es un ejercicio iniciático, el primer paso de un proceso de mutación abierto. Somos una docena de cis-mujeres, cada una dice su nombre, explica de dónde viene, qué hace, cuál es su experiencia de la masculinidad y la feminidad. La organizadora es una *butch* con pelo corto y pantalones de cuero, con cara de niño y voz muy suave, que acoge nuestras historias con atención, pero sin concederles un peso psicológico excesivo. A pesar de que estamos en el centro LGBT, no todas nos identificamos como lesbianas o bisexuales. Hay también cismujeres que salen con hombres transexuales y una actriz hetero que viene buscando un aprendizaje teatral para construir un rol masculino. Dos turnos de palabra bastan para comprender que el extraño negocio de la feminidad y la masculinidad no es problema exclusivo de las

lesbianas o de los transexuales. Las participantes hablan de su primera vez, de la violación, del aborto, del incesto, de sus dificultades por sentirse diferentes a las otras chicas, de la vergüenza de ser apuntadas con el dedo como unas marimachos en el colegio, de tener demasiado pecho, de no tener pecho, de tenerlo demasiado pronto o demasiado tarde, de no poder sentarte como quieres o donde quieres, de no poder escupir, gritar, de no poder pegar cuando los otros pegan. Yo hablo de no haberme sentido nunca mujer, de haber pensado en pagarme una operación de injerto de pene con mis primeros ahorros cuando tenía siete años, de mi operación de mandíbula, del sentimiento de no reconocer ni mi cuerpo ni mi rostro. Se crea así, poco a poco, un tejido de voces cada vez más denso que nos rodea y que nos permite cubrirnos de palabras compartidas, como una segunda piel colectiva. Bajo ese tejido que nos protege es posible percibir, como a través de una lupa política, la feminidad y la masculinidad como engranajes de un sistema más amplio en el que todas y cada una participamos estructuralmente. Ese saber es liberador. Produce un goce político específico que nunca antes había experimentado.

Esta primera parte del taller podría pensarse, con respecto a los llamados por Paul Ricoeur «maestros de la sospecha», Marx, Freud y Nietzsche, como una inducción colectiva de *sospecha de género* (Ricoeur, 1999). Se nos incita colectivamente a explorar aquello que a menudo tomamos como fundamentos estables de nuestra identidad (el sexo, el género y la sexualidad) como meras construcciones culturales y políticas, y, por tanto, como posibles objetos de un proceso de reconstrucción intencional, crítica e insumisa. Esta sospecha de género compartida provoca un movimiento subjetivo que ha sido denominado por Teresa de Lauretis «desidentificación», y tematizado después por José Muñoz (Muñoz, 1999): el taller *drag king* no comienza vistiéndose o maquillándose como un hombre, sino tomando conciencia del carácter de ortopedia cultural de nuestra propia feminidad, desidentificándonos con respecto a nuestra propia feminidad construida.

Transformadas por ese saber, comenzamos a vestirnos con ropa

masculina, a fabricarnos un *packing* con preservativos rellenos de algodón y a vendarnos el pecho. De lo que se trata, a través del aplanamiento del pecho y del abultamiento de la pelvis, es de modificar el eje corporal y el equilibrio que se establece entre los hombros, los brazos y las piernas. De este modo, el centro de gravedad corporal –que para las cis-mujeres está culturalmente situado en el pecho (lugar de sexualización por excelencia y centro de la mirada hetero-masculina)– se desplaza hasta la pelvis, las piernas se abren ligeramente, aumentando la distancia entre los dos pies, afirmando el apoyo doble del cuerpo. Se adquiere así mayor estabilidad vertical, al tiempo que se amplía la posibilidad de movimiento libre del tronco y de extensión máxima de los brazos.

Siguiendo las instrucciones de nuestro *king* organizador, corto un mechón de pelo y luego a su vez corto ese mechón en trozos diminutos. Pongo una montaña de trocitos de pelo en un folio blanco de papel, doblo el papel para crear un canal que recoge los pelos y los alinea. Me hago mi primera barba. Al principio, no sé cuál es exactamente la barba que quiero o que me conviene, la que va mejor con mi cara, con el tipo de *king* que soy. Como ocurrirá después con la testosterona, el tráfico de pelo tiene algo de tráfico ilícito, de contrabando de droga política. El pelo pegado sobre un rostro de cis-mujer permite imaginar la posibilidad de otro mundo. Quizá porque pegar pelo ofrece de forma acelerada una imagen de lo que la administración de testosterona produce en un cuerpo de cis-mujer después de entre cuatro y seis meses. Así que ese pelo no es simplemente una mascarada, un disfraz, pura exterioridad, sino que revela una posibilidad farmacopornográfica inscrita en mis genes y capaz de tomar significación cultural. Me he dibujado sobre la piel de la cara la forma que deberá seguir el pelo: un bigote estilo mexicano que baja pegado a las comisuras de la boca hasta el borde de la barbilla. Y, de repente, lo veo emerger en el espejo mirando de reojo: ahí está Bob. Sin misterio, es simplemente como yo, pero es un hombre. O, mejor dicho, se presenta como si fuera un hombre. No lo fabrico como un personaje teatral, simplemente emerge de quien soy, de como me he visto siempre. La diferencia es que ahora resulta visible para la mirada de los otros; no lo escondo

detrás del nombre que me ha sido dado, de la pesada suposición de que soy o debería ser una mujer.

Lo importante no es haberse vestido de hombre, cosa que cualquiera puede hacer a solas en la privacidad de su espacio doméstico, sino haber experimentado colectivamente la dimensión construida y arbitraria de nuestro género. No se busca, al menos en un primer taller *drag king*, un efecto teatral, ni la producción exagerada de un estereotipo de género, sino construir una forma de masculinidad banal, *passe-partout*, por lo que, sorprendentemente, un mínimo de transformación produce un efecto de realismo máximo. Por supuesto, es posible pensar en variedades kitsch o camp de la performance *drag king,* en las que el objetivo es resaltar la dimensión construida de la masculinidad, y eso hasta su extremo más cómico o grotesco, como en el caso de las encarnaciones *king* de Elvis Presley, del viejo verde, el dandi, el macho casposo o el fontanero porno. En todo caso, el devenir *king* de cada una de las participantes es un enigma irresoluble hasta el momento en el que la transformación se produce, un proceso que evoluciona durante los ejercicios performativos del taller y que, a menudo, continúa después en la vida cotidiana.

Lo que me impacta esta primera vez es la potencia del taller como dispositivo colectivo de reprogramación de género, su dimensión de laboratorio político, su densidad como espacio público. Sé inmediatamente que quiero hacerlo con otros, reproducir ese dispositivo, que una sola vez no ha bastado para mí. Hay en el proceso de devenir performativamente hombre del taller *drag king* una dimensión de ritual de magia psicopolítica a la que no puedo sustraerme, que me cautiva desde el principio y que me llevará a convertirme, con el tiempo, en maestro *king* de ceremonias.

A través de esta primera experiencia accedo, sin apenas darme cuenta, a una cultura de la resistencia a la normalización de género organizada en torno a un conjunto de micropolíticas *king* que desde los años ochenta han ido generando plataformas de creación y difusión de saber y de producción de subjetividad. La cultura *drag king* emerge en Nueva York y San Francisco a mediados de los ochenta, en los talleres *drag king* de Diane Torr, Annie Sprinkle y

Jack Armstrong, en las performances de Shelly Mars, Moby Dick, Dred, Split Britches o The Five Lesbian Brothers, y en la representación fotográfica de Del LaGrace Volcano (LaGrace Volcano y Halberstam, 1999). Esa cultura no habita en las universidades ni en los archivos, sino que se extiende a través de una red underground de bares, clubes y asociaciones que conecta hoy la casi totalidad de las metrópolis de Occidente.

Las prácticas *drag king* crean un espacio de visibilidad propio de la cultura marica, bollera y trans a través del reciclaje y la declinación paródica de modelos de la masculinidad de la cultura popular dominante. No solo hombre y mujer, masculino y femenino, sino también homosexual y heterosexual aparecen hoy como binarismos u oposiciones insuficientes para caracterizar la producción contemporánea de cuerpos *queer*. Más allá de la resignificación o de la resistencia a la normalización, las políticas performativas van a convertirse en un campo de experimentación, en el lugar de producción de nuevas subjetividades y, por tanto, en una verdadera alternativa a las formas tradicionales de hacer política.

2000. Principio del nuevo milenio. Estoy viviendo seis meses en Estados Unidos y seis meses en Europa. Las prácticas *drag king* son casi inexistentes en Francia, España e Italia, y decido empezar a organizar talleres. Obviamente eso me lleva hasta el centro de la mafia *drag king*: Diane Torr y Del LaGrace Volcano se convertirán en mis primeros maestros. Cuando hago un taller con Diane/*king* Dani, yo soy su chico de los recados, su traductor, su maquillador, el chaval que le recoge las colillas y que le limpia los zapatos, y él es el *Master*. Estoy ahí para aprender del jefe y para hacerle sentir al jefe, pura ética *king*, que es el jefe. En mis talleres, por supuesto, el jefe soy yo. Y ese poder no se declina, porque, si lo declinas a favor de otro o de otros, entonces has perdido tu caché *king*. Esa es una de las primeras lecciones sobre la masculinidad: todo depende de una gestión del poder, de hacerle creer al otro que tiene el poder, aunque en realidad si lo tiene es porque tú se lo cedes; o bien de hacerle creer al otro que el poder, de forma natural e intransferible, lo tienes tú, y que tú y solamente tú podrás darle al otro el estatuto

de masculinidad que necesita para pertenecer a la clase de los dominantes. La masculinidad depende de una cibernética del poder, de un sistema en el que el poder circula a través de ficciones performativas compartidas que se transmiten de cuerpo a cuerpo como cargas eléctricas. Es ahí donde aprendí por primera vez que, en nuestra configuración actual de género, cualquier hombre heterosexual establece con otro, como parte de una ética de la masculinidad, una relación de solidaridad y apoyo más fuerte que la que establecerá nunca con ninguna mujer.

La técnica de deconstrucción de la feminidad y de aprendizaje de la masculinidad de Diane Torr reposa sobre un método teatral, sobre la descomposición de la acción aprendida (la marcha, el habla, sentarse, levantarse, la mirada, fumar, comer, sonreír...) en unidades básicas (distancia entre las piernas, apertura de los ojos, movimiento de las cejas, velocidad de los brazos, amplitud de la sonrisa, etc.), que son examinadas como signos culturales de la construcción del género. Mi técnica toma elementos de su análisis performativo de la acción, pero, en realidad, reposa sobre un método más próximo a la reeducación corporal postraumática y a la producción política de la subjetividad a partir de la elaboración de una narración colectiva. Una de las diferencias fundamentales entre el método de Diane y el mío, afirmo sin temor a equivocarme y sin traicionar su trabajo ni su confianza, después de muchas conversaciones con ella, es que Diane no pretende ni ha pretendido nunca ser un hombre, y ni la idea ni la posibilidad de ser un hombre le procuran ningún tipo de excitación política o sexual. El objetivo de los talleres de Diane no es «sacar al hombre que cada una lleva dentro» o «ser finalmente el hombre que siempre has querido ser», sino experimentar corporal y teatralmente cómo la masculinidad es el producto de un conjunto de códigos culturales performativos aprendidos e incorporados a través de lo que Butler llamaría «la repetición coercitiva» que pueden ser reapropiados y puestos en práctica por cualquier cuerpo, independientemente de su sexo anatómico. En mi caso, ese aprendizaje político se ha visto siempre complicado por el sentimiento de no ser ni una mujer ni un hombre. No creo que haya una verdad anatómica independiente de los

ejercicios culturales de repetición coercitiva que nos conducen a ser hombres o mujeres. Desde esta perspectiva que yo llamaría *posqueer* –que ha pasado por las teorías performativas de Judith Butler, pero también por el sida, la oveja *Dolly* y el consumo de testosterona–, el deseo, la sexualidad, el goce erótico y político reposan precisamente sobre el acceso a esos biocódigos performativos. Por ejemplo, es inevitable que en un taller, en la posición de *king*, es decir, cuando cualquier otra persona está ahí para limpiarme los zapatos, me asalte un subidón sexual que podría llevarme a poner a cualquier otro cuerpo a cuatro patas y follármelo con mi polla sintética. Y esto, sin premeditación, por coherencia entre la ficción performativa y la ficción somática, como si se tratara de un efecto colateral pospornográfico. Por supuesto, todos los *kings* no estarán de acuerdo conmigo, pero no busco el consenso, sino la verdad. Porque la verdad, aún más que el poder, me resulta excitante. Supongo que es una cuestión de generación y de estar hasta el culo de la policía feminista y sus restricciones: prohibido utilizar dildos, prohibido mirar pornografía, prohibido follarse todo lo que pasa, prohibido desear el dinero, el poder, prohibido tener éxito, prohibido divertirse a costa del prójimo, prohibido desmontar la casa del amo con las herramientas del amo. Para mí ser *king* reside en mi posibilidad de no negar ni excusarme por mi deseo sexual y político de ser el amo, de incorporar esos códigos performativos, de acceder a ese tipo de especialización del poder, de experimentar la ciudad, el cuerpo, el sexo, la palabra pública como lo haría un cis-hombre. Sin excusas.

Una vez llevada a cabo la primera construcción de una encarnación *drag king*, comienza un proceso de práctica performativa guiado por ejercicios de autoobservación, imitación y agenciamiento colectivo. Cuando las participantes han construido con éxito una versión *king* suficientemente convincente y banalizada, es posible confrontarse con la ecología de género «naturalista» del mundo exterior. Una de las experiencias más intensas y transformadoras del taller tiene lugar durante la primera exploración de la ciudad como *drag king*. Caminar, tomar un café, coger el metro, parar un taxi, sentarse en un banco, fumar un

cigarrillo apoyado contra el muro de un colegio..., se dibuja así una nueva cartografía de la ciudad hasta ahora inexistente para un cuerpo codificado como femenino.

Una vez que el virus *king* ha sido activado en cada participante, actuará, como sospecha de género, más allá del taller, extendiéndose a la vida cotidiana y provocando modificaciones en todas nuestras interacciones sociales. El saber *drag king* no es la conciencia de ser un imitador de la masculinidad en medio de cuerpos anónimos de hombres y mujeres, de hombres de negocios y carteros, de madres de familia que empujan carritos, de jóvenes que pegan patadas a los cubos de basura, sino de percibir, por primera vez, a los otros, a todos ellos, como efectos más o menos realistas de repeticiones performativas descodificables como masculinas o femeninas. Al caminar entre sus cuerpos anónimos, sus masculinidades y sus feminidades (al mismo tiempo que la mía) aparecen, por primera vez, como caricaturas de las que ellos solos, gracias a una convención tácitamente pactada, parecen no ser conscientes. No hay diferencia ontológica entre sus encarnaciones de género y la mía; todas ellas son productos performativos más o menos legitimados por el orden social. La diferencia está en el grado de reflexividad, de conciencia performativa. Eso es devenir *king*: ver a través de La Matriz de género, contemplar a los hombres y a las mujeres como eficientes ficciones performativas y somáticas convencidas de su realidad natural. Esa visión del mundo lleva a la risa, te sopla como un aire ingrávido bajo los pies que te empuja a flotar: éxtasis político.

Así, con el tiempo, de taller en taller, van apareciendo mis otros yo-*king*: Bruno (el nombre que yo me daba a mí mismo cuando era niña para entrar en el club de boxeo con mi padre), Miguel, Álex. Pero mi nombre *king* definitivo me lo regala Pedro Lemebel cuando organizo un taller *drag king* en Santiago de Chile, en 2004. El encuentro con Pedro es un flechazo político que se sella con mi bautismo. Pedro me llama Beto: hágase su voluntad. De nuevo el diminutivo de Roberto. Supongo que ese es mi nombre, Roberto, Bob, Beto, Beatriz, variaciones algebraicas de una misma constelación fonética. Organizamos el taller en el MUMS, el

Movimiento Chileno Unido de Minorías Sexuales, con los Queer MC, el primer grupo *drag king* hip hop francés. En el Chile que acaba de salir de un período de dictadura militar, una conferencia, un seminario o un taller adquieren una intensidad particular: los primeros días, las feministas chilenas vienen a mis conferencias a acusarme de ser una «representante del régimen heteropatriarcal y colonial», pero poco a poco la acusación se transforma en debate y el debate en diálogo. Al final, treinta y cinco mujeres acuden al taller un 27 de agosto invernal: hay madres militantes de la izquierda feminista de la época de Allende que vienen con sus hijas y sus sobrinas, chavalitas de dieciséis años, parejas de lesbianas de la tercera edad, estudiantes, trabajadoras pobres, hijas de la burguesía que se irán a estudiar en una universidad americana. El frío andino nos hiela la espalda mientras discutimos, nos vestimos y trabajamos en el local sin calefacción del MUMS, en un barrio chabolero de Santiago, detrás del que pasa el agua nuclear del río Mapocho. Treinta y cinco voces se articulan y se trenzan hasta construir un relato de supervivencia. La narración que emerge de todas esas historias no es la de la dominación masculina o la de la sumisión de las mujeres, sino la de la resistencia a la dominación, el rechazo a la sumisión y la obstinación por la vida. Hacer de cada una de ellas un *king* es un rito de investidura que los Queer MC y yo llevamos a cabo con más devoción y respeto que nunca, mientras hacemos barbas, bigotes, engominamos cabellos, vendamos pechos y alisamos chaquetas. Por lo demás, no hay mucho que hacer, esas mujeres son *kings,* nunca han agachado la cabeza delante de nadie, no le han tenido miedo ni a la tortura ni a la muerte, podrían hacerle frente a cualquier gallito de barrio. Así que no hay mucho que enseñarles, más bien aprendo de ellas: el orgullo de estar vivo, de creer en la revolución de género en un país donde todas las revoluciones han sido arrancadas de cuajo. Por la noche, después de haber trabajado ocho horas en el taller, salimos formando un grupo de cuarenta *kings* y, como en un remake *posqueer* de *Mad Max*, caminamos por las calles de Santiago hasta una de las pocas discotecas gays de la capital. Allí nos esperan Pedro Lemebel y su grupo de maricas y travestis. Los Queer MC ponen en escena una

versión en español de sus canciones hip hop, «un nuevo género ha llegado»: una pequeña multitud de *kings* y sus chicas toman el escenario mientras los gays ligan con los *kings* que han venido sin pareja. En la discoteca se respira la coca disuelta en el aire sin necesidad de esnifar. Hacia las cuatro de la mañana nos visita la policía, adoptamos un perfil bajo y nadie parece constatar la presencia en la sala de cismujeres en *king*: la fiesta se prolonga hasta el amanecer. Yo me despierto al día siguiente en un bar de putas, maricas y travestis en brazos de Pedro.

Después de ese taller vinieron otros y vendrán más. Hoy resulta urgente, frente al recrudecimiento de los biocódigos de la masculinidad y la feminidad heterosexual y de las formas de violencia de género (que no siempre coinciden con la violencia doméstica), poner en marcha talleres *drag king* que sirvan como plataformas de creación de brigadas urbanas de *kings* que a su vez activarán otros talleres. Se crearía así una red *glocal* (al mismo tiempo global y local) de reprogramación de género. Ningún saber específicamente *king* puede ser obtenido únicamente a través de la lectura de un modelo de taller, sino que es necesario, siguiendo el principio autocobaya, correr el riesgo y darse la oportunidad de la práctica. Esta forma experiencial de producir saber y subjetividad hace obsoleta la figura del gurú profesional *drag king*, que podría desplazarse a nuevos territorios para iniciar el proceso de desnaturalización del género. El mejor organizador de un taller *drag king* es alguien que ha participado en otro taller *drag king* y que decide realizar la experiencia con un grupo de cis-mujeres en su propio contexto local. Por eso, tras siete años de encender la mecha aquí y allá, he pasado el relevo a otros y hoy apenas organizo talleres, excepto en situaciones de urgencia o como un paso de preparación en procesos políticos más largos.

Después de haber atravesado diversas terapias psicoanalíticas o dinámicas, entiendo hoy el taller *drag king* como una auténtica terapia política, como parte de un conjunto de técnicas de reprogramación y cura psicopolítica que podríamos denominar *queer*-análisis. La psicóloga y crítica de arte Suely Rolnik nos ha enseñado a entender las prácticas clínicas modernas, la psiquiatría

a partir del siglo XVIII y el psicoanálisis a partir de principios del XX, como técnicas que surgen precisamente para gestionar, dice ella, «los efectos colaterales de este modo de subjetivación datado históricamente que se caracteriza por la reducción de la subjetividad a su dimensión psicológica y la proscripción de su dimensión estética» (Rolnik, 2002). Del mismo modo, podríamos decir que el problema de las aproximaciones clínicas es la reducción del género a psicología. A menudo, lo que intenta la terapia psicoanalítica o dinámica es reducir a narración psicológica todos los procesos de construcción de la subjetividad política. Hoy parece no solo insuficiente sino inadecuado interpretar las frustraciones que genera la resistencia o la sumisión a la imposición política de modelos de género y sexuales con los útiles decimonónicos del psicoanálisis, a través de las narraciones freudianas fuertemente racializadas y heterosexualizadas del Edipo, la castración o la envidia de pene. Resulta urgente confrontarse con nuestras identidades sexuales como efectos traumáticos de un violento sistema biopolítico de género y sexual y elaborar nuevos mitos para interpretar el daño psicopolítico y osar la transformación.[51] Así, la narración del tratamiento quirúrgico y hormonal de los bebés «intersexuales» debería venir hoy a sustituir el mito del complejo de Edipo, del mismo modo que un taller *drag king*, como laboratorio corporal, colectivo y político de la producción de los géneros (con su capacidad de poner en marcha un conjunto de técnicas que, por oposición a la clínica, podríamos denominar de *despsicologización del género)*, parece un lugar más adecuado para trabajar la identidad que el privado diván del psicoanalista. No opongo aquí psicoanálisis y *queer*-análisis,[52] sino que abogo por la creación de una nueva práctica que, en lugar de entender la disidencia de género como una patología psicológica, entienda la normalización y sus efectos como patologías políticas. No desecho tampoco el uso del análisis de los sueños, la cura por la palabra, la hipnosis u otros métodos procedentes de prácticas psicológicas como la programación neurolingüística o la psicomagia, sino que demando simplemente la crítica de las retóricas de género, sexo, raza y clase

que operan en esas técnicas psicoterapéuticas, así como la libre reapropiación de los biocódigos (discursivos, endocrinológicos, visuales, etc.) de producción de la subjetividad.

*Ejercicios de programación de género posporno. Coaching viril*

Debido a la relación compleja entre cuerpo y condicionamiento político, la observación reflexiva de los programas de género que nos atraviesan no puede tener lugar sin la aplicación experimental de ciertos ejercicios de reprogramación que funcionan como trampas farmacopornográficas, espejos posporno que permiten explorar las técnicas que nos constituyen. El carácter proteccionista de las convenciones de género y de las representaciones pornográficas dominantes (que acarician siempre a la bestia en la dirección del lenguaje de la mayoría) evitan que podamos tomar conciencia de los programas políticos de género que operan en la percepción de nuestro propio sexo, en nuestra orientación sexual, nuestro deseo e incluso nuestro modo de rebelarnos o de resistir.

A partir de junio de 2001 pongo en marcha y experimento sobre mí mismo y con diferentes colectivos políticos varios métodos de reprogramación del género y de sus mecanismos de deseo y producción de placer. Estos ejercicios reúnen un conjunto de técnicas de modificación del género adquirido y de programas artificiales de *genderización* intencional. Se trata de la puesta en marcha de un proceso a través del cual un conjunto de tecnologías de producción de identidad de género se activan o se desactivan de modo reflexivo.

El resultado de una aplicación colectiva por parte de las cismujeres de estos ejercicios podría tomar la apariencia de una huelga de género, algo que conduciría progresivamente a una reprogramación total del orden social. Se trata de dejar de hacer aquello que tu género prescribe, de abandonar, por ejemplo, los espacios de la victimización, del cuidado, de la dulzura, de la seducción, de la disponibilidad, de la escucha para los que las

cismujeres hemos sido farmacopornográficamente programadas desde la infancia.

Mis rituales de administración de testosterona pueden ser entendidos como técnicas de producción farmacopornográfica de la masculinidad, o como simple consumo endocrinológico ocasional, como terrorismo de género o como adicción hormonal. La molécula de testosterona contiene una información que será explicitada de formas diferentes dependiendo del contexto cultural, del terreno de la subjetividad sobre el que actúe. Hume y Spinoza entendieron ese proceso de producción del sujeto molecular antes de que la neurociencia lo hubiera identificado. La testosterona modifica mi cuerpo, pero su capacidad de hacer de mí un hombre, en el sentido farmacopornográfico del término, depende de un contexto social, de un contrato legal, de acuerdos médicos y de mi aceptación voluntaria de todos estos marcos institucionales. Pero si mentalmente quiero ser un «Brazo Peludo», tendré que someterme a numerosos ejercicios de reeducación y de control de mi sistema de reacción emocional, a una reprogramación del alma. Ahí es donde entra en juego la reprogramación semiótico-técnica. No es imposible: es como pasar de no tener un duro a tener una cuenta bancaria fluida, como pasar de no tener papeles a tener DNI y domicilio fijo, de ser negro a ser blanco, de llamarte Mohamed a llamarte Juan Carlos, de estar gorda a ser una bomba, de estar en el paro a vivir de las rentas.

No basta con modificar mi caparazón. Ni siquiera mi estructura bioquímica. De no ser así, pasaré por cis-hombre, pero todo mi sistema de descodificación y de acción política y emocional en la realidad será el de la esclava, la víctima, la chica guapa o la fea, la calentona o la frígida, la hetero o la lesbiana, pero seguiré siendo del segundo sexo. Dicho esto, es necesario añadir que por supuesto todos los cis-hombres no poseen un programa de *genderización* de macho de élite. Muchos han sido biopolíticamente programados como putitas de barrio; el problema es que en la actual ecología sexual deben funcionar como machos, con las frustraciones que ello conlleva. Y, por supuesto, este cruce de biotecnología política y programación cultural hace que la guerra de los sexos, si es que

sigue existiendo, se parezca más a un enorme juego de simulación a escala real, una suerte de ExistenZ farmacopornográfico en el que cada vez resulta más difícil establecer la diferencia entre realidad y ficción. Desde un punto de vista de la metafísica del género, las cosas quedan así: la diferencia ontológica deja paso a la diferencia performativa, a la diferencia programática y a la diferencia biotecnológica.

*Ejercicios de reprogramación de género*

Los siguientes ejercicios, simples ejemplos de una serie infinita de posibilidades de reprogramación, han sido pensados para ponerse en acción entre una cis-mujer y un cuerpo que ocupa la posición de mujer o de hombre, pero pueden ser activado por múltiples sujetos políticos. Una modificación del sujeto programado o del contexto de programación modificará inmediatamente los resultados.

Factores de reprogramación:

- Gestión de la dependencia económica
- Gestión de la dependencia de sustancias psicotrópicas.
- Gestión de la dependencia afectiva.
- Gestión del territorio.
- Disponibilidad de los orificios potencialmente penetrables del cuerpo del otro.
- Privatización de tus propios orificios (especialmente del ano).
- Gestión del placer sexual.
- Desubjetivación afectiva.
- Desubjetivación comunicativa.
- Opacidad performativa (ocultar el carácter

construido de tu género, disimular el hecho de que tu identidad depende de una cadena de estereotipos culturales a los que tú también te sometes).

- Inducción de la producción bioquímica a través de la exposición sensorial.
- Compensación prostético-mítica (cuanto más grande es tu dildo más fuerte es el índice simbólico-técnico de penetración y, por tanto, mayor es la fractura creada en la subjetividad del otro).

1. Devenir un macho de élite

- Genérico: un cuerpo programado culturalmente como femenino.
- Prótesis sexuales (opcional): dildo.
- Técnica: reprogramación de una cis-mujer blanca de clase media en Brazo Peludo blanco de clase media.
- Efecto: remasculinización performativa.

Pagar las facturas, encenderle los cigarrillos, ofrecerle un cigarrillo pero nunca comprarle un paquete: hacerlo dependiente de mi propio deseo de fumar, «en realidad, a ti lo que te gusta es fumar cuando yo fumo, aspirar mi humo, tu deseo de fumar es mi deseo de fumar, tu deseo de follar depende de mi deseo de follarte», no responderle directamente a sus mensajes: si él dice «Te echo de menos», escribir: «Tomando un café al sol con Stéphanie, te llamo más tarde», cuando él acabe sus mensajes telefónicos con «Te quiero»

tardar veinte minutos en responderle, no entrar nunca en el baño al mismo tiempo que él, si él entra en la ducha cuando me estoy duchando, ponerlo a mis pies y obligarlo a chuparme el clítoris y salir después dejándolo solo en la ducha, hacer que las respuestas a sus avances sexuales sean aleatorias y dependan únicamente de mi deseo, intentar satisfacerlo sexualmente solo como conformación de mi propia potencia viril, preocuparme de su satisfacción sexual solo como signo de mi competencia, si él finge follando, creer firmemente en su parodia, no ponerla en cuestión, no darle mayor importancia, pasar de inmediato a hablar de mi propio placer, no leer ni su agenda ni sus mensajes de teléfono, no por respeto, sino por desinterés o indiferencia, evitar los gestos de ternura en el sexo y especialmente justo después del momento en el que él finge el orgasmo, no prestar atención a sus historias de familia o a las historias de terceras personas que pueblan sus conversaciones, comprarle lencería fina, perfumes, joyas, pero sin preocuparme en absoluto por su gusto o por su sentido de la masculinidad, haciendo que esos detalles sean solo signos exteriores de mi propio poder y autonomía, hacerlo dependiente de mí económicamente, tratarlo sexualmente como a una puta, como a una reina, pero siempre de forma aleatoria, de acuerdo solo a mis propios deseos, evitar preguntas como: «¿Qué te pasa?» «¿Estás bien?» «¿Hoy no te encuentras bien?», hacer exactamente en cada momento lo que me apetece sin pedirle permiso, sin tener en cuenta su deseo; en caso de extrema necesidad, por ejemplo, delante de su familia, iniciar la acción con la frase: «Te molesta si...», pero sin esperar siquiera a oír su respuesta, hacer que su presencia forme parte de mi atención periférica, hacer siempre otra cosa (enviar mensajes de teléfono, leer el periódico, leer mi email, hojear un libro o una revista) mientras me habla de asuntos que le preocupan, como problemas del trabajo o historias con su madre, escucharlo a condición de hacer otra cosa al mismo tiempo, decir, sí, sí, sí, o asentir con la cabeza si él insiste y pregunta: «¿Me escuchas?», no inmutarse ante su irritación, seguir con la misma acción, el mismo grado de escucha, y repetir: «Sí, sí, sigue», o quizá, si se queja de mi falta de atención, «Me cansas», preparar la cena, pero dejarle a él fregar los

platos la mañana siguiente, decirle: «Tienes un culo de una clase excepcional, nena» mientras me abro la bragueta y me meto mano, poner una cinta porno cuando me lo quiero tirar, ensayar las posiciones que he visto en el porno con él con mi Jimi, hacerlo gozar como una perra con mi dildo, con la boca, con la mano, agarrarle las muñecas violentamente cuando lo follo y dejarle marcas, bajar la basura mientras él limpia el pis de la perra, no llamar nunca a mi madre delante de él, llamar delante de él a mis amigas lesbianas o a los amigos trans que quieren echar un polvo conmigo (él sabe quiénes son) y reírme con ellos por teléfono mientras él ve la televisión a mi lado, cuando viene a buscarme a mi mesa de trabajo, no cerrar inmediatamente el ordenador para atenderlo, hacerlo esperar, hacer planes para el fin de semana sin pensar en sus días libres o en sus horarios con la seguridad de que él se adaptará amablemente, dejar que sea él el que me limpie el dildo después de follar, primero con la lengua, luego con una toalla húmeda, pero sin quitármelo, escuchar todos los días veinte minutos de Lemmy Motörhead a fondo, evitar mariconadas del tipo Madonna, Françoise Hardy, Jane Birkin, poseer un medio de transporte autónomo, una moto, un coche, si es posible un 4 × 4, ganar pasta, muchísima pasta, ser capaz de cualquier cosa por la pasta, ser capaz de traicionar a un amigo para ascender y ganar más pasta, tratarme con mis antiguas amantes, no porque quiera en realidad acostarme con ellas, sino simplemente para suplementar mi ego y aumentar su inseguridad, como método indirecto de control de sus sentimientos por mí, llevar mi dildo puesto si tengo que realizar tareas culturalmente consideradas como femeninas; por ejemplo, cuando voy a Monoprix, o cuando limpio la casa, después de realizar tareas domésticas meter una buena película porno y hacerme una buena paja como premio.

Sobre todo, no olvidar que ese cuerpo que tienes delante es el de un hombre sumiso, que es un hombre que te chupa el dildo el que hace de ti un verdadero hombre, un Brazo Peludo, un macho de élite. Todo depende de tenerlo bien a tus pies. De saberlo y de que él lo sepa. Y todo eso en silencio, como una presuposición densa pero transparente sobre la que se apoyan tus pies.

## 2. Devenir rey de la sodomía

- Genérico: un cuerpo programado culturalmente como femenino, suplementado por una prótesis pélvica de veintitrés por cuatro centímetros, revienta el culo de un cis-tío.
- Prótesis sexuales: dildo eyaculador.
- Otros materiales: leche condensada diluida, una jeringuilla.
- Técnica: reprogramación de una cis-mujer blanca de clase media en Brazo Peludo blanco de clase media tomando como objeto un cuerpo que ocupa culturalmente la posición de hombre.
- Efecto: remasculinización performativa.

Estoy salido como un verdadero hijo de puta. Mi polla sintética negra de veintitrés centímetros de largo por cuatro de diámetro empuja los botones de mis Levi's. Voy a partir en expedición anal, y como por azar, bio-muñeco, mi lugar de destinación está entre tus nalgas. A ti lo único que te queda por hacer es arrastrarte a cuatro patas hasta que tengas la lengua encima de mis botas y limpiármelas. Ven, acércate, sube la cabeza hasta mi dildo y mámamelo como si de ello dependiera tu vida. Porque es así. Porque eso es lo que en realidad te gusta. Comerle la polla a cualquier tecno-tío que encuentras. No te dejo tocarme porque tus manos solo merecen el suelo, el barro de mis botas. Abro tu ano de cis-gallito y lo profano con mi megadildo. Tú gimes y te retuerces de placer. Eres mi zorro lascivo. Peor que la más rastrera de todas las putas. Eres mi agujero lúbrico. Te haces el fuerte, pero en realidad lo que a ti te gusta es ser mi pequeño esclavo anal. Lleno tu culo de cis-machito de élite de leche condensada. Absórbela. Porque eso es lo que eres detrás de tu conciencia de cis-machito, un agujero negro

hecho para recoger la leche condensada de todos los dildos del planeta.

## *Bioterrorismo de género*

### El modelo Agnes

En octubre de 1958, una joven acude al departamento de psiquiatría de la Universidad de California en Los Ángeles. La recibe un equipo compuesto por un psiquiatra, un sociólogo y un psicólogo, Stoller, Garfinkel y Rosen, que llevan a cabo investigaciones avanzadas acerca de la identidad sexual. El registro médico nos describe a la joven de diecinueve años como una «mujer blanca que trabaja como secretaria en una compañía de seguros».[53] El informe añade: «Su apariencia es convincente. Es alta, fina y con formas femeninas... Presenta genitales masculinos y un pene normalmente desarrollado, así como caracteres secundarios del sexo femenino –pechos de talla mediana–, y no presenta vello ni sobre el rostro ni sobre el cuerpo.» Pero si la joven parece satisfacer las expectativas taxonómicas del grupo de tecnócratas del sexo que la examina es quizá porque, dicen, no presenta signos de «desviación sexual, travestismo u homosexualidad. Nada podría diferenciarla de una joven de su edad. Su tono de voz es agudo, no lleva los vestidos exhibicionistas y de mal gusto que caracterizan a los travestis o a los hombres con problemas de identificación sexual». En la historia médica, Garfinkel le atribuye el nombre ficticio de «Agnes», sin saber aún que está nombrando una revuelta en germen, una especie de futuros corderos que vendrán a infiltrar el régimen farmacopornográfico.

Primero el psiquiatra y más tarde el equipo médico completo, apoyados por un detallado análisis endocrinológico y hormonal, no dudan en llegar a un mismo diagnóstico. Se trata, afirman, de un caso de «verdadero hermafroditismo»: Agnes sufre de un «síndrome de feminización testicular», un tipo poco frecuente de intersexualidad en el que los testículos producen una cantidad

elevada de estrógenos (Garfinkel, 1967: 120-122; Hausman, 1995, y Denzin, 1990). Siguiendo el protocolo Money con respecto al tratamiento de intersexuales, que prevé la reasignación de sexo a través de técnicas hormonales y quirúrgicas, se le concede el derecho a obtener una vaginoplastia terapéutica, es decir, la construcción quirúrgica de una vagina a partir de su propio tejido genital, para restituir la coherencia entre su «identidad hormonal» y su «identidad física» (Money y Ekhardt, 1972). En 1959, Agnes será operada, el cuerpo cavernoso del pene y los testículos amputados y se le fabricará una vagina a partir de la piel del escroto. Algo más tarde Agnes accederá al cambio de nombre legal, es decir, a que un nombre femenino figure en su carné de identidad.

Desde el punto de vista del discurso médico tradicional, la historia de Agnes parece narrar la gestión de un problema de intersexualidad al que la medicina ha sabido dar respuesta con éxito. Por el contrario, si leemos esta historia con la mirada paranoica de Foucault, deberíamos inclinarnos por la hipótesis según la cual los dispositivos de control del cuerpo y de la sexualidad de las instituciones médico-legales disciplinarias se han desplegado sobre el cuerpo de Agnes con eficacia máxima. Si comparamos la historia clínica de Agnes con la trágica narración de la vida y muerte de Herculine Barbin (autobiografía de un hermafrodita de finales del siglo XIX que, ante la demanda de elegir un solo sexo, se suicida), podríamos concluir que, en el caso de Agnes, el aparato represivo, transformado en empresa de salud pública, se ha dotado ahora de una nueva sofisticación endocrinológica y quirúrgica para conseguir de forma aún más virtuosa aquello que la medicina de la época de Herculine Barbin solo había podido soñar: establecer una relación unívoca entre sexo, género y sexualidad, haciendo del cuerpo una inscripción legible y referencial de la verdad del sexo (Foucault, 1985).

La historia de Herculine Barbin (publicada a finales de los años setenta por el grupo de investigación de Foucault y convertida en bestseller) servirá a Foucault como ficción originaria a partir de la cual construir su propia teoría de la sexualidad. Para Foucault, si Herculine está condenada a muerte (o mejor dicho al suicidio) es

precisamente porque se sitúa en el punto de ruptura de dos epistemes de la sexualidad. Herculine existe en un vacío de la representación del sexo, como si su cuerpo hubiera caído en la brecha que separa dos ficciones discordantes del yo. Herculine no es un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer, ni tampoco una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, sino más bien un cuerpo atrapado entre discursos de la sexualidad discordantes. Mientras que, según Foucault, los hermafroditas anteriores a finales del siglo XIX habitan en un mundo sin identidades sexuales donde la ambigüedad de los órganos abre una pluralidad de identificaciones sociales (como es el caso de Marie-Madeleine Lefort, que vivió en el siglo XIX, a la que podríamos considerar tanto una mujer con barba y pene como un hombre con pecho), la nueva episteme de la sexualidad que Foucault denuncia obligará a Herculine Barbin a elegir una única identidad sexual y, por tanto, a restablecer la coherencia entre los órganos, la identidad de género (masculino o femenino) y la identidad sexual (heterosexual o perversa). En último término, Herculine Barbin produce una serie de discontinuidades insalvables en esta cadena causal de producción del sexo que la llevarán a convertirse no solo en un espectáculo médico sino también en una monstruosidad moral.

Siendo fieles a este modelo de análisis foucaultiano, parecería lógico inclinarse por una exaltación de la resistencia a la integración de Herculine y una crítica de la facilidad con la que Agnes parece ser absorbida por los aparatos biopolíticos.

Sin embargo, esta lectura foucaultiana del caso de Agnes, en la que el poder aparece como una instancia de subjetivación normalizante, se complica cuando, poco después de su operación y de su cambio de identidad legal, Agnes produce una narración alternativa de su propio proceso de transformación corporal en la que desafía y ridiculiza las técnicas científicas de diagnóstico psiquiátrico y hormonal a las que deben someterse los transexuales en las instituciones médico-legales contemporáneas. Esta segunda narración presenta un modelo relativamente modesto pero muy eficaz de bioterrorismo de género, o, por decirlo de otro modo,

muestra la manera en la que un tecno-cordero puede comerse a una manada de lobos farmacopornográficos.

Varios años después de su vaginoplastia, Agnes vuelve al médico por un problema ginecológico y construye un segundo relato autobiográfico: dice entonces haber sido un joven de sexo anatómico masculino llamado Steve que comienza, en los inicios de su adolescencia, a tomar en secreto Silberstrol, un preparado a base de estrógenos que le ha sido recetado a su madre como parte de una terapia de tratamiento antimenopáusico. Según esta segunda narración, todo comenzó siendo un juego: cuando su hermana, unos años mayor que él, empieza a tomar la píldora, Agnes, entonces todavía un niño, decide hacer lo mismo y empieza a tomar las hormonas de su madre. Steve-Agnes siempre ha deseado ser una chica, y ahora, gracias a los estrógenos de su madre, le empiezan a crecer los pechos al mismo tiempo que se suavizan algunos de los signos indeseados de su pubertad (como el vello facial) (Garfinkel, 1967: 288). Al principio le roba a su madre una o dos pastillas ocasionalmente; luego serán paquetes enteros.

La segunda narración de Agnes viene a cuestionar la teoría del poder y de la subjetivación de Foucault, pero también, y por extensión, a poner en tela de juicio algunos de los ejes argumentativos de la teoría de la identidad performativa de Judith Butler a los que a menudo se ve reducida la teoría *queer*.

En primer lugar, Foucault traza una cartografía política en la que un conjunto difuso y tentacular de disciplinas de normalización biopolítica determina formas de subjetivación. En este sentido, y siguiendo a Maurizio Lazzarato, creo necesario compensar esa noción un tanto paranoica de *bio-pouvoir* con la noción spinoziana de *puissance*: como veremos al analizar la narración de Agnes, hoy los cuerpos de los anormales, lejos de ser dóciles, como Foucault indicaba en *Vigilar y castigar*, se han vuelto potencias políticas, *puissances politiques*, y, por tanto, posibilidades de crear nuevas formas de subjetivación.

En efecto, el caso de Agnes puede entenderse desde un punto de vista butleriano como una instancia de resignificación y de reapropiación performativa. Lo que Agnes ha aprendido es que la

identidad de género, ya sea intersexual, transexual o «normal», no es otra cosa que un *script*, una narración, una ficción performativa, una retórica en la que el cuerpo actúa al mismo tiempo como escenario y como personaje principal (Butler, 2006a: cap. 3, análisis de un caso de intersexualidad). Agnes evita estratégicamente la inclusión de determinadas historias en su narración frente al psiquiatra. Por ejemplo, omite la referencia a sus relaciones sexuales con mujeres, que podrían hacer pensar en una posible inclinación lésbica tras el cambio de sexo. Su narración incide, por el contrario, en tropos que pertenecen al *script* del diagnóstico intersexual: su deseo de vestirse con falda, su sensibilidad o su amor a la naturaleza, por ejemplo.

Agnes hace efectivo un proceso de reapropiación de las técnicas performativas de producción de la identidad sexual por parte de las comunidades de gays, lesbianas, transexuales y transgénero, que hasta ahora habían sido el objeto de una construcción como «anormales o perversos». En ese sentido podríamos calificar de *queer* este tráfico de ficciones a través del que ciertos enunciados de género son extirpados de la autoridad del discurso médico (precisamente en el momento mismo de su invención) para ser usados por un nuevo sujeto de conocimiento que ahora reclama su calidad de «experto».

Solo podemos entender el caso de Agnes a través del análisis de los procesos tecnológicos de inscripción que harán que su «imitación» de la intersexualidad pueda pasar por natural. Se trata no solo de señalar el carácter construido del género, sino, más aún, de reclamar la posibilidad de intervenir en esa construcción hasta el punto de crear formas de representación somática que se harán pasar por naturales.

Agnes desafía la lógica de la imitación según la cual un transexual femenino es un hombre biológico que imita a una mujer. Parece haber dado una vuelta de tuerca a la relación entre *drag queen* y feminidad; o entre copia y original, naturaleza y artificio, seriedad y irreverencia, fondo y forma, discreción y extravagancia, estructura y decorado. En este caso, Agnes ya no imita o pretende hacerse pasar por una mujer a través de una performance más o menos

estilizada. A través de la ingestión de hormonas y de la producción de una determinada narración, Agnes se hace pasar «fisiológicamente» por un hermafrodita para poder tener acceso a un tratamiento de reasignación de sexo sin pasar por los protocolos psiquiátricos y legales de la transexualidad.

Lo que Agnes está criticando a través de su incorporación de la desviación, entendida en sentido médico, no es la masculinidad o la feminidad en sí mismas, sino (en un segundo grado de comprensión de la complejidad de las tecnologías del género) el propio aparato de producción de la verdad del sexo en la era farmacopornográfica. Si el *camp*, que emana de la cultura del travestismo y de la transexualidad, ha sido definido por Susan Sontag (1996) como la crítica del original a través del proceso de producción del doble, de la copia o de la *contrafaçon,* entonces podemos decir que de algún modo Agnes lleva al límite la noción misma de *camp* hasta hacerla obsoleta. Si en el *camp* la estética suplanta a la moral y el teatro suplanta a la vida, en el caso de Agnes la tecnología somática vuelve para suplantar a la estética y la vida vuelve para suplantar al teatro.

Agnes es una bio-*drag* en la que el cuerpo mismo lleva a cabo el proceso de imitación, acabando así con las oposiciones de la metafísica tradicional que tantos problemas han generado en la teoría performativa de Butler, oposiciones entre la fachada y el interior, la performance y la anatomía, el cuerpo y el alma, la genética y la identidad. En último término, Agnes es un artefacto cultural de consistencia orgánica, una ficción cuyos contornos son somáticos.

Si aceptamos que Agnes es un cyborg farmacopornográfico, habría que decir que su madre (enganchada a la ingestión, al parecer un tanto caótica, de una tecnología hormonal de sustitución) y su hermana (que consume la píldora *antibaby* desde la adolescencia) también lo son. Ambas se dejan habitar, al tragar sus inofensivas pastillas, por ficciones biotecnológicas de la identidad. La diferencia es que mientras que Agnes parece reapropiarse de las técnicas de subjetivación y de *genderización* de su cuerpo, su

hermana y su madre ingieren inconscientemente sendas tecnologías como si fueran suplementos de feminidad.

El cuerpo de Agnes no es la materia pasiva sobre la que actúan una serie de dispositivos biopolíticos de normalización del sexo ni tampoco el efecto performativo de una serie de discursos sobre la identidad. El cuerpo de Agnes, verdadero monstruo sexual de autodiseño, es el producto de la reapropiación y del agenciamiento colectivo de ciertas tecnologías del género para producir nuevas formas de subjetivación.

Agnes permite modelar una forma de bioterrorismo de género ligero, modesto y autoexperimental que podríamos denominar, pensando en las políticas de gestión del software libre (Lessig,[54] 1999), *gender-copyleft*, una micropolítica de células que, más allá de las políticas de representación, busca puntos de fuga frente al control estatal de flujos (hormonas, esperma, sangre, órganos, etc.) y códigos (imágenes, nombres, etc.) y la privatización y mercantilización por las multinacionales farmacopornográficas de estas tecnologías de producción y modificación del género y el sexo. Su axioma: el principio autocobaya. Su objetivo: luchar contra la privatización del cuerpo y la reducción de la *potentia gaudendi* a fuerza de trabajo, marca registrada, copyright y biocódigo cerrado. Su modo de funcionamiento: piratería de hormonas, textos, saberes, prácticas, códigos, placeres, flujos..., la transformación del cuerpo de la multitud en archivo político abierto.

## Trampas del liberalismo farmacopornográfico

En el actual contexto es posible imaginar (al menos) dos vías de desarrollo de la economía farmacopornográfica frente a las que diferentes modos de activismo podrían ser articulados:

1. El mantenimiento de Estados teológico-humanistas que regulen la acción de la economía liberal farmacopornista. Las actuales multinacionales farmacopornográficas funcionarían como tentáculos liberales dentro de los actuales Estados-nación (que seguirían percibiéndose a sí mismos como soberanos y paternalistas) y

pactarían con estos sus directrices de uso y consumo de drogas y de materiales pornográficos.

2. El devenir Estado de la industria farmacopornográfica. Podríamos también asistir a un proceso de privatización de los actuales Estados-nación, que se verían progresivamente absorbidos por la industria farmacopornográfica. Esta sería una estrategia de las actuales empresas farmacopornográficas para escapar de las regulaciones impuestas por los actuales Estados-nación (progresiva transformación de las patentes farmacéuticas en genéricos, regulación más o menos severa de la producción y puesta en circulación de material audiovisual pornográfico e intentos de abolición de la prostitución), accediendo a la dirección política de las nuevas comunidades nacionales (Unión Europea, Estados Unidos, China, la India), comprando las instituciones estatales (el Ministerio de Sanidad o de Justicia, el complejo industrial prisión, por ejemplo) y poniéndolas a trabajar a su servicio, llenando esas instituciones arcaicas de nuevos contenidos cuyo único objetivo será el aumento del consumo y de los beneficios farmacopornográficos.

De hecho, las industrias farmacéuticas compiten ya (están en guerra) con y dentro de los antiguos Estados-nación... La guerra por venir no es una guerra entre Estados (Israel-Palestina, o Estados Unidos-Irán-Iraq-India), sino más bien una guerra de las multinacionales farmacopornográficas (aliadas en diversa medida con los Estados-nación) contra una multitud de cuerpos vulnerables, una guerra de las compañías farmacéuticas que detentan el copyright de los principios activos contra los recolectores tradicionales de plantas y sus saberes específicos, una guerra de los complejos industriales-prisión contra las poblaciones racializadas y pauperizadas, una guerra de bloques multinacionales que coordinan la gestión de las instituciones médicas, jurídicas y los mercados de consumo liberal y sus fronteras contra cuerpos privados de nacionalidad, una guerra de los sistemas de control que construyen sujetos sexuales dóciles por la explotación total y sin límites de su *potentia gaudendi*.

La historia de las transformaciones de la producción, distribución y consumo de la heroína nos da algunas pistas sobre la posible

evolución de la gestión legal y política de las hormonas sexuales. Aunque sus orígenes comunes no resulten hoy evidentes, la heroína y la aspirina fueron sintetizadas en el mismo año, 1897, en el mismo laboratorio, por Hoffman y Eichengrün a través del mismo procedimiento. Se trataba simplemente de la acetilación de la morfina (en el caso de la heroína) y del ácido salicílico (en el caso de la aspirina). La heroína y la aspirina se comercializan un año después legalmente por Bayer para el tratamiento de diversas afecciones pulmonares, por sus virtudes expectorantes y analgésicas. Aunque las restricciones de producción y distribución de la heroína comienzan en los años veinte, todavía es posible encontrar píldoras a base de heroína en el catálogo farmacológico de Gran Bretaña en 1949. En 1978 era todavía legal vender cabezas de amapola de opio en las farmacias inglesas (Carnwath y Smith, 2006: 34-49). Después de cincuenta años de represión y criminalización de la venta de heroína, que han llevado a la degradación de los campos de cultivo, la adulteración de la sustancia y la corrupción de las redes de tráfico, los especialistas hablan hoy de una progresiva reintegración de la heroína en el mercado farmacéutico legal. Así, por ejemplo, el grupo Macfarlan de Edimburgo progresa cada año en el uso experimental y terapéutico de esta sustancia (Carnwath y Smith, 2006: 29).

Estas modificaciones del estatuto legal de una sustancia y la calificación del consumidor como criminal o enfermo mental (adicción en el caso de la heroína, disforia de género en el caso de las hormonas sexuales) permiten establecer una filiación política entre drogas ilegales y biocódigos de producción del género. Las llamadas hormonas sexuales, cuyo consumo está fuertemente regulado por el Estado, son drogas, si no ilegales, al menos políticamente controladas, cuyo uso, debido a su potencialidad de transformador de género y sexual, está sujeto a restricciones específicas que siguen criterios de control y canales de distribución que se asemejan a los de los productos narcóticos. Esta relación estructural nos permite elaborar estrategias de lucha común contra el actual control farmacopornográfico.

¿Cómo actuar frente la resistencia de los Estados a legalizar la

venta de la heroína farmacéutica o a la despsiquiatrización del consumo de las hormonas sexuales? Pensando en la actual proximidad entre los Estados neoliberales, las multinacionales farmacéuticas y las redes del narcotráfico, parece urgente que los yonquis (usuarios de drogas ilegales) y los disfóricos de género (usuarios de hormonas sexuales) se organicen en asociaciones de consumidores de drogas y fuercen a los complejos Estado-industria farmacéutica-redes del narcotráfico a facilitar el acceso libre y sin restricciones a estos biocódigos de producción de la subjetividad. Del mismo modo que las usuarias de Agreal pudieron demandar al laboratorio Sanofi-Aventis por los efectos secundarios que causaba este medicamento, destinado en principio a paliar los síntomas de la menopausia, al bloquear la acción del neurotransmisor dopamina, los usuarios de la heroína podrían demandar al Estado en caso de mono o sobredosis por impedir que esta sustancia pueda ser producida, distribuida y consumida de modo seguro y legal por sus usuarios. Esta presión política conduciría de manera progresiva a la producción y distribución de la heroína (o cocaína, MDA, etc.) como genéricos que podrían adquirirse libremente en el mercado farmacéutico. Esto implicaría en último término un proceso de devenir-empresa o, al menos, lobby de consumidores de biocódigos de las actuales asociaciones de gays, lesbianas, transexuales y transgénero.

## Hackers de género y sexuales

Los cis-hombres y las cis-mujeres (indistintamente heterosexuales y homosexuales), pero también los transexuales que tienen acceso a técnicas quirúrgicas, endocrinológicas o legales de producción de identidad, no son simples clases económicas en el sentido marxista del término, sino auténticas «fábricas farmacopornopolíticas», al mismo tiempo materias primas, productores (raramente propietarios) de biocódigos de género y consumidores farmacopornopolíticos.

Actores porno, putas, transgéneros, anarco-*queer*, productores, traficantes y consumidores de drogas ilegales habitan culturas

diferentes, pero todos ellos son utilizados como laboratorios vivos de producción de subjetividad. Todos ellos tienen en común el hecho de que venden, compran o acceden a sus biocódigos como propiedad farmacopornopolítica. La irrupción de nuevos estatutos de género da lugar a una nueva clase de conflictos entre propietarios y gestores de las patentes de microtecnologías de subjetivación (hormonas sexuales, moléculas psicotrópicas, códigos audiovisuales, etc.) y productores y traficantes de estos tecno-biocódigos. Los empresarios farmacopornográficos, actuales líderes del capitalismo global, tratan, a través de técnicas legales, de restringir los biocódigos de género y convertirlos en un objeto escaso y naturalizado. Se trata de controlar y limitar tanto los usos de las hormonas sexuales como los usos de la imagen pornográfica.

Los hackers informáticos utilizan internet y los programas copyleft como herramientas de distribución libre y horizontal de información, y afirman con acierto que el movimiento social que ellos lideran está al alcance de todo el mundo vía internet. El movimiento farmacopornográfico copyleft tiene una plataforma tecno-viva mucho más fácilmente accesible aún que internet: el *cuerpo*. Pero no el cuerpo desnudo, el cuerpo como naturaleza inmutable, sino el cuerpo tecno-vivo como archivo biopolítico y prótesis cultural. Tu memoria, tu deseo, tu sensibilidad, tu piel, tu polla, tu dildo, tu sangre, tu esperma, tu vulva, tus óvulos... son las herramientas de una posible revolución *gender-copyleft*.

Los productores de biocódigos sexuales son muy diferentes entre sí. Algunos gozan de privilegios económicos y sociales, como los modelos a través de cuyos cuerpos se producen los códigos dominantes de la belleza masculina y femenina; otros, como los actores porno o las trabajadoras sexuales, carecen de normativas respecto a la venta libre de sus biocódigos. Pero todos ellos dependen de la industria farmacopolítica y de sus alianzas locales con las fuerzas policiales de los Estados-nación. En un momento determinado, todos ellos se pueden ver en la situación de traficar como hackers.

Agnes, Del LaGrace Volcano, Kate Bornstein, Jacob Hale, Dean Spade, Cheryl Chase, Sandy Stone, King Erik, Moisés Martínez,

etc., son mis maestros, *hackers* del género, auténticos traficantes de hormonas y flujos semiótico-técnicos, productores de biocódigos copyleft.

Las tácticas *gender-copyleft* deben ser sutiles pero determinantes: está en juego el devenir código sexual y de género abierto de la especie. No habrá un único nombre que pueda ser inmediatamente transformado en patente. Será nuestra responsabilidad desplazar el código para abrir la práctica política a múltiples posibilidades. Este movimiento que ya está en marcha podría llamarse Posporno, Fuckware libre, Bodypunk, Opengender, Tírateatupadre, Estadopenetrado, TotalDrugs, PornTerror, Analinflation, TecnoPriapismoUniversalUnited...

Este libro, heredero de las políticas de autoexperimentación de Agnes, es un protocolo de autoensayos efectuados con testosterona en gel, ejercicios de envenenamiento controlado en mi propio cuerpo. Me infecto de un significante químico marcado culturalmente como masculino: demasiado para unas, demasiado poco para otros. Para las lesbianas ya soy trans, aspiro a la masculinidad, estoy manchada de testosterona y, por tanto, he abandonado el territorio de la complicidad femenina. Para los transexuales normativos, aquellos que se identifican con las demandas médicas de cambio de sexo, soy simplemente una lesbiana que no tiene lo que hay que tener.

Vacunarse de testosterona puede ser una técnica de resistencia para los cuerpos que hemos sido asignados como cis-mujeres. Adquirir una cierta inmunidad política de género: como coger un pedo de masculinidad, estar borracha de masculinidad. Saber que es posible devenir la especie dominante.

Poco a poco, la administración de testosterona ha dejado de ser un simple ensayo político y se ha convertido en una disciplina, una ascesis, un modo de resucitar tu espíritu a través del vello que crece sobre mis brazos, una adicción, un logro, un escape, una cárcel, un paraíso.

Las hormonas no son otra cosa que drogas. Drogas políticas. Como todas las drogas. En este caso, la sustancia no solo modifica el filtro a través del que descodificamos y recodificamos la realidad,

sino que modifica radicalmente el cuerpo y, por tanto, el modo en el que somos descodificados por los otros. Seis meses de testosterona y cualquier cis-mujer, no una marimacho o una lesbiana, sino cualquier *playgirl*, cualquier chavalita de barrio, una Jennifer Lopez o una Madonna, puede volverse un miembro de la especie masculina indiscernible de cualquier otro miembro de la clase dominante. Dos eventuales problemas: la talla, puesto que la mayoría de las cis-mujeres suelen ser más bajas que los cis-hombres, y la falta de pene. Por tanto, hablamos aquí de una codificación de género y no de sexo. Todavía no hemos dicho nada de lo que sucede en el sexo.

Primera falacia desenmascarada: tomar testosterona no nos cambia de sexo; cambia (o puede cambiar, dependiendo de la dosis) el modo en el que el género es descodificado socialmente. Segunda falacia desenmascarada: la testosterona no tiene por qué ser utilizada para cambiar de género, sino simplemente como cualquier otra droga, para modificar el cuerpo y sus afectos.

Rechazo la dosis médico-política, su régimen, su regularidad, su dirección. Abogo por un virtuosismo de género: cada cual, su dosis; cada contexto, su exigencia precisa. Aquí no hay norma, hay simplemente una multiplicidad de monstruosidades viables. Yo tomo testosterona como Walter Benjamin tomaba hachís o como Freud tomaba cocaína. Esto no es una excusa autobiográfica, sino una radicalización (en el sentido químico del término) de mi escritura teórica. Mi género no pertenece ni a mi familia ni al Estado ni a la industria farmacéutica. Mi género no pertenece ni siquiera al feminismo, ni a la comunidad lesbiana, ni tampoco a la teoría *queer*. Hay que arrancarle el género a los macrodiscursos y diluirlo en una buena dosis de psicodelia hedonista micropolítica.

No me reconozco. Ni cuando estoy en T., ni cuando no estoy en T. No soy ni más ni menos yo. Contrariamente a la teoría lacaniana del estadio del espejo, según la cual la subjetividad del niño se forma cuando este se reconoce por primera vez en su imagen especular, afirmo que la subjetividad política emerge precisamente cuando el cuerpo/la subjetividad no se reconoce en el espejo. Experimenté por primera vez esa sensación después de una operación de reconstrucción de mandíbula a la que me sometí, por prescripción

médica, cuando tenía dieciocho años. Es fundamental no reconocerse. El des-reconocimiento, la des-identificación son condiciones de emergencia de lo político como posibilidad de transformación de la realidad. La pregunta que Deleuze y Guattari se hacían en *El Antiedipo* en 1972 nos sigue quemando la garganta: «¿Por qué las masas desean el fascismo?» (Deleuze y Guattari, 1972: 306). No se trata aquí de oponer política de la representación y política de la experiencia, sino más bien de tomar conciencia de que las técnicas de representación política implican siempre programas de producción de subjetividad corporal. No estoy optando aquí por la acción directa frente a la representación, sino por una política de la des-representación, una política de la experiencia que no confía en que la representación como externalidad pueda aportarle verdad o felicidad.

No me queda más remedio en esta tarea de terapéutica universal que inicio a través de estas contenidas dosis de testosterona y escritura que convenceros a vosotros, a todos, de que sois como yo y no a la inversa. No os voy a decir que yo soy igual que vosotros, que me dejéis participar en vuestras leyes, ni que me reconozcáis como parte de vuestra normalidad social. Sino que aspiro a convenceros de que vosotros sois en realidad como yo. Estáis tentados por la misma deriva química. La lleváis dentro: os creéis cis-mujeres, pero tomáis la píldora; cis-hombres, pero tomáis Viagra; sois normales pero tomáis Prozac o Seroxat a la espera de algo que os libre del tedio vital; os chutáis cortisona, coca, Ritalina o codeína. Vosotros, todos, sois también el monstruo que la testosterona despierta en mí.

# 13. LA VIDA ETERNA

A la salida de un seminario sobre Spinoza, durante las once paradas de metro que separan Saint-Germain-des-Prés y Pyrénées, un intelectual negrista me cuenta la historia de los amores tóxicos de Félix Guattari y Gilles Deleuze. No sé si es cierta, pero me resulta fácil creerle. Pienso en mi amor por V. D. En mi relación con T. Dice que Félix, depresivo y abstemio, operaba como un conector detoxificador entre las adicciones psicotrópicas de sus amantes y el alcoholismo de su amigo Gilles. El cis-hombre que me cuenta la historia está indudablemente celoso del inquebrantable lazo químico entre aquellas mujeres y el polvo blanco, envidioso de la pasión postal entre Félix y Gilles. Luego sabré que esa versión solo es cierta a medias. En todo caso, el amor y la escritura surgen de una cibernética tóxica, de un feedback narcótico en el que el adicto no es aquel que ingiere la sustancia.[55]

En la clínica de La Borde, Guattari buscaba formas de terapia política a través de las que curar no a los individuos (ficciones modernas de las que ya se ocupa con esmero el psicoanálisis), sino a los sistemas, las instituciones, las configuraciones de poder. Se pone así a trabajar su propia cibernética amorosa, los modos específicos en los que el afecto crea circuitos, dibuja nuevas conexiones eléctricas en áreas altamente especializadas del neocórtex cerebral, con las asociaciones, las imágenes mentales, los lugares específicos del placer y del dolor que aparecen en el curso de la relación amorosa y sexual.

En un sentido cibernético del término, el amor es un tipo de mapa de conexiones neurológicas que durante un tiempo regula nuestra producción de afectos. El funcionamiento de este sistema electrocelular se asemeja a los circuitos que rigen las contracciones tónica, clónica y fásica de la epilepsia por una parte y el latido, el

espasmo y la tensión fibrosa del corazón por otra. Transmisión de corrientes eléctricas de membrana a membrana. Se trata de un movimiento rítmico, de la producción de afectos (poco importa que estos sean positivos o negativos) intensos con suficiente regularidad. El amor, como sistema prostético de información psicosomática, nos transforma en una bestia cibernética adicta. Como los gatos experimentales con los que el inventor de la cibernética Norbert Wiener trabaja en la Fundación Rockefeller después de la Segunda Guerra Mundial: el amante es un gato cuyo cerebro, extirpado bajo anestesia local, ha sido sustituido por una conexión eléctrica a un mecanismo vivo informático externo. En tiempos de Proust, el dispositivo escritura/lectura era el único medio virtual de implantación prostética. Después de la Segunda Guerra Mundial, con la electrificación digital de la totalidad de la ciudad, de la casa, del cuerpo, este sistema prostético de información se extiende de forma indefinida a través de redes cibernéticas globales. Hoy estar enamorado es forzosamente comunicar con la totalidad del planeta. Sentir el planeta.

El amor es siempre una cibernética de la adicción. Dejar una adicción con alguien, por alguien, hacer de ese alguien el objeto de la adicción, o hacerse adicto a una tercera sustancia por alguien. Ella, yo, la testosterona. La testosterona y yo. Ella y yo. Ella o la testosterona. Ella = la testosterona. Producir o consumir testosterona. Prescindir de la testosterona por ella. Absorber su testosterona.

No me sorprende que fuera Guattari el que, entrando una vez más en una cibernética filosófica única, llevara al inorgásmico Deleuze hasta los jadeos del *Antiedipo*. Como Hahnemann, el inventor de la homeopatía, Bateson o Erickson, experimentadores psicosomáticos de Palo Alto, Deleuze y Guattari son los maestros de una práctica biosófica que podría recibir el nombre de homeopatía política o de exorcismo político molecular. Más allá de la filosofía. O, más bien, filosofía para el tercer milenio.

La filosofía como pensamiento, diálogo y escritura pudo ser la práctica idónea en el mundo griego. La filosofía era un ejercicio de producción virtual de subjetividad en un mundo donde la rueda y la

escritura eran las dos únicas tecnologías básicas. Un ejercicio de lenguaje que produce como residuo una ficción política (individual o colectiva) que no existía antes de comenzar ese discurso. En el siglo XVI, la masturbación técnica, con sus aparatos mecánicos y eléctricos de control del cuerpo y de vigilancia del alma, inaugura una nueva era de la filosofía como «abuso de sí». En el siglo XX, la bomba de hidrógeno, la guitarra eléctrica, la teletransmisión de ondas telegráficas y telefónicas, la cibernética, el circuito integrado, el contagio viral, la contaminación atmosférica, etc., demandan un tipo de filosofía englobante, una filosofía como ecología farmacopornográfica.

*Fisting God-Doherty*

Ella y yo llevamos dos días follando sin apenas interrupción. El Testogel y el lubricante se han vuelto arquitectura, una edificación gelatinosa y brillante que se derrama sobre nosotros. Es el espíritu en su estado viscoso y adherente. El sistema de autopistas de su cuerpo alimenta las funciones de entrada y salida, en forma de una pared elástica semilíquida que se comporta como un todo secuencial. Su cuerpo es un club selecto. Lo llaman *Hardplay space*. Lo mejor que he probado nunca. Las Vegas celular. La testosterona en gel y el lubricante engrasan el aire, chorrean por mi pelo. Respiro su consistencia semilíquida sin dificultad, mis pulmones han debido de volver al estado anfibio en el que estaban en su fase fetal. El lubricante reduce el índice de fricción, reduce el conflicto, el estrés, la diferencia, afina las paredes del yo. Reduce la individualidad a su estado mínimo, allí donde el alma se confunde con el medioambiente.

Hace un calor tropical. Cuando estoy a punto de convencerme de que estoy en un paraíso inmanente y sin Dios, una presencia semimasculina se acerca a mí. Una jaula blanca con un cartel que dice «God» en letras doradas se desliza desde lo alto de la pared hasta el lugar en el que yo me encuentro. La puerta se abre dejando en libertad a un tipo. Dios es Pete Doherty. Lleva puesta una

camiseta blanca Fred Perry, pantalones vaqueros blancos y zapatillas de deporte Stan Smith inmaculadas. Incluso sus ojeras resultan blanquecinas en medio de la nube que deja la jaula vacía al retirarse casi volando. Lo que está claro es que a Dios, en estos tiempos que corren, las cosas ya no le resultan tan fáciles como antes. Realmente, tiene un look un tanto afeminado, o, más bien, es como una cis-mujer bajo los efectos virilizantes de la testosterona, todo ello rebajado gracias a las cualidades neutralizantes de la heroína. Es una figura narcótica de lo andrógino. Pero, a pesar de su apariencia un tanto amariconada, Dios no ha perdido su condición divina. Sigue siendo una *rockstar* y, por tanto, profundamente indiferente a las miserias de la especie humana. Se toma con calma el hecho de que el planeta avance hacia su temprana autodestrucción.

No paso ni siquiera un segundo en su divina presencia antes de darme cuenta de que hay docenas de periodistas desnudos que lo esperan, cientos de chavalitas adolescentes vestidas como putas, con la única diferencia de que toda la lencería es únicamente blanca. Intento abrirme paso entre la masa de naturistas. El cielo es un gigantesco centro de pornocomunicaciones, una tecnología del orgasmo farmacológicamente controlado, y Pete Doherty es el jefe.

Dios zigzaguea y avanza hacia mí entre la multitud caminando sobre olas humanas. Me mira con ojos de niña y dice: *Cool*. Se ríe. Mi única salida es mantener un perfil bajo y besarle los pies. Estoy aquí, dios Doherty, para llenarte de placer político *queer*, no me arrojes del paraíso, señor, no lo merezco. No necesito decir más. Ni siquiera parece escucharme. El cielo es una forma de telecomunicación orgánica que distribuye la información externa a lo largo de la espina dorsal a la velocidad del sonido. Las palabras dichas son banales, pero se desatan una a una del lenguaje a medida que se pronuncian para dejar paso a una forma de significación inmediata. Por un momento, Doherty y yo existimos en continuidad. No necesita decir lo que quiere de mí y de mis técnicas de placer. Lo siento. Como si hubiéramos firmado un contrato sexual. Sin hablar, acerca su culo, desabrochándose los botones de su pantalón vaquero. Aquí, el ano de Doherty dicta la ley. Se inclina

y me muestra su culo. Noto que está listo para entrar en algo serio. Su ano se convierte en mi señor. Grandes cantidades de lubricante emanan a chorros de surtidores celestiales formando cortinas translúcidas. Meto la mano en una de ellas y engraso el culo de Dios Doherty hasta que chorros de oro transparente caen por sus piernas mojando sus pantalones encogidos en torno a sus tobillos. Me introduzco en el ano de Dios con un dildo de veintidós centímetros. Entro y salgo del ano de Doherty, produciendo un sonido celestial al abrirme paso entre sus tripas. Su ano da la bienvenida a mi brutalidad. La virilidad de Dios Doherty se mide por la abertura de su ano. El culo de Dios está listo para un fisting bestial. Sabe que esos veintidós centímetros de silicona son la preparación para algo más. Ahora que todo su cuerpo es una única pared enrollada en torno al agujero de su ano, me lleno el brazo de lubricante y lo penetro. Mi brazo entero se cuela apenas sin esfuerzo y vibra en su interior. Soy la mano del universo y tú eres el *heaven-hole*. Mi brazo gira en su interior con el mismo movimiento con el que se arranca un coche. Las cortinas de lubricante que nos rodean crean una superficie especular. Veo nuestra imagen: un único cuerpo con dos cabezas, cuatro piernas y tres brazos. Da gusto ver mi antebrazo haciéndole el amor a Dios. La publicidad de esa imagen me excita. Estoy a punto de correme con el brazo en olas que se transmiten desde las paredes de su intestino hasta mi mano y de ahí a mi columna vertebral. Esa vibración se difunde al resto de su cuerpo. Su ano está ahora completamente dilatado. Su ano es un sacrificio que se ofrece al éxtasis sin género de mi brazo. Nuestros cuerpos así reunidos son la comunidad lúbrica mundial. Intimidad global. La historia completa del rock & roll sale de su ano a través de mi brazo haciendo de mi cuerpo un instrumento orgánico electrificado. Es la música del Anocoño. Es así, en medio de esa contemplación, como alcanzo la iluminación: la verdad de la existencia es sexo sonoro administrado en microdosis letales.

*Brazo Peludo*

V. D. edita el clip de «Mauvaise étoile». La voz de Patrick Eudeline se enrolla alrededor de cuerpos tatuados de lesbianas y rockboys, del brazo oscuro de Daniel Darc, de la reliquia del desamor de Busty, del pulpo que devora las niñas de Axelle Le Dauphin, de la estrella que te lleva hasta el sexo de Sandy, de la P sacramental de Emma y del corazón lleno de lágrimas negras del que P. M. se ha llevado la llave para siempre. V. está metida en la alquimia de cortar las imágenes y mezclarlas con la música. Me envía un mensaje de texto: puedo pasar a verla. Puedo comprar papel de fumar OCB si encuentro y si soy tan amable. Puedo ir cuando quiera. La productora de cine está en un bajo de la rue Saint-Martin. Marco el código de acceso. Paso la primera puerta y llamo a la segunda. V. D. me abre. Se ha pintado las uñas, se ha maquillado los ojos. Es mi puta. Me besa, me coge por la cintura y me empuja para hacerme atravesar el local. Una productora de cine es una estación de fabricación de masculinidad: un máximo de tecnología y un mínimo de confort doméstico. Moqueta gris sucia, estanterías llenas de casetes, ordenadores, monitores, mesas de mezclas; al fondo, en una disposición que se aproxima al umbral en el que un espacio interior se convierte en un vertedero público, una mesa llena de manchas y de latas vacías de cerveza, un frigorífico, una máquina de café, bolsas alternativamente llenas y vacías de patatas fritas. Al principio estamos solamente V., el chaval que edita para ella y yo. Poco a poco van llegando tíos. El jefe de la productora, un tipo cool con barba y pelo largo, guapo, pero un tanto abandonado. Otro tío joven que acaba de producir la última película de H. P. G. Otro productor, medio elegante, medio sexy, a medias seguro de su éxito inminente. Otro chaval que trabaja como agente y que viene con su novia japonesa, unicelular, dócil y ultrafemenina, como una ameba de alto diseño. Otro tío ambicioso que está preparando su primera película. V. D. es un tío entre los tíos. Está aquí a su rollo. No necesita justificación. Los tíos la veneran. Es uno de ellos y al mismo tiempo está por encima de todos ellos. Como si la posibilidad, aparentemente próxima, pero en realidad remota, de meter sus tiernas pollas en su coño, pero sobre todo de que les dé por el culo, la elevara a un nivel superior en la jerarquía de la

masculinidad. El tío medio sexy no deja de halagarla, le gusta *Fóllame, Perras sabias* es realmente su mejor novela, pero si encontrara una mujer como la Gloria de *Bye Bye Blondie*, dice sin saber de qué habla, se enamoraría inmediatamente de ella, uno de estos días, dice, tienen que ir a tomar algo juntos. En su insularidad masculinista ni siquiera se da cuenta de que, mientras discuten, V. me mete mano por detrás, debajo del pantalón. V., al mismo tiempo, lo ignora y lo ata con una cadena invisible, como una auténtica diva literaria que se alimenta de la transferencia narcisista de sus fans. Entre tanto, hay ya cinco o seis tíos en la sala, fumando, hablando del festival de Cannes, de la cantidad de pasta que cuesta el nuevo *avid*, de lo buen tío que es H. P. G., de las piscinas de Los Ángeles. Uno de los tíos saca una película y le dice al productor de H. P. G. que tiene que ver el casting que está haciendo para encontrar a la actriz de su próxima película. Es el más asqueroso de todos los cis-hombres que están en la sala, apenas un metro sesenta, calvo, con barba y bigote, con una voz nasal de baboso. Deja el guión sobre la mesa. El título es un nombre árabe de chica. Podría ser Leila, Farida, Salma, Gamila... En menos de diez segundos todos los tíos se agolpan alrededor de uno de los monitores en los que empieza a pasar la película. La japonesa va a sentarse a una de las sillas del fondo de la sala, a fumar un cigarrillo y hablar por teléfono, como si un índice tan elevado de testosterona en el medioambiente amenazara su pureza de ameba. Es, está claro, un ritual de hombres. Todos tendidos delante de esa imagen como si estuvieran recibiendo trozos enteros de conocimiento y poder heterosexual. V. se levanta y se hace un sitio entre ellos. Yo me pongo también de pie detrás de los tíos. Donde estoy veo bien, sobrepaso todas sus cabezas. Solo V. está a mi altura. El calvo de brazos peludos se altera porque seguramente no esperaba que nosotras, a sus ojos dos cis-tías, viéramos esas imágenes. Como el porno duro, esos robados están reservados a los gallitos de la clase. En la pantalla, un chica de dieciséis, como mucho dieciocho años, seguramente francesa, de rasgos árabes, labios gruesos, pómulos saltones, maquillaje rosa sobre los párpados, pelo negro largo y rizado, está sentada en el suelo, camiseta de tirantes negra ajustada, pantalones

vaqueros de cintura baja que dejan ver unos centímetros de finísima grasa, ese tipo de grasa que resulta sexy a los dieciséis, todo ello coronado por unas zapatillas de deporte blancas Puma. Mira a la cámara como esperando a saber qué es lo que tiene que hacer. Se ríe estúpidamente, como si no supiera qué hacer delante del objetivo. Se oye la voz de un tío: «Vamos a ver cómo harías una escena de sexo, si tienes que seducir al protagonista, por ejemplo a mí, vamos.» Ella dice: «No sé.» De nuevo sonríe. Cierra los ojos, baja la mirada. Se pone las manos delante de la cara. «Vamos», dice la voz de nuevo. «No sé», repite ella, pero ya ha empezado a hacerse una idea: se levanta el pelo con los dos brazos, abre la boca, la cierra como haciendo una «u», se muerde el labio inferior, saca la lengua, se chupa el labio superior con la punta y de nuevo cierra la boca en «u». «Venga, muy bien, así, ves como sí sabes.» El plano se amplía y vemos a la chica apoyando las dos manos en el suelo hacia atrás. Entonces un brazo peludo, grueso y corto, entra en el marco de la imagen y toca el pecho de la chica, tira del escote de la camiseta de tirantes, primero toca una teta y luego la otra. No oímos ninguna voz. No vemos la cara de la chica. Solo su tronco. Después, de nuevo la voz ronca: «Venga, enséñame lo que tienes ahí, vamos a ver cómo harías una escena.» La chica mira hacia un lugar fuera del marco, como para asegurarse de que nadie está mirando. Luego mira directamente a la cámara, se chupa de nuevo los labios sacando la lengua y moviéndola de arriba abajo mientras se quita la camiseta. No da tiempo a que la cámara la filme así. Parece molesta por estar en sujetador delante de la cámara. Se quita el sujetador cubriendo casi por completo el marco de la imagen con el pelo y lo saca inmediatamente del marco. «Bien, bien, muy bien, así», dice la voz ronca mientras el brazo peludo vuelve a entrar en el marco de la imagen, retira el pelo para dejar al descubierto las tetas de la chica. Son enormes, bio-, un poco caídas, casi nada teniendo en cuenta el tamaño, con aureolas alargadas y lunares, con los pezones salientes y muy oscuros. El brazo peludo ocupa ahora la mitad del marco. Arriba la boca de la chica, sus hombros desnudos, sus tetas, abajo el brazo peludo. Por primera vez la chica queda fuera del marco, vemos otras zapatillas de deporte, los

vaqueros de la chica en el suelo, sus zapatillas Puma, otros pantalones vaqueros filmados desde arriba; luego, en un movimiento brusco de vaivén de la cámara, una ventana, una reproducción de *Los girasoles*, de Van Gogh. Y después, rápidamente, de nuevo la chica, desnuda, apoyada sobre la espalda en el suelo. Las tetas separadas caen ligeramente hacia los lados, el brazo peludo se le agarra al cuello. Una polla pequeña y espesa atraviesa brevemente el marco para ocultarse después bajo el cuerpo de la chica. Ella está sentada sobre un cuerpo que parece ser la continuación anatómica del brazo peludo. No vemos el coño, ni volvemos a ver la minipolla, ni sabemos si entra o sale; solo vemos sus tetas moviéndose, un poco de pelo, su cabeza que se balancea y el brazo peludo agarrado a su cuello. Los tíos que miran la película no se pierden ni un detalle. Fuera del monitor, el mismo brazo avanza y rebobina de vez en cuando la imagen mientras dice: *C'est trop, vous vous faites une idée du reste*. Avanza rápidamente la casete, la imagen del cuerpo de la chica cabalga cada vez más deprisa atada a ese brazo peludo. Vuelve al play normal. La chica ni siquiera simula que se corre. Pero pone cara de puta, cara de perra del porno, una cara que parece haber visto mil veces y que no tiene problema en imitar. Brazo Peludo se explica mientras avanza en fast forward: «Están dispuestas a cualquier cosa por obtener un papel, lo peor es que luego me llaman y quieren que vuelva a verlas. Esta es buena actriz, pero no va nada con la película. La chica de la película no es así. Es una chica más guapa, más fina, pura.» Esa es la voz de la conciencia porno dominante del cistío de Occidente. El sujeto dominante es un brazo blanco peludo y una mini polla sin cuerpo. Un brazo blanco que masturba una polla con ayuda de una imagen. La chica es ahí un simple dispositivo masturbador, un cuerpo del que Brazo Peludo no puede saber nada.

El nombre Brazo Peludo surge de esta imagen. Brazo Peludo es a la conciencia contemporánea de Occidente lo que en la imaginación de Freud era Edipo a la conciencia de principios de siglo. Habría que hablar hoy para poder iniciar una terapia política de Occidente, del complejo de Brazo Peludo. Ya no se trata de un rollo de deseo cruzado por el padre o la madre, ninguna cis-chica árabe que vive

en las barriadas pobres de París desea matar a su madre para hacerlo con su padre. Faltaría más, encima de aguantar la miseria y la vergüenza de tener padres árabes, encima ponerse en situación de tirarse al viejo. El complejo de Edipo ha dejado de tener vigencia política (si es que alguna vez la tuvo). Es una evidencia. El padre y la madre ya están muertos. Somos los hijos de Hollywood, del porno, de la píldora, de la telebasura, de internet y del cibercapitalismo. Lo único que desea la cis-chica árabe es transformar su cuerpo en imagen consumible por el mayor número de miradas. Salir de la mierda. Acceder a la pasta. Tocar la gloria numéricamente aunque sea por un segundo. Desea convertirse en mercancía digital para ser eterna. Desea su pornificación, no para producir placer (ese placer no solo le es indiferente, sino que más bien le desagrada), sino para transformar su cuerpo en capital abstracto, en cifra indestructible. Desea, con repulsión, al mismo tiempo hacerlo con Brazo Peludo y quizá, con un poco más de entrenamiento político, convertirse en Brazo Peludo.

No puedo evitar pensar que esas son las mismas iniciales que mi nombre, B. P. ¿Acaso voy a volverme un Brazo Peludo si continúo tomando testosterona?

*Veintisiete centímetros*

Durante un año entero, mucho antes de empezar a administrarme testosterona, tú aún estás vivo, L. K., en la época J. C. R. y yo hablamos sobre cómo y cuándo vamos a empezar un cambio de sexo. En ese momento, pensamos solamente en cambiar de sexo, no de género; L. K. piensa en tener una vagina en lugar de una polla y yo en tener una polla además de una vagina. L. piensa en cómo será follar después de una vaginoplastia, yo pienso en modos de hacer dinero para poder pagarme una faloplastia, pero no cualquiera, sino una *high-tech*. Eso va a ser mucha pasta. Para los dos. Su vaginoplastia y mi polla *high-tech*: como comprarse un apartamento de veintisiete metros cuadrados en el centro de París. No pienso en operarme las tetas, tampoco en obturarme la vagina.

He estudiado las diferentes operaciones disponibles en el mercado médico europeo. La operación más común utiliza la piel y el músculo del antebrazo y una vena de la pierna para construir un tubo-pene en devenir. En realidad, hay un pene contenido en cada brazo; en cada pierna hay una vena que podría ser vena erecta. A esta operación se le da tradicionalmente el nombre de *la valisse*: durante un tiempo el cuerpo se transforma en una maleta a través de la cual un asa de piel se desplaza. Más bien podríamos decir que un pene-brazo se desliza por el cuerpo transformándolo en una maleta de sí mismo. Primero, mientras el jirón de piel está injertado en el abdomen, el cuerpo se vuelve una maleta con asa lateral. Este cuerpo no es todavía masculino, excepto por el hecho insólito de tener un futuro pene atado a la cadera. Se trata más bien de una geografía asexual con pene adosado. Después el asa se desplaza hasta injertar uno de sus extremos en la pelvis. Aquí el paisaje comienza a masculinizarse discretamente: se trata ahora de un cuerpo con un pene cuya punta está irremediablemente atada al abdomen. Si hubiera que leer esta fotografía médica con los códigos de la pornografía SM, diríamos que se trata de un pene erecto cosido a la tripa. Una lectura del cuerpo en términos simplemente arquitectónicos nos permitiría interpretar este volumen como una maleta *prêt-à-porter* con pene-asa vertical no disponible para la penetración. Por último, se corta la atadura del asa al abdomen y se deja caer el injerto, que cuelga ahora únicamente de la pelvis. Miro en detalle las fotografías y las descripciones quirúrgicas de un artículo del doctor Wolf Eicher publicado en 1984 (Eicher, 1984: 97-105). Comparada con el documento de Eicher, una película de Cronenberg resulta dulce como la abeja Maya. El pie de foto señala: «Todos han encontrado su equilibrio psíquico gracias a la operación.» Pero yo no pido estabilidad psíquica; yo quiero simplemente el pene del siglo.

Me mido el antebrazo. Veintisiete centímetros netos. Un delirio. Me imagino ya con una polla al menos de veinticinco, pensando en que habrá que cortar un poco de aquí y un poco de allá. En el peor de los casos veintidós, si es que pierdo cinco centímetros por problemas de irrigación sanguínea o necrosis en el proceso de

injerto. Me corro solo con pensarlo. Casi todas las páginas de internet dedicadas a la faloplastia redactadas por chicos trans posoperados insisten en dos problemas, la pérdida del placer y la dificultad de erección de la tecnopolla trans, además del posible fallo del injerto después de la operación. Una de las técnicas operatorias contempla la posibilidad de dejar la nueva polla vacía para poder insertar dentro de ella, desde la parte de abajo, junto a los implantes de los testículos, una bomba hidráulica eréctil. No me parece *class*. Cualquiera de mis dildos es más *hot* que esa polla hidráulica. Lo que parece claro es que las instituciones médicas y los equipos operatorios se han puesto de acuerdo para evitar la producción de una polla de lujo.

Hablo con varios tecno-tíos de distintos grupos de transexuales de París y de Barcelona. Me enseñan sus tecno-pollas. Algunas están superbién hechas, pero son pequeñas. La mayor parte ha optado por la medioplastia, una reconstrucción de una micropolla con el capuchón del clítoris; algunos tienen implantes de testículos: la mayoría no, la mayoría han decidido optar por un máximo de placer guardando sus macroclítoris testosteronados y sus vaginas abiertas. Me parece el *top*, la solución ideal. Voy a una reunión en una de las asociaciones trans de París. Han invitado a un protésico australiano que fabrica penes *prêt-à-porter* en silicona a costo asequible. Las llama «prótesis sexuales de camuflaje». Tiene una amplia gama de colores de piel, de formas, de tallas, de estados. Trae una caja con muestras: las hay blancas, negras, rígidas, semirrígidas, flácidas, circuncidadas y con el capullo entero. Se pegan a la pelvis con un gel adhesivo que permite una fijación de hasta quince días. «La particularidad de estos penes es que la piel de silicona está rellena de un gel semitenso, lo que les da una consistencia al tacto y un peso próximos a los un pene natural», explica el doctor D'Arienzo. Testosterona en gel, prótesis sexual de camuflaje en gel, gel adhesivo para fijar la polla al cuerpo. Estoy empezando a pensar que lo propio del sexo es ser gel. Más aún, el ser no es sustancia, sino gel. Espuma, pero no megaeyaculación planetaria que emerge de una bio-polla heroica como insinúa Sloterdijk, sino más bien compuesto sintético que desea la conciencia, red molecular

pegajosa que busca abrirse paso hacia la vida (Sloterdijk, 2003c: 28). El *Dasein* es «fermentación de la subjetividad» (Sloterdijk, 2003c: 26), subversión viscosa de la sustancia, sí, pero que no puede emanar de una voluntad de poder, sino que se conoce a sí misma solamente al precio de su propia transformación monstruosa. Ser sujeto al precio de devenir gel.

El modelo de prótesis sexual de camuflaje más barato cuesta trescientos cincuenta dólares. El más caro, cuatrocientos diez. Me encargo un modelo Robin: exactamente mi color de piel, veintidós centímetros, rígida, bastante ancha, un poco aplastada, con el prepucio entero salido, en erección y con venas visibles azuladas, más dos botes de cola. Total, cuatrocientos sesenta dólares. No me parece demasiado. V. D. pagó hace poco novecientos cincuenta euros por un bolso Chanel en color piel ribeteada de cuadros. El complemento perfecto para guardar mi polla cuando no está pegada a mi pelvis.

*Tallas*

Pero no es la talla de mis dildos, sino de mis pantalones, lo que desata en V. una tentación normativa. Son demasiado grandes, dice. Dice que mis pantalones son demasiado grandes para mis piernas, demasiado grandes para acceder con sus manos directamente a mi clito-polla. Me resulta difícil creer que se trata de una cuestión de centímetros, sobre todo porque sus manos, lo sé por haberlas medido con mis dildos, son de veintidós centímetros. Lo que pasa es que todavía no ha entrado plenamente en la estética bollo. Pero se va acercando. No tienes quince años, dice. Sí, *baby*, tengo exactamente quince años. Llámame «niño pequeño, polla grande». Eso es exactamente lo que te gusta de mí, así que no te hagas la moral con la talla de mis pantalones. Pantalones lo suficientemente grandes como para poder llevar un dildo empalmado dentro.

Hace años mi madre solía trabajar a domicilio para una casa de confección de vestidos de novia. Es allí donde aprendí, de mi madre, todo sobre las tallas. Su especialidad era hacer a medida las

piezas de ropa interior que la virgen castellana desplegaría ante su propietario la noche de bodas justo antes de convertirse en una honesta ama de casa. Antes de convertirse en feas y frígidas, las jóvenes casaderas tenían la suerte de sentir durante breves minutos las manos de mi madre recorriendo rincones de sus cuerpos nunca antes tanteados. Yo acompañaba a mi madre para sujetarle la tiza y darle los alfileres. Es así como aprendí la diferencia sutil entre la talla y la media talla. Como aprendí a abrir sujetadores y a cortar bragas.

Me mira. Abre las piernas. Escribe un manifiesto con la vulva. Ven. Sube las manos desde mis pies hasta mis caderas, comprobando que las costuras del pantalón se ajustan a mi cuerpo. Te sobran dos tallas, dice. ¿Y a mí?, me pregunta. No sé, habrá que ver. Se desnuda, se aleja y baila frente a la ventana.

*Sex pictures*

A las diez, después de haber dudado durante toda la tarde, me administro una dosis de cincuenta miligramos de Testogel.

Hago fotos mientras follamos. Su pelo sobre mi clito-polla. Haciéndole una mamada a Jimi. Sus ojos azules de puta, su boca abierta, apenas unos centímetros del dildo. Las puntillas de su sujetador blanco, el reflejo de la lámpara roja sobre su pecho. Un tatuaje: un corazón cerrado con cerrojo se apoya entre dos rosas negras sobre su cadera. Otro: una bomba con un detonador eléctrico a punto de estallar sobre su brazo. Otro: una línea de flores negras rodea su pecho izquierdo como un arnés que sujetara la gravedad de su corazón. Imágenes y sexo, dos maneras de atrapar el tiempo en la materia. Me pide que las borre de la memoria de mi cámara digital. Yo hago todavía más. Su mano derecha entrando en mi pantalón: uñas cortas pintadas de rojo, un anillo de calavera con alas de Hells Angels vuela sobre su dedo índice, tres pulseras de plástico multicolor venidas desde África dibujan sobre mi piel tres círculos como aros olímpicos. Me pide que las borre todas. Me dice: las fotos son como tatuajes. Una imagen inscrita para siempre sobre

la piel de la realidad. Cada fotografía lleva consigo la posibilidad de la magia, del conjuro, del mal de ojo y de la influencia a distancia. Bórralas. Yo le enseño la foto de uno de sus tatuajes. Justine, la perra, duerme sobre el corazón negro. Si encuentras la llave de mi corazón te la puedes tatuar, me dice.

Ella podría dejarme en cualquier momento. El amor es magia, es mal de ojo, es influencia a distancia, transmisión teleendocrinológica. En cualquier momento podría decir, *J'étais la pute d'un trans pendant trois mois*,[56] como Angot dijo que había sido lesbiana durante tres meses citando la letanía desesperada de Guibert: *J'ai eu le sida pendant trois mois. Plus exactement, j'ai cru pendant trois mois que j'étais condamné par cette maladie mortelle qu'on appelle le sida*,[57] había dicho Guibert sin querer saber que había ya cientos de gusanos que tejían una sábana de seda blanca para el día de su muerte. Los gusanos entraron por su culo y extendieron una tela suave alrededor de sus entrañas sin apenas hacer ruido. El retrovirus celeste se había ya enamorado del joven ángel rubio como se enamoró después de ti. El caso de Angot es bien distinto. Seguramente pensó que había encontrado el psicohit literario para la nueva temporada. ¿Acaso el incesto no era suficiente para llenar las insaciables páginas de críticas? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba invocando al diablo al devolver a la vida las palabras mágicas de Guibert? Pobre de ti, tú que creías que eras el hijo de Angot y de Houellebecq; como si fueras su verdadero hijo, lo único que deseaban tus padres era en realidad tu muerte. Dejaré de lado a tu padre asesino que nos recuerda que eras el mejor escritor de tu generación, que se lamenta ahora de tu muerte, en las entrevistas, como se lamenta de la nueva legislación europea que impide fumar en los lugares públicos. Tu madre literaria no ha tenido ni siquiera el coraje de reivindicar tu muerte en la televisión, lo mínimo que se espera de un terrorista medio. Pronto a ella también le subirán los gusanos por el agujero del culo y le tejerán dentro una sábana blanca de seda tan espesa que no podrá cagarla. Pero no, no eras el hijo ni de Angot ni de Houellebecq, sino de Guibert y de Wittig: naciste de dos muertos.

*Muertos compartidos*

Acompaño a V. hasta la puerta de ediciones Grasset, rue Saints-Pères, a dejar su libro terminado. Volvemos a mi casa cargadas de libros y de películas para el fin de semana. Ella se ríe lanzando cuatro o cinco gritos de Lemmy, sacudiéndose el pecho como un gorila desenjaulado. Estamos todavía en el estado de aturdimiento propio de la euforia del escritor que ha acabado su libro, cuando llama S. E. Eric S. ha muerto de una sobredosis. Sextoy, Karen, Tú, Eric. Un libro = una muerte. Cada nueva etapa comienza con una muerte. El duelo como única alternativa a la melancolía. V. me dice que eso es lo único que recuerda de la lectura de Blanchot: las generaciones se construyen sobre sus muertos compartidos. Llora. Yo la acaricio. Su piel es tan suave como la del vientre de mi perra.

¿Cómo hacer el duelo por tu muerte? En 1935 el poeta español Miguel Hernández escribe a su amigo Ramón Sijé muerto: «Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano.» Este libro no basta para hacer el duelo por tu muerte. Yo también quiero sacarte de la tierra, quiero besarte la noble calavera, quiero mamarte el hueso de la polla hasta que me preñes por el tubo digestivo, quiero reventarte el ano con mi mejor dildo, quiero regresarte a los naranjos en flor de las carreteras de Valencia en las que por primera vez hablamos de cómo te habías masturbado leyendo el *Manifiesto*.

Vamos juntos en el taxi. Me dices: «Hueles bien. Tu libro es lo mejor que he leído en filosofía después de Sade», me dices, mientras dejamos atrás la Lonja de los Mercaderes. Me dices que ese tipo de inteligencia te la pone dura. No sabía que habías filmado el viaje a Valencia. Nos habían invitado a los dos a un coloquio sobre nuevas literaturas francoespañolas. El 22 de octubre después de tu muerte veo por primera vez la película que Philippe y Tim han montado. Te filmas en tu habitación del hotel, el mismo hotel en el que yo me estoy quedando. Sacas tu polla del pantalón, la pones sobre la mesita de noche y la acaricias como si fuera un animal herido. Filmas las terrazas de los vecinos, la ropa colgada al sol, las paredes desconchadas, los patios descoloridos. Te filmas mientras

das tu conferencia. Llevas una camiseta verde camuflaje de la Armada española. Hablas en inglés a pesar de que yo te he prevenido de que en Valencia nadie va a entenderte. No quieres dirigirte a ellos en francés. En realidad no quieres dirigirte a ellos. Hablas para una especie futura de euroaliensasiáticos bilingües. Si pudieras, hablarías en japonés o en un código metalingüístico, matemático o musical. Hablarías si pudieras el lenguaje de los muertos. Hablas de sexo, de drogas, de música tecno. No está muy claro qué tiene que ver todo eso con este coloquio de universitarios. En definitiva, tienes una idea: la mayor revolución desde los años sesenta la han hecho los gays escuchando música, drogándose y follando. Tienes miedo de hablar de literatura, de tu literatura. Dices que la literatura se inventó para llorar a un amor perdido. ¿Cuál es tu amor perdido? ¿Cuál es tu llanto? ¿Por quién has llorado tú? ¿De qué tienes miedo? ¿Qué te está matando? ¿Qué podría salvarte? Pero vuelves al sexo, a la droga, a la música tecno. En un momento hablas de las lesbianas; dices que nosotras, contándome a mí entre ellas, también estamos en eso del sexo, de la droga y de la música tecno; giras la cámara y me filmas. Ahora yo miro esas imágenes que tú has filmado. Tú estás muerto. Me veo en la pantalla, justo enfrente de tu imagen, como un reflejo fantasmático. Es como si te dirigieras a nosotros desde la vida eterna. Y yo estoy allí, del otro lado.

*Genio farmacopornográfico*

Los noventa están lejos. Aquellos fueron años distintos, cercanos como estaban a la muerte que nos había encadenado a todos con un lazo vírico, que luego fue remplazado por una pajarita roja y por un dominó de dólares y de moléculas farmacéuticas que nos permitirían olvidar la muerte, mientras que la política, ella, se iba muriendo como se disolvía el cordón necrológico que había sido el sida.

La política *queer* como tú la entendías no era sino una preparación para la muerte: *via mortis*. Política entonces de la

muerte, sin populismo vitalista: reacción frente a la biopolítica y pasión por el cuerpo decrépito, en descomposición, necrofilia cultural. La política *queer* murió con aquellos que la iniciaron y que sucumbieron al retrovirus. Como tú. Por eso quizá has tenido razón al suicidarte, si es que te has suicidado, a pesar de esa conclusión de la autopsia según la cual lo que te ha ocurrido es que has mezclado sin saberlo demasiadas moléculas sintéticas, como Jimi Hendrix, como Janis Joplin, «intoxicación medicamentosa», han dicho todos, tu madre, los pocos periódicos que han reseñado tu muerte. ¿Has sido víctima de un exceso de biopolítica, de un cóctel letal de triterapias y antidepresores, o te has sustraído voluntariamente a esas cadenas de capital biotecnológico? Acaso has salido gustoso de esta economía, te has retirado de repente y solo de este juego político implacable, para hacer de tu cuerpo polvo de estrellas, para sacarlo del mercado de la vida, para que de tu cuerpo queden solo tus palabras, como moléculas legibles.

Tu cuerpo, tú también lo habías puesto en juego. Estabas tocado de muerte. Por eso te permitías tomarte el veneno de la escritura. Antes que yo, tú ya te lo habías tomado todo. Eso que el Gobierno llama drogas duras, las ilegales, seguro, y las otras, las drogas duras comercializadas por el Gobierno, la triterapia, y también la testosterona, antes que yo, para empalmarte, porque eso del *bareback*[58] no era simplemente una cabronada política que unos kamikazes de San Francisco se habían inventado para desbaratar las políticas preventivas antisida, o para joder a la izquierda mojigata de Act Up; era la única forma de poder metérsela a alguien durante tres buenos y breves minutos. No hay quien meta un condón cuando no se te pone dura. Nadie tiene los cojones de decir la verdad, me lo habías dicho un día en un sótano de la rue Keller mientras dibujabas una polla con el dedo sobre mi pecho. El problema era seguir empalmándose, en los días de invierno, por los amantes muertos, por los libros que no tendrás tiempo de escribir. Seguir empalmándose, por eso estaban bien los dildos, para poder dejar de preocuparse de la erección, para tenerla siempre dura, me repetías mientras me metías la lengua en uno de los agujeros de la nariz y te quejabas de que los de Act Up querían tu piel, que estaban

decididos a arrancártela y que un día u otro tú ibas a darles lo que querían, tu piel. Y yo no te creía.

*Chute canino*

La pérdida de la inocencia no comienza con la conciencia de que uno mismo es mortal, ni siquiera de que los demás lo son. Comienza con la intuición de que matamos para sobrevivir. De que somos carnívoros. Más aún, salvajemente omnívoros, devoradores de todo lo vivo. De que la supervivencia depende de aprender a matar la belleza que nos rodea. Últimamente, cada día veo la muerte de un animal. Empieza con la ballena que se mete en el Támesis y muere sin encontrar el camino hacia el mar, después viene el caballo destripado en *Carne* de Gaspar Noé, el perro asesinado a mordiscos de la película de González Iñárritu, los pollos contaminados por el virus H5N1 metidos en sacos de cal en Turquía. En *Santa Sangre*, de Jodorowsky, a la niña, como una variación animal de lo humano, le cortan los dos brazos y muere ahogada en su propio baño de sangre. Después un elefante se desangra por la trompa mientras un pueblo entero lo descuartiza. No estoy preparada para esa violencia. No sé defenderme. No estoy preparada para el amor con V. No estoy preparada para T. Soy la ballena, el caballo, el perro, los pollos, el elefante, la niña. La edad adulta comienza cuando comprendo que nadie puede hacer nada por mi felicidad: ni mi madre, ni mi padre, ni la sociedad, ni el Estado, ni mi novia, ni una puta, ni la testosterona. En ese momento me giro hacia Justine, mi perra, y encuentro una solución canina a un problema cósmico.

Me aplico una dosis antes de acostarme. El Testogel tomado fuera de un protocolo de control de cambio de sexo es, efectivamente, un rollo peligroso. La dependencia no es el problema. Una pequeña dependencia, no puede llamarse todavía testomanía... El problema es la gestión de la propia identidad: hombre, mujer, transexual, transgénero, etc. Unos días más y la testosterona, en mi sangre, gracias a alguna ley misteriosa que ningún libro de farmacología

describe, se metamorfosea en algo nuevo. Lo sé: es el diablo que se mezcla con mi sangre.

Ese domingo pasamos el día entero en la cama, ella, la perra y yo. Durmiendo y leyendo. Cada vez que se despierta busca mi sexo con su boca. V. duerme en sujetador y yo con un dildo negro diecisiete por tres puesto. Ella lee el último libro de memorias de Simone, *Tout compte fait*, y yo *Les Chiens*, de Guibert. Simone escribe sobre su relación con las mujeres, primero Zaza, Bianca, Violette Leduc, después pasa a informarnos de que, desde hace un tiempo, su amistad con Sylvie Le Bon ha ocupado un espacio muy importante en su vida. Ni una palabra de sexo, por supuesto. Nada sobre su lesbianismo atrincherado tras su amistad casta con Sartre. Entre tanto, el narrador de Guibert se hace penetrar por cada agujero, se come todas las pollas que pasan, se traga todo el esperma. Sublime contaminación. V. y yo leemos y follamos, y es así como se produce la comunión de las almas y las pollas entre su libro y el mío. Bianca, que lleva puesto un enorme cinturón polla realista, penetra analmente a Violette, que mientras tanto le chupa el clítoris a Simone. A Violette le gusta hacer las dos cosas a la vez: que le den por el culo mientras se lleva un coño a la boca. Y es así como poco a poco, pero con una inevitable determinación, un domingo de 2006, el esperma de las *backrooms* guibertianas se derrama sobre la cabeza de Beauvoir formando un turbante inédito.

*Subidón de T*.

Ayer me metí el último chute de T. Hoy empiezo a notar los efectos. No hay duda. Estoy en un *high* de testo. Una de las primeras manifestaciones de la testosterona reside en el sentimiento de que el interior de mi cuerpo es una masa fibrosa y flexible que se puede desplegar en cualquier dirección del espacio; se trata de una certeza orgánica, el sentimiento de que cualquier objeto puede ser inmediatamente atrapado con una intencionalidad muscular, la seguridad de que cualquier obstáculo puede ser sobrepasado. Pero también: la piel un poco más grasa, la excitación sexual, el sudor.

Deseo la mayoría de los efectos, pero no soporto mi propio sudor cuando estoy en T. No hubiera podido ser realmente heterosexual, entre otras cosas por una hipersensibilidad a ese olor testosteronado. Y ahora soy yo la que huele así. Yo soy el cuerpo que emite ese olor. Un olor que no viene de ningún otro lugar, de ningún otro cuerpo, sino que sale de mi piel, que va directamente desde mi piel a través de mi pituitaria hasta mi cerebro. Estoy en T. Me estoy volviendo T.

Las cosas avanzan, pienso hoy con este último chute de T. V. D. me ama, mis proyectos se mueven, estamos en un tren que nos lleva hasta Londres. Son los últimos días del invierno. Estoy loca por ella. Pasamos el túnel del Canal de la Mancha. Bajo tierra. Ella se duerme a mi lado. Se despierta y me dice que Sex Toy nos llevaba a dar una vuelta contigo en su coche deportivo. Tomamos un té *clipper*. Después soy yo la que se duerme. *Délicieusement*. Mientras yo duermo, decenas de emigrantes ilegales se agarran a los chasis de los camiones de mercancías para pasar la frontera. Sueño que al llegar a la aduana me arrestan por tráfico de testosterona. Cuando me abren la maleta solo encuentran dos bolas de hachís, unos cigarrillos American Spirit bio y dos dildos. Me caen dos años de cárcel. En el sueño, la prisión me tranquiliza: será como una cura de desintoxicación de T.

Somos dos bambis sobre el hielo, dice ella, mientras caminamos, horas después, por las calles aún heladas de Londres.

## *Decapitar la filosofía*

Hace años le pregunté a un maestro budista jesuita qué era la filosofía y cómo sabría un día si estaba filosofando. Me respondió contándome una fábula: un joven aspirante a la filosofía sube una montaña acompañado de su viejo maestro. Caminan juntos por una ruta sinuosa y empinada que bordea la montaña y se cierne al borde de un precipicio. El maestro le ha prometido a su discípulo que antes de llegar a la cumbre le será ofrecida la posibilidad del entendimiento y se le abrirá la oportunidad de comenzar la tarea de

la filosofía. Le ha advertido que la prueba será dura. Pero el discípulo ha insistido. La ascensión es ardua y el joven empieza a desesperar. Han caminado durante horas y están a punto de llegar a lo más alto cuando, de repente, el maestro saca una cuchilla voladora de su mochila y la lanza hacia el vacío sacudiendo ligeramente la mano. La hélice se vuelve pequeña mientras se aleja hacia las nubes y crece mientras vuelve hacia los dos hombres, el ruido se hace más intenso hasta que la cuchilla viene a cortar de un único tajo impecable la cabeza del maestro. La sangre salpica la cara del discípulo, que observa la escena estupefacto: la cabeza límpidamente seccionada, los ojos despiertos, rueda por una de las laderas de la montaña, mientras el cuerpo, con los brazos aún agitados, se desliza por el otro lado hacia el precipicio. Sin siquiera tener tiempo para actuar, el discípulo se pregunta si debe correr por un lado de la montaña para recoger la cabeza o por el otro para recoger el cuerpo. Sabe que no tiene respuesta. Su maestro le ha ofrecido el regalo de la filosofía. Elegir entre la cabeza y el cuerpo. Autoseccionarse la cabeza. Poner a distancia de sí su propio cuerpo. Hacer la experiencia de la separación. Hasta ahora en Occidente hemos creído que el filósofo es una cabeza pensante (por supuesto, un cis-hombre que, al dejar aparentemente de lado su cuerpo, hace la economía de su polla y toma la posición universal). Pero en la fábula budista la segunda posibilidad es igualmente válida: correr del lado del cuerpo, forzar, a lo Artaud, al cuerpo a producir texto. Dos vías irreconciliables: una cabeza autónomamente mecanógrafa, que no necesita de manos para escribir; o un cuerpo decapitado que produce, como por supuración, una anotación inteligible. He aquí el desafío y la tentación para todo filósofo: correr detrás del cuerpo o de la cabeza. Pero ¿y si la respuesta fuera el acto mismo del maestro? ¿Y si la posibilidad de la filosofía residiera no tanto en la elección entre la cabeza y el cuerpo como en la práctica lúcida e intencional de la autodecapitación? Al empezar este libro administrándome testosterona (en lugar de comentando a Hegel, Heidegger, Simone de Beauvoir o Butler), he querido decapitarme, cortar mi cabeza modelada con un programa

cultural de género, seccionar una parte del modelo molecular que me habita. Este libro es la huella que deja ese corte.

*La vida eterna*

Ahora estás muerto y enterrado, descompuesto, antes abierto y ahora vuelto a cerrar, vacío entonces, luego lleno de gusanos, encerrado para siempre en esa caja, libre como nunca lo habías estado. Y yo vengo a decirte adiós, a saludarte como a un faraón, imposible entre tanta gente saber si vas a darte cuenta de mi presencia. Tu madre habla. Sería mejor decir que toma la palabra, el lenguaje que aún vive. Pero no lee nada de lo que tú has escrito, ninguna frase tuya. Se traga las palabras porque no nos dice a nosotros nada de lo que tú has significado. Ahora estás en tu última habitación. Pero a mí me gustaría que estuvieras *Dans ma chambre*. Vengo a decirte adiós. Hoy tengo previsto hacer un taller *drag king* en la escuela de Bellas Artes de Bourges con Emmetrop. Cuando digo a las participantes que no podré hacer el taller porque un amigo ha muerto, se quejan, me piden que me quede. Les da igual que te estén enterrando; lo que quieren es hacer su taller. Pero voy a venir a tu entierro. No, no lo hago por ti, no lo hago ni por pena ni por obligación, sino como empujada por una fuerza metabiológica que arrasaría con todo lo que se pusiera por delante: talleres, multitudes gritando, directores de museos y de universidades, horarios de trenes, atascos de tráfico... Dejo a *king* Víctor a cargo del taller y cojo un tren hacia París. De nuevo eres tú el que lleva mis dedos hasta el teléfono para llamar a V. D. Me espera, dice (no sé por qué), a la puerta del cementerio de Montparnasse. No tengo nada que vaya bien para un entierro, así que vengo con un pantalón negro y una camiseta azul neón. Voy vestida como un colegial. Ni siquiera he podido venir en *king*. Al llegar al boulevard Edgar Quinet, veo a V. D. desde lejos. Ella sí se ha preparado para la ocasión, viene vestida como una señora de la mafia siciliana: un traje con falda negra, un bolso años cincuenta, un abrigo negro, zapatos negros de tacón. Me acerco para darle un beso. Mi piel roza la piel

de su mejilla. Mi boca está apenas un centímetro más abajo de su boca. Nuestras rodillas están exactamente a la misma altura, nuestros sexos están exactamente a la misma altura, me dirá ella algunos días más tarde. El aire caliente que emana de su cuerpo desciende hasta mí mientras se enfría. Respiro directamente un hilo de su aliento mientras me dice: *Ça va, tu vas bien*? Ella está rodeada de gente, Axelle, Anne, sus amigas lesbianas. Pero se agarra a mi brazo para seguir al pequeño grupo que ha venido a decirte adiós. ¿Dónde están tus lectores? ¿Dónde están todos los que se han masturbado leyéndote? ¿Por qué no han venido a masturbarse una última vez contigo? Cobardes.

El modo en que el cuero del bolso se deforma me hace pensar que V. D. lleva dentro una 7 mm parabellum.

Ella me agarra del brazo y camina conmigo hasta el hueco en el que van a meterte. Tu ataúd, último *sling* en el que te vas a dejar dar por el culo por toda la eternidad, se desliza en la tierra. La gente avanza sola, o de dos en dos, hasta el montículo de tierra que han sacado para poder meterte a ti. Ahora eres tú el que ha tomado el lugar que antes ocupaba esa tierra, y esa tierra, fuera, está donde tú estabas antes, aquí, entre nosotros, los vivos. V. D. camina conmigo hasta el borde del montículo. Tu ataúd ha descendido hasta lo más profundo, pero todavía sería fácil saltar y ponerse de pie sobre él, todavía sería posible sacar un hacha y abrir un boquete por donde sacarte de ahí. Pero nadie se mueve. La gente ha traído flores, sobre todo rosas blancas, algunas rojas, que han ido tirando sobre la madera laqueada de tu caja. Pero nadie ha traído un hacha, tampoco yo. Esa misma mañana, antes de que tu cuerpo fuera para siempre recubierto de tierra y se volviera invisible, yo he enterrado la casete miniDV «Día de tu muerte» en el jardín de las marismas de Bourges. La he metido en una caja de cerillas largas, como con las que se enciende el fuego, sobre la que he escrito tu nombre, tus nombres, varias veces, William, Guillaume, Dustan, Baranes, dos veces, he abierto un hueco con las manos en la tierra blanda y fangosa que rodea el río y la he enterrado, como hice la primera vez que enterré un pájaro caído del nido, al que intenté salvar cuando

tenía seis años y al que ahogué con migas de pan mojadas en leche.

Si estuvieras todavía vivo, seguramente nos odiarías a V. y a mí, con un odio caliente y sedoso como una polla que no se empalma, porque sabrías que ella y yo juntas somos la revolución en marcha. Por eso, harías el duelo por tu heroísmo gonádico y nos elegirías como lobas sagradas para portar tu sidaica estirpe. V. D. está de pie junto a mí delante de tu ataúd. Y entonces, al sentir su brazo derecho junto a mi costado izquierdo, me doy cuenta, entre la muchedumbre, de que ella es mi futura viuda. V. D., la dama de las letras negras francesas, es mi futura viuda. Tu entierro es nuestra boda. Tú, nadie más que tú, podía ser el oficiante-espectro que sellara bajo la tierra la alianza entre tu muerte y nuestro amor.

Mientras nos alejamos dejando atrás tu cuerpo, que ya ha empezado a fermentar entre las flores de Montparnasse, te prometo que vendremos a tocarnos las tetas encima de tu tumba, que vendremos a dejar sobre la losa las huellas de nuestros fluidos corporales, como dos lobos dormiremos sobre tu tumba, calentaremos tus huesos, como dos vampiros vendremos a saciar tu sed de sexo, de sangre y de testosterona.

# AGRADECIMIENTOS

Este proyecto no hubiera podido llevarse a cabo sin el generoso apoyo del Premio de Ayuda a la Escritura y la Investigación del Centre National des Arts Plastiques francés, así como de una beca de investigación en el área de los Estudios Gays, Lesbianos, *Queer* y Transexuales de la Universidad de Princeton.

Quiero expresar mi agradecimiento a Mercedes Casanovas, Lola Cruz, Loida Díez, Ariane Fasquelle, José Pons y Ana Ojeda por su ayuda en las diversas etapas de edición de este libro. Quisiera dar las gracias muy especialmente a Alejandro Jodorowsky por hacer posible que este proyecto se convirtiera en libro y por sus enseñanzas. También quiero dar las gracias a Del LaGrace Volcano y a King Erik por las conversaciones, intercambios y prácticas que a lo largo de estos últimos años han motivado mi escritura y mis formas de vida. A Stéphanie Heuze y Lydia Lunch *for bringing us together*. Agradezco también a Antonia Baehr, Judith Butler, María José Belbel, Mauro Cabral, Didier Eribon, Isabelle Ginot, Donna Haraway, Francisco-J. Hernández Adrián, Pedro Lemebel, Nina Roberts y Rash, Diane Torr, Javier Sáez, Eve K. Sedgwick, Annie Sprinkle, Juan Sutherland, Elizabeth Stephens, King Victor, Linda Williams, Itziar Ziga, los miembros de LICT, de la Guerrilla Travolaka, de Post-Op y de Queer MC, y a todos aquellos que me hicieron avanzar gracias a sus enseñanzas durante las sesiones del taller de Tecnologías del Género del MACBA, en los diferentes seminarios de Arteleku en Donostia, la UNIA en Sevilla, del Centro Pompidou, la École Normale, la Universidad de París VIII, de la revista *Multitudes*, o en encuentros, conferencias, talleres o fiestas del otro lado del Atlántico, desde la Universidad de Duke hasta los espacios del MUMS, el Movimiento Unificado de Minorías Sexuales

de Santiago de Chile, pasando por el centro de producción cultural Emmetrop en Bourges, Francia.

# BIBLIOGRAFÍA


AGAMBEN, Giorgio (1995): *Homo sacer. El poder soberano y la vida nuda*, vol. I, traducción de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, Pre-Textos, 1998.

— (2007): *Qu'est-ce qu'un dispositif?*, París, Rivages. [Trad. esp.: *¿Qué es un dispositivo? Seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino*, traducción de Mercedes Ruvituso, Barcelona, Anagrama, 2015.]

APPIAH, Anthony (1997): «"But Would That Still Be Me?" Notes on Gender, "Race", Ethnicity, as Sources of "Identity"», en Naomi Zack (ed.): *Race/Sex: Their Sameness, Difference and Interplay*, Nueva York, Routledge.

BÁEZ, Fernando (2004): *Historia universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak*, Madrid, Destino.

BARBIN, Herculine (1978): *Herculine Barbin, dite Alexina B.: Mes souvenirs*, presentado por Michel Foucault, París, Gallimard. [Trad. esp.: *Herculine Barbin, llamada Alexina B.,* presentado por Michel Foucault, selección y traducción de Antonio Serrano, Madrid, Talassa, 2007.]

BARON-COHEN, Simon; LUTCHMAYA, Svetlana y KNICKMEYER, Rebecca (2006): *Prenatal Testosterone in Mind. Amniotic Fluid Studies*, Cambridge, MIT Press.

BARTHES, Roland (1971): *Sade, Fourier, Loyola,* París, Éditions du Seuil. [Trad. esp.: *Sade, Fourier, Loyola*, trad. de Alicia Martorell, Madrid, Cátedra, 2010.]

BAUMAN, Zygmunt (1999): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

— (2000): *Liquid Modernity*, Cambridge, Polity Press.

BENJAMIN, Harry (1954): «Transsexualism and Transvestism as

Psycho-Somatic and Somato-Psychic Syndromes», *American Journal of Psychotherapy*, vol. 8, pp. 219-230.
BENJAMIN, Walter (1974): *Haschisch*, trad. de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1990.
— (1986): *Diario de Moscú*, trad. de María Luisa Delgado, Madrid, Taurus, 1988.
BERNSTEIN, Matt (ed.) (2006): *Nobody Passes: Rejecting the Rules of Gender and Conformity*, Seattle, Seal Press.
BÉRUBÉ, Allan (1990): *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two*, Nueva York, The Free Press.
BHABHA, Homi K. (1994): *The Location of Culture*, Londres, Routledge. [Trad. esp.: *El lugar de la cultura*, trad. de César Aira, Buenos Aires, Manantial, 2002.]
BILLINGS, Dwight B. y URBAN, Thomas (1982): «The Socio-Medical Construction of Transsexualism: An Interpretation and Critique», *Social Problems*, vol. XXIX, n.º 3 [febrero], pp. 266282.
BLAND, Lucy y DOAN, Laura L. (eds.) (1998): *Sexology in Culture: Labelling Bodies and Desires*, Cambridge, Polity Press.
BOLIN, Anne (1996): «Traversing Gender: Cultural Context and Gender Practices», en Sabrina Petra Ramet (ed.): *Gender Reversals & Gender Cultures: Anthropological and Historical Perspectives*, Londres, Routledge.
BORCH-JACOBSEN, Mikkel y SHAMDASANI, Sonu (2006): *Le dossier Freud. Enquête sur l'histoire de la psychanalyse*, París, Les Empêcheurs de penser en rond.
BORELL, Merriley (1985): «Organotherapy, British Physiology, and the Discovery of the Internal Secretions», *Journal of History of Biology*, vol. IX, pp. 235-268.
BORNSTEIN, Kate (1994): *Gender Outlaw. On Men, Women, and the Rest of Us*, Nueva York, Routledge.
— (1997): *My Gender Workbook*, Nueva York, Routledge.
BRAILOWSKY, Simón (1995): *Las sustancias de los sueños: neuropsicofarmacología*, México, Fondo de Cultura Económica, CONACYT.
BRAU, Jean-Louis (1968): *Historia de las drogas*, trad. de José Claramunda Bes, Barcelona, Bruguera, 1974.

BULGÁKOV, Mijaíl (1927): *Morfina*, trad. de Selma Alcira, Barcelona, Anagrama, 1991.
BURGARD, Peter J. (ed.) (1994): *Nietzsche and the Feminine*, Charlottesville, The University of Virginia.
BUTLER, Judith (1990): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, trad. de Maria Antonia Muñoz García, Barcelona, Paidós Ibérica, 2001.
— (1993): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, trad. de Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2002.
— (1997): *Lenguaje, poder e identidad*, trad. y prólogo de Javier Sáez y Beatriz Preciado, Madrid, Síntesis, 2004.
— (2000): *El grito de Antígona*, trad. de Esther Oliver, Barcelona, El Roure, 2001.
— (2004a): *Deshacer el género*, trad. de Patricia Soley Beltrán, Barcelona, Paidós, 2006.
— (2004b): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, trad. de Fermín Rodríguez, Buenos Aires, Paidós, 2006.
BUTLER, Judith; LACLAU, Ernesto y ŽIŽEK, Slavoj (2000): *Contingency, Hegemony, Universality, Contemporary Dialogues in the Left*, Nueva York, Verso. [Trad. esp.: *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, trad. de Cristina Sardoy y Graciela Homs, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.]
CALIFIA, Patrick (1981): «A Personal View of the History of the Lesbian S/M Community and Movement in San Francisco», en SAMOIS, *Coming to Power*, Boston, Alyson Publications.
— (ed.) (1988): *The Lesbian S/M Safety Manual*, Boston, Lace Publications.
— (1994): *Public Sex: The Culture of Radical Sex*, San Francisco, Cleis Press.
— (1997): *Sex Changes: The Politics of Transgenderism*, San Francisco, Cleis Press.
CALLEJO CABO, Jesús (1996): *La historia oculta del mundo vegetal*, Madrid, Aguilar.
CANGUILHEM, Georges (1965): *La connaissance de la vie*, París, Vrin.

[Trad. esp.: *El conocimiento de la vida*, trad. de Felipe Cid, Barcelona, Anagrama, 1976.]
CARNWATH, Tom y SMITH, Ian (2002): *El siglo de la heroína*, trad. de Xavier Zambrano, Barcelona, Melusina, 2006.
CASCO SOLÍS, J. (1999): «Psiquiatría y franquismo. Período de institucionalización (1946-1960)», en F. Fuentenebro de Diego y otros, *Dr. Luis Martín-Santos. Psiquiatría y cultura en España en un tiempo de silencio*, con un pórtico y un epílogo como homenaje a Luis Martín-Santos, Madrid, Necodisne.
CHASE, Cheryl (1988): «Hermaphrodites with Attitude: Mapping the Emergence of Intersex Political Activism», *GLQ: Journal of Lesbian and Gay Studies*, vol. 4, n.º 2, Durham, Duke University Press, pp. 189-211. [Trad. esp.: «Hermafroditas con actitud: cartografiando la emergencia del activismo político intersexual», *Debate Feminista*, vol. 47, n.º 59, Elsevier, pp. 48-75.]
CHURCH, Pamela (2004): *More Dirty Looks. Gender, Pornography and Power*, Londres, British Film Institute.
CLARKE, A. E. (1987): «Research Materials and Reproductive Science in the United States, 1910-1940», en Gerald L. Geison (ed.): *Phisiology in the American Context, 1850-1940*, Nueva York, American Physiological Society.
CLYNES, M. E. y KLINE, N. S. (1960): «Cyborgs and Space», en *Astronautics* [septiembre].
COLLINS, H. M. (1975): «The Seven Sexes: A Study in the Sociology of a Phenomenon, or the Replication of Experiments in Physics», *Sociology*, 9, pp. 205-224.
COLOMINA, B., BRENNAN, A. y KIM, J. (2004): *Cold War Hothouses. Inventing Porswar Culture, from Cockpit to Playboy*, Nueva York, Princeton Architectural Press.
— (2007): *Domesticity at War*, Cambridge, MIT Press. [Trad. esp.: *Domesticidad en guerra*, trad. de Beatriz Preciado, Barcelona, Actar, 2006.]
CORNER, G. W. (1965): «The Early History of the Oestrogenic Hormones», *Proceedings of the Society for Endocrinology*, 33, pp. 3-18.
CORSANI, Antonella (2000): «Vers un renouveau de l'économie

politique», *Multitudes*, n.º 2, París, Exils.
— (dir.) (2003): *Multitudes,* n.º 12, *Féminisme, queer, multitudes*, París, Exils.
DAVIS, Angela (1983): *Mujeres, raza y clase*, trad. de Ana Varela, Madrid, Akal, 2004.
— (2003): *Are Prisons Obsolete*?, Nueva York, Seven Stories Press. [Trad. esp.: *Democracia de la abolición. Prisiones, racismo y violencia*, edición e introducción de Eduardo Mendieta, trad. de Irene Fortea, Madrid, Trotta, 2016.]
DAVIS, Mike (2004): «Planet of Slums», *New Left Review*, n.º 26 [abril-mayo]. [Trad. esp.: *Planeta de ciudades miseria,* trad. de José María Amoroto, Madrid, Akal, 2006.]
D'EMILIO, John (1983): *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 19401970*, Chicago, Chicago University Press.
DE LAURETIS, Teresa (1987): *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Bloomington, Indiana University Press.
— (1990): «Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness», *Feminist Studies*, 16, pp. 115-150.
— (2000): *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, trad. de María Echániz Sans, Madrid, Horas y Horas.
DELEUZE, Gilles (2006): *En medio de Spinoza*, Buenos Aires, Cactus.
DELEUZE, GILLES y GUATTARI, FÉLIX (1972): *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. de Francisco Monge, Barcelona, Paidós, 1985.
— (1980): *Mil mesetas*, trad. de José Vázquez Pérez, Valencia, PreTextos, 1984.
— (1991): *Qu'est-ce que la philosophie*?, París, Minuit. [Trad. esp.: *¿Qué es la filosofía*?, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 2011.]
DELPHY, Christine (2001): *L'ennemi principal*, París, Syllepse.
DERRIDA, Jacques (1972a): «La farmacia de Platón», en *La diseminación*, trad. de José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1975, pp. 91-260.
— (1972b): *Márgenes de la filosofía*, trad. de Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1989.

— (1994): *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, trad. de Adolfo Barberá y Patricio Peñalver Gómez, Madrid, Tecnos, 1997.
— (1996): *Le monolinguisme d'autre ou la prothèse d'origine*, París, Galilée. [Trad. esp.: *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial, 1997.]
DESPENTES, Virginie (1994): *Fóllame*, trad. de Isabelle Bordallo, Barcelona, Mondadori, 1998.
— (1996): *Perras sabias*, trad. de María José Furió, Barcelona, Anagrama, 1998.
— (1998): *Lo bueno de verdad*, trad. de Isabelle Bordallo, Barcelona, Anagrama, 2001.
— (1999): *Mordre au travers*, París, Librio.
— (2004): *Bye Bye Blondie*, París, Grasset. [Trad. esp.: *Bye Bye Blondie,* trad. de Lauro de Garay, Barcelona, Pol·len, 2013.]
— (2006): *Teoría King Kong*, trad. de Beatriz Preciado, Barcelona, Melusina, 2007.
DENZIN, Norman K. (1990): «Harold and Agnes: A Feminist Narrative Undoing», *Sociological Theory*, 8(2), pp. 198-216.
DEVOR, Holly (1989): «Where It All Begins: The Biological Bases of Gender», en *Gender Blending: Confronting the Limits of Duality*, Bloomington, Indiana University Press.
DIDI-HUBERMAN, Georges (1982): *La invención de la histeria*, trad. de Rafael Jadeson, Madrid, Cátedra, 2007.
DOSSE, François (2007): *Gilles Deleuze/Félix Guattari. Biographie croisée*, París, La Découverte. [Trad. esp.: *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*, trad. de Sandra Garzonio, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.]
DREGER, Alice D. (1998): *Hermaphrodites and the Medical Invention of Sex*, Cambridge, Harvard University Press.
DUGGAN, Lisa (2000): *Sapphic Slashers: Sex, Violence, and American Modernity*, Durham, Duke University Press.
DUSTAN, Guillaume (1996): *Dans ma chambre*, París, POL. [Trad. esp.: *En mi cuarto*, trad. de Ahmed Haderbache, Barcelona, Reservoir Books, 2001.]
— (1997): *Je sors ce soir*, París, POL. [Trad. esp.: *Esta noche salgo,*

trad. de Francesc Massana Cabré, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 2001.]
— (1998): *Plus fort que moi*, París, POL.
— (1999): *Nicolas Pages*, París, Balland.
— (2002a): *Génie Divin*, París, Balland.
— (2002b): *LXiR*, París, Balland.
— (2004): *Dernier roman*, París, Flammarion.
— (2005): *Premier essai*, París, Flammarion.
DWORKIN, Andrea (1981): *Pornography: Men Possessing Women*, Londres, Women's Press.
DYER, Richard (1977): *Gays and Film*, Nueva York, Zoetrope. [Trad. esp.: *Cine y homosexualidad,* trad. de Alberto Cardín, Barcelona, Laertes, 1982.]
— (1985): «Male Gay Porn: Coming to Terms», *Jump Cut: A Review of Contemporary Media*, n.º 30, [marzo], pp. 27-29.
EICHER, Wolf (1984): «La transformation génitale en cas de transsexualisme», *Cahiers de Sexologie Clinique,* vol. 10, n.º 56, París, pp. 97-105.
ELDREDGE, Niles (1998): *Life in the Balance. Humanity and the Biodiversity Crisis*, Princeton, Princeton University Press. [Trad. esp.: *La vida en la cuerda floja. La humanidad y la crisis de la biodiversidad*, trad. de Joandomènec Ros, Barcelona, Tusquets, 2001.]
ELIAS, Norbert (1969): *La civilisation des moeurs*, París, CalmannLévy.
ENGELS, Friedrich (1884): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* no consta traductor, Madrid, Ayuso, 1977.
ERIBON, Didier (2001): *Una moral de lo minoritario: variaciones sobre un tema de Jean Genet*, trad. de Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2004.
ESCOHOTADO, Antonio (1998): *Historia general de las drogas*, Madrid, Espasa Calpe.
EVANS, Arthur (1978): *Witchcraft and the Gay Counterculture. A Radical View of Western Civilization and Some of the People it has Tried to Destroy*, Boston, Fag Rag Books. [Trad. esp.: *Brujería y contracultura gay. Una visión radical de la civiliación occidental y*

*de algunas de las personas que han tratado de destruirla*, trad. de Valentina Ripani, Barcelona, Descontrol, 2016.]

FADERMAN, Lillian (1981): *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*, Nueva York, William Morrow and Company.

FAUSTO-STERLING, Anne (1993): «The Five Sexes: Why Male and Female Are Not Enough», *The Sciences* [marzo], pp. 20-24.

— (2000): *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*, trad. de Ambrosio García Leal, Barcelona, Melusina, 2006.

FEHER, Michel; NADDAFF, Ramona y TAZI, Nadia (eds.) (1989): *Fragments for a History of the Human Body*, I, II, III y IV, Nueva York, Zone Books.

FEINBERG, Leslie (1993): *Stone Butch Blues*, Ann Arbor, Firebrand Books.

— (1998): *Trans Liberation. Beyond Pink or Blue*, Boston, Beacon Press.

— (2006): *Drag King Dreams*, Nueva York, Carrol & Graf.

FOUCAULT, Michel (1973): *La verdad y las formas jurídicas*, trad. de Enrique Lynch, Barcelona, Gedisa, 1980.

— (1975a): *Vigilar y castigar*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1976.

— (1975b): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, Madrid, Siglo XXI, 1994.

— (1976): *Historia de la sexualidad,* vol. I: *La voluntad de saber*, trad. de Ulises Guinazú, México, Siglo XXI, 1977.

— (1978): *Herculine Barbin, llamada Alexina B*., trad. de Antonio Serrano, Madrid, Revolución, 1985.

— (1976-1984): *Historia de la sexualidad*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1986.

— (1988): *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1991.

— (1992): *Microfísica del poder*, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1992.

— (1999): *Les anormaux. Cours au Collège de France 1974-1975*, París, Gallimard/Seuil. [Trad. esp.: *Los anormales. Curso en el*

*Collège de France (1974-1975)*, trad. de Valerio Marchetti, Antonella Salomoni y Horacio Óscar Pons, Tres Cantos, 2001.]
— (2001): *Dits et écrits*, 1954-1988, vols. I y II, París, Gallimard.
FRANK, Robert T. (1929): *The Female Sex Hormone*, Springfield, Illinois, Charles C. Thomas Publisher.
FREUD, Sigmund ([1927] 1997): «Fetishism», en *Sexuality and the Psychology of Love*, Nueva York, Touchstone.
— (2005): *Un peu de cocaïne pour me délier la langue*, París, Max Milo.
FRIEDMAN, David; MCNEIL, Legs y OSBORNE, Jennifer (2005): *The Other Hollywood. The Uncensored Oral History of the Porn Film Industry*, Nueva York, Regan Books. [Trad. esp.: *El otro Hollywood. Una historia oral y sin censurar de la industria del cine porno*, trad. de Óscar Palmer, Madrid, Es Pop Ediciones, 2008.]
FUENTENEBRO DE DIEGO, F. *et al*. (eds.) (1999): *Psiquiatría y cultura en España en un tiempo de silencio: Luis Martín-Santos*, Madrid, Necodisne Ediciones.
GALLOP, Jane (1988): *Thinking Through The Body*, Nueva York, Columbia University Press.
GAMSON, Joshua (1998): «I Want to Be Miss Understood», en *Freaks Talk Back: Tabloid Talk Shows and Sexual Nonconformity*, Chicago, University of Chicago Press.
GARBER, Marjorie (1992): *Vested Interests: Cross-Dressing & Cultural Anxiety*, Nueva York, Routledge.
GARFINKEL, Harold (1967): «Passing and the Management Achievement of Sex Status in a “Intersexual” Person», en *Studies in Ethnomethodology*, Nueva York, Prentince Hall. [Trad. esp.: *Estudios en etnometodología*, trad. de Hugo Antonio Pérez Hernáiz, Barcelona, Anthropos, 2006.]
GILMAN, Sander L. (1993): *Freud, Race and Gender*, Princeton, Princeton University Press.
— (1997): «Decircumcision: The First Aesthetic Surgery», *Modern Judaism*, vol. 17, n.º 3, Oxford, pp. 201-210.
— (1999): *Making the Body Beautiful: A Cultural History of Aesthetic Surgery*, Princeton, Princeton University Press.
GLASIER, Anna (2002): «Contraception, Past and Future», Londres,

*Nature Medicine*, vol. 8, n.º 510, pp. 53-56.
GOODMAN GILMAN, Alfred *et al*. (1941): *Las bases farmacológicas de la terapéutica*, Buenos Aires, Panamericana, 1986.
GUATTARI, Félix (1977): *La révolution moléculaire*, París, Recherches. [Trad. esp.: *La revolución molecular*, trad. de Guillermo de Eugenio Pérez, Madrid, Errata Naturae, 2017.]
— (1989): *Cartographies schizoanalytiques*, París, Galilée. [trad. esp.: *Cartografías esquizoanalíticas,* trad. de Dardo Scavino, Buenos Aires, Manantial, 2000.]
— (2004): *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, ed. de Raúl Sánchez Cedillo, trad. de Marisa Pérez Colina, Raúl Sánchez Cedillo, Josep Samet, Miguel Denis Norabuena, Lluís Mara Todó, Madrid, Traficantes de Sueños.
GUATTARI, Félix y NEGRI, Toni (1985): *Les nouveaux espaces de liberté*, París, Dominique Bedou. [Trad. esp.: *Las verdades nómadas. Por nuevos espacios de libertad*, trad. de Raúl Codillo, San Sebastián, Tercera Prensa, 1996.]
GUIBERT, HERVÉ (1977): *La mort propagande*, París, Régine Deforges.
— (1981): *L'image fantôme*, París, Minuit.
— (1989): *Fou de Vincent*, París, Minuit.
— (1990): *À l'ami qui ne m'a pas sauvé la vie*, París, Gallimard. [Trad. esp.: *Al amigo que no me salvó la vida*, trad. de Rafael Panizo, Barcelona, Tusquets, 1991.]
— (1992): *Cytomégalovirus. Journal d'hospitalisation*, París, Seuil. [Trad. esp.: *Citomegalovirus. Diario de hospitalización*, trad. de Diego Vecchio, Rosario, Beatriz Viterbo, 2012.]
HACKING, Ian (1986): *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*, Cambridge, Cambridge University Press. [Trad. esp.: *Representar e intervenir*, trad. de Sergio Martínez, México, Paidós, 1996.]
HAIKEN, Elizabeth (1997): *Venus Envy. A History of Cosmetic Surgery*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press.
HALBERSTAM, Judith (1997): «Mackdaddy, Superfly, Rapper: Gender,

Race, and Masculinity in the Drag King Scene», *Social Text,* n.º 52/53, Durham, Duke University Press, pp. 105-131.
— (1998a): *Female Masculinity*, Durham, Duke University Press. [Trad. esp.: *Masculinidad femenina*, trad. de Javier Sáez, Barcelona, Egales, 2008.]
— (1998b): «Automating Gender. Postmodern Feminism in the Age of the Intelligent Machine», en Patrick D. Hopkins (ed.): *Sex/Machine. Readings in Culture, Gender, And Technology*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press.
— (1998c): «Transgender Butch: Butch/FTM Border Wars and the Masculine Continuum», *GLQ*, vol. 4, n.º 2, pp. 287-310.
— (2005): *In a Queer Time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*, Nueva York, New York University Press.
HALBERSTAM, Judith y HALE, C. Jacob (1998): «Butch/FTM Border Wars: A Note on Collaboration», *GLQ,* vol. 4, n.º 2, pp. 283-285.
HALE, C. Jacob (1996): «Are Lesbians Women?», *Hypatia*, vol. 11, n.º 2, pp. 94-121.
— (1997a): «Leatherdyke Boys and Their Daddies: How to Have Sex without Women or Men», *Social Text,* n.º 52/53, pp. 223-236.
— (1998a): «Tracing a Ghostly Memory in My Throat: Reflections on FtM Feminist Voice and Agency», en Tom Digby (ed.): *Men Doing Feminism*, Nueva York, Routledge.
— (1998b): «Consuming the Living, Dis(re)membering the Dead in the Butch/FTM Borderlands», *GLQ*, vol. 4, n.º 2, pp. 311-348.
HAMILTON, David (1986): *The Monkey Gland Affair*, Londres, Chatto & Windus.
HARAWAY, Donna (1976): *Crystals, Fabrics, and Fields: Metaphors of Organicism in Twentieth-Century Developmental Biology*, New Haven y Londres, Yale University Press.
— (1985): «Manifesto for Cyborgs: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980's», *Socialist Review*, n.º 80, pp. 65-108. [Trad. esp.: *Manifiesto para cyborgs*, no consta traductor, Valencia, Episteme, 1995.]
— (1988): «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective», *Feminist Studies*, vol. 14, n.º 3, pp. 575-599.

— (1989): *Primate Visions: Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*, Londres y Nueva York, Routledge.
— (1991a): *How Like a Leaf: An Interview with Donna Haraway*, Londres y Nueva York, Routledge. [Trad. esp.: *Tan leve como hoja*, trad. de Matilde Pérez Jover, Madrid, Continta Me Tienes, 2018.]
— (1991b): *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge. [Trad. esp.: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, prólogo de Jorge Artidi, Fernando García Selgas y Jackie Orr, trad. de Manuel Talens, Madrid, Cátedra, 1995.]
— (1992): «When Man™ Is on the Menu», en *Incorporations*, Nueva York, Zone Books, pp. 38-43.
— (1992): «The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others», en Lawrence Grossberg *et al*. (eds.), *Cultural Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 295-338.
— (1994): «A Game of Cat's Cradle: Science Studies, Feminist Theory, Cultural Studies», *Configurations: A Journal of Literature and Science*, vol. 2, n.º 1, pp. 59-71.
— (1997): *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan©_Meets_OncoMouse™: Feminism and Technoscience*, Londres y Nueva York, Routledge. [Trad. esp.: *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncoratón®*, trad. de Helena Torres Sbarbati, Barcelona, UOC, 2004.]
— (2003): *The Companion Species Manifesto. Dogs, People, and Significant Otherness*, Chicago, Prickly Paradigm Press. [Trad. esp.: *Manifiesto de las especies de compañía. Perros, personas y la alteridad significativa*, trad. de Isabel Mellén Rodríguez, Vitoria-Galteiz, Sans Soleil Ediciones, 2016.]
HARDT, Michael y NEGRI, Toni (2000): *Empire*, París, Exils. [Trad. esp.: *Imperio*, trad. de Alcira Nélida Bixio, Barcelona, Paidós, 2002.]
— (2006): *Multitudes*, París, 10/18. [Trad. esp.: *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, trad. de J. A. Bravo, Barcelona, Debate, 2004.]

HATERIUS, Hans O. (1937): «The Female Sex Hormones», *The Ohio Journal of Science*, vol. 37, n.º 6 [noviembre], pp. 394-407.
HAUSMAN, Bernice L. (1995): *Changing Sex: Transsexualism, Technology, and the Idea of Gender,* Durham, Duke University Press.
HERDT, Gilbert (ed.) (1993): *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*, Nueva York, Zone Books.
HERITAGE, John (1984): *Garfinkel and Ethnomethodology*, Cambridge, Polity Press.
HOOKS, Bell *et al*. (2004): *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, trad. de Rocío Macho Ronco, Hugo Romero Fernández Sancho, Álvaro Salcedo Rufo y María Serrano Giménez, Madrid, Traficantes de Sueños.
HOUELLEBECQ, Michel (1997): *Rester vivant et autres textes*, París, Flammarion. [Trad. esp.: *Poesía*, trad. de Abel H. Pozuelo y Altair Díez, Barcelona, Anagrama, 2012.]
— (1999): *Renaissance*, París, Flammarion. [Trad. esp.: *Poesía*, trad. de Abel H. Pozuelo y Altair Díez, Barcelona, Anagrama, 2012.]
— (2001): *Plateforme*, París, Flammarion. [Trad. esp.: *Plataforma*, trad. de Encarna Gómez Castejón, Barcelona, Anagrama, 2006.]
HOWARD, James Michael (2001): «Hormones in Mammalian Evolution», *Biology Forum*, pp. 177-184.
HOYER, Neils (1933): *Man into Woman*, Nueva York, Popular Library Edition.
JAMESON, Fredric (1990): *Signatures of the Visible*, Londres y Nueva York, Routledge. [Trad. esp.: *Signaturas de lo visible*, prólogo de Eduardo Grüner, trad. de Margarita Costa y M. G. Burello, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012.]
JOHNSON, Jim (1988): «Mixing Humans and Nonhumans Together: The Sociology of a Door-Closer», *Social Problems*, vol. 35, n.º 3 [junio], pp. 298-310.
JORGENSEN, Christine (1967): *A Personal Autobiography*, Nueva York, Paul Eriksson.
JULIANO, Dolores (2004): *Excluidas y marginales. Una aproximación antropológica*, Madrid, Cátedra.

KENDRICK, Walter (1987): *The Secret Museum: Pornography in Modern Culture*, Nueva York, Viking Press. [Trad. esp.: *El museo secreto. La pornografía en la cultura moderna,* trad. de J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga, Bogotá, Tercer Mundo, 1995.]

KESSLER, Suzanne J. (1990): «The Medical Construction of Gender: Case Management of Intersexed Infants», *Signs, Journal of Women in Culture and Society*, vol. 16, n.º 1.

— (1998): *Lessons from the Intersexed*, New Brunswick, Rutgers University Press.

KESSLER, Suzanne J. y MCKENNA, Wendy (1978): *Gender: An Ethnomethodological Approach*, Nueva York, John Wiley & Sons.

KIRK, Sheila y ROTHBLATT, Martine (1995): *Medical, Legal & Workplace Issues for Transsexuals*, Blawnox, Together Lifeworks.

KOOLHAAS, Rem (2002): *Espacio basura*, trad. de Jorge Sainz Aria, Barcelona, Gustavo Gili, 2007.

KRAFFT-EBING, RICHARD VON (1886): *Psicopatía sexual*, prefacio de Pierre Janet, trad. de Agustín O. Larrauri, Buenos Aires, El Ateneo, 1955.

KREMER, Michael y SNYDER, Christopher M. (2006): «Why Is There No AIDS Vaccine?», Cambridge, Center for Interantional Development at Harvard University.

LADIPO, David (2001): «El crecimiento del complejo carcelario industrial en Estados Unidos», *New Left Review*, n.º 7, pp. 71-85.

LAGRACE VOLCANO, Del (2000): *Sublime Mutations*, Tubinga, Konkursbuch.

— (2006): *Sex Works*, Tubinga, Konkursbuch.

LAGRACE VOLCANO, Del y HALBERSTAM, Judith (1999): *The Drag King Book*, Londres, Serpent's Tail.

LANG, Sabine (1996): «There Is More Than Just Women and Men: Gender Variance in North American Indian Cultures», en Sabrina Petra Ramet (ed.): *Gender Reversals and Gender Cultures: Anthropological and Historical Perspectives*, Londres, Routledge.

LAPLANCHE, Jean (2006): *Problematiques VII. Le fourvoiement biologisant de la sexualité chez Freud, suivi de Biologisme et Biologie*, París, PUF.

LAQUEUR, Thomas (1990): *La construcción del sexo. Cuerpo y*

*género desde los griegos hasta Freud*, trad. de Eugenio Portela Marco, Madrid, Cátedra, 1994.

— (2003): *Solitary Sex: A Cultural History of Masturbation*, Nueva York, Zone Books. [Trad. esp.: *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*, trad. de Marco Mayer, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.]

LATOUR, Bruno y WOOLGAR, S. (1979): *La vie de laboratoire. La construction des faits scientifiques*, París, La Découverte, 1988.

LAZZARATO, Maurizio (2002): *Puissances de l'invention. La psychologie économique de Gabriel Tarde contre l'economie politique*, París, Les Empêcheurs de penser en rond. [Trad. esp.: *Potencias de la invención. La psicología económica de Gabriel Tarde contra la economía política*, trad. de Andrés Abril, Buenos Aires, Cactus, 2018.]

— (2004): *Les révolutions du capitalisme*, París, Les Empêcheurs de penser en rond. [Trad. esp.: *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control,* trad. de Pablo Rodríguez, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006.]

LEIBNIZ, G. W. (1714): *Monadología. Discurso de metafísica*, trad. de Manuel Fuentes Benot y Alfonso Castaño Piñán, Madrid, Sarpe, 1984.

— (2004): *Discours de métaphysique, monadologie et autres textes*, París, Galimard.

LESSIG, Lawrence (1999): *«Code and the Commons»*, conferencia en la Fordham Law School, Nueva York, 09/02/1999; disponible en <cyber.harvard.edu/works/lessig/Fordham.pdf> (última consulta: 06/02/2020).

LI, Jie JACK (2006): *Laughing Gas, Viagra, and Lipitor. The Human Stories Behind the Drugs We Use*, Oxford, Oxford University Press.

LOVELACE, Linda y MCGRADY, Mike (1980): *Ordeal,* Nueva York, Berkeley. [Trad. esp.: *Garganta profunda. Memorias de una actriz porno*, trad. de Gerardo Mendoza, Madrid, La Fábrica, 2003.]

LUNCH, Lydia (2006): *«Real Pornography»*, performance musical, disponible en <www.youtube.com/watch?v=9gwm1T7TOKQ> (última consulta: 06/02/2020).

MacKenzie, G. Olga (1994): *Transgender Nation*, Ohio, Bowling Green State University Popular Press.
MacKinnon, Catharine (1987): *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law,* Cambridge, Harvard University Press. [Trad. esp.: *Feminismo inmodificado. Discursos sobre la vida y el derecho*, trad. de Teresa Beatriz Arijón, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.]
MacKinnon, Catharine y Dworkin, Andrea (1988): *Pornography and Civil Rights: A New Day for Women's Equality,* Minneapolis, Organizing Against Pornography.
Maltz, Maxwell (1946): *Evolution of Plastic Surgery,* Nueva York, Forben Press.
Marazzi, Christian (1994): *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico y sus efectos sobre la política*, trad. de Marta Malo de Molina, Madrid, Akal, 2003.
Marx, Karl (1844): *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, tercer manuscrito: «Propiedad privada y comunismo», Barcelona, Grijalbo, 1975.
— (1867-1894): *El capital*, cap. 6, Madrid, Siglo XXI, 1978.
Mauss, Marcel (1950): *Sociologie et anthropologie*, París, PUF, 2001. [Trad. esp.: *Sociología y antropología*, trad. de Teresa Rubio, Madrid, Tecnos, 1971.]
McDowell, Linda (1991): «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 16, n.º 4, pp. 400-419.
Mérida, Rafael (ed.) (2002): *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, trad. de Maria Antonia Oliver Rotger, Barcelona, Icaria.
Meyerowitz, Joanne (1998): «Sex Change and the Popular Press: Historical Notes on Transsexuality in the United States (1930-1955)», *GLQ*, vol. 4, n.º 2, Durham, Duke University Press, pp. 159-187.
— (2002): *How Sex Changed. A History of Transsexuality in the United States*, Cambridge, Harvard University Press.
Money, John y Tucker, Patricia (1975): *Sexual Signatures: On Being Man or Woman*, Boston, Little, Brown. [Trad. esp.: *Asignaturas*

*sexuales,* trad. de Pere Rubiralta, Barcelona, Asesoría Técnica de Ediciones, 1978.]

— (1980): *Love and Love Sickness: The Science of Sex, Gender Difference, and Pair-bonding*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

MONEY, John y EKHARDT, A. A. (1972): *Man and Woman: Boy and Girl*, Nueva York, Johns Hopkins University. [Trad. esp.: *Desarrollo de la sexualidad humana. Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género desde la concepción hasta la madurez*, trad. de A. Guerra Miralles, Madrid, Morata, 1982.]

MONEY, John; HAMPSON, John L. y HAMPSON, Joan G. (1957): «Imprinting and the Establishment of the Gender Role», *Archives of Neurology and Psychiatry*, vol. 77, n.º 3, Chicago.

MORGAN, Robin (1974): «Theory and Practice: Pornography and Rape», cit. en Alice Echols (1984): «El ello domado: la política sexual feminista entre 1968-1983», en Carole Vance (ed.): *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*, trad. de Julio Velasco y Maria Ángeles Toda, Madrid, Talasa, 1989.

MOULIER-BOUTANG, Yann (2000): «Éclats d'économie et bruits de luttes», *Multitudes*, vol. 19, n.º 2, París, Exils, pp. 5-14.

— (2007): *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation,* París, Éditions Amsterdam.

MOULIER-BOUTANG, Yann; CORSANI, Antonella; LAZZARATO, Maurizio; BLONDEAU, Olivier; DYER WHITEFORD, Nick; VERCELLONE, Carlo; KYROU, Ariel y RULLANI, Enzo (2004): *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*, trad. de Emmanuel Rodríguez López, Beñat Baltza y Antonio García Pérez-Cejuela, Madrid, Traficantes de Sueños.

MUÑOZ, José Esteban(1997): «"The White to Be Angry": Vaginal Davis' Terrorist Drag», *Social Text*, n.º 52/53, pp. 81-103.

— (1999): *Disidentifications. Queers of Color and the Performance of Politics,* Minneapolis, University of Minnesota Press.

NAMASTE, Viviane K. (1996): «Genderbashing: Sexuality, Gender, and the Regulation of Public Space. Environment and Planning», *Society and Space*, vol. 14, n.º 2, pp. 221-240.

— (1999): *Disidentifications. Queers of Color and the Perfomance of*

*Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
— (2000): *Invisible Lives: The Erasure of Transsexual and Transgendered People,* Chicago, University of Chicago Press.
NEGRI, Toni (1998): *Exil*, París, Éditions Mille et Un Nuits. [Trad. esp.: *El exilio*, trad. de Raúl Sánchez, Barcelona, El Viejo Topo, 1998.]
NELSON, James L. (1998): «The Silence of the Bioethicists: Ethical and Political Aspects of Managing Gender Dysphoria», *GLQ*, vol. 4, n.º 2, pp. 213-230.
NELSON, Mark y HUDSON BAYLISS, Sarah (2006): *Exquisite Corpse. Surrealism and the Black Dahlia Murder*, Londres, Bulfinch Press.
NEWTON, Esther (1972): *Mother Camp: Female Impersonators in America*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press. [Trad. esp.: *Mother Camp. Un estudio de los transformistas femeninos en los Estados Unidos*, trad. de María José Belbel Bullejos, Madrid, Alpuerto, 2018.]
NIEMI, M. (1987): «Andrology as a Speciality. Its Origin», *Journal of Andrology*, vol. 8, n.º 4 [julio-agosto], pp. 201-202.
OAKLEY, Ann (1972): *Sex, Gender and Society*, Londres, Temple Smith. [Trad. esp.: *La mujer discriminada. Biología y sociedad*, trad. de Blanca Martín Casas, Madrid, Debate, 1977.]
OOSTERHUIS, Harry (1997): «Richard von Krafft-Ebing's "StepChildren of Nature": Psychiatry and the Making of Homosexual Identity», en Vernon A. Rosario (ed.), *Science and Homosexualities,* Nueva York, Routledge, pp. 67-88.
ORAM, Alison (2007): *Her Husband Was a Woman! Women's Gender Crossing in Modern British Popular Culture,* Nueva York, Routledge.
OUDSHOORN, Nelly (1994): *Beyond the Natural Body: An Archeology of Sex Hormones*, Nueva York, Routledge.
— (1998): «Hormones, Technique et Corps. L'archéologie des hormones sexuelles (1923-1940)», *Annales. Histoire, Sciences Socials*, vol. 53, n.º 4-5 [julio-octubre], pp. 775-793.
PANZER, C. *et al*. (2006): «Impact of Oral Contraceptives on Sex Hormone-Binding Globulin and Androgen Levels: A Retrospective Study in Women with Sexual Dysfunction», *The Journal of Sexual Medicine,* vol. 3, n.º 1 [enero], pp. 104-113.

PARACELSO: *Botánica oculta. Las plantas mágicas*, no consta traductor, Buenos Aires, Kier, 1975.
PARK, Jordan (1953): *Half,* Nueva York, Lion Books.
PARLEE, Mary B. (1996): «Situated Knowledges of Personal Embodiment: Transgender Activists' and Psychological Theorists' Perspectives on "Sex" and "Gender"», *Theory & Psychology,* vol. 6, n.º 64, pp. 625-645.
PATTON, Paul (ed.) (1993): *Nietzsche, Feminism and Political Theory*, Londres, Routledge.
PETRAS, James y VELTMEYER, Henry (2001): *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desenmascarada*, trad. de Guillermo Solana, Madrid, Popular, 2002.
PETROPOULOS, Jonathan y ROTH, John K. (ed.) (2005): *Gray Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and its Aftermath*, Nueva York, Bergham Books.
PIGNARRE, Philippe (2004): *Le grand secret de l'industrie pharmaceutique*, París, La Découverte. [Trad. esp.: *El gran secreto de la industria farmacéutica*, trad. de Irene Agolf, Barcelona, Gedisa, 2005.]
PRECARIAS A LA DERIVA (2004): Una coinvestigación sobre la precariedad femenina, disponible en línea: <www.sindominio.net/karakola/antigua_casa/precarias.htm>.
PRECIADO, Paul B. (2002a): *Manifiesto contrasexual*, Madrid, Opera Prima.
— (2003): «Multitudes queer. Notes pour une politique des "anormaux"», *Multitudes*, vol. 12, n.º 2, París, pp. 17-25.
— (2004): «Pornotopia», *Cold War Hothouses. Inventing Postwar Culture, from Cockpit to Playboy*, Nueva York, Princeton Architectural Press.
PROSSER, Jay (1998): *Second Skins: The Body Narratives of Transsexuality*, Chichester y Nueva York, Columbia University Press.
REVEL, Judith (2002): «Devenir-femme de la politique», *Multitudes*, vol. 12, n.º 2, París, pp. 125-133.
RICOEUR, Paul (1965): *Freud: una interpretación de la cultura*, trad. de Armando Suárez, México, Siglo XXI, 1999.

RIVIERE, Joan (1929): «Womanliness as Masquerade», *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 10, pp. 303-313.
ROBERTS, Dorothy (1997): *Killing the Black Body: Race, Reproduction, and the Meaning of Liberty*, Nueva York, Vintage.
ROBERTS, Nina (2005): *J'assume*, París, Scaly.
ROLNIK, Suely (2002): «¿El arte cura?», Barcelona, MACBA.
RONELL, Avital (1992): *Crack Wars: Literature, Addiction, Mania*, Lincoln, NE, University of Nebraska Press. [Trad. esp.: *Crack Wars. Literatura, adicción, manía*, no consta traductor, Buenos Aires, Eduntref, 2016.]
RUBIN, Gayle (1992): «Of Catamites and Kings: Reflections on Butch, Gender, and Boundaries», en Joan Nestle (ed.): *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader*, Boston, Alyson Publications, pp. 466-482.
RUBIN, Henry (2003): *Self-Made Men: Identity and Embodiment Among Transsexual Men*, Nashville, Vanderbilt University Press.
SÁEZ, Javier (2004): *Teoría queer y psicoanálisis,* Madrid, Síntesis.
SAMOIS (ed.) (1981): *Coming to Power: Writings and Graphics on Lesbian S/M*, Palo Alto, CA, Up Press.
SCHOLZ, Piotr O. (2001): *Eunuchs and Castrati: A Cultural History*, Princeton, Markus Wiener Publishers.
SCHULTES, R. E. y HOFMANN, A. (1979): *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*, trad. de Alberto Blanco, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
SEDGWICK, Eve K. (1990): *Epistemología del armario*, trad. de Teresa Bladé, Barcelona, La Tempestad, 1998.
— (1997): «A Response to C. Jacob Hale», *Social Text,* n.º 52/53 [otoño-invierno], pp. 237-239.
— (2003): *Touching Feeling. Affect, Pedagogy, Performativity*, Durham, Duke University Press. [Trad. esp.: *Tocar la fibra, afecto, pedagogía, performatividad*, trad. de María José Bebel Bullejos y Rocío Martínez Ranedo, Barcelona, Alpuerto, 2018.]
SENGOOPTA, Chandak (2006): *The Most Secret Quintessence of life: Sex, Glands, and Hormones, 1850-1950*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
SERLIN, David (2004): *Replaceable You. Engineering the Body in*

*Postwar America*, Chicago, University of Chicago Press.
SIMMEL, Georg (1892-1909): «Quelques réflexions sur la prostitution dans le présent et dans l'avenir», *Philosophie de l'amour*, París, Rivages Poche, 1988.
SINFIELD, Alan (1994): *The Wilde Century: Effeminacy, Oscar Wilde, and the Queer Moment*, Nueva York, Columbia University Press.
SLOTERDIJK, Peter (1983): *Crítica de la razón cínica*, trad. de Miguel Ángel Vega Cernuda, Madrid, Siruela, 2003.
— (1998): *Esferas I. Burbujas. Macroesferología*, trad. de Isidoro Reguera, Madrid, Siruela, 2003.
— (1999): *Esferas II. Globo. Macroesferología*, trad. de Isidoro Reguera, Madrid, Siruela, 2004.
— (1999): *Normas para el parque humano,* trad. de Teresa Rocha Barco, Madrid, Siruela, 2000.
— (2000): *Experimentos con uno mismo*, trad. de Germán Cano, Valencia, Pre-Textos, 2003.
— (2001): *Ni le soleil ni la mort. Jeu de piste sous forme de dialogues avec Hans-Jürgen Heinrichs,* París, Hachette, 2004. [Trad. esp.: *El sol y la muerte*, trad. de Germán Cano, Madrid, Siruela, 2004.]
— (2004): *Écumes. Sphères III*, París, Maren Sell Éditeurs, 2005. [Trad. esp.: *Esferas III. Espumas: esferología plural,* trad. de Isidoro Reguera, Madrid, Siruela, 2004.]
SMITH, Richard (ed.) (1973): *Getting into Deep Throat*, Chicago, Playboy Press.
SOLANAS, Valerie (1968): *Scum Manifesto*, Nueva York, Olympia Press. [Trad. esp.: *SCUM,* trad. de Ana María Becciu, Barcelona, Ediciones de Feminismo, 1977.]
SONTAG, Susan (1966): «Notes on Camp», en *Against Interpretation and Other Essays*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux. [Trad. esp.: «Notas sobre lo *camp», Contra la interpretación*, trad. de Horacio Vázquez Rial, Madrid, Alfaguara, 1996.]
— (1969): «The Pornographic Imagination», *Styles of Radical Will*, Nueva York, Dell. [Trad. esp.: *Estilos radicales,* trad. de Eduardo Goligorsky, Barcelona, Debolsillo, 2007.]
SPADE, Dean (2000): «Mutilating Gender», en Susan Stryker y

Stephen Whittle (eds.): *The Transgender Studies Reader*, Nueva York, Routledge, 2006, pp. 315-332.
SPINOZA, Baruch (1661-1675): *Ética demostrada según el orden geométrico,* trad. de Atilano Domínguez, Madrid, Trotta.
SPRINKLE, Annie (1998): *Postporn Modernist. My 25 Years as a Multimedia Whore*, San Francisco, Cleis Press.
— (2001): *Hardcore from the Heart. The Pleasures, Profits and Politics of Sex in Performance,* Londres, Continuum Books.
SPEERT, Harold (1973): *Obstetrics and Gynecology. A History and Iconography*, Nueva York, Informa Healthcare, 2004.
STALLMAN, Richard M. (2000): «Biopiracy or Bioprivateering?», *Multitudes*, vol. 1, n.º 1 [marzo], París, pp. 114-117.
STARHAWK (2003): *Femmes, magie et politique*, París, Les Empêcheurs de penser en rond.
STARLING, Ernest (1905): *The Croonian Lectures on the Chemical Correlations of the Functions of the Body*, Londres, Women's Printing Society.
STOLLER, Robert (1964): «A Contribution to the Study of Gender Identity», *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 45 [abril-julio], pp. 220-226.
— (1968a): *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*, Nueva York, Science House.
— (1968b): «A Further Contribution to the Study of Gender Identity», *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 49, n.º 2, Nueva York, pp. 364-369.
— (1979): *Sexual Excitement: Dynamics of Erotic Life*, Nueva York, Pantheon Books.
STOLLER, Robert; GARFINKEL, Harold y ROSEN, Alexander (1960): «Passing and the Maintenance of Sexual Identification in an Intersexed Patient», *Archives of General Psychiatry*, n.º 2 [abril], pp. 379-380.
STONE, Sandy (1992): «The "Empire" Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto», *Camera Obscura*, vol. 10, n.º 29 [mayo], pp. 150-176.
STRYKER, Susan (1994): «My Words to Victor Frankenstein above the

Village of Chamounix. Performing Transgender Rage», *GLQ,* vol. 1, n.º 3, pp. 237-254.
— (ed.) (1998): «The Transgender Issue», *GLQ*, vol. 4, n.º 2, pp. 145-374.
STRYKER, Susan y WHITTLE, Stephen (eds.) (2006): *The Transgender Studies Reader*, Nueva York, Routledge.
TARAUD, Christelle (2003): *La prostitution coloniale: Algérie, Tunisie, Maroc (1830-1962)*, París, Payot.
— (2006): «Urbanisme, hygienisme et prostitution à Casablanca dans les années 1920», *French Colonial History*, vol. 7, pp. 97-108.
TAYLOR, Gary (2002): *Castration: An Abbreviated History of Western Manhood*, Nueva York, Routledge.
TERRY, Jennifer (1999): *An American Obsession. Science, Medicine and Homosexuality in Modern Society*, Chicago, Chicago University Press.
TONE, Andrea (2001): *Devices and Desires. A History of Contraceptives in America*, Nueva York, Hill and Wang.
VALLEJO-NÁJERA, Antonio (1934): *La asexualización de los psicópatas*, Madrid, Medicina.
VANCE, Carole S. (ed.) (1984): *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*, Boston, Routledge. [Trad. esp.: Carole S. Vance [comp.], *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, trad. de Julio Velasco y María Ángeles Toda Iglesia, Madrid, Revolución, 1989.]
VIRNO, Paolo (2003): *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, trad. de Adriana Gómez, Juan Domingo Estop y Miguel Santucho, Madrid, Traficantes de Sueños.
WACQUANT, Loïc (2002): «De la esclavitud al encarcelamiento masivo. Pensar de nuevo la “cuestión racial” en Estados Unidos», *New Left Review*, n.º 13 [marzo-abril], pp. 38-58.
WALLERSTEIN, Immanuel (2004): *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Tres Cantos, Akal.
WEININGER, Otto (1903): *Sexo y carácter*, trad. de Felipe Jiménez de Asúa, Madrid, Losada, 1994.

WHITE, Luise (1990): *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi*, Chicago, Chicago University Press.
WILCHINS, Riki Anne (1997): *Read My Lips: Sexual Subversion and the End of Gender*, Nueva York, Firebrand Books.
WILLIAMS, Linda (1989): *Hardcore: Power, Pleasure, and the «Frenzy of the Visible»*, Los Ángeles, University of California Press.
— (1991): «Film Bodies: Gender, Genre, and Excess», *Film Quarterly*, vol. 44, n.º 4, Berkeley, University of California Press, pp. 2-13.
— (1994): «Corporealized Observers: Visual Pornographies and the "Carnal Density of Vision"», en Patrice Petro (ed.): *Fugitive Images. From Photography to Video*, Bloomington & Indianápolis, Indiana University Press.
— (ed.) (2004): *Porn Studies*, Durham, Duke University Press.
WITTIG, Monique (1992): *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, trad. de Javier Sáez y Francisco Javier Vidarte, Madrid, Egales, 2005.
WOLFFERS, I.; HARDON, A. y JANSSEN, J. (1989): *Marketing Fertility. Women, Menstruation and the Pharmaceutical Industry*, Ámsterdam, Wemos.
WOZNICKI, Katrina (2006): «Birth Control Pills May Produce Protracted Effects on Testosterone Levels», *Medpage Today,* 3 de enero de 2006.
YALOM, Marilyn (1997): *A History of the Breast*, Nueva York, Ballantine Books. [Trad. esp.: *Historia del pecho*, trad. de Antoni Puigrós, Barcelona, Tusquets, 1997].
ZIPLOW, Stephen (1977): *The Film Maker's Guide to Pornography*, Nueva York, Drake.
ZITA, Jacqueline N. (1998): *Body Talk: Philosophical Reflections on Sex and Gender,* Nueva York, Columbia University Press.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© “Private Song by Alexandra Bachzetsis”. Foto © Nikolas Giakoumakis.CONCEPT, CHOREOGRAPHY and PERFORMANCE Alexandra Bachzetsis // COLLABORATION, CREATION OF PERFORMANCE AND MOUVEMENT RESEARCH Thibault Lac RESEARCH CURATOR Paul B. Preciado // COMMUNICATION DESIGN and PHOTOGRAPHY Julia Born and Blommers-Schumm // COSTUME DESIGN Cosima Gadient // COLLABORATION SOUND Lies Vanborm // LIGHT DESIGN AND TECHNIQUE Patrik Rimann // STAGE DESIGN AND PRODUCTION ASSISTENT Sotiris Vasiliou // PRODUCTION Association All Exclusive // PRODUCTION MANAGEMENT Anna Geering // SUPPORTED BY Kooperative Förderververeinbarung between: Stadt Zürich, Kanton Basel-Landschaft, Kanton Basel-Stadt, Pro Helvetia-Schweizer Kulturstiftung, GGG Basel and Ernst Göhner Stiftung // COPRODUCED with Kaserne Basel, Zürich Tanzt, ICA London, Robert Rauschenberg Foundation, Tanzhaus Zürich // THANKS TO Shannon Jackson, Mia Born, Oleg Houbrechts, Daphni Antoniou, Verena Bachzetsis, Jannis Tsingaris and Sakis Bachzetsis

© Paul B. Preciado, 2008, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4129-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. «Vivo en un mundo donde muchas cosas que creía imposibles son posibles» (Dustan, 1996).

2. «Y vosotros, ¿porque habéis leído mi libro *Miles de besos* me acusáis de no ser un verdadero hombre? Yo os daré por el culo y me la mamaréis» (Catulo, Verona, 87-54 a. C.).

3. «PREGUNTA: ¿Si pudiera ver un documental sobre un filósofo, sobre Heidegger, Kant o Hegel, qué es lo que querría ver?

RESPUESTA DE JACQUES DERRIDA: Que hablen de su vida sexual. ¿Quería una respuesta rápida, no? Su vida sexual» (Jacques Derrida, en *Derrida*, película de Kirby Dick y Amy Ziering Kofman, 2002).

4. «Lo más fuerte es su voz, creo» (Dustan, 1999: 17).

5. *«Un poète mort n'écrit plus»* (Houellebecq, 1997: 19).

6. «Preferiría quedarme ciego antes que verte partir» (James, 1967).

7. *«On a ri. Il m'a raccompagné en voiture. Je l'ai regardé. Il m'a fait un signe de la main avant / la nuit était tombée. Je sais que j'aurais du / je ne serais jamais amoureux de lui. Mais c'était tellement bon qu'il m'aime. C'était bon»* (Dustan, 1996: 155).

8. *«J'ai pour la première fois la tentation d'un autoportrait pour toi»* (Guibert, 1981).

9. «Travestirme de ti.»

10. «No me dejes, por favor. Agárrate a mi sexo. Abajo, más abajo, en lo sucio. Quédate conmigo.»

11. Pero no solo la ciencia tiene ese poder performativo. El arte y el activismo se parecen a las ciencias de laboratorio. Tienen también el poder de crear (y no simplemente de describir, descubrir o representar) artefactos. Como veremos más adelante, el arte, la filosofía o la literatura pueden funcionar como contralaboratorios virtuales de producción de realidad.

12. Algunas pistas en este sentido han venido desde reflexiones como las de Precarias a la deriva, Anne Querrien o Antonella Corsani (Precarias a la deriva, 2004, y McDowell, 1991).

13. Trabajo aquí a partir de la noción de «potencia de actuar o fuerza de existir» que, a partir de la noción griega de *dynamis* y de su correlato metafísico escolástico, elaborara Spinoza (Spinoza, 2000, y Deleuze, 2006).

14. «Yo soy como siempre en la escritura: al mismo tiempo el sabio y la rata a la que destripa para su estudio.»

15. El día 1 de marzo de 2007, el Gobierno español aceptó la petición de los grupos transexuales de poder acceder a un cambio de sexo legal (cambio de nombre en el documento nacional de identidad) sin tener que pasar por una operación quirúrgica. Sin embargo, esa ley exige la transformación hormonal y social de la persona durante al menos dos años como condición de posibilidad del cambio de sexo (en realidad, «nombre» o «género» sería más correcto como término) legal. En la actualidad esta medida es criticada por diversos movimientos de transexuales y transgéneros en el Estado español.

16. Véase, por ejemplo, *La invención de la histeria* (Didi-Huberman, 2007).

17. «Elle aimerait bien se faire foudroyer, mais son fantasme numéro un reste qu'on lui mette une balle dans la nuque, qu'on l'achève comme un animal» (Despentes, 2004).

18. Curiosamente, los criterios de asignación de género y los criterios de reasignación en caso de transexualidad ponen en marcha dos modelos metafísicos del cuerpo casi irreconciliables. Por una parte, los criterios de asignación de sexo masculino *o* femenino que permiten decidir si un cuerpo es «femenino» o «masculino» en el momento del nacimiento (o *in uterus*, a través de la ecografía o la vídeoecografía) dependen de un modelo de reconocimiento visual que se pretende empírico, y de significantes (cromosomas, talla de los genitales, etc.) que se presentan como verdades científicas. Aquí, hacer visible un cuerpo implica asignarlo unívoca y definitivamente como masculino o femenino. Estamos aquí frente a una ontología escópica: lo real es lo visible. Sin embargo, la idea según la cual existe un verdadero «sexo psicológico» distinto de aquel que ha sido asignado en el nacimiento, el sentimiento interior de ser un «hombre» o una «mujer», pertenece a un modelo de lo radicalmente invisible, no representable, a un modelo que se asemeja al del inconsciente freudiano, es decir, a una ontología inmaterial: lo real no se ofrece a los sentidos, es por definición aquello que escapa a la descodificación sensible. Si estos dos modelos pueden funcionar juntos es gracias a un bioplatonismo común que los sujeta, como tirando de ellos desde arriba. Habría que imaginar los ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad como esencias trascendentales elevadas desde las que cuelgan, en suspensión, estéticas de género, códigos normativos de reconocimiento visual, invisibles convicciones psicológicas que conducen al sujeto a afirmarse como masculino o femenino, como hombre o mujer, como heterosexual u homosexual, como cis- o trans-. Ni los criterios visuales que rigen la asignación de sexo en el nacimiento ni los criterios psicológicos que hacen que alguien se considere «interiormente» como hombre o mujer tienen realidad material. Ambos son ideales reguladores, ficciones políticas que encuentran en la biosubjetividad individual su soporte somático. Esta oposición es discutida por Judith Butler (2006a: 89-112).

19. Entre el grupo de las plantas solanáceas se encuentran las drogas con mayor tradición en la historia de la hechicería: la belladona *(atropa belladonna)*, el beleño *(hyoscyamus niger)*, la mandrágora *(mandragora officinarum),* algunas daturas emparentadas con la sustancia mexicana toloache *(datura inoxia)* y el floripondio *(brugmansia aurea, suaveolens* y *arborea)*. Estas especies contienen principios activos como la atropina, la escopolamina y la hiosciamina. Brailowsky explica que, a diferencia de otros alucinógenos, estos no incrementan la percepción sensorial, aunque sus efectos «ocurren a muy diversos niveles: sequedad de la boca, taquicardia, aumento de la temperatura corporal, dilatación de las pupilas, confusión mental, obnubilación de la conciencia y pérdida de la memoria reciente. En dosis elevadas se presenta somnolencia, delirio y coma» (Brailowsky, 1995).

20. «Dulces fermentaciones de la subjetividad, en sí misma vacía» (Sloterdijk, 2003c).

21. Este tratado de anatomía y fisiología de Berthold ha sido abundantemente comentado por lectoras feministas contemporáneas, como Nelly Oudshoorn o Anne Fausto-Sterling, debido a la intensidad de sus metáforas de género. Existen varios relatos detallados y críticos de la historia cultural de las prácticas científico-técnicas que han llevado a la invención de las hormonas como artefactos farmacológicos (Fausto-Sterling, 2006: 183, y Oudshoorn, 1994; véase también Sengoopta, 2006: 33-36).

22. No hay aquí diferencia entre dispositivo y ser vivo, como pretende Agamben, sino que el ser tecno-vivo emerge de un proceso de agenciamiento técnico (Agamben, 2007).

23. Adolf Butenandt recibirá el Premio Nobel en 1939 por sus investigaciones endocrinológicas, aunque su relación con el Gobierno nazi le impedirá recoger el premio hasta el año 1949 (véase Petropoulos y Roth, 2006: 339-360).

24. El doctor Walter Freeman extendió a partir de 1945 la práctica de la lobotomía prefrontal (conocida también como «operación del picahielo») como cura de la neurosis, psicosis, esquizofrenia y homosexualidad. La lobotomía será progresivamente sustituida por la administración de clorpromazina y otros fármacos psicotrópicos.

25. Las primeras plaquetas de píldoras anticonceptivas incluían un dispositivo de alarma que recordaba a la consumidora la hora y fecha de la ingestión.

26. Discuto sobre la píldora con V. D., que sin duda tiene más experiencia que yo en tanto que consumidora. Ella propone sustituirla por un método drástico de democratización del aborto gratuito: transformar cada McDonald’s en un servicio ginecológico de aborto libre y gratuito en todos los barrios urbanos.

27. El extremo de estas sería, por ejemplo, Jean Baudrillard; pero también se han hecho lecturas de «reducción performativa» de los textos de Judith Butler o de Sue-Ellen Case.

28. Véase el insólito estudio sobre la relación entre la estética surrealista y el asesinato de la Dalia Negra, personaje que dará título a la novela de James Elroy (Nelson y Hudson Bayliss, 2006).

29. Intrinsa recibió una licencia de explotación farmacéutica a partir de marzo de 2007 en el Reino Unido y el resto de Europa.

30. Curiosamente, la andrología (estudio de la fisiología y de la patología del sistema reproductor y sexual masculino) no se desarrolla hasta los años sesenta en los países nórdicos y en Estados Unidos. De este modo, las indagaciones sobre la reproducción masculina quedan en un estado larvario hasta prácticamente finales de los años noventa, cuando el control de la erección aparece de nuevo como un interés terapéutico.

31. El llamado «caso Francis Evrard» dio lugar a uuna encendida polémica en Francia sobre el tratamiento legal de los violadores cuando se descubrió que el médico de la prisión había recetado Viagra a este violador pedocriminal multireincidente y que este la había usado para cometer otra violación durante una de sus salidas condicionales.

32. El caso más llamativo de utilización del feminismo como técnica estatal de control de la prostitución y la pornografía tuvo lugar durante los años noventa en Canadá, donde el Estado se sirvió de las retóricas feministas para desarrollar políticas abolicionistas.

33. «Los éxitos son fracasos retrasados, los fracasos son éxitos abortados. Es el futuro de las formas el que decide su valor. Todas las formas vivas son monstruos normalizados» (Canguilhem, 1965: 160).

34. «Querer y no querer la misma cosa, eso es la amistad» (Salustio*, La conjuración de Catilina*, 20, 4).

35. «Eh, Preciado, ¿por qué no respondes al teléfono? Me estás jodiendo. No era nada, solo quería saber si tienes un libro para la colección. Tú verás. Eso. Solo eso.»

36. «¿Y tú qué, estás acabada? ¿Cómo te sienta que te adelante Marcela Iacub?»

37. «Sabemos que las especies se aproximan a su fin cuando avanzan irreversiblemente por direcciones inflexibles y se manifiestan de la forma más rígida» (Canguilhem, 1965: 159).

38. «Vendo frustración, no alivio» (Lunch, 2004).

39. «La industria de la explotación pornográfica era una extensión del carnaval circense y de los *girlie shows* y *freak shows*, de los juegos de azar, de los columpios, ferias de bullicio» (Friedman *et al*., 2005: 1).

40. «Muy bien iluminado» (Barthes, 1971: 132).

41. Esta afirmación no debe confundirse con la tan debatida máxima de Fredric Jameson: «Toda imagen es pornográfica.» Jameson utiliza aquí una acepción crítica de *pornografía* para calificar el estatuto «ideológico» de la imagen, frente a la verdad radical del texto histórico, en el sentido marxista del término. Desde un punto de vista farmacopornográfico, la pornografía, fuera de un maquiavelismo pajillero que carga la pornografía de culpabilidad, debe ser leída con el rigor de un texto histórico, el texto que corresponde mejor a nuestro momento político-visual (Jameson, 1990).

42. La expresión «pospornografía» de Wink van Kempen intentaba describir un tipo de producción audiovisual que contenía elementos pornográficos, pero cuyo objetivo no era masturbatorio, sino político, crítico o humorístico (Sprinkle, 1998: 160-161).

43. «¿Quieres tener una eyaculación mayor? Ven aquí: todo hombre lo desea. Gran erección y placer inimitable. Usa estas pastillas de forma regular y verás incrementado el volumen de tus eyaculaciones en solo unos días. Lo que estalla rápidamente se extingue pronto. El Señor maldice el sacrificio de los débiles, pero la oración de los rectos lo deleita.»

44. *«... renferme implicitement sa formation antérieure et tout son passé, de même y a-t-il dans les prestations d'innombrables ouvriers ainsi que dans celle des prostituées toutes leurs conséquences et connexions, l'attitude d'ensemble et l'avenir global du prestataire»* (Simmel, 1988: 20-21).

45. Bosque situado en la periferia de París conocido como lugar de cita entre trabajadores sexuales y clientes.

46. PASTT: Prévention Action Santé Travail pour les Transgenres (Asociación de Prevención y Acción de Salud y Trabajo para las Personas Transgénero).

47. Trabajadoras-pobres.

48. Dildo especialmente diseñado para la penetración anal.

49. Véase el uso crítico de esta noción en Ronell (1992: 47-64).

50. Más tarde, Onassis, el general De Gaulle e incluso el papa Pío XII (váyase a saber con qué objetivo) se someterán también a la operación de Steinach.

51. Judith Butler, por ejemplo, releyendo los discursos del psicoanálisis y la legislación, ha propuesto a la irreverente y suicida Antígona –nacida de un incesto y fiel a su hermano antes que al Estado– como figura de lo político para pensar las contradicciones de la filiación heterosexual (Butler, 2001b).

52. Véase la relación de proximidad y distancia del psicoanálisis y la teoría *queer* (Sáez, 2004).

53. Aquí, las constataciones de raza (blanca) y clase (trabajadora) funcionan como condiciones de normalidad que permiten cualquier otro diagnóstico en términos de género.

54. Fundador del movimiento Creative Commons.

55. No encuentro traza alguna del carácter tóxico de las relaciones entre Guattari, sus amantes y Deleuze en reciente biografía de los dos a cargo de François Dosse (Dosse, 2007).

56. «Fui la puta de un trans durante tres meses.»

57. «Tuve el sida durante tres meses. Más exactamente, creí durante tres meses que estaba condenado por esta enfermedad mortal que llamamos “sida”» (Guibert, 1990).

58. Literalmente, montar a pelo, sin silla. Práctica colectiva y consensuada de penetración sin preservativo que aparece en la comunidad gay en Estados Unidos durante los años que siguen a la crisis del sida como una alternativa radical al control y la vigilancia de las prácticas sexuales.